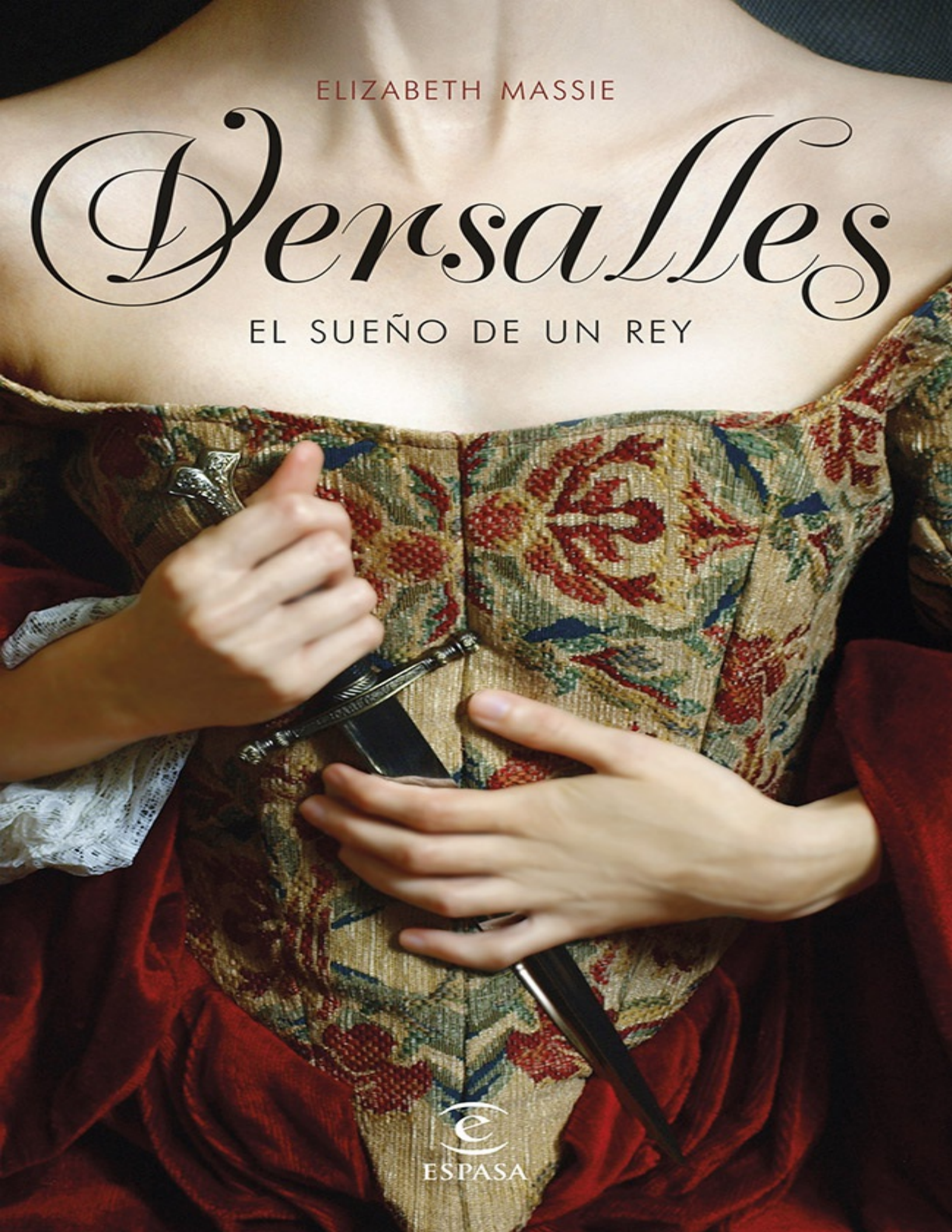
ELIZABETH MASSIE

Versalles

EL SUEÑO DE UN REY



ESPASA

Índice

Portada
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

1

Primavera de 1667

La belleza de la joven era exquisita. No era muy alta, pero poseía una figura de generosas curvas que se adivinaban bajo un fino vestido blanco. Correteaba por la hierba y de vez en cuando volvía la cabeza para mirar atrás, mientras se reía y guiñaba el ojo. Luis la seguía, riendo también, e intentaba alcanzarla, aunque siempre estaba varios pasos por detrás de ella.

La joven se adentró en un laberinto de senderos bordeados de setos, desapareció un instante y enseguida apareció de nuevo. Los rayos del sol le acariciaban el cuerpo. Él la deseaba ardientemente, deseaba poseerla con todas las fibras de su cuerpo. Abrazarla, acariciarla, tomarla, que fuera suya...

Un poco más adelante, la muchacha se puso a bailar entre las sombras de un naranjal y, al pasar bajo uno de los árboles, arrancó un fruto maduro. Se volvió y le sonrió. Era obvio que ella también lo deseaba a él.

Más allá del naranjal, en la cima de un promontorio, se alzaba un colosal y resplandeciente palacio, tan ornamentado y fastuoso que asombraba, como si fuera la casa en la Tierra del mismísimo Dios. Luis notó el corazón henchido. Aunque nunca antes había visto aquel palacio, formaba parte de él. Era su hogar.

La joven alcanzó el palacio y desapareció bajo el arco de entrada. Luis la siguió y se encontró de repente en un silencio y una oscuridad totales.

Se detuvo.

Esperó.

—Los reyes no lloran, se enfrenten a lo que se enfrenten —sentenció una voz que le resultó familiar—. Se enfrenten a lo que se enfrenten.

Reconoció aquella voz. Era la de su madre, Ana de Austria. Se volvió muy despacio y allí estaba ella, bajo un rayo de luz, convertida en el vivo retrato del orgullo y del poder. Tenía salpicaduras de sangre por todo el cuerpo. El hermano menor de Luis se encontraba arrodillado junto a ella, llorando y sosteniéndole una mano.

—El miedo es debilidad —dijo Ana en tono neutro—. Puede aniquilar a un hombre, destruirlo. Incluso a ti, hijo mío.

Luis permaneció inmóvil, paralizado por el terror.

Su madre siguió hablando, su voz surgiendo del pasado.

—Fuiste ungido por Dios y bendecido por el sol. Pero aún no posees lo que de verdad importa: el poder. Sin poder, perecerás, y contigo, toda Francia. Claro que estás asustado. Tu madre se muere. El mundo está sumido en el caos. Los enemigos aguardan agazapados tras cada

esquina. Si la historia nos ha enseñado algo, es que a los reyes les suceden cosas horribles. Y, precisamente por ello, necesitarás la fuerza de cien hombres. Para hacer lo que sea necesario. Para sacarnos de estas tinieblas y conducirnos a la luz.

Luis y su madre se observaron fijamente. Él apenas podía respirar.

En ese momento, la hermosa joven apareció de nuevo, riendo, y se detuvo junto a la madre de Luis. Las dos mujeres se cogieron de la mano y, por señas, le indicaron que se acercara. Él vaciló y luego trató de asir a la joven, pero ésta se zafó de él y huyó. Luis empezó a perseguirla de nuevo.

Dejaron atrás las tinieblas y cruzaron estancias resplandecientes y lujosamente decoradas, entre estatuas de mármol, formidables retratos y doradas molduras, hasta llegar a una deslumbrante galería de cuyas paredes colgaban innumerables espejos. Luis vio repetidos hasta el infinito fragmentos del reflejo de la joven: un pecho desnudo, un blanquísimo hombro que parecía de porcelana, la delicada curva del cuello... Ella se quitó el vestido y lo arrojó lejos con el pie. Desnuda, entró en la habitación que se hallaba al fondo de la galería.

—Veo el paraíso —le advirtió su madre tras él—, pero tú debes construirte el tuyo. Y dejar que el mundo entero lo sepa. Ha llegado Luis el Grande.

Luis entró en la alcoba y encontró a la joven tendida en su cama con dosel, con una provocadora sonrisa en sus labios carnosos. Muy despacio, ella separó las torneadas piernas.

Luis se quitó apresuradamente la ropa, se dejó caer sobre la cama y montó a la joven. La penetró con una urgencia soberbia e incontenible. Una vez. Y otra.

Y otra.

Se despertó al eyacular, con la mandíbula apretada y los puños aferrados a las sábanas de hilo. Poco a poco, fue regresando a la realidad y a las sombras de su cámara. Tenía el pecho empapado en sudor. El semen, aún caliente pero enfriándose muy rápido, se le acumulaba sobre el vientre desnudo. El pelo oscuro formaba un húmedo marco en torno a su noble rostro. Le escocían los ojos. Se los frotó, a sabiendas de que estaba despierto por mucho que no deseara estarlo.

Faltaba poco para el amanecer y una tormenta arreciaba en el exterior del pabellón real de caza; el viento y la lluvia azotaban los postigos de la ventana. Bontemps, el leal primer ayuda de cámara de Luis, permanecía sentado en silencio a los pies de la cama con dosel en la que dormía su majestad. Era un hombre de mediana edad, de rostro amable y expresión paciente.

El sueño se estaba desdibujando, pero Luis se aferró a una imagen concreta.

—Dile al arquitecto, Le Vau, que quiero hablar con él —ordenó—. Sobre espejos.

Bontemps asintió.

Un trueno rugió más allá de los muros. El viento contuvo un instante su empuje, para después lanzar otra ola de lluvia contra la ventana.

Ya más despierto, Luis se tapó el abdomen con la camisa de dormir.

—¿Cómo está mi reina, Bontemps? Todo el mundo cree que va a ser un niño...

De repente, les llegó desde el exterior el estrépito de cristales rotos. Por encima del fragor de la tormenta, Luis percibió relinchos de caballos y gritos de hombres. Luego se oyeron pesados pasos, mezclados con voces urgentes y airadas que se acercaban a la cámara del rey. Un instante más tarde, alguien llamó a la puerta y Bontemps se apresuró a abrir.

Varios guardias suizos irrumpieron en la estancia, seguidos de inquietos cortesanos. Los guardias se apostaron junto al lecho real con expresión impasible.

Luis se encogió, al tiempo que se le desbocaba el corazón.

—¡Guardias! —exclamó Bontemps—. ¿Qué ocurre aquí?

—Un atentado contra la vida del rey —respondió uno de ellos.

—¿Por parte de quién? ¿Españoles? ¿Holandeses?

—Aún no lo sabemos. Fabien está tomando medidas para acabar con la amenaza.

—Bontemps —consiguió decir Luis—, ¡explícate!

—Sire —dijo el primer ayuda de cámara en un tono de voz que denotaba preocupación—, vuestra escolta debe acompañaros inmediatamente a la sala de la guardia.

Se acercó a la ventana y cerró los postigos. Los reales ayudas de cámara se aproximaron al rey para quitarle la camisa de dormir, pero Luis los despachó con un gesto.

—¿Por orden de quién? —exigió saber.

Se incorporó con dificultad y se acercó a Bontemps.

—¡Alejaos de la ventana! —gritó un guardia.

—¡No conozco a estos hombres, Bontemps! —dijo Luis.

Los guardias rodearon al soberano y lo obligaron a apartarse de la ventana. Luis trató de zafarse de ellos.

—¡No iré a ninguna parte! ¡Y mi segundo hijo nacerá aquí, en Versalles! Mientras me quede aliento, no mostraré miedo. ¡No me iré!

Pero los guardias no lo soltaron y los ayudas de cámara hicieron su trabajo. Poco después, los guardias sacaron apresuradamente al rey de la estancia y lo acompañaron por el oscuro corredor. Los cortesanos, sorprendidos, saludaron con una inclinación de la cabeza al ver pasar al monarca. Luis consiguió zafarse de las manos de los guardias, aunque no pudo luchar contra la corriente humana que lo empujaba.

—¡¿Dónde está Felipe?! —gritó—. ¿Dónde? ¿Dónde está mi hermano?

El hermano menor del rey, Felipe, también conocido como Monsieur, apartó la boca y le sonrió al apuesto joven de ondulada melena que permanecía sentado en el sillón de terciopelo. Chevalier, el apuesto joven en cuestión, vestía tan sólo una camisa blanca, lo que hacía que a Felipe le resultara mucho más fácil disfrutar de un delicioso festín entre sus piernas. El talento de Felipe a la hora de juguetear y lamer y la diligencia con que se entregaba a dichas tareas habían conseguido que Chevalier se aferrara a los brazos del sillón y dejara caer la cabeza hacia atrás en un gesto de placer.

—Dios —murmuró Chevalier entre dientes—. Qué bien lo haces.

Felipe sonrió. Desde luego que lo hacía bien.

Alguien llamó repentinamente a la puerta. Felipe echó un desdeñoso vistazo por encima del hombro para luego concentrarse de nuevo en el miembro viril, duro como una piedra, que relucía ante él. Se inclinó hacia adelante para lamerlo de nuevo, pero se oyeron más golpes en la puerta.

—¡El rey os manda llamar! —gritó un lacayo al otro lado—. ¿Monsieur?

Chevalier frunció el ceño.

—¡Ya te hemos oído la primera vez!

Felipe se colocó tras la oreja un mechón de oscuro pelo y se disculpó ante el joven con una mueca. Se puso en pie y se dirigió despacio a la puerta. Mientras, Chevalier tiró discretamente de los faldones de su camisa para cubrirse al menos en parte.

Felipe abrió la puerta.

—¿Ya ha nacido el niño?

—Debéis venir de inmediato, Monsieur —dijo el lacayo.

Felipe hizo una mueca de impaciencia y bostezó. Luego se volvió hacia Chevalier, quien le hizo un gesto con su enjoyada mano.

—Mandaré a buscar un refrigerio —afirmó.

—Sólo hay una cosa que me apetezca comer —repuso Felipe.

Salió al corredor y cerró la puerta. Antes de que tuviera tiempo de protestar por la interrupción, el lacayo le comunicó el intento de atentado contra la vida del rey.

Los placeres eróticos se esfumaron al instante.

—¿Han atrapado a esos hombres?

El lacayo negó con la cabeza.

—Aún los están buscando, Monsieur.

La plaza de Versalles estaba oscura, mojada por la lluvia y desierta, pues los habitantes de la villa aún no se habían despertado. Fabien, el comandante de la guardia del rey, se hallaba en el centro de la calle, sujetando las riendas de cuatro asustados caballos. Tenía los ojos, de color avellana, entornados en un gesto de concentración y determinación. Transcurrió un instante. Y otro. Y entonces, ¡sí! Allí estaban: cuatro españoles, ocultos bajo sus capas, surgieron furtivamente de un callejón y se dirigieron hacia el lugar donde se encontraba Fabien.

El más alto de los cuatro se detuvo y observó al jefe de seguridad. Con un gesto de la cabeza, señaló el poste para amarrar caballos que permanecía vacío a un lado de la calle.

—¡¿Dónde están mis caballos?! —gritó para hacerse oír por encima del rumor de la lluvia.

—¿Son éstos? —le respondió Fabien.

Dejó caer las riendas, azotó a los caballos en los cuartos traseros y los animales partieron al galope.

El hombre contrajo el rostro en un gesto de rabia y se dirigió hacia Fabien hundiendo los pies en el barro. En ese momento, veinte guardias surgieron de las calles adyacentes y rodearon a los españoles.

—¿Os habéis perdido, caballeros? —preguntó Fabien.

El hombre alto gruñó al darse cuenta de que no tenía posibilidad de escapatoria. Rugió, se sacó de debajo de la capa un hacha y una carabina de cañón recortado y se abalanzó sobre Fabien. En ese preciso instante, los guardias lo acribillaron a balazos. Cayó al barro. El jefe de seguridad le pisó la cabeza para inmovilizarlo mientras el hombre agonizaba de dolor. Los otros tres españoles dieron media vuelta dispuestos a huir, pero los guardias les cerraron el paso.

—¡Tirad las armas! —gritó Fabien.

Los españoles arrojaron al suelo sus carabinas y permanecieron inmóviles, espalda contra espalda, como hacen los animales para protegerse de los depredadores. Fabien se acercó a ellos, captó la mirada del más joven de los tres —apenas un muchacho— y le dedicó una sonrisa gélida

como la lluvia.

Luis se zafó de las manos de los guardias que intentaban retenerlo mientras regresaba a su cámara. Eran muchos los que trataban de sujetarlo, lo rodeaban o se le pegaban. «¡Alejaos!», les gritó mentalmente. Vio más caras que lo observaban, pero la preocupación sincera (o tal vez fingida) de aquellos rostros se iba fundiendo con una angustiosa imagen.

«¡Alejaos de mí!»

Por fin en su cámara, se detuvo junto a la ventana y se apoyó en el alféizar. Su aliento, rápido e irregular, empañaba las losetas de vidrio y ensombrecía su reflejo. Bontemps, varios guardias y un puñado de cortesanos permanecían a cierta distancia, arrastrando los pies con gesto nervioso. Luis notó sus miradas clavadas en la espalda, observando, esperando, preguntando en silencio.

«¡Marchaos...!»

Y entonces oyó una voz infantil que le resultaba familiar, una voz de niño. Débil. Que surgía del pasado.

—*Maman* —gimoteaba el niño—, ¿adónde vamos?

Luis volvió la cabeza y, entre una nube de angustia, vislumbró una imagen de su madre, Ana de Austria. La reina iba y venía de un lado para otro en una fastuosa alcoba, guardando joyeros en un enorme baúl, mientras una dama de compañía recogía vestidos y zapatillas para meterlos en otro.

«Madre...»

—Nos vamos de París —dijo Ana con una expresión resuelta en su aristocrático rostro—. Y no volveremos nunca. Date prisa.

El niño se sorbió la nariz.

—¡Tengo miedo!

Ana le dirigió a su hijo una severa mirada.

—Los reyes no lloran.

«Los reyes no lloran.»

Luis cerró los ojos, trató de relajar la respiración y, por último, volvió a abrirlos. La imagen había desaparecido; ya sólo quedaban los súbditos que lo observaban en silencio. Apartó la mirada de ellos y la dirigió hacia la ventana, hacia la implacable lluvia torrencial que parecía dispuesta a anegar el mundo entero.

La puerta se abrió entonces y entró alguien. Luis lo reconoció por su forma de aclararse la garganta.

—Dime, Felipe —dijo sin volverse—, ¿qué está pasando?

—Se ha descubierto otra conspiración —respondió el hermano del rey—. Han arrestado a cuatro hombres en el pueblo. Los habían enviado para asesinarte. Debemos abandonar París de inmediato. Este pabellón no es seguro.

—Yo decido adónde ir. Yo decido qué hacer —dijo Luis, al tiempo que ladeaba la cabeza en dirección a guardias y a cortesanos—. Haz que se vayan.

—Dejadnos solos —ordenó Felipe a los guardias.

Muy despacio, la multitud abandonó la cámara, dejando solos al rey, a su hermano y al primer ayuda de cámara.

Luis se apartó de la ventana para acercarse a la mesa central. Apoyó en ella los nudillos y contempló el veteado de la madera.

—¿Has vuelto a tener ese sueño? —le preguntó Felipe.

Luis gruñó. Su hermano lo conocía demasiado bien.

—Tú le sostenías la mano —dijo al fin.

—Tú podrías haber hecho lo mismo.

—¡A mí se me privó de ese honor! Mi propia madre... —dijo Luis, al tiempo que se alejaba de la mesa para dirigirse de nuevo a la ventana.

—¿Quién puede privar al rey de algo excepto el rey? —le recordó Felipe.

—¡Tú jamás lo entenderás! Hay cosas más importantes que uno mismo.

Felipe negó con la cabeza e hizo ademán de marcharse, pero Bontemps alzó una mano para impedírselo.

—El rey no os ha dado permiso para retiraros.

—Mi querido Bontemps —se burló Felipe—, conozco muy bien esa mirada. Y alguien va a tener problemas. Espero no ser yo.

Luis señaló a su hermano con un dedo.

—Intentan matarme. Pues que entren. ¡Que lo intenten!

—El poder está en ti —dijo Felipe—. Te lo aseguro.

Luis regresó a la ventana. Dejó vagar la mirada entre la lluvia, buscando algo más allá de la tormenta, buscando a lo lejos el débil contorno de los bosques del rey. Lentamente, su ánimo inquieto empezó a sosegarse mientras imaginaba los árboles, los ríos, los enmarañados y hermosos parajes...

—Los ciervos de nuestros bosques utilizan los mismos senderos que sus antepasados —declaró—. Se remontan a cientos de años atrás. Es una cuestión de instinto. Se limitan a seguirlos. Si me vendaran los ojos en ese bosque y me dieran cien vueltas, encontraría el camino de regreso. No existe un solo sendero que no conozca, ni un árbol al que no haya trepado. Ahí es donde cazo. —Luis se volvió hacia Felipe—. Ya puedes marcharte —dijo con expresión radiante.

Felipe y Bontemps intercambiaron una mirada de inquietud mientras Luis seguía observando a través del cristal empapado de agua.

Finalmente, como si ya estuviera harta de sí misma, la lluvia empezó a remitir y dejó la villa de Versalles fría y anegada. Las llamas de las antorchas que sostenían en alto los guardias de Fabien temblaban y danzaban, reflejándose en el camino y en los rostros de los hombres.

Los prisioneros que aún seguían con vida habían sido golpeados sin piedad y apenas se tenían en pie mientras los guardias les registraban la ropa. No había mucho que encontrar, a excepción de unas pocas monedas y un cuchillo de caza de hoja dentada. Justo entonces, un guardia descubrió un papel enrollado, oculto en el abrigo de uno de los prisioneros, y se lo entregó a Fabien.

El jefe de seguridad acercó el papel a la luz de una antorcha y lo contempló mientras en el borde iba apareciendo un complejo código. Era un mensaje en clave, formado por una combinación de números y letras. Justo lo que estaba buscando.

Levantó la vista con una expresión satisfecha y le hizo un gesto al guardia que sostenía el cuchillo de caza.

—Déjalos cojos.

El guardia se inclinó y les cortó los tendones de Aquiles a los prisioneros de más edad. Lo hizo con tanta violencia que los pies prácticamente les quedaron colgando de los tobillos. Los prisioneros se desplomaron al suelo entre gritos de agonía. El muchacho que aún quedaba con vida cerró los ojos y empezó a rezar.

Jean-Baptiste Colbert, el contable real, era un hombre muy diligente. Trabajaba en su despacho de la villa de Versalles, donde recaudaba impuestos y los anotaba en su libro de contabilidad. Ya casi anciano, no sentía el menor apego hacia los demás, menos todavía hacia aquellos que le entregaban dinero. Aun así, su tarea era de primordial importancia. Mientras despedía de su escritorio a un maloliente recaudador de impuestos y se preparaba para recibir el cofre del siguiente de la cola, Louvois —secretario de Estado— irrumpió en el despacho seguido de Fabien y de varios guardias. Louvois ordenó a la multitud de contribuyentes que salieran del despacho y cerró la puerta.

—¿Sabéis? —dijo Louvois al tiempo que soltaba un gruñido—. Ayer me desperté en un lecho de plumas de oca, desde el cual divisaba casi dos leguas de mis dominios, hasta el río. Aquí duermo en un armario. Terminaremos el recuento en París. A salvo de amenazas. —A continuación se volvió hacia los guardias—. Asegurad los cofres y cargadlos en los carruajes. Cuatro hombres en cada uno.

Colbert se puso en pie.

—¿Qué significa todo esto? ¡Tengo trabajo que hacer!

Fabien se frotó una mancha de sangre de la casaca.

—Hemos encontrado a cuatro mercenarios españoles en el coto de caza de su majestad. Estaban preparando una emboscada, cosa que se les ha impedido.

—Bien —dijo Colbert—. Y ¿se creen que pueden acabar con nuestra nueva campaña al primer golpe?

—En Madrid no ven con buenos ojos nuestro interés por los Países Bajos españoles. Ni tampoco en los Países Bajos, a decir verdad.

Colbert alargó una mano hacia los cofres mientras los guardias empezaban a recogerlos del escritorio.

—Pues tal vez tengan suerte, porque no podemos sufragar una guerra con estos ingresos. A duras penas podríamos financiar una lucha de espadachines.

—La reina debe obtener su dote —sentenció Fabien—. No pagaron y ésta es su recompensa.

Louvois cruzó los brazos.

—Aquí estamos demasiado lejos de todas partes. Las defensas son porosas, por no decir inexistentes. Cuanto antes volvamos a París, mejor.

—El rey va a salir de caza esta tarde —empezó a decir Fabien—, dudo mucho que podamos marcharnos...

—He aplazado la cacería —lo interrumpió Louvois—. Ya lo compensaremos en Fontainebleau.

—Sin duda, monsieur Bontemps habrá...

—Creo que ni el rey ni su primer ayuda de cámara comprenden la verdadera magnitud de esta amenaza. Somos los ministros y el Consejo del rey quienes, en cualquier caso, deben guiar la nave. ¿O creéis que la nación la gobierna un solo hombre?

Tras esas palabras, Louvois condujo a los guardias, cargados con los cofres, hacia la calle. Justo en ese momento llegaba Bontemps, con una expresión de preocupación en el rostro.

—Bontemps —dijo Colbert—, ¿el rey está informado de este asunto? ¿Qué ha dicho?

—Yo... no lo sé.

Fabien ladeó la cabeza.

—¿Dónde está, entonces?

Bontemps negó.

—Me ha dicho que estaría aquí.

Fabien apretó los puños y cogió aire ruidosamente.

—Debemos encontrarlo.

Mientras Bontemps giraba sobre sus talones para dirigirse de nuevo hacia la puerta, Fabien lo sujetó por un brazo.

—Pero con calma —le advirtió.

El ruido de los cascos de la yegua sonaba rápido y poderoso, como el latido de un corazón. Parecía hundirse en la tierra y trepar por el cuerpo de Luis, hasta el punto de que se sentía unido al animal, al aire de aquella mañana neblinosa, a la libertad misma. Se inclinó hacia adelante en su silla de montar y sujetó con fuerza las riendas mientras galopaban por un boscoso sendero del coto de caza del rey. Sí, Felipe debía de estar buscándolo. Sí, Bontemps debía de estar inquieto. Sin duda, ya debían de haber organizado una patrulla de búsqueda. Pero aún les llevaba mucha ventaja y, en aquel momento, Luis sentía la misma alegría y el mismo desenfreno que cuando era un muchacho.

—¡Ah! —le gritó al cielo.

Montura y jinete doblaron una curva del sendero, mientras la capa de Luis subía y bajaba como una enorme ala. Las currucas que picoteaban la tierra alzaron el vuelo asustadas y se apartaron del camino.

Por encima de su cabeza, los troncos de los viejos robles se inclinaban unos hacia otros y entrelazaban sus ramas, formando así una densa bóveda verde. Luis clavó los talones en los flancos de la yegua, espoleando al animal por el exuberante túnel. Levantó la vista unos segundos para contemplar los puntos azules que se divisaban entre el verde follaje y la bajó de nuevo justo a tiempo de evitar que una rama baja lo golpease y lo derribase. Se agachó y se echó a reír, satisfecho de haber esquivado por los pelos el desastre.

Siguieron lanzados al galope.

Finalmente, el sendero los condujo a un arroyo, junto a un bosquecillo. Luis guio a su yegua entre la maleza, hasta llegar a un claro. Desmontó y permaneció en respetuoso silencio mientras contemplaba la sencilla belleza de las florecillas rosas, de la hierba que la brisa mecía y de las ondas que formaba el agua en el arroyuelo. Se acercó a la orilla y se arrodilló sobre el terreno húmedo. Contempló su propio reflejo durante unos instantes, para después coger un poco de agua fresca con las manos y echársela en la cara.

Libertad. Limpidez.

De repente, la yegua relinchó y se alejó al galope.

Luis se puso en pie de un salto y giró sobre sus talones.

Un lobo surgió en ese momento de entre la maleza. Era una bestia escuálida y sarnosa, claramente famélica, que gruñía con el labio superior levantado. Luis tensó el cuerpo y desplazó lentamente una mano hacia su espadín.

«Ah, rey de los bosques —pensó—. ¿Te atreves a desafiar al rey de Francia?»

Con el rabillo del ojo vio a otros dos lobos, igual de flacos y famélicos, que surgían de entre la maleza con la cabeza gacha y los ojos entornados. Luis aferró con los dedos la empuñadura de su espada y entrecerró los ojos a su vez. Estaba listo. Que se acercaran.

—¡¿Qué estás haciendo?! —gritó una voz furiosa.

En ese momento apareció un caballo, que frenó en seco justo al lado de Luis. El jinete estaba rojo de ira.

Los lobos se estremecieron y huyeron de inmediato.

Felipe desmontó.

—¡Podrían haberte matado, hermano!

Luis soltó la espada y se encogió de hombros.

—Es posible.

—¿Es posible? —exclamó Felipe. Luego negó con la cabeza y, muy a su pesar, rio entre dientes—. A veces te superas a ti mismo.

Luis echó un vistazo a su alrededor, para asegurarse de que los lobos habían huido, y luego contempló de nuevo a su hermano. Era una oportunidad única, los dos solos. Por fin podía hablar libremente.

—Tú y yo nunca hemos estado tan solos como lo estamos ahora —dijo—. Jamás se nos volverá a presentar una oportunidad así, de modo que quiero que me escuches. Quiero sacar a este país de las tinieblas y llevarlo hacia la luz. Está a punto de nacer una nueva Francia y este palacio será su madre.

Felipe frunció el ceño.

—¿Qué palacio?

Luis señaló hacia el norte.

—Ése.

—¿El pabellón de caza de nuestro padre?

—Versalles.

Desde el sendero les llegó el sonido de los cuernos de caza y los ladridos de los perros. La patrulla de búsqueda se estaba acercando.

—Esto no lo hemos elegido ninguno de los dos —prosiguió Luis—. Tal vez haya sido la suerte la que nos haya colocado aquí. Debemos construir nuestro propio destino. Aquí mismo.

El sonido de los cuernos y de los ladridos se intensificó.

—Y los grandes cambios vendrán acompañados de enemigos —prosiguió Luis—. No tardaremos en descubrirlo. Pero hay algo que necesito saber en este momento. Pase lo que pase. ¿Estás conmigo, hermano?

Felipe soltó el aire.

—¿Me cubrirás las espaldas? —insistió Luis.

Felipe le sostuvo la mirada a su hermano.

—¿Qué espalda estoy cubriendo ahora mismo?

Luis lo observó durante unos instantes y luego asintió satisfecho. Cogió las riendas, subió a la silla y después ayudó a Felipe a sentarse tras él. Por fin, espoleó al caballo y regresaron al sendero, donde los alcanzó la patrulla de búsqueda.

—¡El rey! —gritó un guardia, pero los reales hermanos pasaron tranquilamente junto al grupo sin pronunciar palabra.

Fabien, Bontemps y Louvois los observaron en silencio. Inmediatamente después, los integrantes de la patrulla de búsqueda obligaron a sus cansadas monturas a dar media vuelta para seguir al rey y a su hermano.

De vuelta en Versalles, Luis se sentó en un banco de una antesala para quitarse las botas mientras guardias y nobles lo observaban, claramente aliviados al saber que el rey estaba sano y salvo.

—Tengo hambre —se limitó a decir Luis mientras dejaba caer una bota al suelo.

—Sire —dijo Louvois—, gracias a Dios. Los bosques y el pueblo son un hervidero de conspiraciones. Debemos llevaros a París enseguida.

El rey dejó caer la otra bota.

—No vamos a ninguna parte.

Louvois vaciló.

—Pero... los consejos de guerra... Todos los generales os están esperando en el Louvre.

Luis se puso en pie con un gesto de regio desafío y vislumbró, entre la miríada de rostros que lo rodeaban, el semblante aquilino y adusto del siniestro noble Montcourt. Luis no habría sabido decir si estaba frunciendo el ceño o sonriendo.

—Invitad a los generales a cenar —dijo el rey, concentrando de nuevo la atención en Louvois—. Traed aquí la guerra.

Fabien no encontraba mucho placer en las cosas refinadas que ofrecía la vida, pero sí saboreaba el poder. Los hombres que alcanzaban el poder eran justo aquellos que lo merecían. El poder conllevaba responsabilidades. Y privilegios.

El más joven de los presuntos asesinos se hallaba en el centro de una celda poco iluminada. Y, si bien los jóvenes se caracterizan por su temeridad, también son emocionalmente débiles.

El muchacho estaba descalzo y encadenado por los pies. Tenía el cuerpo cubierto por una mezcla de sudor, sangre y orina, y el rostro contraído en un intento de ocultar el terror. Sin embargo, lo delataba el temblor de los brazos.

Sobre una mesa de madera yacía uno de los cómplices del chico. Era un hombre de cierta edad, que estaba desnudo y respiraba muy rápido, con dificultad. Estaba inmovilizado por unas correas de cuero y, lo mismo que el muchacho, empapado en sudor y suciedad. Una de sus piernas terminaba en un sangriento muñón, aún en carne viva. En una segunda mesa se encontraban los instrumentos que Fabien consideraba más útiles a la hora de torturar: un martillo, varias sierras, unas tenazas de herrero y otros instrumentos más pequeños, similares a los que —en otras circunstancias— un sacamuelas considerado podría haber utilizado con sus pacientes.

Fabien observó al muchacho con una mirada indiferente.

—Algún nombre habrás oído —dijo—. O habrás visto algún rostro. Dime el nombre.

El muchacho, incapaz de apartar la mirada del hombre mutilado que yacía sobre la mesa, negó con la cabeza y abrió mucho los ojos aterrorizado.

Fabien se acercó a la mesa con los instrumentos.

—Sólo... ¡Sólo Calderón lo sabía! —barbotó—. Dijo que recibiríamos órdenes.

Fabien rebuscó en su camisa y sacó el mapa que había encontrado durante el arresto de los asesinos. Señaló el mensaje en clave de la parte superior.

—¿Y esto? —preguntó.

—Nunca antes lo había visto —susurró el muchacho.

Fabien ya se lo imaginaba. El muchacho acabaría hablando, pero tendría que animarlo un poco más. Giró sobre sus talones, eligió las tenazas y el martillo, las sopesó en la mano y, por último, se acercó al prisionero atado sobre la mesa. Contempló el cuerpo, como si quisiera elegir el mejor lugar para empezar. Luego golpeó con el martillo la parte baja de la pierna del prisionero, con tanta fuerza que aplastó el hueso contra la madera. El prisionero, que había permanecido casi inconsciente hasta ese momento, despertó con un espantoso alarido. El muchacho aulló.

Fabien siguió entonces con las tenazas. Las aplicó hábilmente a los huesos de los antebrazos del hombre, para después apretar hasta romperlos como si no fueran más que ramitas. Luego le fue partiendo los dedos uno a uno, despacio, de forma metódica. El prisionero gritaba como un poseso, tratando de liberarse de sus ataduras y suplicándole piedad a Dios. Fabien sonrió, pues se sentía como Dios y no tenía ninguna intención de mostrarse piadoso con aquella sabandija. El muchacho, mientras tanto, sollozaba haciendo mucho ruido, con las mejillas y la barbilla bañadas en mocos y lágrimas.

El prisionero murió diez minutos más tarde. No quedaba en él nada reconocible, a excepción de una mata de pelo en la coronilla.

Fabien dejó caer las tenazas sobre la mesa y se acercó al lloroso muchacho. Se limpió las manos cubiertas de sangre en la chaqueta del joven.

—¿Cuando vuelva? —le preguntó en un tono casi paternal—. El nombre.

Enriqueta salió del estanque. El agua formaba arroyuelos que descendían por la piel marfileña de sus voluptuosos senos hasta su vientre plano y sus generosas caderas. Se pasó los dedos entre los empapados tirabuzones dorados y los sacudió un poco. Dos de sus damas se acercaron para cubrirla con una bata y seguirla hasta la puerta de la casa del estanque.

El estanque y la casa que había junto al mismo se encontraban situados en un terreno muy bien cuidado por debajo del pabellón real de caza. Rodeados de árboles y setos podados, ofrecían frescor y belleza, así como cierta privacidad cuando lo que se deseaba era privacidad. Sin embargo, en cuanto Enriqueta levantó la vista y miró hacia el palacio, se dio cuenta de que el feo jardinero manco, Jacques, la estaba observando. El hombre se quedó inmóvil entre los setos con su desplantador en la mano y la miró durante el tiempo suficiente como para que ella comprendiera que la había estado espiando. Enriqueta desvió rápidamente la mirada.

Entró en la casa del estanque y recorrió el vestíbulo en dirección al vestidor, mientras las damas correteaban obedientes tras ella. Pero tan pronto como Enriqueta cruzó el umbral del vestidor, la puerta se cerró de golpe tras ella y las perplejas damas se quedaron en el corredor.

Enriqueta reparó de inmediato en los pétalos blancos esparcidos por el suelo. Recogió uno y se lo acercó a los labios. Se estremeció, no por el frío, sino por el deseo. El corazón empezó a latirle más rápido y notó un delicioso e inconfundible cosquilleo entre las piernas.

—Parecéis helada —dijo el hombre que había cerrado la puerta tras ella.

—Tengo bastante calor, gracias —respondió Enriqueta.

A continuación, se volvió para mirar a su rey, sorprendida de nuevo por la rapidez con que la penetrante mirada de él, su oscura melena y su brusca masculinidad la hacían sentir débil, llena de vida y enamorada al mismo tiempo.

Enriqueta olió el pétalo.

—Nardos.

—Ya ha florecido la primavera —declaró Luis.

Extendió un brazo y atrajo a Enriqueta hacia sí.

—Eso parece —susurró ella.

Movió los hombros para desprenderse de la bata, que cayó al suelo junto a los pétalos. Luis contempló su cuerpo como un pintor contemplaría una obra maestra.

—¿Cómo se encuentra vuestro esposo?

—Por favor, no hablemos de él ahora.

—Me gusta oír vuestra voz.

—Vos me obligasteis a casarme con él.

—Y ¿de qué otra manera podría haber conseguido que os quedarais aquí? —dijo Luis, estrechándola con más fuerza entre sus brazos.

Los pezones de Enriqueta, sensibles y excitados, se endurecieron al entrar en contacto con la tela de la camisa de él.

—¿Qué queréis que os diga?

Luis le acarició el cuello con la nariz.

—Quiero que me digáis... —la besó en los labios y luego, tras cogerle los pechos con ambas manos, se los lamió, primero uno y luego el otro— todo lo que mi hermano dice y todo lo que hace.

Luis se dejó caer al suelo y arrastró a Enriqueta consigo. Ella se tendió de espaldas mientras él se quitaba las calzas, que arrojó a un lado para después colocarse a horcajadas sobre ella. Enriqueta lo observó y se dejó llevar por su sensualidad y su poder. Lo que más deseaba en aquellos momentos era tenerlo encima, sobre ella, dentro de ella. Luis la obligó a separar las piernas con las rodillas.

«Ah —pensó Enriqueta—, el real miembro está más que preparado para abrirse camino entre mis pétalos.»

Y así fue.

Los aposentos privados de Chevalier eran puro ajetreo. Un joven criado correteaba de un lado para otro, siguiendo sus ásperas instrucciones. El muchacho guardaba ropa en diversos baúles mientras su amo, iluminado por un rayo de sol en el que flotaban motas de polvo, permanecía sentado a la mesa rodeado de fuentes de ostras, pato silvestre y anguilas ahumadas.

Felipe estaba de pie junto a la mesa, observando al muchacho mientras empaquetaba y a Chevalier mientras comía.

Chevalier dejó caer una concha de ostra sobre la mesa y se limpió la boca con la manga.

—Creía haberte perdido para siempre. Estaba preocupado por ti.

Felipe se burló.

—No, no lo estabas. —Señaló con la cabeza uno de los baúles—. ¿A qué viene todo eso?

—No me digas que estás considerando en serio la idea de permanecer aquí un solo segundo más. Acaban de intentar matar al rey. Y si lo consiguen, ¿a por quién irán a continuación? —Antes de que Felipe pudiera responder, Chevalier arqueó una ceja y lo señaló—. A mí se me ocurre alguien.

Felipe retrocedió.

—¿Quieres que muera?

—A veces eres tan lento —dijo Chevalier mientras sacudía la cabeza en un gesto de fingida consternación—. El príncipe, el pequeño Luis, siempre ha parecido un poco... enfermizo, ¿no crees?

—Basta.

—A eso me refiero. ¿Cuántos niños mueren por aquí? ¿Qué posibilidades tiene este último de alejarse del real vello púbico, por no hablar ya de llegar al día de su propia coronación? Existe un motivo para que tu hermano esté tan desesperado por tener otro hijo. Y por eso aquí todo el mundo parece desear que nazca otro varón.

Felipe lo fulminó con la mirada. No deseaba oír todo aquello.

—¿Es que no te das cuenta? —prosiguió Chevalier—. Cuando las cosas se pongan feas, dependerá todo de ti. Y ¿qué harás cuando llegue ese día? ¿Qué harás con todo ese poder? —Chevalier sonrió—. ¿Qué harías ahora mismo? ¿Nos ordenarías que nos quedáramos en esta ciénaga? No. Harías de París la capital del mundo, y allí cenaríamos y bailaríamos todas las noches.

—Vuelve a dejarlo en su sitio. ¡Todo! —le gritó Felipe al criado.

El chico se sobresaltó y dejó caer al suelo los bultos que llevaba.

—¡No, sigue empaquetando! —le ordenó Chevalier. Apoyó un brazo en el respaldo de su silla y observó a Felipe—. ¿Qué clase de rey sale a cazar solo y se extravía? Tu hermano ha perdido toda noción de sí mismo. Se ha perdido a sí mismo. Es un auténtico idiota.

Horrorizado, Felipe abofeteó sonoramente a Chevalier. Éste se puso en pie de un salto, derribó su silla y le dio un puñetazo a Felipe en el pecho. Cuando él dobló el cuerpo a causa del dolor, Chevalier lo agarró de un brazo y lo empujó hacia la cama. El chico dio media vuelta y

siguió empaquetando.

Inclinándose sobre Felipe, Chevalier le habló con los dientes apretados.

—¿Qué ocurre ahora? ¿Acaso intentas dominarme?

Felipe contempló a su amante. Se sentía acobardado, furioso y muy excitado por la fuerza de Chevalier.

—No te permito que hables así de mi hermano —dijo enfurruñado.

Chevalier resopló y se inclinó aún más, hasta que su nariz casi tocó la de Felipe.

—A estas alturas ya me conoces, *mignonette.* Hablo como me apetece.

Agarró las calzas de Felipe y tiró de ellas hacia abajo con fuerza. Felipe tuvo una erección al instante. Chevalier se desabrochó el cinturón y sonrió con aire siniestro.

—No juzguéis a los hombres por sus palabras, sino por sus actos —dijo—. No temas. Seré un rey clemente.

Sin previo aviso, Luis entró en el apartamento privado de su reina, María Teresa. De pelo oscuro y mirada risueña, la joven reina suspiró y sonrió al verlo. La dama de compañía hizo una reverencia y se retiró.

La cámara de la reina estaba bien amueblada, pero desprendía un aire de tristeza, de soledad. Luis pensó que hacía bastante tiempo que no la visitaba, pero así era la vida de un rey.

Sin embargo, María Teresa parecía claramente aliviada por el simple hecho de verlo. Dio un paso al frente y se alisó el vestido de seda verde sobre la curva del vientre. Se dispuso a decir algo, pero entonces vio a un hombre al que no conocía cerca de la puerta, junto a Bontemps. Su sonrisa desapareció al instante.

—Os presento a Masson, vuestro nuevo médico —dijo Luis al tiempo que señalaba al desconocido, un anciano calvo y de dientes torcidos—. Él os asistirá cuando llegue el momento y traerá al niño al mundo.

Masson inclinó la cabeza ante la reina.

—Majestad —dijo—, considero este nombramiento el *summum* del honor, tanto para mí como para mi familia.

María Teresa observó a Luis con una mirada suplicante.

—¿Qué?

—Es española —le aclaró Luis al médico. A continuación, se volvió de nuevo hacia la reina —. No os escudéis en vuestro idioma. Es muy poco apropiado.

María Teresa frunció el ceño y luego asintió a modo de disculpa. Se tocó de nuevo el vientre.

—Creo que os está esperando. ¿Cuándo regresamos a París?

—La cama para el parto ya está preparada —dijo Luis—. No iremos a ninguna parte. ¿No es así, doctor?

Masson asintió.

—Desde luego, sire.

El rey despidió al médico y Bontemps lo acompañó a la puerta.

María Teresa frunció el ceño y habló en voz baja.

—No me gusta estar encerrada. ¡Y me pone celosa que vayáis a misa sin mí!

—Es por el bien de la criatura. Y por el vuestro.

—Pues entonces volvamos a París. Confinadme allí.

Luis la acompañó a la cama y se sentaron juntos. El rey le acarició el pelo a su esposa como si ésta fuera un niño que necesita consuelo. Pero no estaba dispuesto a concederle lo que ella quería, y la reina lo sabía.

—Por lo menos —dijo María Teresa—, haced que cambien esos tapices. Lo prometisteis.

—Lo haré.

—Y ojalá mantuvierais también otras promesas. Esta cama es muy grande cuando vos no estáis.

Luis le apoyó una mano en el vientre y notó una brusca patada.

—¡Es fuerte! —exclamó con los ojos muy abiertos.

—Como su padre.

—Sire —anunció Bontemps desde la puerta—. El padre Bossuet os espera en la capilla.

María Teresa bajó la mirada al suelo. De repente, parecía más inquieta que aburrida.

—Cuando llegue el momento —dijo muy despacio, con cautela—, no quiero que esto esté lleno de gente.

—¿Por qué no?

—No me siento igual que la última vez.

Luis la besó en la mejilla y le secó las lágrimas.

—Todo irá bien. No temáis.

El rey se puso en pie y, una vez más, dejó sola a su reina.

«De nuevo abandonada», pensó María Teresa mientras la puerta se cerraba detrás de Luis. Toda la alegría que había sentido se esfumó al instante. Se volvió hacia su dama de compañía.

—Té —ordenó—. Tráemelo ahora.

De nuevo estaba rodeada por silenciosos muros, con la única compañía de una cama solitaria y de unos tapices sin encanto alguno. Nada que la hiciera feliz. Nada, nada en absoluto...

De repente notó un cosquilleo en las pantorrillas y se echó a reír. Sabía que era...

—¡Nabo!

Un enano africano, de negra piel y atuendo tan colorido como recargado, asomó la cabeza entre los pliegues de la falda de la reina.

—¡Viene un bebé! —dijo con su estridente voz.

—¡Nabo, no seas malo! —reprendió la reina a su paje, feliz por aquella distracción.

Nabo terminó de salir, se puso en pie de un salto y le dedicó una teatral reverencia. Luego dio una voltereta en el aire, entre el tintineo de los cascabeles que llevaba cosidos a la ropa.

—A la cama —le ordenó María Teresa al tiempo que chasqueaba los dedos.

Nabo trepó a una cunita que estaba en el suelo y se enroscó como un cachorrillo.

Los fieles abandonaron la capilla después de misa y, tras cruzar las ornamentadas puertas de madera, salieron a una mañana nubosa. El rey permaneció en el real palco, que sobresalía por encima de los bancos más bajos, mientras los nobles pasaban junto a él inclinando la cabeza y haciendo reverencias con la esperanza de que su majestad los viera y, en algunos casos, también con la esperanza de que no los oyera.

Louvois caminaba junto a Felipe y Colbert, hablando en voz baja.

—El Sena está precioso en esta época del año, es una lástima perdérselo.

—Parece que nos quedamos a causa de un nacimiento —admitió Felipe.

—Un futuro padre —dijo Louvois— y apenas hace un año que perdisteis a vuestra querida madre. Eso debe de ser muy duro para un joven. Por el bien de Francia, debemos regresar a París cuanto antes. ¿No estáis de acuerdo, Monsieur?

Felipe se espantó una mosca de la cara.

—Y ¿tenéis idea de cómo persuadir a mi hermano?

Louvois negó con la cabeza.

—Lo cierto es que no.

Un poco más atrás, entre los fieles, Chevalier paseaba junto a dos damas tan hermosas que parecían gemelas: la dama Béatrice, prima lejana de Chevalier, y su increíblemente encantadora hija de dieciséis años, Sophie. Béatrice reprendió a su hija por su incapacidad de caminar con elegancia.

—Más despacio —le dijo—. Mirada al frente, barbilla baja. O estás mirando o te están mirando a ti. Caminar es un arte, como bailar.

Chevalier frunció los labios.

—En ese terreno también necesita ayuda.

—¿Por qué el rey la ignora? —preguntó Béatrice—. Es la más hermosa de la corte.

—Al rey le interesa más la personalidad que la belleza. No es de extrañar que no se fije en vos.

Sophie, humillada, y Béatrice, resuelta, siguieron alejándose con la multitud mientras Chevalier movía la cabeza de un lado a otro.

El rey los observaba a todos: con tanto cotilleo, sus súbditos se le antojaban una bandada de gansos bien vestidos. Lo acompañaban Fabien, Bontemps y Luisa de La Vallière. Aunque iba vestida de acuerdo con la ocasión, con un traje azul pálido bordado en hilo de oro, a la joven parecía incomodarla no sólo el hecho de hallarse en la casa de Dios teniendo en cuenta sus circunstancias, sino también la audacia que suponía mostrarse en público precisamente con el hombre que la había colocado en aquellas circunstancias.

—Bossuet nos ha ofrecido una misa preciosa —dijo Luisa con la esperanza de captar la atención del rey.

—La devoción os sienta bien —respondió Luis. Y luego, sin mirarla, añadió—: Os deseo.

Luisa asintió.

—Sirvo a su majestad como sirvo a Dios. Con todo mi corazón. Y, aun así..., aun así, sire..., percibo un cambio en vos. Os conozco. Y lo percibo.

—Os tengo en gran estima.

Luisa se acarició el vientre.

—Deseo... deseo con todo mi corazón que sea una criatura sana.

Finalmente, el rey miró a Luisa. Su sonrisa era todo lo que ella esperaba.

—Pase lo que pase, será un hijo de Francia. De eso podéis estar segura.

Luisa se acercó un poco más al rey. Él no la rodeó con un brazo, pero tampoco se apartó.

—Fabien —dijo Luis al tiempo que alzaba un dedo—. ¿Era el noble Montcourt quien estaba junto a Louvois hace un momento?

Fabien asintió.

—De azul, sire. Sí. Si me permitís, querría comentaros una cuestión sobre la conspiración española...

Pero Luis negó con la cabeza.

—Ahora no.

Cogió a Luisa del brazo y salió con ella del palco.

Bontemps los siguió con la mirada.

—Responded a sus preguntas, monsieur Fabien —advirtió—. Pero en lo que respecta al rey, no os corresponde a vos ofrecerle información.

El jefe de seguridad frunció el ceño.

—¿Preferís que guarde silencio?

—Sí. Un profundo silencio.

—O sea, ¿que nos están robando? —preguntó Luis.

Dejó caer bruscamente la pluma junto al papel en el que había estado dibujando los planos de un enorme y fastuoso edificio, tras lo cual lanzó a Colbert una mirada acusadora.

Colbert, sentado a una larga mesa junto a los otros ministros del Estado, todos ellos vestidos de negro, se movió inquieto en su asiento. En la puerta, Fabien observaba y escuchaba junto a un silencioso guardia.

—¿Sire? —preguntó Colbert.

Luis expulsó el aire con brusquedad.

—¡Los ingresos de los impuestos que acabáis de resumir! Ya me habéis oído. Nantes baja un siete por ciento; el Lemosín, un catorce; Anjou, un veintiuno; Bourbonnais, un veintiocho; tanto Saboya como Auvernia, un treinta y uno; Épernon, un treinta y cinco... ¡Un auténtico robo!

Los ministros intercambiaron miradas. Luis empujó sus dibujos por encima de la mesa en dirección a Bontemps y siguió hablando.

—Lo hacen porque no temen las consecuencias. Lo que es peor, roban a los habitantes de Francia. En mi nombre. Un vulgar ladrón vestido con una camisa de brocado.

—Sire —dijo Colbert—, los gastos que pedisteis, para la pensión real.

Le entregó al rey un enorme libro de contabilidad. Luis lo hojeó, tan poco impresionado como poco conmovido.

Louvois cruzó las manos sobre el tablero de la mesa.

—Sire, la cuestión de los impuestos es un asunto muy tedioso. Desearía que concentrarais vuestra real atención en temas de más peso. El asunto que nos ocupa es de carácter administrativo y tenemos intención de resolverlo en cuanto regresemos a París. Al fin y al cabo, todos nuestros archivos están allí. Para cuando...

El rey cerró bruscamente el libro de contabilidad.

—¿Quién es el recaudador de impuestos en Épernon?

Louvois parpadeó, pero antes de que tuviera tiempo de responder, el guardia de la puerta golpeó el suelo con su alabarda. Un joven mensajero entró en ese instante, saludó con una inclinación de la cabeza y le entregó una nota a Bontemps.

—¿Quién osa interrumpir nuestro Consejo? —exigió saber Luis.

—Mi señora de Île Saint-Louis —respondió el mensajero con la mirada clavada en sus zapatos.

El rey se volvió hacia Bontemps, pues éste tenía su residencia en Île Saint-Louis. El primer ayuda de cámara se encogió y trató de ocultar la nota.

—Léela —le ordenó el rey.

—Sí..., sí, sire —dijo Bontemps—, en cuanto hayamos aclarado...

—Entonces ¡la leeré yo! —replicó Luis.

Le arrebató la nota, la observó unos momentos y, por último, muy despacio, se la devolvió. Bontemps leyó a su vez la misiva y palideció.

—Ve de inmediato —dijo Luis en un tono de voz algo más suave—. Y que te acompañe un guardia suizo. Hay bandidos en las carreteras.

Sin pronunciar una sola palabra más, Bontemps saludó con la cabeza y se marchó.

Luis permaneció inmóvil durante unos instantes, contemplando la silla que su amigo había ocupado hasta ese momento. Los miembros del Consejo aguardaron, con la esperanza de que el rey arrojara algo de luz sobre el urgente mensaje que había provocado la inmediata partida de Bontemps, pero Luis no dijo nada. Se limitó a ponerse en pie y a señalar a Fabien, que se encontraba al otro lado de la sala.

—¡Buscad al recaudador de impuestos de Épernon! Y dejad que os diga una cosa: el estado de nuestras finanzas no debe salir de esta sala. Por lo que respecta al mundo, no tenemos problemas de liquidez y las arcas reales están muy saneadas. La percepción lo es todo. ¿Me he explicado?

Todos los presentes asintieron.

—Louvois —añadió el rey—, ¿sabemos si ese recaudador de impuestos ha incumplido antes sus obligaciones?

—Para saberlo, sire, tendríamos que consultar los archivos... —respondió Louvois—, que están en París.

—En ese caso, ¡traed los archivos aquí!

El doctor Masson tenía una consulta y una escuela de medicina en su casa de la villa de Versalles, en una especie de amplio consultorio repleto de instrumentos médicos que olía a sangre y a hierro. Era aquél un lugar al que los enfermos acudían en busca de ayuda y al que iban a aprender los jóvenes brillantes interesados por la medicina. Aquella nubosa tarde era la hija de Masson, Claudine, quien examinaba en la consulta el cadáver de una mujer recientemente fallecida. La difunta no era muy vieja, pero su cuerpo presentaba los estragos de una enfermedad no determinada. Claudine levantó la mirada cuando entró su padre.

—¿Has conocido a la reina? —preguntó la joven casi sin aliento—. ¿Es como te la imaginabas?

Masson asintió sonriendo.

—¿Y el rey?

—Sí, aunque es más alto de lo que parece en los cuadros.

El médico se acercó a la mesa y pellizcó la piel amarillenta del cadáver.

—Una autopsia debería revelar la causa de esta muerte —dijo. Se dio cuenta de que Claudine estaba observando las laceraciones que la difunta presentaba en los tobillos—. Y la sangría a través de la vivisección purga el organismo de enfermedades, claro. —Su hija frunció el ceño—. Di lo que tengas que decir, Claudine. Sabe Dios que no puedo impedírtelo.

Claudine era una joven menuda, pero su fortaleza y su inteligencia eran considerables. Se apoyó en la mesa y habló sin ambages.

—Tengo la sensación de que los médicos se plantan delante de los cadáveres y dictaminan las causas de la muerte. Sin embargo, me pregunto si pasan por alto la más obvia de todas las causas: su propia incompetencia.

Masson negó con la cabeza.

—Fuerte como una mula, igual que su madre, y el doble de tozuda.

—Y, lo mismo que ella, seguiré preguntando. ¿Por qué una campesina puede dar a luz a seis hijos, cuatro de los cuales se crían comiendo únicamente raíces y paja, y en cambio mueren siempre los niños de noble cuna que en esa casa de la colina se crían con ayas y engordan comiendo faisanes?

—Los campesinos son muy fuertes.

—Y ¿no crees que quizá nuestra medicina es la culpable? Si fuera Dios mismo quien atendiera a esos niños, ¿les extraería la sangre? —preguntó Claudine al tiempo que sacaba unas ramitas secas de su bolsillo—. Estas hierbas que traigo pueden aliviar el dolor igual que la sangría...

—Pociones y venenos. El jardín medicinal de una partera.

—Sí, soy una partera. Y estos remedios son tan buenos como cualquier otro.

Masson negó lentamente con la cabeza.

—Mi querida niña. Eres inteligente y bondadosa, pero pocos te verían de esa manera. Si ven a una mujer instruida que dice lo que piensa, la palabra que utilizan para referirse a ella es...

—*Bruja*. Dilo.

—¡No consentiré que ardas en la hoguera! ¡Te arruinarás la vida!

Claudine suspiró, le acarició la mano con dulzura y abandonó la estancia.

—Y arruinarás también la mía —dijo Masson, dirigiéndose al espacio que hasta ese momento había ocupado su hija.

A solas en el salón, Claudine contempló los estantes llenos de tarros y cubos en los que su padre guardaba partes humanas, los frutos carnosos y en algunos casos purulentos de sus operaciones. Tumores. Manos hinchadas por la gota. Pies repletos de forúnculos. Corazones. Intestinos. Ojos y lenguas.

Se volvió para asegurarse de que su padre no la había seguido y, a continuación, introdujo una mano en un cubo para extraer una masa llena de sangre. La envolvió en un trozo de tela y se la llevó a hurtadillas a su dormitorio. Tras cerrar la puerta, se sentó a la mesa y abrió el diario en el que había realizado innumerables bocetos de órganos y extremidades. Retiró la tela, analizó los sanguinolentos órganos y, a continuación, empezó a dibujar en una página en blanco que llevaba por título: «Reproducción femenina: matriz y útero».

Se había instalado un enorme tablero en el centro de la sala del real pabellón en la que se reunía el Gabinete de Guerra. Estaba cubierto por maquetas de castillos y fortalezas, así como por diminutos soldados y caballos. De niño, Luis consideraba aquellos objetos una diversión, un juego de fantasía. «Pero para un rey la guerra nunca es un juego. La guerra es real. La guerra supone la diferencia entre un reino y una nación de esclavos.»

Luis permanecía junto a la ventana mientras sus generales trazaban un plan, un plan que llevaría a Francia a su primera guerra bajo ese reinado: una guerra contra los españoles, motivada por su negativa a pagar la dote de la reina, la infanta María Teresa.

—Si queremos salir victoriosos en los Países Bajos españoles —dijo Louvois—, debemos reclamar nuestro premio a dos bandas. El norte y el este. Dos frentes que trabajen juntos.

Luis frunció el ceño.

—¿Dos frentes? Habíamos hablado de una única columna.

—Dado que su majestad estaba muy preocupado por otros asuntos de Estado, creímos que era mejor que...

La puerta se abrió de repente y entró Felipe, fastuosamente ataviado con una chaqueta roja de lazos amarillos. Los generales saludaron con una inclinación de la cabeza al tiempo que Luis cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Dejadnos solos. Todos —ordenó el rey.

Los generales inclinaron de nuevo la cabeza y se marcharon.

Luis se acercó al tablero de guerra, sin perder de vista a su hermano, y ladeó la cabeza en un gesto de reproche.

—Te has gastado cincuenta mil en unos zapatos. He visto el informe.

—Ah, pero no has visto los zapatos —respondió Felipe al tiempo que extendía un pie para mostrar unas preciosas chinelas de tacón blanco.

«¡Maldito sea! ¡Cuánta frivolidad!», pensó Luis, aunque consiguió no perder la calma. Extendió una mano y desplazó hacia Brujas varios de los diminutos soldados. Tal vez el plan de Louvois contara con ciertas ventajas. Tendría que volver a analizarlo.

—Cuando te pregunté si me cubrirías las espaldas, hermano, me refería a protegerlas.

—Tú te construyes un palacio, yo prefiero la ropa. Tal y como tú mismo has dicho, la percepción lo es todo. Si me dejas ir a la guerra, no sólo te cubriré las espaldas, también te cubriré de gloria.

—¿Qué sabes tú de la guerra?

Felipe señaló el tablero.

—Estás exponiendo los flancos. Es peligroso. Teniendo en cuenta el terreno, yo me plantearía la posibilidad de repartir las tropas a lo largo de la línea de abastecimiento. Una ofensiva en el momento preciso podría dividiros en dos.

Extendió una mano y cogió una pieza para cambiarla de sitio. Luis le propinó un manotazo.

—Sólo quiero enseñártelo —dijo Felipe.

—Deja la pieza en su sitio.

—Es tan obvio que salta a la vista.

—¡Devuélvemela!

Luis le cogió la mano y se enzarzaron en una pelea por hacerse con la pieza.

—¿Te cubro las espaldas y qué es lo que obtengo a cambio? —aulló Felipe mientras trataba de zafarse de su hermano—. ¿Respeto? ¿Poder? ¡No!

—¡Obtienes dinero que luego derrochas! —exclamó Luis.

—Me denigras en cuanto se te presenta la ocasión.

—¡No olvides con quién estás hablando! ¡Devuélvela! ¡No lo repetiremos!

Luis supo que Felipe estaba a punto de ceder, pues el uso del plural mayestático le había indicado que era el momento de rendirse. Así, Felipe le entregó la pieza a su hermano.

—Nunca has sabido compartir —le dijo.

—Anda, vete a jugar —replicó Luis—. Los hombres de verdad tenemos cosas que hacer.

Cuando Felipe dio media vuelta para marcharse, Luis volvió a dejar la pieza en el sitio que había ocupado hasta entonces.

Estaba enfadado. ¡Dios, qué enfadado estaba!

Felipe entró bruscamente en la cámara privada de Enriqueta. La duquesa apartó la mirada del jarrón de flores que estaba arreglando y captó de inmediato el estado de ánimo de su esposo.

—¿Creéis que a vuestro hermano le gustarán estas flores? —empezó a decir.

Felipe, sin embargo, no respondió. La cogió por sorpresa, le arrancó las faldas y las lanzó a un lado. Luego le metió las manos bajo las enaguas y le rasgó la ropa interior.

—Creo que quiero un hijo —dijo entre dientes mientras le acariciaba con un dedo la húmeda abertura, entre las piernas.

—En ese caso —repuso Enriqueta con voz temblorosa—, será mejor que recemos.

Felipe empujó a su esposa hacia la cama y se desabrochó las calzas.

—Decid lo que queráis —gruñó—. No os va a servir de nada.

Luis convocó al famoso arquitecto Le Vau y al respetado paisajista Le Nôtre a su apartamento privado con el objeto de enseñarles los planos que él mismo había dibujado. Los dos hombres permanecieron en pie, mientras contemplaban la enorme hoja de papel que el rey había llenado de bocetos.

—Como os mencioné —dijo Luis, entusiasmado ante la idea de dar el paso definitivo hacia su sueño—, la envoltura debe rodear por completo el pabellón. A lo largo de toda la terraza, pero por el interior, quiero una gran galería de espejos que deben reflejarse en la simetría. Tendremos que comprar el cristal en Venecia. Los jardines de esta parte se extienden de aquí hasta aquí.

—Muy bien, sire —respondió Le Nôtre—. ¿Qué es este gran rectángulo de aquí?

—Un lago muy grande.

Le Nôtre se rascó la barbilla. Su expresión dubitativa puso inmediatamente de mal humor al rey.

—Sire, llenar un lago de esas dimensiones...

Luis apretó los puños, al tiempo que la rabia le iba atenazando la garganta. En algún lugar de su mente, oyó la voz de su madre. «Entiendes cuál es el problema, ¿verdad? —le susurró—. En cuanto muestres tus cartas, tus enemigos empezarán a ir en tu contra.»

—Majestad —dijo Le Vau—, no hay suficientes ríos en Versalles.

Luis contempló al paisajista.

«¡Me obedecerán!»

—Entonces traed aquí los ríos —replicó con dureza.

En cuanto Le Vau y Le Nôtre se hubieron marchado, Luis bajó a los jardines donde cavaban y sembraban hombres cubiertos de tierra. Se detuvo antes de llegar junto a Jacques, el jardinero.

Jacques vio al rey, dejó caer su desplantador e inclinó profundamente la cabeza.

—¿Cuánto tiempo hace que trabajas para mí?

—Seis meses, sire —respondió Jacques.

—Y ¿antes de eso?

El jardinero alzó la mirada.

—Estaba en la guerra, sire.

—¿Qué te pasó en el brazo?

—Me lo dejé en el campo de batalla, en Malinas.

—Mira que eres olvidadizo —dijo el rey riendo entre dientes. Levantó la mirada hacia el reluciente sol, para disfrutar durante unos instantes de sus cálidos rayos, y luego se concentró de nuevo en el jardinero—. ¿Qué necesita un soldado para ser jardinero?

—Saber cavar. Trincheras y tumbas. Esas terrazas están fortificadas. Vuestros árboles marcharán en formación. La planificación de un jardín como éste no es tan distinta de la planificación de una guerra. Dentro de varios siglos, la gente paseará por estos jardines y contemplará una belleza perdurable. Una guerra que luchó en nombre de la belleza, para derrotar al caos.

—¿Se tardaría mucho en cavar un lago aquí? De media legua de longitud, hasta los árboles.

—Bastante. Necesitaría un ejército, sire.

Luis consideró las palabras del jardinero y, por último, dijo:

—Que pases un buen día.

—Que paséis un buen día, majestad. Que la reina tenga un buen parto. Y que vuestros sueños estén repletos de maravillas.

Luis se volvió para mirar al jardinero.

—¿Sueños?

—Mi madre me dijo una vez que todo hombre, antes de ser padre, revive su propia infancia.

Île Saint-Louis era una espléndida mansión de París, una inmensa casa repleta de obedientes criados y, muy a menudo, también de luz y alegría. Pero aquella tarde radiante las estancias tenían un aire sombrío, a pesar de los lujosos muebles. El hijo de Bontemps, apenas un muchacho, padecía una enfermedad mortal.

El chico, pálido y débil, sudaba en su cama. Bontemps, recién llegado de Versalles, abrazó a su esposa —la estrechó durante un largo momento, en un intento de recuperar en parte el tiempo que él había permanecido ausente— y luego se arrodilló junto a su hijo para secarle la frente con un paño húmedo. Se le encogió el corazón y notó en los ojos el escozor de las lágrimas. Viruela. «Santo Dios.»

Dos médicos de la corte del rey habían viajado con Bontemps. Intercambiaron unas cuantas palabras en voz baja antes de sentarse en el extremo inferior del catre, colocar los pies del muchacho fuera de la cama y, por último, depositar un cuenco en el suelo. El hijo de Bontemps se estremeció al ver la cuchilla que uno de los médicos sostenía en la mano.

—Ya... ya me encuentro mucho mejor —aseguró el muchacho con voz ronca.

Su padre siguió secándole la frente.

—Tienen que hacer su trabajo. Los envía el rey. Son los mejores médicos del país.

—Padre, por favor —dijo el chico al tiempo que le cogía una mano a Bontemps y se la apretaba, justo en el instante en que el médico le acercaba la cuchilla al tobillo—. Cuéntame una historia, por favor.

El médico rasgó con la cuchilla el tobillo y el muchacho gimoteó. Pronto empezó a gotear la sangre en el cuenco.

—Érase una vez —empezó a decir Bontemps, procurando mantener la voz firme— un rey valiente y glorioso que vivía en un hermoso palacio, en mitad del bosque. Su primer ayuda de cámara era un hombre que servía al rey de todo corazón. Había heredado el cargo de su padre, del mismo modo que tú lo heredarás algún día del tuyo.

—¿Yo trabajaré para el rey? Y ¿qué haré?

Bontemps acarició la mejilla febril de su hijo.

—Serás el primer hombre al que el rey ve por la mañana y el último al que ve por la noche. Anticiparás todas sus necesidades, para que él pueda perseguir su maravilloso destino con valor y determinación. No conocerás a nadie tan sabio, bueno y generoso como él. Te sentirás el hombre más afortunado del mundo, hijo mío. Serás uno de los pocos que sepan de verdad los pensamientos más íntimos del rey. Y entonces, un día, le contarás ese viaje a tu propio hijo y le entregarás estas bendiciones.

El niño se pasó la lengua por los labios resecos y, con una vocecilla que sólo su padre oyó, dijo:

—Pero si vivo con el rey..., ¿cuándo podré volver a casa?

El burdel de Épernon no se diferenciaba mucho del burdel de cualquier otra ciudad. Si bien se proporcionaban hierbas, medicinas y otros tratamientos médicos menores, el principal tratamiento consistía en facilitar a los hombres coños peludos y apestosos y labios pintados que, tanto en un caso como en otro, resultaban muy útiles a la hora de aplacar el deseo rabioso e incontenible de quienes querían gastarse unas cuantas monedas.

Después de hacer unas cuantas preguntas, Fabien había descubierto que el recaudador de impuestos que se dedicaba a estafar estaba recibiendo «tratamiento» en aquel burdel.

El jefe de seguridad había recorrido las diez leguas de distancia hasta Épernon acompañado por guardias y cargado con un maletín de piel y una hachuela. Durante el camino, había pensado en el rey y en el peligro que corría su vida. Fabien estaba convencido de que los españoles tenían a alguien dentro de la corte que apoyaba su causa. Recordó el mensaje en clave que había confiscado a los presuntos asesinos y también que nadie había conseguido descifrarlo todavía. Pensó en el recaudador calvo y estafador y en lo mucho que deseaba acabar de una vez con la tarea que lo había llevado hasta allí.

Provisto de un candelabro de cinco brazos que arrojaba una luz temblorosa, Fabien recorrió los estrechos y hediondos pasillos y las sofocantes habitaciones del burdel hasta encontrar lo que buscaba. El recaudador de impuestos estaba en una cama combada con dos prostitutas. Una de ellas se había abierto de piernas para la otra, que tenía el rostro enterrado en su mata de vello púbico. El recaudador estaba fornicando con la segunda mujer, embistiéndola por detrás con fuerza, sudando como un cerdo y gruñendo como tal.

Fabien se aclaró la garganta. El recaudador se volvió, con los labios torcidos en un gesto de confusión. La ramera con la que estaba fornicando rodó sobre el catre y se puso en pie de un salto sin dejar de chillar.

—Sujétame esto —le dijo Fabien a la ramera al tiempo que le pasaba el candelabro.

La mujer lo cogió, con unos ojos abiertos como platos. El recaudador desnudo trató de recobrar la compostura. Se puso en pie y agitó un puño regordete; la esmeralda que lucía en su dedo meñique emitió un destello al reflejar la luz.

—¿Qué significa todo esto?

—Aritmética —respondió Fabien—. Después de lo que le ocurrió a Fouquet, creía que los recaudadores habíais aprendido algo.

Fabien saltó hacia adelante, le sujetó la mano al hombre calvo y se la empujó hacia la pared. Sacó entonces la hachuela que llevaba en el maletín y golpeó con ella la mano del hombre, cortando de un solo tajo los cinco dedos. El recaudador de impuestos chilló de dolor y se dejó caer al suelo. Fabien le clavó entonces una rodilla en el pecho y, valiéndose de las velas del candelabro, cauterizó los muñones de los dedos. Mientras el hombre aullaba y se sujetaba la mano mutilada y chamuscada, Fabien dijo:

—Ahora me recordarás. Como recaudador de impuestos que eres, sabrás contar, ¿no?

El hombre asintió como pudo.

—Sólo para que lo tengas en cuenta en el futuro —añadió Fabien—, nosotros también sabemos contar.

Se acercaba el momento del alumbramiento y la reina no hacía más que retorcerse en la cama, mientras las sombras nocturnas dibujaban intrincadas formas en el suelo de la estancia. María Teresa respiraba hondo cada vez que llegaban las contracciones, aún irregulares pero cada vez más dolorosas. Masson y Claudine atendían a la soberana con seguridad, aunque también con cierta inquietud. El médico le susurró a su hija que debían estar preparados para marcharse si la reina daba a luz a una niña. De hecho, tendrían que huir, pues sus vidas podían correr peligro.

Mientras la reina se aferraba al cubrecama y pedía ver a su esposo, Luis estaba en su propio apartamento, preparándose para una fiesta y para dar a conocer algo que llevaba meses diseñando. ¡Cuánto se entusiasmaría la corte al saber su plan! Un ayuda de cámara le colocó bien los pliegues de la capa de seda y le arregló los volantes de las mangas. A continuación, Luis se contempló en el espejo que un segundo ayuda de cámara le sostenía delante, para que pudiera volverse hacia uno y otro lado.

Fabien se acercó al rey hasta donde el protocolo lo permitía, decidido a ofrecerle su informe y su advertencia.

—Sire —dijo en voz baja—. Hay miembros de esta corte dispuestos a vender al mejor postor detalles de nuestra vida, sin que les importen en absoluto las repercusiones que ello pueda tener para vuestra seguridad. Los españoles encerrados en vuestras mazmorras estaban convencidos de que el dinero que gastaban les permitiría el acceso a vuestra corte.

Luis apartó la mirada del espejo.

—Esas personas a las que mencionáis..., ¿serían capaces de informar a otros de las cuestiones que aquí tratamos?

—Sin la menor duda, sire. ¿Deseáis que actúe?

—No.

—Pero llevaban encima un mensaje en clave que por ahora no se ha podido descifrar. Llegaron aquí sabiendo que encontrarían un aliado. Llegaron convencidos de que...

Luis levantó una mano.

—A lo largo de la noche, habrá un momento en que monsieur Montcourt deseará marcharse. Permitídselo. Tened sus caballos preparados.

Fabien retrocedió y asintió.

—La gente nos cree débiles —señaló el rey—. Pues hagámosles saber que somos fuertes. Digámoslo una vez y todos escucharán.

Tras esas palabras, Luis hizo un gesto con el brazo para indicarle a Fabien que se retirara.

La fiesta, todo un despilfarro de lujo, ya había empezado en el gran salón. Cientos de velas ardían sobre las mesas y en los candelabros. Flores y plumas adornaban las mesas, mientras varios acróbatas saltaban y daban volteretas, unos cuantos tragafuegos dejaban perplejos a los asistentes al engullir antorchas encendidas y un cuarteto de cuerda tocaba en el entrepiso. Cuando la música se convirtió en una alegre alemanda, los asistentes se dirigieron al centro del salón para bailar.

Fabien permaneció a un lado, contemplando la celebración con los brazos cruzados. Un discreto alboroto en el salón le llamó la atención: Chevalier estaba intentando enseñar a bailar a la joven Sophie. Era una muchacha encantadora y adorable, aunque no poseía talento alguno para el baile: cuanto más se esforzaba Chevalier por colocarle pies y brazos en la posición correcta, más torpes resultaban los movimientos de ella. Fabien contempló la accidentada clase de baile y luego dirigió la mirada hacia Béatrice, que parecía bastante abochornada por la ineptitud de su hija. Finalmente, Chevalier se rindió y apartó a Sophie a un lado en un gesto de impotencia.

Felipe se acercó en ese momento, le cogió la mano a Chevalier y bailaron los dos juntos con bastante gracilidad. En el mismo instante, Béatrice se volvió hacia Fabien. Las miradas de ambos se encontraron y ninguno de los dos la apartó. A Fabien le dio un vuelco el corazón y notó una sensación tan estimulante como aterradora. ¡Era tan hermosa!

Con el corazón desbocado, abandonó de inmediato la fiesta y se dirigió a la galería. Estaba aturdido por la mirada que Béatrice le había dedicado. Se quedó inmóvil y en silencio, tratando de recobrar la compostura. Tenía tareas que cumplir, cosas en las que ocupar su mente para no pensar en lo sucedido. Sí, eso le iría bien, eso le...

El rey apareció en ese momento en el corredor, escoltado por lacayos y guardias, y entró en el gran salón. Fabien lo siguió.

En el lado norte de la estancia había un rincón oculto tras una pesada cortina. A una señal de Luis, los lacayos descorrieron la cortina y dejaron a la vista una larga mesa cubierta por una tela suntuosamente bordada. Había algo muy grande escondido bajo la tela. Chevalier alejó a Sophie de Béatrice y la empujó hacia las primeras filas de la multitud.

Luis escudriñó la habitación y luego se dirigió a sus súbditos.

—Muchos de vosotros habéis preguntado por qué seguimos aquí. El motivo es que tengo un regalo para vosotros. Un regalo que compartiremos. Una maravilla para el mundo entero.

Hizo un gesto con la cabeza y los lacayos retiraron la tela.

Sobre la mesa se hallaba la maqueta de un palacio, la más asombrosa y enorme que Fabien había visto jamás. Era tan ancha y larga como la mesa, y representaba innumerables arcos, ventanas, puertas, columnas, minúsculas estatuas blancas y jardines en miniatura, todo ello con increíble detalle. La multitud, sobrecogida, guardó silencio al instante.

—Contemplad a la madre del nuevo destino de Francia —dijo Luis, haciendo un amplio gesto con el brazo—. Como madre, nos amará y nos respetará. Como hijos, la amaremos y la respetaremos. Un palacio que os robará el corazón en cuanto presenciéis por primera vez su belleza.

Las damas se llevaron maravilladas las manos a las mejillas. Los caballeros intercambiaron gestos de asentimiento. Fabien miró de nuevo a Béatrice y vio que ella también lo estaba observando. Una vez más, le dio un vuelco el corazón. Y, una vez más, desvió la mirada.

—Desde los rincones más alejados del mundo —prosiguió el rey— vendrán los hombres a verlo. Y quienes lo vean jamás lo olvidarán. Os ofrezco... Versalles.

Chevalier fue el primero en reaccionar. Se echó a reír y luego aplaudió con entusiasmo. Los demás no tardaron en imitarlo. El rey sonrió, fortalecido por las muestras de admiración.

La multitud se acercó un poco más para contemplar la maqueta. Fabien se concentró entonces en Montcourt, que también parecía fascinado, aunque no tardó en retroceder y escabullirse discretamente del salón. Fabien miró al rey. Sí, Luis también había advertido su salida.

Montcourt se alejó en solitario a través de un oscuro túnel de suministros, volviéndose de vez en cuando para mirar por encima del hombro, avanzando a hurtadillas entre los fríos muros grises. Tenía una expresión decidida en el rostro, parecía concentrado y atento. Se detuvo junto a la pared y retiró una piedra suelta. Dejó un mensaje enrollado en el hueco, devolvió la piedra a su sitio y se alejó a grandes zancadas.

El sol aún no había salido cuando Bontemps despertó al rey para decirle que el nacimiento del real bebé era inminente. Luis se vistió de forma apresurada con su bata de color burdeos y echó a correr por los pasillos hacia el apartamento de la reina, seguido por Bontemps, Colbert y sus guardias.

Louvois, a quien había despertado el alboroto, apareció en su puerta justo cuando pasaba la comitiva.

—¿La reina? —preguntó.

Bontemps asintió. Louvois se unió a la procesión, pero el rey se dirigió a él en cuanto llegaron a la puerta del apartamento de María Teresa.

—Vuestros planes de guerra no son ventajosos, Louvois. No podemos exponer nuestros flancos. Los iremos rodeando, de ciudad en ciudad. Nos dirigiremos al Rin y de allí al norte, hacia el mar. Traedme la dote.

—No... no puedo planear así una guerra —repuso Louvois sorprendido—. No podemos permitirnos...

—El dinero está allí —dijo el rey—. Y, lo más importante, la gloria también.

Bontemps abrió la puerta. Entraron todos, pero antes de que Louvois pudiera seguirlos, el rey le cerró la puerta en las narices.

María Teresa gritaba y el sonido de su voz era penetrante, angustioso.

El rey, Bontemps, Colbert, Masson y Claudine se hallaban junto al lecho de la parturienta. Las damas de compañía de la reina, los cortesanos, varios guardias y el paje de la reina, Nabo, se encontraban tras ellos. Una atmósfera expectante se había adueñado de la habitación. María Teresa tenía los ojos enrojecidos y estaba exhausta.

—Demasiada gente —consiguió decir—. Demasiada.

Entonces empujó de nuevo, aulló y volvió a empujar. Luis sonrió esperanzado. «Mi hijo. Mi hijo ya está aquí.»

—Ahora —dijo Masson—. Ya está aquí la criatura.

Echó un vistazo bajo los pliegues de la manta y por fin vio, entre las piernas de la reina, la húmeda cabecita de un bebé. María Teresa gritó y empujó de nuevo. La criatura fue expulsada y empezó a llorar, llena de vida.

Masson se puso tenso. Parpadeó.

Claudine, que había estado observando atentamente, pareció horrorizada.

El médico se apartó de la cama.

—Que salga todo el mundo —dijo.

Luis frunció el ceño.

—¡Ahora! —ordenó Masson.

El rey hizo un gesto con la cabeza y todos los presentes abandonaron la habitación, excepto él mismo, Bontemps, Masson y Claudine.

—¿Qué significa todo esto? —exigió saber.

Masson contempló a la reina y a la criatura, todavía oculta bajo la manta. Tragó saliva con dificultad.

—Yo... Sire... No...

—¡Habla! ¿Te has quedado sin lengua?

Claudine levantó la vista para ocultar a María Teresa, que jadeaba entre las almohadas, la imagen de la criatura. Masson cogió con delicadeza al bebé. Era una niña, que lloraba con buenos pulmones.

Y era negra.

2

Finales de primavera - principios de verano de 1667

«Imposible. ¡No puede ser cierto!», pensó atropelladamente Luis, convencido de que aquella cosa, aquella criatura, era un engaño. ¡Una pesadilla! ¡Un repugnante truco!

Y, sin embargo, era muy real. La criatura a la que acababa de dar a luz la reina no sólo era niña, sino que tenía la piel tan oscura como los africanos.

Bontemps se acercó para coger al bebé, que Masson aún sostenía en brazos, al tiempo que María Teresa se incorporaba un poco para verlo. Contuvo una exclamación y enseguida se dejó caer de nuevo sobre los cojines.

El primer ayuda de cámara envolvió a la criatura en una toalla y salió apresuradamente de la habitación de la parturienta, cruzó la antesala y llegó al corredor. Una joven doncella estuvo a punto de chocar con él y, justo en ese momento, una esquina de la mantita se desprendió, lo que permitió a la doncella vislumbrar al bebé. Se estremeció y apartó de inmediato la mirada, pero ya era demasiado tarde. Había visto con sus propios ojos lo que nadie debía ver. Se retiró enseguida hacia otro corredor, con la cabeza gacha.

Mientras Bontemps desaparecía con la criatura en busca de una ama de cría en la que pudiera confiar de lleno, Masson seguía en la cámara de la reina, temblando y dirigiendo alternativamente la mirada al rey, al suelo y a María Teresa. Un segundo después, ofreció una vacilante explicación acerca de la afección que padecía la criatura.

—Sire, creo... creo que, poco después de que la reina se quedara encinta, su paje Nabo apareció de repente y... y le lanzó a la reina una mirada que impregnó de oscuridad su real matriz.

Luis contuvo la imperiosa necesidad de abofetear al médico.

—Sin duda, no debió de ser una mirada cualquiera —se limitó a responder.

Luego abandonó airadamente los aposentos de la reina y salió al corredor. Colbert lo vio y se apresuró a alcanzarlo.

—¿La criatura, sire? —preguntó.

Luis mantuvo la mirada fija al frente y no se molestó en aminorar la marcha.

—Nació muerta. Se está organizando el funeral. Bien, ¿han llegado los sastres para el pabellón?

—Están de camino, sire. El pabellón es la sensación de la corte. Majestad, lamento mucho que...

Pero el rey lo ignoró y echó a andar más rápido. Sus pasos resonaron como los latidos de un corazón furioso.

Fabien encontró la alcoba en la que su ayudante, una mujer poco agraciada y sin sentido del humor llamada Laurene, permanecía en silencio con el ama de cría. El aya era una mujer fea, ciega y casi desdentada, aunque tarareaba dulcemente mientras la criatura mamaba. Era un bebé muy sano, de mirada viva y fuertes piernecitas, que pataleaba sin descanso.

Tras un gesto de Fabien, Laurene le quitó la criatura al ama de cría y se dirigió hacia la puerta. Aquél cogió a su ayudante por el brazo y le susurró al oído:

—Había una doncella que estaba trabajando justo delante de la cámara de la parturienta. Ojos verdes y una cicatriz en la barbilla. Quiero su nombre.

Chevalier detuvo a Sophie y a Béatrice en el corredor. Ladeó la cabeza y se dirigió a esta última.

—¿Recordáis lo que os dije cuando vinisteis a la corte? —preguntó.

Béatrice asintió.

—Dijisteis que me devolveríais cualquier favor con intereses. Y, sin embargo, sigo esperando después de que me obligarais a extender todos aquellos rumores sobre vuestro amiguito rubio, hace ya mucho de eso.

Chevalier sonrió con astucia y le entregó un sobre.

—Eso es lo que más me gusta de vos, prima. Que tengáis tanta paciencia.

Mientras Chevalier se alejaba, Béatrice abrió el sobre. Sophie miró por encima del hombro de su madre para leer la carta.

El rey se complace en invitaros a una exposición privada de distintos tipos de encaje, terciopelo y otras telas, traídas por los maestros sastres y merceros de Saint-Honoré. Al finalizar, se organizarán un mercado y un gran banquete en honor de los comerciantes.

Béatrice sonrió. Su majestad se había fijado en su hija. Un importante avance para ella y, sobre todo, para Sophie.

María Teresa se pasó la lengua por los resecos labios y se esforzó por sentarse. Luis estaba junto a ella en la cama, con los brazos cruzados, pero no se molestó en ayudarla.

—Tenéis las mejillas muy pálidas —le dijo—. A diferencia de vuestra hija.

—¿Dónde está? —preguntó ella—. Por favor...

Luis se burló. Cruzó la estancia hasta el escritorio de la reina, cogió un afilado abrecartas y lo sopesó en las manos. Bontemps lo observaba en silencio.

El rey rozó la punta del abrecartas y le dio la vuelta, como si lo estuviera estudiando.

—¡Madre de Dios! —dijo María Teresa entrecortadamente.

—Lo que hacemos aquí tiene repercusiones en el mundo entero —replicó el rey—. ¿Creéis que si Guillermo de Orange, allá en el norte, supiera lo que ha ocurrido se detendría un solo segundo en nuestras fronteras? ¿Acaso no nos vería, a mí, el rey, y a esta nación como una estirpe débil, envilecida y ridícula? Lo que habéis hecho no es propio de una esposa ni de una reina. Es un acto de sedición llevado a cabo por una traidora.

—Vos... ¡vos sois mi rey!

—Sé lo que me han costado vuestros actos. Pero aún desconozco su valor.

La reina unió las manos, temblorosas, y empezó a rezar.

—¡Que Dios me ayude! ¡Que Dios me perdone!

—Habláis en francés cuando os apetece y en español cuando deseáis esconderos —se burló Luis—. Tal vez ansiáis las visitas inesperadas. ¿Acaso os recuerdan a vuestro hogar?

—Aquí soy feliz.

—Si no habláis el idioma, no es de extrañar que no tengáis amigos.

—Si la corte me considera estúpida, al menos me considera digna de algo. ¡Aunque sólo sea compasión!

—No obtendréis compasión de mí. Bontemps...

El primer ayuda de cámara inclinó la cabeza.

—Su majestad parece indispuesta. Masson la atenderá y permanecerá confinada hasta que esté preparada para unirse de nuevo a nosotros.

Luis clavó el abrecartas en la madera del escritorio, con fuerza, y salió de la estancia. Bontemps lo siguió de inmediato.

En cuanto el rey se hubo marchado, Nabo trepó a la cama de la reina y trató de acurrucarse junto a ella. La reina, sin embargo, lo apartó de un manotazo. Nabo gimoteó y regresó a su camita, junto al fuego.

El aire de la tarde era dulzón y cálido, impregnado por los olores de las incontables variedades de flores que ya empezaban a abrirse. Junto a los jardines más altos se veía ahora un naranjal, plantado por Jacques, el inteligente soldado convertido en jardinero. Las hojas de los naranjos temblaban, movidas por la brisa.

Con la mente ocupada en muchos asuntos, Luis se adentró por un sendero moteado de rayos de sol. Lo flanqueaban Louvois y Colbert, uno a cada lado, y lo seguían Bontemps, Fabien y varios guardias suizos.

—Sire —dijo el contable real—, podemos optar por la guerra o por el esplendor, pero dudo que podamos tener ambas cosas.

—Entonces —intervino Louvois—, que sea la guerra.

—Entonces —replicó Colbert—, los holandeses se asegurarán las rutas comerciales al oeste de África y nosotros no tendremos parte alguna.

Louvois negó con la cabeza.

—No se puede poner precio a la gloria.

—Los holandeses están equivocados —dijo el rey—. Y eso Francia debe agradecérselo a mi esposa.

Luis aceleró el paso y dejó a Colbert y a Louvois atrás. Bontemps trató de alcanzarlo, pero el rey se lo impidió con un gesto de la mano.

Los ministros y el primer ayuda de cámara, pues, se quedaron inmóviles, observándose frustrados unos a otros sin pronunciar palabra, hasta que Fabien ordenó a los guardias que siguieran al rey, aunque fuera desde una distancia prudencial, y no lo perdieran de vista.

Felipe, Chevalier y varios nobles aparecieron en ese momento por un camino lateral bordeado de rosales. Se reían con alegría, al sol.

—Bontemps —dijo Felipe, alzando un dedo en el aire—, ¿son ciertos los rumores?

—¿Rumores? —respondió Bontemps.

—Vamos. Mi hermano ha enviado a buscar los archivos. ¿Significa eso que vamos a quedarnos aquí otra semana?

El primer ayuda de cámara se encogió de hombros.

—Vaya —contestó Chevalier torciendo el labio—, será que no te oye. Tiene orejas de viejo.

Bontemps habló pausadamente, en tono neutro:

—No puedo hablar por el rey. Pero la reina está indispuesta. Supongo que nos quedaremos aquí hasta que se recupere.

—Y ¿por qué deberíamos creeros, Bontemps? —preguntó Felipe—. Un vulgar criado que duerme como un perro a los pies de la cama de su amo. ¿Qué clase de hombre se comporta así?

Felipe y sus amigos se echaron a reír. En ese momento, Felipe advirtió que Chevalier le guiñaba el ojo a uno de los miembros más atractivos de la comitiva y, de inmediato, se le borró la sonrisa del rostro.

—Un hombre leal, Monsieur —indicó Bontemps tras una pausa.

Seguido por sus guardias, Luis entró en el inmenso huerto en el que crecían los naranjos, plantados en grandes macetas plateadas. Aún quedaba mucho trabajo por hacer para que todo resultara tan hermoso como había imaginado, pero los jardineros estaban muy ocupados podando las ramas enfermas de los árboles, que luego arrojaban a una pequeña hoguera. Los hombres se arrodillaron en cuanto vieron al rey, pero éste les indicó con un gesto que se levantaran y reanudaran su trabajo. A continuación, se volvió hacia Jacques, que supervisaba los trabajos mientras daba órdenes y consultaba el papel que sostenía en una mano.

—Cuéntame cómo van los trabajos por aquí —le dijo Luis.

Jacques señaló uno de los naranjos.

—Es responsabilidad mía comprobar la procedencia de cada uno de los árboles que su majestad recibe. Éste —indicó mientras consultaba el papel— procede de los jardines botánicos de Montpellier. Ese de ahí, de la Universidad de Estrasburgo. Pero, antes de eso, estuvieron en Arabia y China —añadió al tiempo que observaba abiertamente al rey—. Si se conoce la semilla, se conoce la raíz. Y, si se conoce la raíz, se conoce el árbol y el fruto que vendrá después. Así que quemo los árboles enfermos y preservo la estirpe. Y el rey tendrá sus flores de azahar.

Luis asintió, satisfecho y cargado de nuevas ideas. No muy lejos de allí, a la sombra de una pérgola cubierta de hiedra, un noble de la corte se había detenido a escuchar. Se volvió hacia su compañero y dijo:

—Si no tenemos una prueba de nuestro título y procedencia, entonces no tenemos nada.

Revigorizados tras su paseo entre flores y setos, Felipe y sus apuestos amigos se acomodaron en el apartamento de este último para probar unos cuantos perfumes nuevos. Mientras una solitaria doncella se pegaba a la pared para pasar desapercibida, los hombres ocuparon sillones y divanes y se dedicaron a olisquear pañuelos de seda, que se iban pasando unos a otros.

—Y éste —dijo Felipe mientras sostenía en alto un pañuelo bordado con hilo de oro— es lo último en perfumes. Melisa y lavanda.

Le tendió el pañuelo a Chevalier, quien se lo acercó a la nariz y olisqueó apreciativamente. Otro de los nobles se levantó de un salto y le arrebató el pañuelo. Entonces, se echaron todos a reír y empezaron a jugar al corre que te pillo, empujándose y haciéndose cosquillas unos a otros para tratar de coger el pañuelo. El hombre que lo tenía lo sacudió en el aire, lo dejó caer y salió corriendo de la habitación, seguido por los demás. Felipe se quedó solo en su apartamento, riendo entre dientes. Recogió el pañuelo y, justo en ese momento, oyó un débil sollozo procedente de un rincón.

Se volvió.

—Disculpadme, Monsieur —dijo la doncella.

Era una joven más bien fea, de ojos verdes, que lucía una cicatriz en la barbilla. Felipe frunció el ceño y se acercó a ella.

—¿Qué ocurre?

La doncella empezó a llorar y le temblaron los hombros. A regañadientes, Felipe le ofreció el pañuelo y la joven se secó los ojos.

—El bebé real —precisó.

—Sí, todos estamos apesadumbrados —repuso él.

—He... he visto algo.

—No te entiendo.

La muchacha se sorbió la nariz.

—La criatura estaba viva. Y... y tenía un color muy extraño.

Felipe se acercó más.

—¿Qué locuras estás diciendo?

—Os lo suplico, majestad. Os lo cuento en la más estricta confianza y movida por el espíritu de lealtad que... Mi madre trabaja para vos en Saint-Cloud y me siento en el deber de hablar. ¿Tal vez podríais ayudarme a entrar a servir con ella?

—¡Ah, aquí estás! —exclamó Chevalier desde la puerta.

Le dedicó una fría sonrisa a Felipe, se acercó a él y lo besó apasionadamente. Cuando éste se volvió, la doncella ya había desaparecido.

—Parece que hoy todo el mundo está de mal humor —dijo Chevalier.

—El rey ha perdido una hija. Y yo, una sobrina.

Chevalier arqueó una ceja y se contempló las puntas de los dedos.

—Sí, será eso.

—¿Es que nunca te tomas nada en serio?

—No, si puedo evitarlo.

El naranjal del rey era espléndido. Una confirmación más de la gloria del Rey Sol, un paso más hacia el futuro. Sin embargo, lo que importaba era el momento presente. Los ministros se habían reunido en la sala del Gabinete de Guerra, sentados a una mesa cuya cabecera ocupaba Luis. Bontemps permanecía algo alejado, siempre escuchando, siempre listo para satisfacer cualquier deseo de su rey.

—Sin los documentos legales ante nosotros —declaró Luis—, mi edicto no tiene legitimidad. ¿Dónde están los archivos? ¿Por qué no los tenemos aquí delante? ¿Siguen de viaje?

Todas las miradas se volvieron hacia Louvois, que respiró hondo.

—Sire —empezó a decir—, se tomó la decisión de que la comitiva diera media vuelta.

—¿Qué? ¿Quién ha tomado la decisión?

—La carretera que sale de París es peligrosa, sobre todo cuando se aproxima a los dominios reales, en torno a este pabellón. No podíamos permitir que alguien se apropiara de materiales de la corte.

Luis se puso en pie, apoyó ambas manos sobre la mesa y se inclinó hacia adelante. Los miembros del Consejo se apartaron, como si el rey fuera viento y ellos simples hierbajos.

—¡Pero eso es exactamente lo que ha ocurrido, monsieur Louvois! Los maestros del gremio de sastres han llegado sin novedad. Si ellos lo han conseguido, ¿no deberíamos pensar que la guardia del rey tiene alguna que otra posibilidad de sobrevivir?

—Sólo pensamos en la seguridad —dijo Louvois—. Nos limitamos a servir a su majestad.

—De momento —replicó el rey.

Luis advirtió en la mirada de Louvois que el ministro era consciente de haberse pasado de la raya. El rey fue observando a los demás ministros, uno a uno, y luego les dijo que se retiraran. Sólo Bontemps y él permanecieron en la sala.

—Si monsieur Louvois no aprende pronto a contener esa lengua —señaló Bontemps mientras observaba la puerta hasta que ésta quedó cerrada—, me ofrezco voluntario para contenérsela yo mismo.

Luis suspiró.

—Prefiero un crítico sincero a un falso amigo, Bontemps.

—¿Sire? Parece que sólo habla de su oposición a vos. Adopta posiciones contrarias a vuestros planes y se lo cuenta a todo aquel que quiera escuchar.

—Y que siga así mucho tiempo.

Bontemps vaciló y se acercó un poco más. Parecía extrañamente pálido.

—No... no estoy seguro de entenderos, sire.

Luis notó el nudo de rabia que se le estaba formando por dentro. Su rabia no iba dirigida a Bontemps, sino a otras cosas. Cosas mucho más profundas. Cosas oscuras...

El rey echó un vistazo a través de la ventana y se obligó a cambiar de tema.

—¿Qué noticias me traes de tu hijo?

Bontemps no respondió. Luis se volvió hacia él. Su primer ayuda de cámara estaba temblando y tenía la frente y las mejillas perladas de sudor.

—¿Bontemps?

El primer ayuda de cámara puso los ojos en blanco y cayó pesadamente al suelo. Luis se arrodilló junto a él, le cogió una mano y gritó su nombre una y otra vez.

«¡Esto no puede ocurrir! —pensó—. ¡No puedo perderte ahora!»

Poco a poco, el primer ayuda de cámara se fue recobrando, al tiempo que gimoteaba y respiraba con esfuerzo. Luis lo ayudó a ponerse en pie y lo acompañó hasta un sillón, y las doncellas limpiaron la sangre que había derramado al golpearse la cabeza contra el suelo.

—Los médicos hicieron todo lo que pudieron para ayudar a mi hijo —dijo Bontemps con voz ronca y entrecortada, mientras se observaba las manos—, pero la viruela pudo más que él y se lo llevó. Dios mío, habría sido el hombre más valiente del mundo.

Luis le habló con dulzura.

—Te acompaño en el sentimiento. Vete a casa.

—Vos sois mi casa, sire.

—Debes estar con tus seres queridos.

—Ya lo estoy, sire.

—Ah —dijo el rey mientras dirigía la mirada hacia el techo—, Dios me castiga haciendo daño a quienes llevo en el corazón.

—Os está poniendo a prueba, sire, os está ofreciendo un regalo. El Señor escoge entre la venganza y la piedad. Y vos también podéis hacerlo.

Luis bajó la mirada con una expresión distinta, más sombría.

—Estoy convencido —prosiguió Bontemps— de que existe un motivo para que Dios pusiera a esa criatura en vuestras manos.

Luis alzó una mano.

—No. Ya he oído suficiente.

—Es una niña fuerte, dejadla vivir.

El rey se inclinó hasta colocarse peligrosamente cerca de Bontemps.

—Y ¡¿luego qué?! —aulló—. ¡Respóndeme!

—Sire..., no pretendo juzgaros...

—¡Desde luego que no! ¡Nadie lo hace!

El silencio se prolongó, mientras el primer ayuda de cámara y el rey se observaban. Eran amigos, sí, pero los separaba el vasto mar de su distinta posición social. Luis habló entonces, en un tono más bajo pero de una regia frialdad:

—Un secreto como ése tiene el poder de una marea. Si lo liberamos, irá a donde le plazca, lejos de nuestro control. Arrastrará todo lo que encuentre a su paso. Y ése será el fin de todo lo que conocemos.

—Sire —susurró Bontemps—, yo sólo deseaba...

—Llora tu pérdida, pero no olvides tu lugar.

Luis se acercó a la puerta y los ujieres la abrieron. Al otro lado se había congregado una multitud de cortesanos que aguardaban para ver al rey. Siempre allí, siempre esperando, siempre pidiendo. Luis los contempló un instante y luego, con un gesto, ordenó que cerraran las puertas de nuevo. Se acercó la ventana, apoyó ambas manos en el alféizar y empañó el cristal con su aliento.

—Sire —empezó a decir Bontemps—, os ruego que me perdonéis.

Varios pájaros pasaron volando junto a la ventana, libres y veloces. Cruzaron por encima de los jardines para dirigirse al boscoso coto de caza. Luis se volvió hacia Bontemps y éste, al ver la expresión del rey, se dio cuenta de que había cambiado de opinión.

—Haz lo que debas —dijo Luis.

Y el hombre, invadido por una nueva energía, un nuevo propósito y una nueva determinación, abandonó apresuradamente la sala, olvidando de repente la herida de la cabeza.

La doncella cruzó con rapidez la plaza de la villa de Versalles, con una cesta de pan apoyada en la cadera. Iba a hacer sus recados, pero no dejaba de pensar en el bebé. En que había visto lo que no debería haber visto jamás, en que sabía lo que no debería haber sabido jamás. Y estaba convencida de que su vida corría peligro.

—¡Hola! —dijo una voz a su espalda.

Giró en redondo, temerosa de encontrarse con una pistola que le apuntara directamente a la cabeza. Pero sólo era Chevalier, el amigo de Monsieur. Se relajó un poco.

Chevalier sonrió.

—¿Tienes dinero?

La doncella negó con la cabeza.

—Yo tengo muchísimo dinero. Y estaba pensando en que a lo mejor podría darte un poco, así podrías gastártelo para ir a Saint-Cloud a trabajar con tu madre. ¿Te gustaría?

—¡Oh, sí, por favor!

Chevalier arrugó la nariz.

—En ese caso, cuéntame lo que viste a las puertas de la cámara de la parturienta y obtendrás lo que deseas.

La doncella echó un vistazo a su alrededor y vaciló. «Ésta podría ser mi única oportunidad», pensó.

—Primero el dinero —dijo.

Chevalier sacudió su monedero, echó un vistazo al interior y luego se lo mostró a la doncella para que viera que estaba vacío.

—Espera aquí —le indicó al tiempo que se alejaba.

Y, en ese preciso instante, la chica comprendió que la habían traicionado.

María Teresa seguía sufriendo: tenía manchas en la piel y respiraba de forma irregular. Una de sus damas de compañía se había sentado junto a su cama y le leía las fábulas de Esopo en español, aunque la reina no parecía estar escuchando. En un rincón de la alcoba, Masson y su hija discutían en voz baja sobre la salud de María Teresa.

—No está recuperada —dijo Claudine.

—Lo hecho hecho está. ¿Has recogido nuestras cosas? Debemos prepararnos para partir.

Claudine agarró a su padre del brazo.

—Deja de pensar así, padre, o será el fin.

—Tanto el mío como el tuyo, hija, a menos que tomemos medidas. —Masson cogió una vela e indicó por señas la puerta—. Vimos lo que vimos y no podemos no haberlo visto. Y nos matarán por ello.

Pero Claudine le arrebató la vela y volvió a dejarla bruscamente sobre la mesa, negándose a abandonar la habitación.

Tras las dependencias de los criados, en la parte posterior del pabellón real de caza, se encontraba un cobertizo que servía para almacenar barriles de agua, grano y otras provisiones. Los ratones correteaban entre las paredes y las golondrinas revoloteaban bajo las vigas. En un

polvoriento establo se hallaban Fabien y Laurene, de pie frente a un barril lleno de agua turbia. Laurene sostenía a la criatura en brazos.

Fabien señaló el agua.

—Bautízala. Entera.

Sólo entonces comprendió Laurene para qué habían ido hasta allí.

—Ahora.

Laurene sostuvo a la niña justo encima del agua y el bebé empezó a llorar lastimeramente.

—No... no puedo —dijo.

—Despacio —la animó Fabien—. Claro que puedes.

Apoyó una mano en la de Laurene y se la empujó hasta que la criatura quedó sumergida bajo el agua. El bebé empezó a patalear con sus minúsculas piernecitas, pero su determinación no era nada comparada con la de Fabien.

—¿Ves cómo la vida intenta derrotar a la muerte? Atesora este momento divino.

Laurene había apartado la mirada.

—No, mira —ordenó Fabien—. Todo el mundo recuerda su primera vez.

Y justo entonces se oyeron voces en el establo y apareció alguien con los brazos en alto y una mirada iracunda.

—¡Fabien! —gritó Bontemps.

Apartó a Fabien de un empujón y sacó a la criatura del agua. El bebé tosió, pataleó y empezó a aullar.

—¡Nuestro trabajo es proteger al rey! —bramó Fabien perplejo.

—Vuestro trabajo aquí ha terminado —le respondió Bontemps al tiempo que abrazaba a la criatura.

Fabien se burló.

—¿Qué posibilidades tiene esa desgraciada al otro lado de estos muros?

—Eso no es asunto vuestro. Mañana se informará en la *Gazette de France* de los preparativos del funeral, con todo el respeto debido a una defunción en la realeza. Ya se está preparando la tumba.

Y luego, acunando al bebé entre sus brazos, se alejó de allí.

—Un terrible error, sin duda —afirmó Fabien, dirigiéndose a la cada vez más lejana sombra del primer ayuda de cámara.

—Monsieur Colbert —dijo el rey, mientras entraba apresuradamente en la antesala del palacio, donde el contable parecía muy concentrado en sus libros—. Añadid otro estipendio mensual al presupuesto de la casa real.

Colbert levantó la cabeza perplejo.

—¿Qué nombre debo anotar en el registro?

—Dejadlo en blanco. Esa pensión no debe figurar en el registro. —Luis hizo una pausa, para después añadir—: En ningún registro.

—Sí, sire.

—Bien, ¿está listo el pabellón?

—El gremio de sastres y sus maestros esperan vuestras órdenes.

Luis se acarició la barbilla y luego asintió.

—Todos los nobles que asistan al banquete deben vestir telas francesas. Ni encaje italiano ni lana inglesa. La velada será un reflejo de nuestro talento como franceses. Decídselo a todos: colores vivos y telas radiantes, pues pronto nos cansaremos todos del negro.

La capilla se había vestido de negro para el funeral: las cintas, los manteles del altar, la vestimenta del coro y de los sacerdotes... Un pequeñísimo altar, delicadamente tallado, descansaba sobre una sábana de terciopelo negro en la parte delantera de la iglesia. Los nobles dolientes escuchaban al padre Bossuet, que, con una voz tan grave como pía, hablaba sobre la vida y la muerte.

Tras una cortina, Luis observaba el funeral. Tenía los dedos rígidos y el corazón aún más. No era costumbre que los reyes asistieran al funeral de sus hijos, pero él quería ver. Necesitaba ver.

Felipe se acercó sigilosamente a su hermano.

—¿Qué estás mirando?

—Mis amigos han venido aquí a llorar una muerte. Los demás, a celebrar mi desgracia y a chismorrear.

—La criatura está muerta. ¿Qué pueden chismorrear?

Luis le lanzó una cortante mirada a su hermano. ¿Acaso sabía algo?

—No tengo ni idea —se limitó a responder él en tono neutro.

Felipe echó un vistazo a través de la cortina.

—Hay demasiado alboroto en la capilla. Si no vas a asistir, por lo menos deberían mostrarte un poco de respeto...

—No asistiré. No puedo.

—Si tú lo dices...

—¿A qué viene tanta insolencia? Es lo que exige el protocolo.

—Tal vez deberíamos inclinarnos ante el protocolo, hermano, y no ante ti.

Luis agarró a Felipe por el cuello de su chaqueta.

—¿Es que pretendes usurparme el trono?

—La criatura ha muerto. Y su madre yace sola, enferma y asustada.

—Toda una lección de moral. De un hombre que se viste como una mujer y fornica igual que una mujer.

Felipe apartó la cabeza.

—Si tu reina pudiera, estaría aquí para llorar a su hija. Y tú, que no tienes impedimento alguno, decides esconderte. Ésa es la única lección.

—Ah —dijo Luis, al tiempo que soltaba a su hermano—, pero sí tengo un impedimento. Y lo estoy viendo ahora mismo.

Rojo de ira, Felipe se alejó por un pasillo lateral y entró en la capilla por la parte posterior. Se persignó sin demasiado entusiasmo y se sentó junto a Enriqueta en el banco, detrás de Chevalier.

—¿Cómo está el rey? —susurró Enriqueta al tiempo que se secaba una lágrima de la mejilla.

Felipe negó con la cabeza.

—Os lo podéis imaginar.

—Debería estar aquí.

—No llora a sus hijos.

—En público, tal vez no.

—En ninguna parte. Ese hombre no llora nunca.

—Tal vez no delante de vos. Esas cosas sólo las vemos las mujeres. Seguro que la pena le embarga el corazón.

—El corazón, sí —dijo Felipe—, suponiendo que lo tenga, que ésa es una cuestión completamente distinta. ¿No estáis de acuerdo?

Chevalier se volvió en su asiento y le dedicó a Felipe una sonrisa burlona.

—Bonito traje, Monsieur.

Luego le guiñó un ojo a Enriqueta, que lo fulminó con la mirada hasta que Chevalier, riéndose en voz baja, se volvió hacia adelante. La duquesa dejó caer la cabeza y lloró sin disimulo.

Mientras el padre Bossuet elevaba la mirada al cielo y empezaba a recitar el padrenuestro, eran muchas las cosas que estaban sucediendo en la capilla.

Luisa de La Vallière contemplaba el diminuto ataúd triste y preocupada.

Chevalier observaba fijamente el féretro, preguntándose si no sería una colosal tapadera.

Al fondo de la capilla, Montcourt le dirigía una sonrisa a Louvois, a pesar de las trágicas circunstancias que los habían reunido allí.

Y aún estaban pasando más cosas al otro lado de los muros de la capilla.

Bontemps, protegido bajo su capa y su capucha, cabalgaba por un camino lleno de surcos y barro, alejándose a toda prisa de la villa de Versalles. Viajó durante muchas leguas, hasta llegar a un pequeño convento encaramado a la ladera de una montaña. Dos monjas esperaban a las puertas del edificio. Bontemps desmontó, se acercó a las monjas y se abrió la capa. Allí, bien arropada y a salvo, se encontraba la hija de María Teresa. Le entregó la criatura a una de las monjas.

—Gracias, hermanas —manifestó.

Mientras tanto, Laurene se escabullía hacia un estrecho corredor del pabellón real con un documento en la mano y se lo escondía bajo el abrigo antes de cruzarse con un guardia.

Fabien, por su parte, se presentaba en las dependencias de los criados. Allí encontró a la doncella que estaba buscando, que en ese momento se hallaba sola y recogía sus cosas para huir. Le costó muy poco enrollarle las mangas de una bata en torno al cuello, subirla a una silla, sujetar la prenda a las vigas del techo y derribar la silla de una patada. Listos. Suicidio. Limpio y rápido. Antes de irse, descubrió sobre la cama un pañuelo con bordado de flores y se lo guardó en el bolsillo.

Enriqueta estaba sentada a una pequeña mesa en su cámara interior, con un gran peso en el corazón. Llevaba el pelo suelto y tenía el rostro húmedo e hinchado de tanto llorar.

—Una criatura muerta —dijo mientras se secaba las mejillas con un pañuelo—. ¿Y si el delfín sigue el mismo destino? ¿Y luego su majestad?

Madame de Montespan, la dama de compañía más ingeniosa y grácil de Enriqueta, se inclinó sobre la mesa y le cogió la mano a su señora. Montespan era una mujer hermosa, alta y esbelta, de pelo castaño dorado y ojos vivaces. Otras tres damas de compañía se encontraban en el aposento de la duquesa, muy ocupadas en sus tareas: una de ellas cosiendo encaje para las mangas, otra leyendo y la tercera remendando unas medias.

—Ya conocéis la respuesta a esa pregunta —respondió Montespan con dulzura—. Vuestro esposo sería rey, lo cual significa que vos...

—¡No! —exclamó Enriqueta al tiempo que dejaba el pañuelo—. ¡No deseo vivir en un mundo en el que mi querido... nuestro querido rey no esté! Y Chevalier, que Dios nos asista..., ya ha conseguido dividir a la corte. El mío es un matrimonio de tres, no de dos. Si mi esposo fuera rey, ¡Chevalier gobernaría con mano de hierro y Felipe sería su felpudo!

—Vuestro esposo es un buen hombre y sería también un buen rey. Y vos tendríais poder.

—He visto lo que el poder es capaz de hacerle a un hombre y lo rápido que se lo pueden arrebatar.

Madame de Montespan asintió.

—La culpa es de los conspiradores ingleses. Y vuestro hermano ha heredado el trono de vuestro padre.

—Siempre y cuando no pierda la cabeza.

—Calmaos. Vayamos a ver todas esas maravillas del pabellón. Han venido todos los sastres de París. Jamás había visto tantas telas.

—Preferiría que me echarais las cartas.

Montespan asintió. Cogió una baraja de cartas del tarot y se la entregó a Enriqueta. Con manos temblorosas, la duquesa barajó las cartas y las colocó boca abajo.

Madame de Montespan las fue girando despacio.

—Las cartas hablan del pasado, del presente y del futuro. Vuestro pasado es triste, pero hay un amigo en vuestro presente que desea ayudaros.

—Si pudiera encontrar a esa persona —dijo Enriqueta—, sólo le pediría que protegiera a mi rey.

A madame de Montespan le tembló un poco la mano antes de girar la última carta, y contempló el rostro de su joven señora.

—Os importa mucho, ¿no es cierto?

—No hay nada que no esté dispuesta a hacer por él.

Montespan sonrió y giró la última carta. Era la Muerte.

«Recuerdo...»

Su padre, Luis XIII, al borde de la muerte.

Enfermo en la cama, una cama real rodeada de afligidos hombres y damas de la nobleza. La mirada del anciano rey se iba apagando y tenía los ojos llorosos, aunque en ellos aún se apreciaba rabia y obstinación.

Ana de Austria estaba de pie junto al lecho, sosteniendo la mano del joven Luis. Al muchacho le repugnaba el olor a muerte y, al mismo tiempo, le producía fascinación.

—¿Quién es? —quiso saber el anciano rey.

—Vuestro hijo —respondió Ana—. Luis XIV.

El enfermo moribundo contempló a Luis con una mirada gélida.

—No, aún no lo es.

—¿Sire?

Luis se apartó de la ventana y el recuerdo se fue difuminando. Fabien y Bontemps aguardaban junto a una mesa en la que descansaba un papel de vitela extendido. El papel de vitela que contenía los extraños símbolos.

—Nunca antes había visto esta clave —dijo Fabien—. Ni siquiera Rossignol, el famoso criptógrafo, es capaz de descifrarla.

Luis dirigió la mirada hacia Bontemps.

—¿Se ha encontrado en los aposentos de Montcourt? Y, aun así, ¿Montcourt se marcha libremente?

—Libremente, pero no sin vigilancia.

—No quería tomar medidas hasta haber tenido noticias de Rossignol, sire —intervino Fabien.

Luis se inclinó sobre el papel de vitela y lo estudió con atención.

—En otras palabras, que no sabemos qué dice.

—Los símbolos parecen compartir algunos rasgos con el mensaje en clave que llevaban encima los prisioneros.

—Los españoles.

—Sire, insisto en que no podemos estar seguros acerca de su identidad. Quienquiera que planeara esta conspiración contra vos no tenía intención de que el plan saliera bien. No era más que un ensayo para tener una idea de nuestras defensas. Si están planeando un atentado de esas características, no sería tan extraño que plantaran una falsa bandera española con el objeto de desviar la atención hacia otra parte. Y alguien de vuestra corte les ha prestado ayuda. Tienen un cómplice aquí dentro.

Bontemps miró primero al rey y luego a Fabien.

—Convocaremos a Montcourt a nuestra presencia.

Fabien negó con la cabeza.

—Mejor que no hagamos nada de momento, hasta que tengamos más información. Este papel lo habían dejado despreocupadamente sobre el buró de Montcourt.

—Es decir, que tal vez no conozca su verdadero propósito —dijo Bontemps tras reflexionar.

—¿Defendéis a Montcourt?

—Defiendo la verdad —respondió Bontemps.

Fabien se dirigió de nuevo al rey:

—Una cosa está clara, sire. Existe una conspiración contra vos.

En ese momento, se abrió la puerta del apartamento privado del rey y un lacayo anunció a Colbert, que se acercó a la mesa para reunirse con los otros hombres.

—¿Solamente una conspiración, Fabien? —preguntó el rey—. Por un lado, mis recaudadores de impuestos me roban; por el otro, los españoles quieren mi pellejo y, por si eso fuera poco, hoy una doncella se ha ahorcado. ¿Ella también estaba conspirando contra mí? ¿O es que no pagaba sus impuestos?

Al oír hablar de la doncella, Bontemps le lanzó una severa mirada a Fabien.

—No sería más que una pequeña aportación.

—Pero mayor que la de cualquier noble —dijo el rey.

Colbert asintió.

—La nobleza no paga impuesto alguno.

Luis empezó a caminar en círculos en torno a la mesa, pensando.

—¿Cuántas familias nobles asisten a nuestro pabellón de la moda para el gremio de sastres de París? —dijo al fin.

—Se ha convocado a todas las familias que se encuentran como máximo a un día de viaje, sire —respondió Colbert.

Luis se detuvo.

—Aseguraos de que acudan todos. Montcourt también. Al fin y al cabo, la esencia de la ratonera no es el peso del bloque.

—Es el olor del queso —dijo Fabien.

Bontemps fulminó al jefe de seguridad con la mirada.

—*Touché!* —respondió el rey.

Tras la puerta cerrada del cuarto de los arreos, en la caballeriza real, Louvois hablaba en voz baja con los miembros de la guardia suiza que habían obligado a dar media vuelta a la comitiva que transportaba los archivos. Alguien dio dos golpecitos a la puerta, luego otros dos y luego uno. El código acordado.

Un guardia abrió y dejó pasar a Montcourt, bajo cuyas pobladas cejas se adivinaba una mirada de temor.

—Reunirnos aquí es demasiado arriesgado —dijo.

Louvois se cruzó de brazos.

—No podemos marcharnos mientras la reina siga enferma. El rey no lo permitirá.

—Tal vez ésa sea su intención.

—Son muchos los nobles que se dirigen hacia aquí para el mercado de la moda —dijo Louvois—. Y, cuando termine, se marcharán. Será la oportunidad de poner en marcha nuestro plan y dejar que el mensaje llegue a todos los rincones del país. A oídos de todos aquellos que quieran unirse a nuestra oposición. Debemos impedir la construcción del palacio de Versalles. Ni siquiera el rey podrá detener una marea.

Chevalier atacó con su espada, riendo, mientras Felipe sonreía y esquivaba el golpe con su propia arma. Sobre la mesa de éste descansaba una fuente repleta de fruta y carnes, tentempié que el mismo hermano del rey había pedido pero que aún seguía intacto.

—*Touché!* —exclamó Chevalier, al tiempo que levantaba su espada y apartaba la de Felipe.

Chevalier se acercó más al otro, le apoyó la punta de su espada en la garganta y luego, muy despacio, la fue dejando resbalar hasta el pecho.

—Una doncella acude a ti llorando y te cuenta que tiene información sobre el real bebé —dijo en tono burlón, mientras detenía la espada justo por encima de la entrepierna de Felipe—. Y ahora la doncella está muerta. Además, nos dicen que no podemos marcharnos de Versalles porque la reina está indispuesta. Me pregunto qué estará ocultando tu hermano.

De repente, el juego dejó de resultar divertido y Felipe retrocedió.

—Ten cuidado con lo que dices y el tono de voz en que lo dices —le espetó a Chevalier, mirándolo fijamente.

—Tal vez la criatura estuviera viva, después de todo.

—Vimos cómo la enterraban.

—Vimos un ataúd. Tu hermano te considera débil, ¡una vulgar ramera! Pero tienes más poder del que crees. Utilízalo.

Felipe se acercó a la mesa y cogió un pastelillo.

—Seguimos estando cortados por el mismo patrón y criados bajo el mismo techo.

De repente, dejó caer el pastelillo y se volvió para mirar a Chevalier con una expresión radiante. Se acercó a él y lo besó.

—¡Pues claro! —exclamó.

—¿Qué te resulta tan divertido?

—¡Ven conmigo! —dijo el hermano del rey—. Si soy una ramera, entonces tendré que parecer una ramera.

Las damas de compañía ayudaron a Enriqueta a ponerse el vestido nuevo, que era de seda amarilla como el sol y tenía una línea de piedras preciosas cosidas en el escote. Era el vestido que deseaba ponerse para el mercado de telas. Lógicamente, Felipe ni siquiera se fijaría en su atuendo, excepto, tal vez, para burlarse de ella. Por otro lado, el rey...

Se abrió la puerta de su apartamento privado y entró Luis con gesto altivo. El rey vestía un abrigo de color ciruela con cuello de armiño, chaleco bordado y una cadena de oro en torno al cuello. Tenía el pelo oscuro peinado hacia atrás y en sus ojos centelleaba una ardiente mirada.

Enriqueta bajó la vista.

—Nunca apartéis la mirada de un rey. Y menos cuando estáis tan hermosa como ahora. —Hizo un gesto con la mano, dirigido a las damas de compañía—. Dejadnos.

Las damas se escabulleron rápidamente hacia las habitaciones contiguas, mientras Luis se acercaba a Enriqueta.

—Nunca habéis estado tan hermosa como en este momento. Y, ahora, quitaos el vestido.

El corazón de Enriqueta latía de amor y la pasión le recorría el cuerpo entero. Se desvistió delante del rey y se estremeció al notar el aire frío en la piel. Luego se incorporó, desnuda y lista para el rey.

—Se habla de una guerra —dijo.

—Siempre —respondió Luis, mientras le acariciaba la curva de los pechos. Los pezones se le endurecieron al instante.

—A mi esposo le encantaría combatir.

Luis se desabrochó la camisa.

—¿Es eso lo que desea?

—No habla de nada más. O de casi nada más.

El rey se quitó la camisa y las calzas, y luego atrajo a Enriqueta hacia sí.

—Si lo envío a los Países Bajos españoles, tal vez no regrese nunca.

—Una muerte gloriosa no le desagradaría. Ni a mí.

Enriqueta notó en el cuello el aliento del rey y el roce de sus labios en la garganta.

—Estáis hablando de mi hermano —dijo Luis.

—Yo lo digo, sire, pero vos lo pensáis.

Luis le acarició el pelo y la miró a los ojos. La mirada del rey era intensa, sincera y afectuosa. Le subió un poco la barbilla y la besó apasionadamente, sin reservas, hasta que ella se abandonó a sus brazos y se entregó a él por completo. Y, en ese momento, toda idea de la muerte desapareció.

Mientras Luis y Enriqueta se aferraban el uno al otro en la privacidad del apartamento de la duquesa, el mercado de telas abrió sus puertas a los nobles de la corte. Era un inmenso, pintoresco, concurrido y colorido bazar donde incontables sastres exponían sus delicadas telas, además de prendas de exquisita confección, como vestidos, túnicas, capas y calzas. Todos los corredores y las estancias del pabellón estaban repletos de maniquíes de tamaño real que lucían las prendas a la venta, así como de mesas en las que se exponían máscaras, zapatos, perfumes, guantes y joyas con incrustaciones de las más insólitas piedras preciosas. Los nobles y sus damas, tanto los que vivían en la corte como los que habían viajado durante todo un día para llegar hasta Versalles, se mostraban deslumbrados por las mercancías allí expuestas. Paseaban entre los expositores, tocando, probando y comprando. Montcourt eligió hermosas telas que fue amontonando para poder llevarlas. Fabien paseaba, fingiendo interés por el género, aunque lo que hacía en realidad era observar a la multitud.

Béatrice y su hija Sophie deambulaban entre el gentío: Ésta admiraba los sombreros de plumas y los guantes de encaje, mientras su madre la acicalaba para asegurarse de que fuera un hermoso objeto más de la exposición. Se sentía muy satisfecha por las miradas de admiración que Sophie despertaba entre los nobles.

—Los hombres están en guerra —le susurró Béatrice mientras la joven acariciaba un vestido de seda dorada—. Ellos utilizan espadas y nosotras nuestra belleza, pero el objetivo es el mismo: la conquista.

—Quiero este vestido —dijo Sophie.

—Necesitarás algo más que un vestido. Un brazalete de filigrana y un collar de diamantes.

—Y ¿cómo lo pagaremos?

—Yo me ocuparé de eso. Tu trabajo es traerme a un rey.

En ese momento se produjo cierto alboroto junto a la puerta del pabellón. Todas las cabezas se volvieron hacia allí para ver a Chevalier y a Felipe, que entraban en ese instante. Felipe vestía un delicado vestido de mujer, en tono escarlata con detalles plateados, y se había aplicado colorete en las mejillas. Los nobles y sus esposas guardaron silencio, pues no sabían qué decir. Algunos aplaudieron, mientras otros intercambiaban miradas de inquietud.

Fabien se acercó a Felipe y le entregó el pañuelo con bordado de flores. Chevalier lo vio y rápidamente alejó a Felipe de allí. Siguieron paseando entre la multitud, éste con paso elegante y la cabeza bien alta.

En ese momento, varios muchachos jóvenes empezaron a reírse con discreción, tapándose la boca con las manos. Aquel gesto provocó una reacción, y los adultos, confusos y algo molestos, comenzaron a hablar en susurros. Ni Felipe ni Chevalier parecieron advertirlo.

Pero entonces se oyó una risita gutural que no tardó en convertirse en una sonora carcajada. Felipe se volvió para observar al hombre que se había reído, un soldado de mediana edad y mirada acerada, curtido por la batalla.

—Os burláis de mí —dijo frunciendo los labios.

El soldado sonrió con desdén.

—Y ¿por qué no iba a hacerlo? Sois una vergüenza para el rey.

Los nobles contuvieron una exclamación. Los guardias suizos se acercaron un poco más y observaron, preparados para intervenir.

—Al burlaros de mí —continuó Felipe—, os burláis del rey, lo cual os convierte en un traidor.

—Derroté a los turcos en la batalla de San Gotardo en nombre del rey. ¿Os parece que soy un traidor?

—Me lo habéis parecido nada más abrir la boca.

—Si os golpeo, caeréis, lo cual me convierte en hombre muerto.

—Os doy mi palabra de que podéis atacarme. Si es que os atrevéis. Cobarde.

Felipe les hizo un gesto a los guardias para asegurarse de que los dejaran pelear. Los nobles retrocedieron y los sastres se afanaron en proteger sus mercancías.

El militar hizo una falsa reverencia y se lanzó contra Felipe. Lo sujetó por ambas manos y lo empujó contra la pared. Felipe tosió, se retorció y consiguió liberarse. Le asestó un puñetazo en plena mandíbula a su oponente, que trastabilló pero consiguió recuperar el equilibrio. El militar agarró entonces al hermano del rey por el brazo, le arrancó la manga del vestido y, acto seguido, lo empujó de nuevo hacia atrás. Felipe se liberó una vez más y le asestó otro golpe al militar en la cara. El soldado unió ambas manos, formando una especie de maza, y le propinó un golpe en la cabeza. El hermano del rey soltó un gruñido, escupió sangre y se desplomó. Se golpeó la cara contra el suelo, con fuerza, y se abrió un largo corte en la mejilla. El militar permaneció en pie junto a él, jadeando, con una sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes amarillos.

Los guardias se acercaron un poco más, pero Felipe consiguió levantar una mano.

—Retiraos —dijo tosiendo—. Tiene mi palabra.

Los guardias se apartaron. Felipe se limpió la sangre de la cara, se quitó los zapatos y consiguió ponerse en pie. El militar gruñó, cogió una plancha de un tocador próximo y trató de golpearlo con el pesado bloque de metal. Felipe lo esquivó. Cogió un largo alfiler de sombrero del maniquí que tenía justo detrás y, sin pensarlo, se abalanzó sobre el soldado y se lo clavó en el ojo.

El hombre soltó la plancha y aulló. Sacudió los brazos, tratando inútilmente de coger el alfiler con los dedos sudorosos y, por último, cayó al suelo de rodillas. Felipe le arrebató entonces la alabarda a uno de los guardias y se aproximó al militar herido. Con una expresión de

satisfacción y alivio, levantó la pesada lanza por encima de la cabeza y se dispuso a golpear con ella al soldado.

—¡Basta! —exclamó Chevalier—. Creo que ya lo has dejado claro.

Felipe bajó el arma a regañadientes, se sacudió el polvo y contempló a la multitud con una mirada lo bastante iracunda como para que todos los presentes retomaran lo que fuera que estuvieran haciendo antes del incidente.

A solas en el apartamento privado del rey, Luis y Felipe daban vueltas el uno alrededor del otro. La mirada furiosa que centelleaba en los ojos del rey no tenía nada que envidiar a la ira que destellaba en los de su hermano.

—Puedes elegir con quién me caso, dónde vivo y cuánto dinero puedo gastar —dijo Felipe —, pero no elegirás la ropa que me pongo ni con quién me acuesto.

Luis ladeó la cabeza, como un lobo desafiado en su propio bosque.

—Todo lo que haces revierte en mí.

—He vestido así desde que tenía tres meses —dijo Felipe—. Mi deber ha sido ser siempre menos que tú. ¿Te parece que es duro ser rey? Pues intenta ser el hermano del rey, aunque sólo sea por un día. Jamás podrás engañarme. Sé lo que estás planeando. Y también sé lo que ocultas.

—No te he ofrecido más que mi amor y mi respeto, hermano.

—¿Eso es lo que te repites a ti mismo mientras fornicas con mi esposa?

Luis se burló.

—Alguien tiene que hacerlo.

—Todo lo que poseo lo comparto contigo, pero tú no quieres compartir la verdad. ¿Cómo quieres que te cubra las espaldas si tú no me cuentas la verdad?

Luis dejó de dar vueltas y contempló fijamente a su hermano.

—Hay ciertas cosas que sólo el rey debe saber.

—¿Qué le ocurrió al bebé?

—No sobrevivió.

—¿Sabes cómo empiezan los rumores? Tu silencio aviva el fuego. Déjame ayudarte. Jamás he pronunciado una sola palabra ofensiva en tu contra.

Luis le dedicó una sonrisa amarga.

—No son tus palabras lo que me preocupa.

El rey convocó a generales y a ministros en la sala del Gabinete de Guerra. La maqueta de la batalla seguía sobre la mesa. Varios hombres, encaramados a escaleras, sostenían enormes mapas de los Países Bajos españoles, en los que se había marcado en rojo la posición del enemigo.

Luis paseaba de un lado a otro e iba señalando las posiciones españolas con gesto firme.

—Los españoles han fortificado las ciudades de Charleroi, Tournai, Douai y Lille. El general Aumonth tiene sus tropas al norte. Los batallones de Turenne están al este de Cambrai.

Se anunció la presencia de Felipe y el hermano del rey entró en la sala. Ya no llevaba un vestido de mujer, sino que parecía un hombre con heridas recientes más propias de un militar. Saludó con una inclinación de la cabeza y le solicitó al rey permiso para hablar, lo cual

sorprendió a los ministros reunidos en la sala. Luis le concedió el permiso.

—Aislad toda la región de Flandes, desde las grandes bases españolas hacia el este —ordenó Felipe mientras se acercaba a la mesa—. Brujas, Gante, Bruselas y Namur.

Louvois negó con la cabeza.

—Para alcanzar vuestro objetivo, tendríamos que aislar a los españoles desde Tournai y Douai. ¿Quién lideraría a nuestros hombres? Necesitamos a todos los militares.

—Puede que haya uno —dijo el rey. Felipe miró esperanzado a su hermano—. Aunque, en realidad, tal vez no esté preparado.

Madame de Montespan y Enriqueta paseaban cogidas del brazo por el corredor, tras haber salido a caminar un rato por los jardines. Eran muchos los cambios que habían realizado los jardineros: amplias secciones nuevas con setos y senderos, árboles y flores, estatuas, fuentes y bancos de mármol a la sombra de la vegetación... Un lugar perfecto para una tarde de chismes y charla entre mujeres.

Cuando llegaron a la puerta del apartamento privado de Enriqueta, el rey, Bontemps y varios guardias doblaron la esquina del corredor. Montespan y Enriqueta saludaron con una reverencia.

—Sire —dijo madame de Montespan, mientras se acariciaba los carnosos labios con una mano y el corazón con la otra, deseosa de que el rey advirtiera el gesto—. Lamento muchísimo la pérdida que habéis sufrido recientemente.

Luis asintió, pero enseguida trasladó su atención hacia Enriqueta.

—He recibido noticias de mi hermano en Londres —dijo ella, dirigiéndose al rey en voz baja—. Los holandeses temen que nuestra presencia en los Países Bajos españoles invada sus fronteras. Se están armando para luchar contra nosotros. Mi hermano cree que, sin ayuda, no podremos derrotar a los españoles.

Luis frunció el ceño.

—Vuestro hermano el rey olvida a vuestro esposo el soldado, quien posee un extraordinario apetito por la guerra, además de por otras cosas.

—Me pregunto —dijo madame de Montespan— si tendrá algo que ver que ambas actividades exijan presencia masculina.

Luis la miró y Montespan se ruborizó.

—Oh, sire, os ruego que me disculpéis. A veces mi lengua es tan rápida que le saca una vuelta de ventaja a mi cerebro y lo empuja por detrás.

El rey vaciló, pero luego se echó a reír. Sonrió y le guiñó un ojo a madame de Montespan. «Sí —pensó ella—, ¡por fin me veis, sire!»

Luis, sin embargo, cogió a Enriqueta del brazo y la condujo hacia el apartamento privado de la duquesa, tras lo cual le cerró la puerta en las narices a Montespan.

«No importa. No es mi momento. Todavía», pensó Montespan. Luego se volvió hacia Bontemps y le ofreció la más seductora de sus sonrisas.

—Un pajarito me ha dicho que poseéis una de las mejores bibliotecas de toda Francia. ¿Por casualidad no tendréis un ejemplar del fabuloso atlas de los mares de Pierre Goos?

—Pues sí —dijo Bontemps, visiblemente halagado.

—Me gustaría verlo algún día —repuso madame de Montespan—. Me encantan los mapas.

Revigorizado y recuperado tras su visita a Enriqueta, Luis estaba en su apartamento privado, estudiando el detallado mapa de los Países Bajos españoles que le había proporcionado Louvois. Los dos hombres estaban discutiendo cuestiones militares cuando Felipe irrumpió en la estancia. Tenía las mejillas encendidas y una expresión tensa en el rostro.

—¡Me la has robado! —exclamó—. ¡Me has robado la táctica y se la has entregado a él! Durante toda mi vida he deseado ir a la guerra, pero tú me lo niegas una y otra vez. Y ahora, las falsas esperanzas me causan un dolor insoportable.

Luis guardó silencio unos instantes, para luego ponerse en pie muy despacio.

—Pregúntame quién va a liderar el ataque.

Felipe resopló.

—¿Quién, hermano? ¿Quién va a liderar el ataque?

—Tú.

Felipe abrió unos ojos como platos.

—Sire —rugió Louvois perplejo—, vos habíais dicho... habíais dicho que el hombre en cuestión no os parecía lo bastante preparado.

El rey observó fijamente a su secretario de Estado.

—Me refería a vos. —Y luego, volviéndose hacia Felipe, añadió—: Felicidades, hermano. Te vas a la guerra.

Mientras el secretario de Estado contemplaba a los dos hermanos, que en ese momento se estrechaban la mano, un lacayo entró apresuradamente.

—¡Sire! ¡Rápido! ¡Es la reina!

Seguido por varios guardias, Luis echó a correr hacia el apartamento de María Teresa, a la que encontró sudorosa, retorciéndose de dolor entre las sábanas. La estancia olía a sangre y a agonía.

Masson le había ordenado a su hija Claudine que preparara un emplasto, pero ésta se había negado. Sabía que el mal de la reina era una consecuencia del parto, y sólo conocía un remedio que pudiera salvarle la vida. Abrió el diario por la página en la que había dibujado un útero y lo dejó sobre la cama. Luego, tras apartar a su padre, le separó las piernas a su majestad y le introdujo la mano en la vagina.

—¡Santo cielo! —exclamó Masson.

Con el corazón claramente desbocado, Claudine movió los dedos hasta localizar una masa resbaladiza. Después, muy despacio y sin soltarla, la extrajo del cuerpo de la reina. Era un fragmento de placenta que se había quedado dentro tras el parto.

Masson, aún horrorizado, comprobó el pulso de la soberana.

—Es más fuerte —murmuró—. Y parece que la hemorragia se está deteniendo.

Su hija suspiró.

—Sabía que funcionaría, padre.

—¡Pero jamás hablaremos de esto!

—¿Hablar de qué? —Era el rey. Se hallaba en el umbral de la puerta, junto a Bontemps, Fabien y varios guardias.

Se fijó de inmediato en el brazo empapado en sangre de Claudine y le lanzó una severa mirada a Masson.

—Marchaos —ordenó.

El médico, hundido, abandonó el apartamento privado de la reina.

—¿Qué es eso que tienes en la mano? —exigió saber Luis.

Claudine alzó la barbilla.

—La placenta, sire.

—¿Es así como has detenido la hemorragia? Si me mientes, le mientes a Dios.

—Se la he extraído del útero, sire.

El rey se acercó un poco más, con una expresión siniestra y desafiante.

—¿Cómo has sabido que detendría la hemorragia?

—Soy partera, he aprendido de mi padre. Pero también estudio anatomía y medicina.

—No recuerdo haber firmado ninguna ley que permita a las mujeres practicar la medicina. Cualquier tribunal supondría lo peor y te mandaría a la hoguera.

—Si es eso lo que ordenáis, sire...

Luis miró a su esposa y luego se concentró de nuevo en Claudine.

—Lo que ordeno es que permanezcas cerca de mí en cuestiones médicas. Tu padre seguirá siendo nuestro médico a los ojos de la corte, pero los consejos que yo siga serán los tuyos. Bontemps, deja entrar un poco de aire fresco. A menos —dijo volviéndose de nuevo hacia Claudine— que aconsejes lo contrario.

Perpleja pero decidida a no mostrarlo, la muchacha respondió:

—Mientras la cubramos, el aire fresco le sentará muy bien.

Claudine tapó a la reina con delicadeza y Luis se apresuró a ayudarla.

—No te sorprendas tanto —le dijo el rey con una discreta sonrisa—, he metido en la cama a muchas mujeres.

A solas en su apartamento, Luisa de La Vallière se despojó del camisón y permaneció desnuda frente al crucifijo dorado que colgaba de la pared. En su espalda podían apreciarse las brutales cicatrices de anteriores autoflagelaciones. Cogió de su cómoda un látigo de cuero, le rezó a Dios una oración por la vida de la reina y por su propio perdón y luego procedió a flagelarse la espalda con el látigo, entre los hombros. Varios hilillos de sangre fueron descendiendo en zigzag hasta caer al suelo.

—El propietario del burdel de Épernon ha escrito lo mejor que ha podido los nombres de todos los nobles que han adquirido servicios allí durante los últimos doce meses —informó Fabien—. Tengo buenos motivos para creer que la lista es muy precisa.

—Esperemos que así sea —dijo el rey, al tiempo que se apoyaba en su escritorio.

La luz de una vela le iluminaba el rostro mientras la lluvia tamborileaba en los cristales.

Fabien le entregó un diario encuadernado en cuero a Bontemps, quien a su vez se lo ofreció al rey. Luis lo abrió y leyó, con gesto impasible, varias de las entradas.

Fabien se dirigió entonces al primer ayuda de cámara.

—¿Puedo proseguir, monsieur?

A Bontemps le sorprendió que Fabien le pidiera permiso a él y no al rey, pero en realidad era el comportamiento correcto y apropiado, de modo que asintió.

Fabien desenrolló un pergamino sobre el escritorio del rey. En el centro destacaba una gran «L» de Luis. El jefe de seguridad empezó a trazar círculos concéntricos en torno a la enorme letra.

—Vos, sire, sois el sol. A vuestro alrededor gira no sólo la corte celestial, sino también aquellos que podrían haceros daño. Tenéis ministros que os desafían abiertamente, nobles que no pagan los impuestos y se creen que Francia es suya y no vuestra. Más allá de nuestras fronteras se encuentran los españoles, los holandeses, los ingleses y el Sacro Imperio. Puede que todos sonrían y negocien, pero en realidad os quieren ver destruido. Porque les asusta una Francia poderosa.

Bontemps frunció el ceño.

—Entonces ¿deseáis una Francia débil?

—Deseo que el poder proteja a su majestad.

—Tenéis suficientes recursos, Fabien.

—Bontemps —intervino el rey—, consíguele lo que necesite. Lo dejo a tu discreción, desde luego.

Bontemps notó la presión del poder de Fabien. Aun así, obedecería a su rey. Siempre obedecería a su rey.

Si Dios mismo se hubiera propuesto ampliar los jardines, su obra no habría superado en esplendor a los nuevos jardines de Versalles. El rey ordenó que se ofreciera un banquete y una fiesta mientras los nobles que habían asistido al mercado de las telas seguían en la corte. Cuando el sol empezó a ponerse tras los bosques lejanos, se encendieron en el jardín incontables velas sobre mesas y postes, creando así la ilusión de que en realidad el sol no se había ocultado. Los criados iban de un lado para otro, cargados con enormes fuentes de comida. Los nobles vestían prendas inspiradas en las que habían visto en la muestra de moda y se dedicaban a pasear para lucirlas.

Montcourt caminaba por un sendero en dirección al banquete, hablando en voz baja con Louvois.

—La gente está de nuestra parte —explicó—, tenemos margen.

El secretario de Estado echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que no había nadie lo bastante cerca como para oír sus palabras.

—Necesitaremos algo más que margen para convencerlo.

—El noble Beauvais comparte nuestros intereses —dijo Montcourt—. Hemos intercambiado correspondencia sobre ese tema.

—La cuestión es que Beauvais puede hacer lo que quiera, pues tiene casi tanto dinero como el rey. Si conseguimos convencerlo, tendremos de nuestra parte a la mitad de los nobles de Francia.

—En el banquete, pues.

—Vos sois más valiente que yo, Montcourt.

El noble resopló.

—Tenemos la yesca. Pero uno de nosotros debe golpear el pedernal. Si me corresponde a mí, que así sea.

Llegaron al escenario del banquete y se mezclaron entre la multitud, observando y esperando a que el rey hablara desde su mesa.

Finalmente, Luis se puso en pie y recorrió con la mirada a los allí presentes.

—Creo que muy pronto veremos una revolución en nuestro país —anunció—. El mundo sabe que Francia es la reina en el campo de batalla, pero sólo es necesario que echéis un vistazo a vuestro alrededor y os fijéis en este glorioso banquete. Muy pronto, serán nuestros artesanos merceros y nuestros maestros sastres quienes transformen el mundo. Nuestra moda se venerará por su belleza, elegancia, refinamiento y distinción. —La multitud expresó su aprobación entre murmullos—. Muchos de vosotros —prosiguió el rey— mencionasteis en el mercado vuestro deseo de adquirir uno de los espléndidos anillos de esmeraldas que se exponían. Pero no era posible porque yo los he comprado todos. Y el motivo es que quería que cada uno de vosotros recibiera un anillo como regalo durante esta velada tan especial.

Mientras la multitud aplaudía, varios lacayos repartieron anillos de esmeraldas a todos los presentes. Sophie se puso el suyo y, entre risas, lo comparó con los de sus jóvenes amigas. Béatrice, por su parte, se colocó el suyo sin reparar en que Fabien la estaba observando atentamente.

El rey extendió un brazo en dirección al naranjal.

—Espero que disfrutéis de las flores de azahar. Los portainjertos se remontan a las antiguas plantaciones de cítricos de Arabia. Lo cual me recuerda... Montcourt, ¿cómo está vuestra madre?

Todo el mundo guardó silencio y observó al noble. Montcourt contuvo el aliento y se armó de valor.

—Muerta, sire. Ya hace seis semanas.

—Por lo que veo, aún no habéis tenido tiempo de cambiaros de ropa tras el funeral.

Entre el público se oyeron algunas risas apagadas.

—Ésta no es mi ropa de luto, sire —dijo Montcourt.

—Tampoco es vuestro traje de noche. Ni siquiera es ropa francesa. Basta echar un vistazo a los puños de vuestra camisa para darse cuenta. Vuestro padre, el barón, heredó ese título de su abuelo, ¿no es cierto?

—Sí, sire.

—Y, sin embargo, es un título que recibió en herencia su abuela, la baronesa de Saint-Maur, que sólo consiguió casarse con un *seigneur*.

—Nada menos que el *seigneur* Charles de Saint-Maur, majestad.

—El hijo de cualquier granjero que se hubiera criado allí podría haberse llamado Charles de Saint-Maur, ¿no creéis? Vuestro padre no era más que un hombre vulgar en posesión de un feudo, el vasallo de su cacique, que era el auténtico noble, el *grand seigneur*.

El miedo le atenazó la garganta a Montcourt. Desvió la mirada hacia Louvois, que estaba observando al rey.

—Se os podría definir como vasallo, quizá —prosiguió Luis—. O como campesino. Y, sin embargo, os consideráis por encima de esos hombres, que no dudarían en sudar y trabajar duro para alimentar a sus familias, pagar sus impuestos y cumplir sus obligaciones con el rey. Pero

vos no pagáis nada ni hacéis nada. Por tanto, os pregunto: ¿qué hace un don nadie como vos sentado a mi mesa?

—Encontraré los documentos, sire. Os suplico que me deis la oportunidad de demostrar mi linaje.

—Los documentos ya están aquí, Montcourt. Tras un inexcusable retraso.

Louvois intervino en ese momento.

—En lo que respecta al retraso, sire, ya os mencioné que no deseábamos importunaros con esos aburridos asuntos de Estado...

—¡Yo soy el Estado! —gritó Luis. Se puso en pie airadamente y los cortesanos se apartaron para dejarle espacio—. Y muy pronto descubriremos de dónde procedemos todos y cada uno de nosotros. Se me ha hecho notar que a muchos de vosotros os incomodan estas visitas a Versalles. Que muchos de vosotros preferís París o vuestros propios dominios, que tanto echáis de menos a pesar de que no se encuentran muy lejos de aquí. Os digo lo mismo a todos: no tardaréis en acostumbraros. —Se acercó más a Montcourt y lo observó fijamente—. Vuestro origen noble os libró de pagar impuestos, pero vuestras mentiras os condenan ahora a pagarlos.

—Sire, no poseo dinero, sólo mi casa y mis tierras.

—Quitadle las llaves —dijo el rey, dirigiéndose a dos de los guardias.

Los guardias se acercaron a Montcourt, le arrebataron las llaves que llevaba en la chaqueta y luego lo despojaron de la ropa hasta dejarlo únicamente con las prendas íntimas.

El rey le entregó las llaves a un anciano noble que temblaba junto a Montcourt.

—¿Vuestro nombre? —le preguntó.

—Pierre de La Croix, sire.

—La suerte os sonríe, La Croix.

Y entonces, mientras Montcourt seguía avergonzado y humillado junto a la pila que formaba su ropa, el rey habló:

—No conozco a ese hombre. Éste no es su lugar. Y ha llegado el momento de que todos demostréis quiénes sois. Todos. Os aseguro que os haré lo mismo que a él.

Los nobles intercambiaron miradas de inquietud en el momento en que Luis regresaba a su mesa, cogía una pata de venado asado y la mordisqueaba.

La fiesta prosiguió mientras el rey, que ya se había retirado a su apartamento privado, seguía la celebración desde una ventana. Ya había caído la noche y, con ella, había llegado una lluvia de estrellas plateadas que punteaban el negro cielo. Una hoguera ardía alegremente en una amplia zona entre setos de hoja perenne tallados en forma de figuras, y al mismo tiempo los murciélagos revoloteaban cerca de la luz.

A instancias de Luis, Bontemps acercó una silla a la del rey y los dos permanecieron sentados como viejos amigos. Varias velas parpadeaban en un escritorio cercano, y su resplandor, que proyectaba extrañas sombras en sus rostros, se reflejaba también en sus ojos.

—Me gustaría mucho que me contaras algo acerca de tu hijo —dijo el rey.

Bontemps apoyó los brazos en la silla y suspiró en silencio.

—En sus últimas horas, me pidió que le hablara de mi vida aquí, con vos.

—Y ¿qué le contaste?

—La verdad. Que para mí es un regalo divino estar junto a vos. Que la vida sólo me resulta hermosa cuando estoy aquí. Que los jardines son tan espléndidos que de ellos mismos nace la belleza. Y también le dije que un día trabajaría y viviría aquí, en mi lugar. Que tal vez llegara a formar parte de la familia más noble del mundo, la familia de quienes siempre sueñan con llegar algún día a vivir como un rey. O como una reina.

Luis asintió, aplacado por las palabras de su ayuda de cámara.

—Le dije que un día —prosiguió Bontemps—, cuando todos hayamos desaparecido, se escribirá mucho sobre este lugar de ensueño. Y que quienes escuchen esas historias tal vez no las crean, porque Versalles parece sacado de un cuento de hadas.

—¿Le gustó la historia a tu hijo?

—Me preguntó si era éste el lugar al que se dirigía. Y le dije que sí.

—Yo creo —dijo Luis volviéndose hacia él— que el verdadero paraíso se encuentra entre los brazos de su padre. Estar aquí, contigo, en este momento. —A Bontemps se le llenaron los ojos de lágrimas, y Luis le apoyó una afectuosa mano en el hombro—. Pero no nos corresponde a nosotros decidirlo. Dios tiene sus propios planes y no podemos cuestionar sus designios. Del mismo modo que mi pueblo no debe cuestionar los míos. Pero lo hará. —El rey desvió la mirada hacia la temblorosa llama de las velas—. Quieren matarme, amigo mío. Nos matarían a todos si con ello consiguieran preservar el pasado. Y tal vez lo logren. Pero llegarán cambios, pase lo que pase. Y, si queremos resistir, sólo tenemos un camino. Debemos plantar nuestras propias raíces. Aquí.

—¿Por qué aquí, sire?

—Porque no quiero ser el rey de París. Soy Luis XIV. Soy el rey de Francia.

Luis se incorporó en su silla para echar otro vistazo por la ventana. Lo que no vio fue que, en la oscuridad, Sophie y sus amigos, que tal vez habían bebido demasiado vino, chapoteaban en una fuente de mármol para recuperar el anillo de esmeraldas que uno de ellos había perdido. Fue entonces cuando descubrieron, atascado en una tubería, un cuerpo pequeño, oscuro e hinchado. Nabo.

Lo único que vio el rey fue a los nobles que empezaban a abandonar la fiesta. Tras haber pasado allí el tiempo suficiente como para demostrar su lealtad, subieron a sus carruajes cargados de baúles y bultos, mientras lanzaban miradas por encima del hombro en dirección al pabellón. Miradas inquietas.

—¿Lo ves, Bontemps? —dijo Luis—. ¿Ves cómo huyen?

3

Verano de 1667

El barbero del rey era un hombrecillo meticuloso de nariz puntiaguda y manos firmes. Le recortó y le peinó el bigote a Luis con el mayor esmero, para después sacudirle de la camisa de seda los pelos sueltos. Bontemps permanecía allí cerca, sosteniendo el nuevo abrigo del rey, bordado en hilo de estambre. La mañana era radiante y la luz que entraba por las ventanas trazaba delicadas formas en las paredes, en los tapices y en los cuadros.

—Majestad —dijo Bontemps—, los dignatarios de Issiny llevan un mes esperando audiencia. Vienen desde muy lejos. Monsieur Colbert teme que acaben por marcharse y que perdamos toda esperanza de llegar a un acuerdo.

Luis resopló mientras el barbero seguía recortando.

—¿Qué clase de hombre crees que soy, Bontemps? —preguntó entonces el rey—. ¿Un hombre piadoso?

—Si vos lo deseáis, sire.

—¿Vengativo?

—Si las circunstancias lo merecen.

—¿Todas esas cosas para todas las personas?

—Equitativa e incondicionalmente.

Luis asintió con aire meditabundo. El barbero esperó hasta que el rey dejó la cabeza quieta.

—Como rey, sí. Pero te pregunto como hombre.

—Sois ambas cosas, sire —respondió Bontemps—. No se puede separar la una de la otra.

—Cuando envío a mi hermano a la guerra, lo hago como rey. Pero, si muriera allí, lo lloraría como hombre. Como hombre, puedo ganarme la aceptación de los demás. Como rey, no.

—Vos siempre tendréis nuestra aceptación, sire.

—¿Dirías que Montcourt siente lo mismo?

El barbero, que ya había terminado, retrocedió y saludó con una profunda inclinación de la cabeza. Luis se puso en pie y Bontemps lo ayudó con el abrigo. El rey se observó entonces en el espejo enmarcado en bronce del tocador.

—A un rey se lo recuerda tanto por las buenas obras como por las malas —declaró—. De eso no me cabe duda.

Se produjo un momentáneo silencio, que Bontemps interrumpió:

—El abrigo os sienta bien, sire.

Luis se contempló de nuevo y se miró directamente a los ojos, como si buscara algo allí. Y lo que encontró fue determinación, majestuosidad, poder y disposición.

Louvois se alegró de poder salir un poco al exterior. Aunque era un hombre importante en la corte, disfrutaba de los sonidos y los olores de la naturaleza. Paseó por una zona boscosa de los reales jardines y respiró hondo, tratando de calmar sus agitados pensamientos. De repente, oyó un susurro tras un árbol y se detuvo a mirar. Tal vez fuera un ciervo o un tejón. Pero no, el rostro que apareció al otro lado del tronco era el de un ser humano tan desaliñado como asustado.

«¡Maldita sea mi suerte!»

El secretario de Estado echó un vistazo a su alrededor para comprobar que no hubiera nadie en las inmediaciones y luego se acercó corriendo al árbol.

—¡Montcourt! ¿Qué estáis haciendo aquí?

El noble tenía los ojos enrojecidos por la desesperación y la falta de sueño. Su atuendo era inmundo y olía a establo.

—No tengo adónde ir —dijo en tono suplicante—. La familia de mi esposa no quiere saber nada de mí. ¡Se casó conmigo sólo por el título y, ahora que ya no lo tengo, ya no me necesitan!

—Os compadezco, pero no puedo ayudaros.

—Sois mi único amigo en la corte.

—Y, como amigo fiel, os diré la verdad. Vuestros días aquí han pasado a la historia. Debo irme.

Montcourt torció el labio.

—Trasladad al rey mis deseos de que se encuentre bien de salud —gruñó.

Louvois consideró la posibilidad de responder, pero finalmente se alejó y, mientras lo hacía, le pareció oír llorar a su antiguo amigo.

Desde su carruaje abierto, Luis observó con los ojos entornados un extenso prado. Dio órdenes al conductor para que detuviera a los caballos.

«Bien, bien», pensó mientras abría la puerta y descendía del carruaje.

Un joven de ondulada melena castaña y desenfadada apostura se dirigía hacia ellos por el prado, con los brazos abiertos.

—¡Majestad! —exclamó.

—¡Querido Rohan! —exclamó Luis—. ¡Has vuelto!

Al ver a su amigo de la infancia, sintió una oleada de alegría y lo invadió el recuerdo casi tangible de otros tiempos más sencillos.

—¿Lo veis? —dijo Rohan alegremente—. ¡Siempre hago lo que vos decís!

Extendió los brazos para abrazar al rey, pero entonces recordó cuál era su lugar y volvió a bajarlos.

—Os he echado de menos.

—Y yo a ti —contestó Luis al tiempo que le daba una palmadita en el hombro.

—Aquí hay más damas hermosas de las que yo recordaba.

—Pues te falla la memoria —replicó Luis entre risas—. Te haces viejo.

—Pero he aprendido la lección y regreso junto a vos reconciliado —dijo Rohan al tiempo que le dedicaba una teatral inclinación de la cabeza—, como nuevo y siempre a vuestros pies, sire. Espero que se me considere digno de formar parte de la corte, a pesar del tiempo que ha transcurrido. Me encantaba mi antiguo puesto de maestro de caza.

Luis sonrió y se sintió optimista y despreocupado en compañía de su amigo.

Rohan y el rey echaron a andar juntos y pasearon por el naranjal. Las mariposas revoloteaban entre los rayos del sol, mientras las libélulas pasaban zumbando junto a ellos, como si quisieran observarlos de cerca.

—He visto los planos para las caballerizas —dijo Rohan.

—Y ¿qué piensas?

—Que o bien vamos a cazar mucho, o bien os proponéis construir algo muy distinto aquí.

—Un palacio —afirmó el rey.

—¡Una ciudad! —Rohan rio—. ¡Una ciudad espléndida, sire!

«Soy un militar, siempre he sido un militar en el fondo de mi corazón», pensó Felipe. Se contempló por delante y por detrás en el espejo, admirando su elegante chaqueta, sus calzas nuevas, sus medias y sus lustrosas botas negras.

—¿Qué tal estoy?

—Te he vestido yo mismo, ¿crees que no sé qué tal estás?

Felipe sonrió.

—Y, ya que hablamos del tema —prosiguió Chevalier—, ¿a quién se le ocurre meter a un enano en una tubería? Aunque tal vez lo hiciera él mismo, movido por la tristeza. O puede que la reina se haya cansado de él. A lo mejor estaba intentando arreglar las fuentes para recuperar el favor del rey y se quedó allí atrapado como si fuera un simple corcho, ¿no?...

Felipe hizo un gesto de impaciencia.

—Tienes demasiado tiempo libre. Ven conmigo al frente.

—¿Me estás invitando a participar en una guerra? ¿Es que te has vuelto loco?

—No es una guerra cualquiera.

—Tu hermano dice una cosa y hace otra. No te hagas ilusiones. Pero si finalmente te marchas, yo me quedaré aquí, desde luego, para cerciorarme de que nadie ocupe tu puesto en la corte.

—¿De verdad? —repuso Felipe con una maliciosa risilla entre dientes—. Mi puesto.

Chevalier lo siguió hasta la antesala en la que aguardaba Enriqueta, espléndida con su vestido de encaje.

—Estáis muy elegante —le dijo a su esposo.

—Ya se lo he dicho yo —intervino Chevalier.

Felipe expulsó aire entre los labios.

—En realidad, no me lo has dicho.

—Mi querido esposo —dijo Enriqueta—, ¿tenéis noticias?

Felipe salió de forma airada de la estancia, volviéndose un instante para hablar por encima del hombro.

—Aún no.

Chevalier y Enriqueta permanecieron en la antesala, observándose fijamente, hasta que ella interrumpió el silencio.

—Tal vez os envíe a vos, en lugar de a Felipe.

Chevalier se encogió de hombros.

—Sería para mí un honor servir, desde luego.

—¿Creéis que no os ve tal y como realmente sois?

—Desde luego que me ve, querida. Y le hace feliz. Y eso es lo que nos diferencia.

—Lo único que nos une es la diferencia.

—Por lo menos, cuando vuestro esposo no está, sé dónde encontraros.

—Si venís a mis aposentos, no os responderé.

—Ni se me ocurriría buscaros allí... Del mismo modo que no se me ocurriría buscar al rey en la cámara de su majestad la reina.

Aunque era algo más baja que Chevalier, Enriqueta alzó claramente la barbilla en un intento de dedicarle una mirada altiva.

—Insinuáis mucho, pero decís poco.

Chevalier se le acercó más y le habló con la voz siseante de una serpiente:

—Sé lo mucho que os gusta nadar. Podría buscaros en la casa del estanque, por ejemplo. Sé que goza de mucha popularidad entre las jóvenes que aman la naturaleza.

Chevalier acercó los dedos para acariciarle los rizos, pero ella se los apartó de un manotazo.

—¡Estáis advertido, señor!

Él le dedicó una siniestra sonrisa.

—Constantemente, querida.

La reina estaba de pie junto a la ventana, vestida con su traje de luto. Sostenía un pañuelo en la mano y lloraba. Llevaba tanto tiempo llorando que le parecía increíble que aún le quedaran lágrimas. Pero le quedaban, y muchas. Sus damas estaban sentadas muy cerca, cosiendo, bordando o leyendo en silencio.

La puerta se abrió en ese momento y entró el rey, seguido de Bontemps. María Teresa lo observó con los ojos inyectados en sangre e hizo un esfuerzo por saludar con una reverencia.

—¿Cómo se encuentra mi reina?

—Mucho mejor, gracias —dijo. Tenía la garganta dolorida y le salió una voz áspera.

—Poneos otra ropa. Ya ha terminado el luto. Es hora de que retoméis vuestra agenda oficial.

—Sí, sire.

Luis se acercó a la ventana y contempló la carretera, más allá de los jardines.

—No tardaremos en recibir a unos invitados de la corte. Quiero que os ocupéis personalmente de ellos, que los atendáis con vuestra calidez y elegancia habituales.

María Teresa parpadeó.

—¿Podríais decirme de quién se trata, para que pueda prepararme como corresponde? ¿Se trata de españoles, quizá? —preguntó. Luis le dirigió una severa mirada—. Tenéis mi palabra.

—De ella dependo.

Y, antes de que María Teresa pudiera añadir una sola palabra más, o suplicarle una pizca de tiempo y ternura, el rey ya se había marchado.

Montcourt se limpió los mocos y el agua de lluvia de la cara, se armó de valor y llamó a la puerta del inmenso y siniestro château Cassel. Debido a la lluvia, el día se había vuelto oscuro como la noche, y todo, desde los prados hasta los árboles, era gris como la ceniza fría en una hoguera. Llamó de nuevo, ansiosamente, con más fuerza, mientras la lluvia seguía empapándolo. Por fin, la puerta se abrió.

Montcourt suplicó que lo dejaran entrar.

Una hora más tarde, estaba sentado en un taburete bajo, junto a un crepitante fuego. Vestía una camisa y unas calzas limpias y un lacayo le afeitaba la barba con una afilada navaja. En la oscuridad, lejos del resplandor del fuego, dos musculosos esbirros llamados Mike y Tomas observaban en silencio. No se oía sonido alguno, a excepción del crepitar del fuego, el roce de la navaja y el golpeteo de la lluvia en el exterior.

El noble Cassel, un hombre de mediana edad fuerte y astuto, dio un paso al frente para acercarse a la luz. Observó al recién llegado con los ojos entornados y una expresión indescifrable en ellos.

—¿Qué quieres de mí, Montcourt? —preguntó finalmente.

Montcourt levantó la vista justo cuando el lacayo le pasaba la navaja por última vez.

—Cuando llueve a cántaros, uno busca refugio bajo el árbol más grande. Y aquí, en el norte, no hay árbol más fuerte, más poderoso ni más decidido que el imponente roble, Cassel. Soy un refugiado en mitad de este real diluvio y sólo busco protección, mi señor. Soy vuestro más humilde servidor.

—Servidor —afirmó Cassel.

Chasqueó los dedos y Montcourt se puso en pie. Varios nobles surgieron entonces de entre las sombras y se situaron junto a Cassel. Observaron a Montcourt con una mezcla de lástima, miedo y repugnancia.

—He aquí la nueva ley de nuestro soberano —dijo Cassel, dirigiéndose a los nobles—. Despojar a un verdadero noble de su dignidad. Envilecer la reputación de un hombre cuya familia constituye la base de nuestro país. No hace mucho, todos sabíamos qué lugar ocupábamos, pero ahora... No, ahora debemos demostrar quiénes somos. ¡Cantar para ganarnos la cena!

Los nobles emitieron murmullos de aprobación.

—Todo esto me produce un gran dolor. Como sabéis, el rey siempre me ha inspirado respeto, pero ahora dice: «Yo soy Francia». Y yo digo: «Nosotros somos Francia». La situación actual de nuestro amigo Montcourt es un mensaje. Y el rey no tardará en recibir respuesta.

Un lacayo llevó colonia y roció con ella a Montcourt para enmascarar el fuerte hedor que desprendía. Un segundo lacayo procedió a peinarlo.

—Ese divertimento de los bosques... —dijo Cassel—. El rey está obsesionado, lo único que ve es Versalles. Si consiguiéramos eliminar esa nueva distracción, tal vez el rey perdería el control. Y entonces Versalles regresaría al monte, el rey a París y nosotros a nuestras tierras y a nuestras vidas.

Mike dejó una pistola sobre la mesa que estaba junto al fuego.

Montcourt contempló el arma y luego miró a Cassel.

—¿Queréis utilizar la fuerza para persuadir al rey? —preguntó.

—Ha perdido la cabeza. No conseguiremos nada apelando a la razón. ¿Deseas mi protección, Montcourt?

—Serviré a mi señor con mi vida.

—Desde luego que lo harás —aseguró Cassel, asintiendo muy despacio.

Una larga fila de plebeyos aguardaba ante una mesa, en una terraza de los cada vez más extensos jardines de Versalles. Jacques estaba sentado a la mesa, estudiando minuciosamente a todos aquellos que buscaban empleo como jardineros. Tras él, el pabellón de caza se estaba transformando en el palacio del rey: los muros exteriores estaban cubiertos por incontables andamios y en el suelo se acumulaban las plataformas de madera cargadas de enormes losas de mármol, que, poco a poco, se iban izando hacia los albañiles.

Un anciano bizco, vestido con harapos, dio un paso al frente y asintió esperanzado. Jacques contempló las manos del viejo.

—Necesito hombres que puedan cavar, no hombres a los que tenga que plantar —se burló al tiempo que levantaba la mano que aún conservaba—. Esta mano mató a diez hombres en la batalla de San Gotardo —afirmó.

Le dio una sonora bofetada al enjuto anciano y el hombre se escabulló correteando.

El siguiente en acercarse a la mesa fue un joven alto y musculoso, de pelo rubio y, aparentemente, muy seguro de sí mismo.

—Yo también he matado bastante —aseguró el joven—. He aparejado mil velas entre olas más altas que montañas. Eso servirá de algo, ¿no?

—No para mí —respondió Jacques.

El hombre se encogió de hombros y dio media vuelta para marcharse.

—Espera —lo llamó el jardinero—. Andamios. Un trabajo sencillo para un marinero. Necesitan albañiles, pues son varios los que se cayeron o murieron aplastados la semana pasada. Conozco al capataz. Le hablaré de ti.

Jacques se puso en pie y se dirigió hacia los andamios.

—Me llamo Benoit —dijo el joven mientras lo seguía—. Dime, amigo: ¿Lo has visto alguna vez? ¿Al rey?

—Muchos te dirán que lo han visto —resopló el jardinero—. Lo único que yo puedo decirte es esto: no soy amigo de ningún hombre. Por aquí.

El carruaje resplandecía, con sus detalles en oro y sus pinturas de ángeles, flores y animales exóticos. Llegó a la entrada del palacio del rey y varios lacayos se apresuraron a detener los caballos y a colocar un escalón ante la portezuela. Un guacamayo de vivos colores salió volando por la ventana del carruaje y se posó en el hombro de un guardia que se hallaba junto a la puerta. El guardia, como era de rigor, no se movió, ni siquiera cuando el pájaro empezó a picotearle el pelo.

Un hombre de regio porte, piel negra y mirada centelleante salió del carruaje y bajó el escalón. Era el príncipe Annaba, de Issiny, en la africana Costa de Marfil. Lucía una amplia capa en tonos escarlata y verde mar, un pañuelo azul en torno al cuello y un sombrero adornado con

plumas que reproducían todos los colores del arcoíris y que muy bien podrían haber pertenecido al hermano gemelo de su mascota. A Annaba lo seguía su hermano pequeño, Kobina, vestido con la misma elegancia. Un segundo carruaje se detuvo tras el primero y de él descendieron varios hombres y mujeres, todos ataviados con prendas de radiantes colores.

Bontemps levantó una mano a modo de saludo.

—Príncipe de Issiny —dijo—, sed bienvenido a Versalles.

Annaba echó un vistazo a su alrededor.

—Bonita casa —dijo gentilmente.

Bontemps acompañó al príncipe Annaba y a Kobina al interior del palacio y los condujo por varios corredores hasta la sala de recibir del apartamento del rey. Los miembros del séquito de Annaba los siguieron en silencio, con la cabeza bien alta. Mientras los cortesanos observaban con interés a los recién llegados, Annaba, con el guacamayo encaramado al hombro, correspondía a sus sonrisas con una especie de expresión burlona.

—Exacto —dijo lo bastante alto como para que lo oyeran los cortesanos—. Soy un negro estúpido. Vengo de la selva. Hola, ¿cómo estáis? ¿Creéis que os va a ser fácil tratarme como a un perro? Maravilloso. Pues pensadlo, pensadlo.

—Hermano —pidió Kobina—, baja la voz.

Annaba hizo un gesto despectivo con la mano.

—Los franceses necesitan dinero, así que nos necesitan a nosotros.

—Y entonces ¿por qué nos han hecho esperar en París durante un mes entero?

—¿Cuántas veces tengo que repetírtelo, hermano? El poder es un juego al que se juega con espejos.

Llegaron a una esquina y, tras doblarla, se adentraron en otra larga galería. Varios cortesanos más se los quedaron mirando boquiabiertos.

—Aquí no estamos seguros —susurró Kobina.

—Vamos —le respondió Annaba—. Borra esa expresión de la cara. Hemos llegado al mismo centro del mundo.

—El centro del mundo es muy blanco.

—Somos pioneros, estamos haciendo historia. Quieren lo que nosotros tenemos, lo mismo que los holandeses. Pues que se peleen por nosotros. Sea cual sea el resultado, salimos victoriosos.

Llegaron a unas puertas en forma de arco, cerradas. Ante ellas los esperaban varios guardias, además de Fabien y su ayudante Laurene. Annaba se inclinó hacia su hermano.

—Se hablará de este momento mucho después de que nos hayamos marchado.

—Lo que me preocupa es cómo nos marcharemos —dijo Kobina.

—Ilustres invitados del rey —habló Bontemps con una respetuosa inclinación de la cabeza —. Annaba, príncipe de Issiny.

—Hijo del rey de Eguafo —añadió Annaba—, heredero de Costa de Marfil y de los Dientes, señor de los cielos. Y éste es mi hermano, Kobina.

—Príncipe Annaba —pidió Bontemps—, acompañadme, por favor.

Annaba indicó a los demás que lo siguieran, pero Bontemps se lo impidió.

—Vos solo. Vuestro hermano acompañará a monsieur Fabien.

—¿Y mis amigos? —preguntó Annaba mientras su guacamayo desplegaba sus coloridas alas y volaba hasta el hombro de su hermano.

—Disfrutarán de la cálida hospitalidad del rey.

Tras esas palabras, Laurene dio un paso al frente y, acto seguido, los tres grupos partieron en direcciones opuestas, hacia encuentros distintos en diferentes partes del palacio.

Bontemps acompañó al príncipe Annaba hasta una cámara pequeña y escasamente amueblada. No disponía más que de una ventana, una segunda puerta, cerrada, en la pared del fondo y una pesada cortina verde a un lado de la estancia. Annaba echó un vistazo al otro lado de la cortina y descubrió una alcoba con una cama. Allí estaba pasando algo y tenía una sensación extraña. Miró por la ventana y, en el tono más neutro que pudo, dijo:

—Bontemps, ¿a qué distancia de aquí se encuentran los árboles?

En ese momento, sin embargo, oyó cerrarse la puerta y, al volverse, descubrió que Bontemps se había marchado y lo había dejado a solas con dos guardias. Annaba trató de dirigirse a la puerta, pero los hombres le bloquearon el paso.

«¿Qué ocurre? ¿Qué está...?»

La puerta volvió a abrirse. Sin duda, debía de ser el rey, que iba a saludarlo.

Pero era la reina. María Teresa permaneció allí de pie, en toda su noble belleza. Los dos se observaron fijamente durante largos instantes.

—Buenos días, príncipe Annaba —dijo ella al fin.

Annaba inclinó la cabeza.

—Buenos días, alteza. Es un placer volver a veros.

Un carromato cubierto, cargado de barriles de vino, traqueteaba por la carretera que se dirigía a Versalles. Un monje de sonrosadas mejillas iba sentado en el banco de madera del interior, junto a los barriles. El zarandeo del vagón y el chirrido de las ruedas le estaba dando sueño. Hacía un día precioso, un radiante día de verano. Dios reinaba en el cielo y el mundo era un lugar perfecto.

Y, justo entonces, le llegó un grito airado desde el exterior.

—¡Alto! ¡El cargamento o la vida!

Al monje se le secó la boca. Se dejó caer al suelo y trató de empequeñecerse.

—¡Vino! —aulló una segunda voz—. ¡Para el rey!

El carretero gritó algo ininteligible y, tras un brusco viraje, el carromato salió disparado. El monje cayó hacia atrás y chocó contra los barriles. Se oyó ruido de cascos que se lanzaban en persecución del carromato y, entonces, ¡pam!, el vehículo paró bruscamente y cayó de costado. El monje rodó hacia un lado y se golpeó con el canto del banco. De inmediato le empezó a brotar sangre bajo el pelo.

Un hombre apareció en la ventana del carro y contempló al monje. Era un individuo de rasgos aquilinos, cejas oscuras y rostro impenetrable: Montcourt. Observó fijamente al indefenso pasajero, apoyó su mosquete en la ventana y le voló la cara al monje de un disparo.

Bontemps alcanzó al rey y a Colbert mientras éstos admiraban la fuente de Baco, una enorme y asombrosa figura situada ahora en un estanque en torno al cual se habían plantado nuevos árboles.

—¿Majestad? —dijo Bontemps, secándose la frente—. Lo que pedisteis ya está hecho.

Luis sonrió.

—Se me ha comunicado que mis buenos amigos los Parthenay se dirigen a Versalles desde sus posesiones del sur.

A Bontemps se le iluminó el rostro.

—¿Los acompaña la pequeña Françoise?

—Con su esposo y sus hijos.

—Qué rápido pasa el tiempo —murmuró Bontemps.

El rey asintió y echó a andar de nuevo.

—Los Parthenay gozan de muy buena consideración en el sur. Tienen una gran influencia. Como favor personal, se dirigen hacia aquí para presentar sus nobles credenciales, con la esperanza de que sirva de ejemplo a los demás. Nos aseguraremos de que se informe en la *Gazette*. Tal vez incluso deberíamos acuñar una medalla, ¿no os parece, Colbert? La aritmética política sin duda augurará grandes cosas.

—«Los poderosos nobles del sur presentan sus credenciales al rey» —respondió Colbert—. Con eso debería bastar.

—Mejor aún: «El rey recibe las credenciales de los nobles del sur» —repuso Luis.

Un poco más adelante se hallaba una carreta repleta de estiércol, justo al borde de una parte recién excavada de los jardines. Jacques estaba supervisando la descarga de la hedionda materia.

—Ahí hay mucha mierda —dijo el rey.

—La mejor mierda de los caballos del rey en el Louvre —respondió Jacques—. Sire... —prosiguió, pero luego desvió la mirada y guardó silencio.

—Habla —le ordenó el rey, acercándose—. ¿Qué te preocupa?

—Cuando volvía de los bosques, he encontrado a un anciano que estaba asando una rata junto al arroyo. Al principio he pensado que se trataba de un pordiosero.

—Pero... ¿lo has reconocido?

—De la corte de vuestro padre. Luchó en el bando de Constantine d'Auvergne.

La sonrisa de Luis desapareció a medida que iba recordando.

—Durante la Fronda —asintió—. Ah, si hubieran triunfado...

—Estaríais muerto.

—Algún día me gustaría saber más sobre mi padre —dijo el rey.

Luego se despidió con un gesto de la mano y se adentró en solitario por un sinuoso sendero bordeado de árboles. Continuó descendiendo hacia el estanque. Y después hacia la casa del estanque, donde sabía que lo estaría esperando Enriqueta.

Y allí estaba, aguardándolo en el vestidor mientras sus damas esperaban de nuevo en el vestíbulo. Se acercó a él y le apoyó la cabeza en el pecho. Luis le pasó un dedo por el pelo húmedo y la obligó a levantar un poco la cabeza. «Es tan hermosa —pensó—. Querida mía.»

—Estáis temblando —le dijo con dulzura—. ¿Es porque el agua estaba fría?

—Por otros motivos —respondió ella. El rey percibió una mirada angustiada en sus ojos azules—. Vos. Nosotros. Él. Chevalier.

—¿Chevalier os hace temblar?

—Sí. Me asusta. La forma en que me mira. La forma en que habla de vos. La forma en que se aprovecha de la bondad de mi esposo para degradarlo. Por favor, hacedlo desaparecer durante una temporada. Así podrán estar juntos los dos y también nosotros.

—¿Qué clase de rey envía a su hermano a la guerra?

—Yo os pediría que los enviaseis a los dos.

Luis besó a Enriqueta en la frente y luego en el cuello.

—¿Recordáis cuando teníais dieciséis años? Pisasteis un rosal y os sangró el pie.

Ella sonrió débilmente.

—Vos me besasteis los dedos.

—¿Conseguí que desapareciera el dolor?

—Al instante.

—Quiero que sepáis una cosa —dijo Luis mientras dejaba resbalar las manos hacia la parte baja de la espalda de Enriqueta y las apoyaba en sus suaves glúteos—. Siempre haré desaparecer vuestro dolor. Jamás tendréis que preocuparos por lo que respecta a Chevalier. Siempre seré un puerto seguro para vos.

La duquesa jadeó y arqueó el cuerpo, acercándose más al rey mientras éste le acariciaba el vientre con una mano y luego la iba bajando hasta introducirla entre sus piernas. Enriqueta jadeó de nuevo.

—Vos... —susurró—, vos me protegeréis de las olas.

—Aunque nos arrastren, querida mía —dijo él. Cogió a Enriqueta en brazos, la llevó hasta el diván y le condujo una mano hacia sus calzas para demostrarle que estaba más que listo—. Aunque me lleve la marea.

El príncipe Annaba y la reina se observaron el uno al otro. A excepción de los guardias, estaban los dos solos en la pequeña estancia. Hablaron de muchas cosas, sobre todo para intercambiar cortesías y pasar el rato.

Finalmente, Annaba dijo:

—En mi última visita, os traje un regalo.

María Teresa asintió.

—¿Os ha proporcionado placer?

La reina hizo una pausa antes de hablar.

—Muchísimo, gracias.

—Me alegra oírlo. Le tenía mucha estima.

Finalmente, se oyeron pasos al otro lado de la puerta. Los guardias se apartaron para dejar entrar a Bontemps.

—El rey ya está listo para recibiros —le dijo al príncipe.

Bontemps abrió la puerta que daba a la segunda cámara, una luminosa habitación repleta de nobles y cortesanos. El rey, elegantemente vestido, estaba sentado en un gran sillón de ébano colocado sobre una tarima. Tras él, de la pared, colgaba un inmenso emblema de oro: un sol radiante en cuyo centro figuraba el rostro de un hombre. Y aquel semblante era la imagen misma de Luis XIV. El Rey Sol.

María Teresa ocupó su lugar junto a su esposo.

—Príncipe Annaba de Issiny —dijo Luis—, sed bienvenido a mi corte.

Annaba saludó con una inclinación de la cabeza.

—Sire, Versalles es mucho más hermoso de lo que había imaginado.

Luis le presentó a Felipe, a Enriqueta, a Colbert y a Louvois, que fueron inclinando la cabeza uno tras otro a modo de saludo. A continuación, el rey observó fijamente a Annaba.

—Y a mi esposa ya la conocéis —señaló al fin.

Una vez concluidas las presentaciones formales, Luis y Bontemps llevaron a Annaba y a su séquito a dar un paseo por los jardines, durante el cual les detallaron lo que ya se había hecho y lo que quedaba por hacer, no sólo en los jardines, sino también en el palacio. Los africanos asentían una y otra vez, al parecer fascinados por las dimensiones de lo que veían.

—Cuando ofrecí una fiesta aquí, hace varios años —dijo Luis—, no disponíamos de espacio suficiente para albergar a todos mis amigos. Ahora tendremos espacio de sobra: cuatrocientos apartamentos en total.

—Ah —respondió Annaba.

—Habladnos de los países de África —pidió Bontemps.

Annaba se detuvo y frunció el ceño. Observó primero a Bontemps y luego al rey.

—¿Cuándo vamos a negociar? —preguntó.

—En Francia tenemos otra manera de hacer las cosas —le respondió Luis.

Annaba ladeó la cabeza.

—Puede que haya cometido un error. Puede que deba negociar con los españoles, con los holandeses o con los ingleses. Parecen todos deseosos de hablar sobre el futuro.

El rey se volvió hacia su huésped.

—¿Estáis disfrutando de nuestra hospitalidad?

Annaba asintió.

—Es muy... grande.

Luis se echó a reír.

—Y aún lo será más, como podréis comprobar esta noche.

—Y ¿luego qué ocurrirá?

—Luego —dijo Luis—, nos sentaremos a hablar.

—Me he inspirado en nuestro huésped de Issiny —comentó Felipe, que estaba delante del espejo añadiendo coloridos lazos y pañuelos a su atuendo militar—. Creo que necesito un toque de color. Ah, ¿cómo se viste uno para ir a la guerra?

Enriqueta estaba sentada, bordando, y observaba a su esposo con el corazón dividido y una expresión apesadumbrada.

—Si os vais —le dijo—, por favor, volved.

—Si yo muriera, vuestra vida sería mucho más fácil.

Enriqueta dio unas cuantas puntadas más a la falda que tenía sobre el regazo.

—Sabéis muy bien que mis problemas nunca se resolverán. Y preferiría que no murierais.

—Decís unas cosas tan dulces, mi tesoro —repuso Felipe, mirándola—. Desde que éramos niños, mi sueño ha sido siempre ir a la guerra. El vuestro ha sido mi hermano. Qué afortunados somos los dos. Puede que un día, dentro de muy poco, ambos podamos hacer realidad nuestros sueños.

Se volvió hacia el espejo, de modo que no vio a su esposa enterrar la cara en la falda que estaba bordando y echarse a llorar.

—¿Las obras están paradas? —preguntó Luis mientras recorría de un lado a otro la antecámara de su apartamento. Bontemps, Fabien y Colbert estaban allí cerca, tensos, esperando para hablar —. ¡Las apariencias lo son todo! ¡El príncipe es mi huésped y, hasta el momento, luce más esplendor en su atuendo del que yo puedo ofrecerle en mi palacio!

—Ha desaparecido un cargamento de mármol en la carretera —explicó Colbert—. Los hombres no pueden trabajar sin material.

—Hay ladrones en las carreteras, sire —añadió Bontemps—. Siempre ha habido ladrones en las carreteras.

Luis, con el rostro congestionado, dejó de pasear de un lado a otro.

—¡Es un sabotaje organizado!

—Cuanto más construimos, más necesitamos —repuso Bontemps, esforzándose por mantener un tono de voz neutro—. Cuanto más necesitamos, más mercancías tenemos que transportar desde Versalles y más posibilidades hay de que ocurran estas cosas.

—¡Estas cosas pueden llegar a convertirse en un movimiento organizado! —exclamó Luis —. ¡Y, antes de que nos demos cuenta, estallará una revolución! La carretera del rey es sacrosanta. Quien haya hecho algo así nos ha declarado la guerra.

—Mis hombres y yo apostaremos patrullas en la carretera —dijo Fabien.

—De inmediato —ordenó Luis.

Y, tras esas palabras, se dirigió a su cámara, no sin antes hacerle un gesto a Bontemps para que lo acompañara.

Éste se inclinó hacia Fabien y le dijo algo de forma apresurada.

—Tenemos una guerra prácticamente encima, no disponemos de hombres suficientes. Yo me ocuparé de las carreteras. Hay huéspedes en la corte. Nos estamos esforzando mucho por estar a la altura de las exigencias de su majestad y convertir sus sueños en realidad. Serviréis mejor al rey si os quedáis aquí. ¿Qué sabemos de nuestros visitantes de Issiny? ¿Estáis seguro de que no nos espían? ¿Cómo sabéis que no son los holandeses quienes los envían?

Fabien parpadeó. Sabía que Bontemps podía estar en lo cierto.

—De esta visita depende mucho más de lo que vos creéis —añadió el primer ayuda de cámara—. Nuestro principal deber es salvaguardar al rey.

—¡Bontemps! —gritó Luis desde el otro lado de la puerta.

—Aunque sea de sí mismo.

Fabien asintió.

—Aseguraos de que vuestros hombres sean competentes —le dijo a Bontemps—. Serán mis ojos y mis oídos.

Bontemps regresó apresuradamente junto al rey. Fabien, por su parte, se dirigió a la ventana y vio al detestable guacamayo de Annaba posado sobre una barandilla de piedra. El pájaro le devolvió la mirada sin inmutarse siquiera.

En su cámara, Luis se agarró al respaldo de la silla. El corazón le hervía de rabia y notaba la respiración cálida y acelerada. A su alrededor, la estancia empezó a moverse, a girar y a desdibujarse en el pasado...

La cámara real había desaparecido y se encontraba de repente en la habitación que había ocupado de joven. Su madre entró en ese momento y Luis se vio a sí mismo apartarse de la ventana y de las virulentas hogueras que ardían en el exterior. A los trece años, Luis era alto para su edad, pero en su rostro aún se adivinaba la inocencia de la niñez.

Ver a su madre lo turbaba. La amaba, pero no conseguía entenderla.

—Quiero que conozcas a alguien —le dijo ella.

Una segunda mujer entró en la habitación. Se trataba de una dama de aproximadamente la misma edad que la madre de Luis. Tenía un cuerpo voluptuoso, de hermosa figura, y unos ojos de mirada penetrante como la de un águila. La recién llegada le sonrió con una expresión de seguridad.

—Te presento a madame de Beauvais —indicó Ana—. Ha venido para darte clases.

—Pero, *maman*... —protestó Luis, mirando de nuevo hacia la ventana—. Los hombres de ahí fuera...

Su madre levantó un dedo para interrumpirlo.

—No permitas que te distraigan. Debes concentrarte en tus estudios.

Ana abandonó la habitación y, de inmediato, madame de Beauvais empezó a desabotonarse la blusa.

—¿Qué es lo que vais a enseñarme, madame? —le preguntó Luis.

La dama se abrió la blusa, se bajó la ropa interior y dejó los senos a la vista.

—Llamadme Catherine —pidió.

—¿Sire? ¿Estáis de acuerdo? —Le llegó entonces la voz de Bontemps desde algún lugar distante—. ¿Sire?

El recuerdo se esfumó. Luis se encontró de nuevo en su cámara y se volvió hacia Bontemps, que debía de haberle formulado una pregunta.

—No lo sé —contestó—. Sí. O no.

Bontemps pareció confuso.

—¿Majestad?

Luis enderezó los hombros.

—¿Dónde está mi hermano?

Béatrice y Sophie paseaban por los jardines bajos tras una ligera lluvia. Estaban hablando de telas y joyas cuando Fabien apareció de detrás de un seto y a punto estuvo de chocar con ellas. Béatrice intercambió una intensa mirada con el jefe de seguridad, tras lo cual cogió aire rápidamente, en silencio, y sonrió con gesto coqueto.

—¿Madame... de Clermont? —dijo Fabien—. ¿He acertado? Nos hemos visto unas cuantas veces, pero nunca hemos hablado.

—Es cierto, monsieur Marchal.

—Fabien.

—Béatrice.

—Ajá —dijo él mientras señalaba a Sophie con la barbilla—. ¿Vuestra hermana?

—Hija. Me llamo Sophie.

Fabien abrió mucho los ojos.

—¿Hija? ¿De verdad?

Béatrice le lanzó a Sophie una mirada mordaz, pero entonces vio a Chevalier en un sendero apartado. Tenía que hablar con él, pero también quería aprovechar aquellos instantes con Fabien. «¡Maldita sea mi suerte!», pensó.

—Un día precioso para pasear... —empezó a decir Fabien.

—Sí —convino Béatrice. Miró a Chevalier y luego de nuevo a Fabien, tratando de no demostrar lo nerviosa que estaba—. Ha sido todo un placer conoceros.

El jefe de seguridad pareció decepcionado ante aquella brusca despedida.

—Sí, eh... Bien, que tengáis un buen día —consiguió decir.

Saludó con una inclinación de la cabeza y se alejó. Béatrice cogió a Sophie del brazo y se dirigió rápidamente hacia Chevalier.

—Madre —dijo la joven mientras trataba de seguirle el ritmo—, creo que le gustas a Fabien.

—Calla, «hermana».

—Estás enfadada conmigo.

Béatrice tiró del brazo de su hija.

—¡Algún día sabrás hasta qué punto!

Interceptaron a Chevalier junto a una fuente de mármol. Al verlas, él hizo un teatral gesto con el brazo.

—¡Buenos días, prima!

Los tres se adentraron en un sendero bordeado de arbustos de boj, podados a baja altura, lo cual le daba cierto aire de laberinto. Varios pajarillos los observaron desde los setos para luego emprender el vuelo.

—Sophie, querida —dijo Chevalier—, necesito vuestra ayuda. Tengo una especie de dilema moral. Si alguien a quien yo adoro fornica con otra persona sin mi consentimiento, ¿no es justo que yo fornique con otra persona de mi elección para que estemos en igualdad de condiciones?

—Ya basta de bromas —pidió Béatrice—. No debemos tentar a la suerte. Se está expulsando de la corte a muchas familias.

Chevalier se encogió de hombros.

—Ninguna de ellas ha podido aportar los documentos necesarios.

—Supongo que no tenían a nadie que respondiera por ellos.

—Ésas son las nuevas leyes que debemos acatar.

Béatrice lo agarró del brazo.

—Por lo menos, nosotras os tenemos a vos.

Chevalier le dirigió una mirada en la que se mezclaban la curiosidad y la cautela.

—¿Por qué de repente sois tan amable conmigo?

—Qué tonta soy —respondió ella—. En el fondo de mi corazón, sé que nos utilizaréis como mejor os convenga y luego nos expulsaréis como a todos los demás.

—Naturalmente. Pero os estaré vigilando en mitad de toda esta locura, por eso no temáis. Sobre todo a vos, querida —dijo frunciendo los labios y mirando a Sophie—. Aunque caminéis como una lechera.

Siguieron paseando en silencio durante un rato. El laberinto los acercó al palacio, donde varios hombres encaramados a andamios de madera trabajaban a peligrosa altura colocando ladrillos y ampliando los tejados a dos aguas.

Al levantar la vista, Sophie vio a un musculoso joven de pelo rubio que la estaba observando. Se detuvo. Y sonrió.

—¡Sophie! —la llamó Béatrice, que estaba algo más adelante.

A regañadientes, su hija la siguió. Desde el privilegiado lugar que era el andamio, Benoit observó alejarse a la hermosa joven y luego correteó por la plataforma de madera para acercarse a Jacques, que estaba comiendo pan con queso.

—¡He oído su nombre! —exclamó—. ¡Se llama Sophie!

—Ya te puedes dar por muerto si te acercas a ella —replicó Jacques.

—Mejor morir por algo en lo que se cree, ¿no?

El jardinero le dio un bocado a su trozo de pan.

—¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Benoit.

Jacques le ofreció un poco de pan.

—Yo soy Jacques —le dijo.

—¿Qué hace un jardinero aquí arriba?

—La perspectiva que se tiene desde aquí me ayuda a estudiar las líneas del jardín.

El albañil sonrió.

—Y a las jóvenes que pasean por él.

—Ten cuidado con esas cosas. Debes pensar en tu futuro.

—Ya lo hago —repuso Benoit en tono soñador—. Y veo a Sophie en él.

Felipe se arrodilló sobre un cojín en la sala del Gabinete de Guerra mientras el sacerdote se le acercaba para darle su bendición. Felipe ya no lucía en su atuendo ni cintas ni coloridos lazos. Se los habían quitado todos, hasta dejarlo únicamente con la vestimenta de un soldado serio y centrado en su tarea.

Luis entró en ese momento y lo observó sin decir palabra, aunque su hermano percibió enseguida su presencia.

—Pensaba que, si preparaba de inmediato mi partida —dijo Felipe con la cabeza inclinada —, tal vez tú la aprobarías.

—No te entiendo —replicó Luis.

El sacerdote terminó su bendición y abandonó la sala, tras lo cual Felipe se puso en pie y se enfrentó al rey.

—Espero tus órdenes, hermano. Y, cuando ya no puedo esperar más, le pido al Señor que me libere.

Los hermanos se miraron fijamente el uno al otro; entre ellos, la tensión era tan visible como las motas de polvo suspendidas en el aire. Momentos después, ambos se volvieron para observar las maquetas que descansaban en el centro de la mesa. Habían ganado en detalle: las posiciones de batalla se habían incrementado con más soldados, caballos y anotaciones.

Luis señaló el despliegue con un gesto de la barbilla.

—¿Cuál de ellos eres tú?

—Un caballo —respondió Felipe con una discreta sonrisa.

Su hermano suspiró.

—Felipe...

—Quieres que sea serio.

Luis siguió contemplando la maqueta.

—Quédate siempre cerca de tu guardia personal. Cuida tu flanco.

—Te traeré la gloria. Lo juro.

—Que Dios te proteja y te devuelva a casa sano y salvo. Te vas hoy mismo.

—Márchate entonces —dijo Felipe—. Corre junto a Enriqueta. Tienes mi bendición. Bien sabe Dios que no necesitas a un sacerdote para obtenerla.

Felipe aguardó una respuesta, sin embargo no la obtuvo, de modo que salió de la estancia sin añadir una sola palabra más.

El sol se fue ocultando en silencio tras los árboles que crecían al oeste. El día, con sus sospechas, sus tristezas, sus celos y sus esperanzas, le dio la espalda al mundo, y a Versalles, una vez más. Las criaturas del bosque se acurrucaron para dormir en sus guaridas y sus madrigueras, mientras la luz de las velas iba iluminando el camino.

—Si vuestros amigos los Parthenay resultan ser tan valiosos como yo creo —dijo Colbert mientras el rey daba cuenta de un banquete de pastel de cisne, peras y carne de cerdo—, una vez que nos hayan visitado para dejar constancia de su lealtad, conseguiremos convencer a muchos de los nobles del sur para que nos obedezcan. Nos quedará el norte y el este.

Luis le clavó el cuchillo al pastel.

—¿Quién me desafía en esas regiones?

—El duque de Cassel, sire. La mitad de los nobles del norte y del este están en deuda con él.

—Entonces, él es nuestra piedra angular. Si conseguimos arrancarlo a él del muro, la estructura al completo se vendrá abajo. Si no, seremos nosotros quienes se derrumben.

—Pero ignora nuestras cartas, sire.

Luis se apartó de la mesa y se acercó al retrato de sí mismo que colgaba junto a la chimenea. Observó sus propios ojos oscuros, el regio y decidido rostro que gobernaba Francia. Toda Francia.

—Entonces tendré que enviarle un regalo junto con la orden de obedecer nuestras leyes. Deberá aportar pruebas de su nobleza o atenerse a las consecuencias. —Se volvió hacia Colbert —. De lo cual será testigo toda Francia.

El enorme e imponente château Cassel se alzaba sobre una colina poblada de árboles. El temprano atardecer lo había teñido de una luz grisácea. Cassel, Montcourt y otros nobles holgazaneaban ante la chimenea en el gran salón, que olía a humedad, mientras bebían copas de

vino. Vino demasiado bueno para unos monjes. Vino digno de un rey.

—La carretera que conduce a Versalles es lo único que mantiene con vida el nuevo capricho del rey —dijo Cassel mientras se secaba los labios—. Si interrumpimos esa vía, el proyecto morirá antes de madurar. Y todo el mundo nos lo agradecerá tarde o temprano, de eso no me cabe duda.

Tomas surgió de entre las sombras.

—Ha llegado un mensajero que trae un regalo. Lo envía el rey.

Cassel torció los labios en una especie de sonrisa sarcástica. Entró el mensajero, cargado con un paquete plano de considerables dimensiones. Lo dejó sobre la mesa y, con mucho cuidado, retiró el envoltorio. Era un retrato del rey.

—Oh, qué considerado —dijo Cassel.

El mensajero se irguió.

—Luis el Grande exige vuestra presencia en la corte, tal y como estipula el imperio de la ley y la Gran Investigación sobre la Legitimidad de la Nobleza. Se os pide que presentéis pruebas de vuestra nobleza.

Cassel miró a Montcourt y, por último, bebió otro sorbo de vino.

—Vaya —dijo contemplando su copa de metal.

La fiesta se hallaba en pleno apogeo cuando Bontemps recogió a Annaba, a Kobina y al séquito de Issiny de sus aposentos y los acompañó por el palacio. Annaba estaba convencido de que por fin iba a negociar con el rey. Ya iba siendo hora.

Pero lo que vio al otro lado de las puertas dobles no era exactamente lo que esperaba, de modo que perdió algo de confianza.

El salón estaba profusamente iluminado y repleto de nobles tan ebrios como ruidosos. Un cuarteto de flauta, violín, laúd y chirimía interpretaba alegres piezas. Algunos de los nobles intentaban cantar, mientras otros se esforzaban por bailar. Sin embargo, no hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que en realidad aquello era un salón de apuestas, pues en el centro mismo de la sala destacaba una gran mesa de ruleta. Los presentes apostaban y aplaudían mientras la ruleta daba vueltas y más vueltas.

Sin embargo, los nobles guardaron silencio cuando repararon en la presencia de los invitados negros junto a la puerta. Los africanos entraron en la sala y varios de ellos se acercaron a la mesa de ruleta, lo que provocó que los nobles que allí estaban se apartaran de inmediato.

—Creo que aquí no somos bienvenidos —susurró Kobina.

—Y yo creo —respondió Annaba mientras señalaba con la barbilla una sala adyacente— que las negociaciones ya han empezado.

En la otra sala, el monarca, con un aire muy regio y elegante, estaba sentado a una mesa repleta de flores y comida. Lo acompañaban la reina, acomodada a su lado, y varios nobles. Al otro lado de la mesa, enfrente del rey, quedaba un taburete vacío, por lo que Annaba dio un paso adelante para unirse al real ágape. Dos guardias se lo impidieron de inmediato.

Al ver el movimiento de los guardias, María Teresa apoyó una mano en el brazo de Luis.

—Por favor, mi querido esposo —susurró—, no juguéis de este modo con Annaba.

El rey levantó la mirada e hizo un despreocupado gesto con la mano, tras el cual los guardias permitieron que Annaba se acercase. El príncipe se detuvo ante la mesa y, tras un incómodo momento, Luis asintió y le permitió sentarse.

Muy despacio, las conversaciones interrumpidas llenaron otra vez las salas. El cuarteto empezó a tocar de nuevo y la ruleta comenzó a girar, mientras los nobles seguían apostando. Kobina aguardó junto a la pared, mirando de un lado a otro con los brazos cruzados sobre el pecho. Annaba desvió su atención del rey y se concentró en el juego. Observó durante varios minutos la ruleta, hasta que finalmente exclamó para hacerse oír entre el alboroto:

—¡Creo que ya sé cómo funciona ese juego!

Le hizo una seña a uno de los miembros de su séquito, que depositó una gran bolsa llena de oro sobre la mesa de la ruleta.

Madame de Montespan, que estaba sentada con los demás nobles a la mesa del rey, sonrió, ladeó la cabeza con gesto coqueto y, por último, se inclinó hacia Annaba:

—Vos y yo nos parecemos mucho.

Se puso en pie, se echó a reír y dejó unas cuantas monedas junto a la apuesta de Annaba.

Justo cuando el alboroto de la fiesta llegaba a su punto álgido, un lacayo se acercó a la mesa del rey y le entregó un sobre negro. María Teresa se puso en pie para añadir sus monedas a la apuesta, pero el rey se lo impidió.

—Ay —anunció dirigiéndose a la sala entera—, esta noche no nos sonríe la fortuna en esta mesa.

Luego se levantó y abandonó la sala acompañado de su esposa.

Annaba los siguió con la mirada; luego se levantó también y se acercó a su hermano, que estaba junto a la pared. El juego empezó de nuevo.

—Hermano —dijo Kobina en voz baja—, cuando visitaste a los franceses el año pasado, me dijiste que la reina te había concedido audiencia, ¿no es cierto?

—Sí, ¿por qué?

—¿De qué hablasteis?

Annaba dirigió la mirada hacia la puerta tras la que habían desaparecido los soberanos. Sonrió, invadido por un grato recuerdo.

—De todo —aseguró.

—¿Qué estáis haciendo? —le preguntó María Teresa a Luis mientras se alejaban del salón de juegos por la galería, seguidos de varios guardias.

—Ganar —respondió él con una expresión de auténtico triunfo en el rostro.

La reina sintió renacer la esperanza en el corazón.

—Camináis muy deprisa; ¿qué bicho os ha picado? —dijo cuando doblaron una esquina y se adentraron en otro corredor.

—Ninguno —respondió el rey—, pero un hombre cubierto de barro se ha cruzado en mi camino.

Ante ellos aparecieron Fabien, Bontemps y el mensajero, desaliñado y cubierto de mugre, que había ido al norte a visitar a Cassel.

—Majestad —dijo Bontemps—. Se trata de un asunto urgente que requiere vuestra inmediata atención.

El rey observó a María Teresa, quien inclinó la cabeza y se alejó, acompañada por los guardias.

—¿Y bien?, ¿qué ocurre? —preguntó el rey.

—Cassel ha respondido a vuestro mensaje, sire —informó su primer ayuda de cámara.

Le entregó al rey una pequeña nota a la que alguien había pegado con cera una única moneda de oro.

—«Aquí tenéis vuestra prueba —leyó el rey muy despacio—. Una contribución a vuestro noble proyecto.»

—¡Qué insolencia! —respondió Fabien—. ¿Puedo responderle en persona?

Bontemps negó con la cabeza.

—Si me lo permitís, sire, creo que arrestarlo sería acabar con vuestros planes casi antes de ponerlos en marcha. Si encarceláis a Cassel, encarcelad a todos los nobles, porque igualmente ése sería el resultado final.

—¿Puedo, al menos, darle un puñetazo en la cara, sire? —preguntó Fabien con el rostro congestionado por la ira.

Luis, sin embargo, alzó una mano.

—Si cortamos una cabeza, otra ocupará su lugar. Acabar con él es dar pie a una guerra civil. Y ya sabemos cómo les fue a los ingleses con la suya.

Antes de que Fabien pudiera seguir insistiendo, Luis dio media vuelta y se alejó en la misma dirección que la reina.

De vuelta en su cámara, María Teresa permitió que sus damas la ayudaran a quitarse el vestido, que depositaron con cuidado en un alto armario, y la acompañaran hasta la mesa, donde se sentó ante su espejo mientras su dama favorita le quitaba las horquillas del pelo y se lo cepillaba. «Una velada muy extraña —pensó la reina—, pero da la impresión de que las cosas van a mejor. Luis parecía contento conmigo, doy gracias al Padre Celestial. Y, ahora, si se dignara...»

Y, entonces, lo oyó llegar. Allí estaba, tras ella, observando su rostro a través del espejo.

—Esposo mío —dijo María Teresa. Se volvió y la melena de largos y oscuros rizos le cayó sobre los hombros—. Aún no estoy lista.

—No me trae el deber —respondió el rey.

Despidió a las damas con un gesto de la mano y, a continuación, condujo a su esposa al lecho. La apoyó de espaldas sobre las almohadas y, muy despacio, recorrió con los dedos sus senos turgentes y la curva de sus caderas. María Teresa notó brotar en el corazón y en el cuerpo la pasión tanto tiempo reprimida.

«¡Qué me importa a mí que los tapices sean feos si vuelvo a importarle a mi rey!», se dijo.

—Me trae la gratitud —aclaró Luis mientras se quitaba las calzas y dejaba a la vista su hombría más que dispuesta.

Subió a la cama y se sentó a horcajadas sobre la reina.

—Gratitud por haber mantenido vuestra palabra y por haberos mostrado tan hospitalaria con nuestro invitado. Habéis aprovechado muy bien la oportunidad. —A la reina se le endurecieron los pezones al notar la fría caricia del aire—. Deseo haceros un regalo.

—Lo... lo acepto —susurró ella.

«¡Estoy lista!»

—Pero el regalo es un secreto —dijo Luis.

Bajó una mano para introducirle un dedo en la abertura y la encontró húmeda, dispuesta. La acarició y la exploró, mientras ella jadeaba. Y, entonces, se inclinó para susurrarle al oído:

—Vuestra hija está viva.

María Teresa abrió mucho los ojos en una expresión de alegría e incredulidad.

—¡Oh, Dios! —exclamó mientras su esposo la penetraba.

El rey había sobresaltado a Annaba al despertarlo en mitad de la noche. El príncipe había dejado a su asustado hermano en la cámara y, en ese momento, se hallaba sentado con su majestad en un coche de caballos que circulaba a una velocidad de vértigo por un oscuro e imponente bosque, flanqueado a ambos lados por jinetes al galope. Al principio, Annaba había creído que por fin, después de tantos retrasos, iba a negociar con el rey.

Pero ya no estaba tan seguro.

Luis permanecía en silencio entre el traqueteo del carruaje. Primero se dedicó a observar a Annaba, para luego contemplar la noche a través de la ventana del vehículo.

—¿Qué podríais ofrecerme? —preguntó el africano, interrumpiendo así el silencio—. Los holandeses no son tan hospitalarios como vos, pero tienen dinero.

Luis no dijo nada. «¿Qué pasa aquí?», se preguntó Annaba mientras el coche seguía avanzando.

Al cabo de un buen rato, el carruaje fue aminorando la marcha hasta detenerse. Entre los árboles empezaban a filtrarse ya los primeros rayos de la mañana, pero Annaba no vislumbró ninguna ciudad, ni castillo ni edificio de ninguna clase.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Una breve parada —respondió el rey.

A través de la ventana, Annaba vio a Fabien —que había estado conduciendo el coche hasta ese momento— bajar de un salto y adentrarse en el bosque. En aquella luz tenue, el príncipe consiguió distinguir una especie de cabaña, precariamente construida, entre los árboles. Fabien desapareció en el interior de la misma y sacó a rastras a un anciano frágil y casi calvo. Cuando se acercaron un poco al carruaje, Annaba se dio cuenta de que el anciano estaba tan aterrorizado que se había cagado en los pantalones. Movía los labios como si quisiera pedir clemencia, pero el pánico le había robado la voz.

—Mi jardinero se topó con este hombre durante uno de sus paseos —le dijo el rey a Annaba con una voz fría y grave—. Se llama Constantine. Luchó junto al hermano de mi padre contra mi familia en la Fronda. Se creía a salvo aquí en los bosques, pero yo jamás olvido un rostro.

Mientras el anciano unía sus arrugadas manos para rezar, Fabien sacó la cuerda que llevaba en el bolsillo, trepó a un tronco y la pasó por encima de la rama de un árbol. Luego obligó al anciano a subir al tronco y le ató la cuerda al cuello. Fue entonces cuando el hombre habló.

—¡Que Dios me asista! —aulló.

Aferró la cuerda con ambas manos, tratando de aflojarla, pero Fabien empujó el tronco y el hombre quedó colgando en el aire, gorjeando con los ojos desorbitados.

Fabien regresó al carruaje, subió al pescante y azuzó a los caballos. Annaba no dejaba de contemplar al anciano, que continuaba retorciéndose y girando, hasta que se lo tragaron los árboles y las sombras.

—Sigamos adelante —ordenó el rey.

Tras un arduo trayecto de casi una hora, Luis, Annaba, Fabien y la guardia del rey se encontraban en el interior de un viejo y aislado convento. Una anciana monja de rostro marcado por la viruela los acompañaba, en el más absoluto silencio, por una estrecha escalera. Varias velas, de trémula luz, alumbraban el camino. Desde las pequeñas hornacinas de las paredes los observaban las estatuillas de Jesús y de la Virgen María. Al llegar a lo alto de la escalera se hallaron en una especie de corredor con varias puertas. La religiosa los guio hasta la última. Llamó con suavidad y luego la abrió.

En el interior de la celda había una monja con un bebé en brazos, una criatura negra que parloteaba y balbuceaba, al tiempo que movía vigorosamente piernas y brazos.

Annaba la observó fijamente y, de repente, notó la boca seca. Vaciló, pero luego se acercó a la criatura y la estudió con atención. Luis también se aproximó, sin apartar la mirada del príncipe.

—Los holandeses tienen dinero, pero no tienen poder —dijo el rey con voz firme y segura —. Nosotros tenemos ambas cosas.

—¿Por qué me habéis traído aquí? —preguntó Annaba.

—Para concluir nuestras negociaciones.

—Pero si ni siquiera hemos empezado.

—Annaba, hemos estado negociando desde que habéis bajado de nuestro carruaje.

El africano se quedó mirando al rey.

—No me ofrecéis muchas opciones.

—Os ofrezco seguridad y una parte justa de los ingresos. Y también os ofrezco una cañonera para proteger vuestro puerto. Hace mucho que estáis lejos de casa y vuestros enemigos se están acercando a la capital.

—Mi padre se ocupará de ellos.

Luis ladeó la cabeza para señalar al bebé.

—¿Veis esa ruidosa criatura de ahí? Un amigo me dijo en una ocasión que si Dios la había traído al mundo era por algún motivo. Y sólo ahora lo entiendo. Su propia existencia exige la pregunta, porque en cualquier otro país ya llevaría mucho tiempo muerta. Y su madre también. Pero aquí esta. Y aquí estáis vos. Hay algo de lo que podéis estar convencido: podéis negociar con los holandeses, con los ingleses o con los españoles. Tened por seguro que os sonreirán y accederán a ponerse de vuestra parte, pero después os enviarán sus ejércitos, quemarán vuestras tierras, matarán a vuestras familias y se quedarán con todo lo que amáis.

Annaba tragó saliva con dificultad. Notó un escalofrío en los brazos, pero se obligó a mirar al rey.

—Vos haríais lo mismo.

—Yo no. Y os sugiero que os decidáis con rapidez. Un país sin rey no tarda en sucumbir a la guerra.

—¿Sin rey?

Luis sacó el sobre negro que llevaba bajo la casaca.

—Nos ha llegado noticia de la muerte de vuestro padre. Os acompaño en el sentimiento..., majestad.

Annaba contempló al bebé, a la monja y, por último, al rey.

—El poder es un juego al que se juega con espejos —dijo como si hablara para sí.

Luis asintió.

—El mundo no es lo que es. Sólo es lo que parece ser. Ahora sois rey. Debéis comprenderlo.

—Empiezo a comprenderlo. Sire.

A primera hora de la mañana, la familia Parthenay se hallaba instalada con toda comodidad en su carruaje. Se dirigían al norte, hacia Versalles, claramente entusiasmados ante la idea de visitar al rey. Sébastien, el patriarca, era un militar ya de cierta edad, pero aún conservaba su atractivo. Su esposa Françoise era una mujer de recatada belleza y rubísima melena. Su hijo, de dieciséis años, y su hija, de doce, eran dos criaturas inteligentes y curiosas, rebosantes de una energía que agotaba a sus progenitores y, al mismo tiempo, los maravillaba.

Charlotte, la niña, le cogió una mano a su madre y sonrió.

—¿Ya estamos cerca, *maman*? —preguntó.

Françoise se asomó a la ventana y echó un vistazo a la sinuosa carretera por la que avanzaban.

—No sabría decirte, querida, pero...

¡Bang!

El carruaje dio una sacudida, se tambaleó y se detuvo en seco. Exasperado, Sébastien apoyó una mano en la manija de la puerta.

—Me temo que se ha salido una rueda —se lamentó.

Bajó del vehículo y, junto al cochero y al guardia que los acompañaba, examinaron el coche. Sin embargo, no se había salido ni estropeado ninguna rueda.

—No sé qué ha sido eso —dijo Sébastien mientras el guardia se acercaba a los árboles para echar un vistazo.

Entonces se oyeron dos ensordecedores estallidos entre los árboles, uno detrás del otro, que impactaron en el pecho del cochero y del guardia respectivamente, donde dejaron sendos agujeros. Los dos hombres cayeron al suelo como árboles tallados.

—¡Agachaos! —gritó Sébastien a su esposa y a sus hijos, todavía en el interior del carruaje.

Aterrorizados, los tres se agazaparon cuanto pudieron y, un segundo más tarde, se produjo un tercer disparo que alcanzó a Sébastien y lo derribó al suelo.

Los hombres que habían disparado llegaron entonces a caballo.

—Quitadles el dinero y la ropa —ordenó uno de ellos.

Dentro del carruaje, Françoise ahogó una exclamación.

—¡Conozco esa voz! —dijo.

«¡Montcourt!» Nada más pronunciar esas palabras, sin embargo, supo que acababa de decidir el destino de su familia. Montcourt se asomó al interior del carruaje, le indicó a Mike que se acercara y, sin pensarlo, dispararon a bocajarro a la aterrorizada madre y a su hijo.

Luego, Montcourt inspeccionó mejor el carruaje.

«¿Dónde está Charlotte?», pensó.

Echó un inquieto vistazo a su alrededor, en busca de la hija de Parthenay. No estaba dentro del carruaje, ni tampoco debajo. «Maldición», se dijo. Justo en ese momento, oyó una especie de jadeo y un roce y, al volverse, vio a la niña, que corría por un campo abierto, más allá del bosque. Montcourt levantó la pistola, la sujetó con fuerza y apuntó. Pero entonces, al ver correr a la inocente muchacha, vaciló.

¡Bum!

Charlotte cayó sobre la alta hierba. Mike bajó su mosquete, aún humeante, y contempló a Montcourt con una expresión satisfecha y desdeñosa al mismo tiempo. Listos.

—Deprisa, pues —dijo Montcourt—. Empezad.

Mike y Tomas comenzaron a apropiarse de la ropa y de los objetos de valor del interior del carruaje, mientras Montcourt se guardaba la pistola bajo el abrigo y se acercaba al campo. Necesitaba ver a la niña y esconder su cadáver, pero al mismo tiempo sentía una punzada de arrepentimiento. «Era tan joven», pensó.

Llegó al lugar donde había caído la pequeña.

Y comprobó que no estaba.

«¿Viva? Dios, ¿aún está viva?»

Mike silbó y le hizo un gesto de impaciencia.

—¡Deprisa!

Y Montcourt regresó corriendo a su caballo.

En el palacio de Versalles, Annaba abrazó a su hermano con gran ternura.

—Nos vamos —dijo el nuevo rey.

En la capilla privada de su apartamento, la reina María Teresa se arrodilló ante el sacerdote.

—Bendecidme, padre, porque he pecado —susurró.

En su cámara, el rey admiraba el nuevo espejo de cuerpo entero, enmarcado en oro, que estaban instalando en un rincón.

—Los maestros venecianos han trabajado mucho en este espejo, sire —dijo Bontemps—, y esperan que esta vez sea de vuestro agrado.

Luis asintió y oyó responder a su madre: «Mejor».

Y en el château Cassel, el noble Cassel contemplaba el retrato del rey que el propio monarca le había regalado. Bebió un sorbo de vino y, acto seguido, arrojó el lienzo al alegre fuego que ardía en la chimenea.

4

Finales de verano de 1667 - principios de 1668

Al rey le rodaban cálidas gotas de sangre por la mejilla que no tardaron en empaparle el cuello de su chaqueta de caza. Sin hacer caso de la herida, entró bruscamente en su cámara privada, se dirigió con paso airado a la mesa y golpeó el tablero de madera con el puño.

—¡Yo personalmente invité a los Parthenay! —exclamó—. ¡Viajaban por esa carretera tranquilos, a sabiendas de que eran los invitados del rey! —Se volvió para observar a Bontemps —. Si un hijo de Francia no está seguro en las tierras del rey, ¿qué esperanza tienen los demás? ¡No volveré a dormir hasta que me traigan a los asesinos! ¿Dónde están sus cuerpos? ¡Debo presentarles mis respetos!

—Sire —dijo Bontemps—, estáis herido.

—¡Más de lo que crees! ¿Tenemos noticias del frente? Dime, al menos, que el sitio ha terminado.

—Aún no. Pero, sire..., estáis sangrando.

Luis miró a Bontemps confundido. Luego extendió una mano y varias gotas de sangre le cayeron en la palma. Suspiró al recordar lo ocurrido.

—Una rama baja —murmuró.

Se llamó a Masson para que le curara la herida. El rey se sentó en un sofá tapizado mientras el médico, que parecía muy nervioso, iba recortándole la piel en torno a la herida. Luis miraba al frente, sin hacer gesto alguno de dolor, y contemplaba un retrato en el que aparecían él y Felipe de niños. Luis llevaba ropa de muchacho. Su hermano vestía como una niña.

—Hay que desbridar el tejido muerto para que la herida se cure bien —le explicó Masson —. Una cataplasma de yema de huevo y trementina facilitará el drenaje.

—Y ¿no basta con coser la herida? —preguntó Luis.

—Es lícito en el campo de batalla, sire, pero los médicos modernos usamos métodos modernos.

Cuando hubo terminado de cortar el tejido, Masson introdujo pequeños fragmentos de gasa en la herida. Bontemps cogió la *Gazette* y, mientras el rey concentraba la atención en el primer ayuda de cámara, Masson bebió un rápido trago de un frasco azul que guardaba en su maletín de médico.

—«Nos complace informar acerca de la victoria de las tropas de infantería de su majestad ante los españoles —leyó Bontemps—. En estos momentos se encuentra sitiada la ciudad de Cambrai, en el norte de Francia.»

—Por fin una buena noticia —dijo Luis.

—«De todos los héroes que luchan en nombre del rey, el más destacado es el hermano de su majestad, el príncipe Felipe, duque de Orleans, quien ha demostrado en el campo de batalla una valentía...»

—Es suficiente por ahora.

—«... inconmensurable, digna de un héroe tan auténtico como imperecedero...»

Luis volvió bruscamente la cabeza, lo que hizo que la herida volviera a supurar sangre.

—¡He dicho que es suficiente!

Sobre el campo de batalla de los Países Bajos españoles flotaba una densa humareda de olor acre. Cientos de soldados yacían desparramados por el terreno abrasado, como ovejas descuartizadas. Los que agonizaban se retorcían lastimeramente, llorando por sus seres queridos y por su hogar, mientras que los muertos estaban... muertos. La mayoría de ellos lucían el uniforme verde de los españoles y sólo unos pocos el uniforme azul de los franceses.

Felipe, con su coraza, paseaba ufano por el campo de batalla contemplando la carnicería. ¡Aquello era la gloria! ¡Aquello era la victoria!

Cuando se detuvo a observar la extraña expresión beatífica en el rostro de un soldado muerto, un joven combatiente francés pasó junto a él arrastrando los pies. Llevaba a la espalda un saco manchado de sangre.

—Hemos roto el sitio —le dijo Felipe, pero el soldado siguió andando—. ¿Adónde vas? Nuestro campamento se encuentra hacia el otro lado.

El soldado se volvió muy despacio, como por inercia, con una expresión de espanto en la mirada.

—Le prometí a nuestra madre que lo llevaría de vuelta a casa —explicó.

Fue entonces cuando Felipe se dio cuenta de que del saco sobresalían un brazo, una pierna, un torso hecho jirones y la cabeza toscamente cortada de un joven que seguía contemplando el mundo con los ojos bien abiertos.

En la enfermería de la casa de los Masson yacían amortajados en muselina, sobre distintas mesas, los cadáveres de los Parthenay. Claudine aguardaba en un rincón, con la cabeza inclinada en un gesto de respeto.

Luis y Bontemps contemplaban los cuerpos amortajados. Ninguno de los dos habló durante un rato, hasta que el rey dio una orden:

—Dejadme verla.

Masson retiró la mortaja del primer cadáver y el olor acre de la putrefacción impregnó rápidamente el aire. A Luis le escocieron las mejillas, pero no dijo nada. Aquellas personas eran sus amigos, habían sido sus amigos. Le hizo un gesto a Masson para que retirara la mortaja del segundo cadáver. El hedor era idéntico: el olor putrefacto y altivo de la muerte.

—Ella sangró mucho —observó el rey frunciendo el ceño—. ¿Por qué él no?

—Creo que a ella le dispararon desde muy cerca, sire —respondió Masson—. Y... y a él le dispararon desde lejos. Las heridas por fuego de mosquete no suelen sangrar mucho.

—¿Por qué?

—Ah, bien, así es como se comportan las heridas, sire. Esas heridas son muy grandes.

—Por lo que deberían sangrar más, no menos.

Masson se pasó la lengua por los labios.

—Pues sí, majestad, pero...

Claudine intervino en ese momento.

—Creo que lo que intenta decir mi padre es que los disparos de mosquete tienden a fragmentar. Provocan orificios el doble de grandes, pero también destrozan la carne junto al orificio de entrada, lo que hace que la sangre cuaje y ya no fluya.

Claramente humillado por el hecho de que su hija hubiera demostrado más conocimientos que él, el médico miró a Luis.

—Entiendo —dijo el rey—. Gracias..., Masson. Y, ahora, el muchacho.

Masson levantó la mortaja y desvió la mirada.

—¿Dónde está Charlotte? —preguntó Luis—. Los Parthenay tenían dos hijos.

—No lo sé, sire.

El rey se volvió hacia Bontemps.

—¡Busca a Fabien!

El jefe de seguridad se hallaba en la carretera en la que habían asesinado a los Parthenay. Descubrió abundantes restos de sangre en el suelo y también en los árboles cercanos. Estudió el suelo con atención, en busca de pistas en relación con la emboscada. No tardó en encontrar las huellas de unos piececillos que partían de la carretera y se dirigían a un campo próximo al bosque. Siguió las huellas hasta los límites del prado y allí se topó con una especie de sendero de hierba aplastada. Alguien había pasado por aquel lugar. Espantándose los mosquitos de la cara, Fabien siguió el sendero hasta llegar a un lugar en el que alguien se había tendido. No, no se había tendido: había caído, lo cual dedujo Fabien al ver restos de sangre reseca en los hierbajos aplastados.

Siguió otro rastro de hierbajos pisoteados hasta llegar a un bosquecillo alejado.

Y allí estaba, acurrucada a los pies de una mimbrera.

Charlotte.

Fabien se arrodilló junto a ella y se la apoyó suavemente en el regazo. Por la cantidad de sangre que le empapaba el vestido, supo que sus heridas eran mortales.

Charlotte movió las pestañas con delicadeza, pero no abrió los ojos.

—¿Me voy a morir? —consiguió decir.

—Sí —suspiró Fabien.

La niña intentó pasarse la lengua por los labios.

—¿Puedes ayudarme?

—No. Pero no estarás sola.

Llevaba un broche en el cuello del vestido y lo acarició con sus débiles dedos, como si fuera un rosario. Fabien escuchó y esperó. No le quedaba mucho. De un momento a otro.

De repente, Charlotte abrió mucho los ojos y miró fijamente al jefe de seguridad con una expresión en la que se mezclaban el terror y el éxtasis.

—¡Veo ángeles! —exclamó.

Y, entonces, se dobló sobre sí misma y la vida se le escapó.

Cassel se meó en la cara de Montcourt, que roncaba y babeaba tendido en el suelo, para despertarlo.

—¡Perro sarnoso! —escupió Montcourt sobre el frío suelo mientras intentaba regresar al mundo de los vivos—. ¡Acabaré contigo!

Justo entonces consiguió enfocar lo bastante la mirada como para darse cuenta de que era Cassel quien se le estaba meando encima, y guardó silencio.

—¡Te lo mereces! —le dijo éste—. Anoche volviste tan borracho que donaste el contenido de tu vejiga a un rincón de mi cocina y ahora roncas como un cerdo junto a la chimenea. Considéralo una devolución del préstamo.

Montcourt se sentó. Se pasó las manos por el rostro y se lo manchó de hollín, como si estuviera aplicándose pinturas de guerra.

—¿Dónde... dónde está nuestra parte?

—Aquí —respondió Cassel al tiempo que se inclinaba sobre él y le propinaba una sonora bofetada—. ¿Tienes suficiente o quieres más? ¿Asesinas a una familia noble en la carretera y luego te atreves a venir a mi casa?

—La mujer me oyó hablar —dijo Montcourt al tiempo que intentaba ponerse en pie—. Me reconoció.

—Y ¿cómo es posible?

—No lo sé, pero no podía arriesgarme.

Cassel lo fulminó con la mirada.

—Mataste a la familia noble allí mismo. A todos.

—No exactamente. Una niña escapó por el campo. Pero está herida y no vivirá mucho.

—¿Es que no la seguiste?

—No me pareció seguro quedarme más tiempo por allí.

Cassel se inclinó hacia Montcourt, que olía a pis y estaba cubierto de hollín.

—¡Pues vuelve! ¡Acaba lo que has empezado! Esa muchacha aún tendrá lengua, supongo.

—¿Por qué? Ya tenéis el caos que queríais... Pensadlo un momento, mi señor. Se ha derramado sangre noble en la carretera que va a Versalles. ¿Quién imitará ahora a los Parthenay? El rey no tardará en cansarse de ese proyecto suyo y regresará a París. Y entonces controlaremos de nuevo nuestro país.

—Pero hasta que llegue ese día —dijo Cassel—, yo sólo poseo mis tierras. Y poseeré también las tuyas, asesino. Ya que lo has ensuciado todo, ¡ahora tienes que limpiar!

Y, tras esas palabras, cogió una bolsita de monedas que llevaba en la chaqueta y se la arrojó a Montcourt.

El cuerpo de Charlotte yacía en el suelo del despacho de Fabien, envuelto en una tela. El jefe de seguridad estaba sentado tras su escritorio, escribiendo, mientras Laurene seguía observando el cadáver. Tenía las manos unidas, aunque no dejaba de mover los dedos en un gesto que denotaba nerviosismo.

—Pero, si en la corte saben que está muerta, al menos podrán llorarla —manifestó Laurene.

—No. Creen que murió con ellos. A la familia la asesinaron en la carretera. Todo el mundo habla de ello.

—Sin embargo, el cadáver de la muchacha no se encontró.

Fabien miró a su ayudante.

—Sólo tres personas lo saben. Tú, yo y el hombre que se proponía matarla. Tiene que saber que su disparo no dio en el blanco. Y tal vez esa información le haga cometer un error.

En la intimidad de la sala del Gabinete de Guerra, bajo la atenta mirada de Bontemps y de los ministros, Colbert desenrolló sobre la mesa un mapa que mostraba ciertos avances respecto a los nobles. Los del norte, sin embargo, seguían apoyando a Cassel.

—¿Quién más se retrasa? —exigió saber Luis.

—Catorce familias en total —respondió Colbert—. Están esperando a que se les garantice seguridad en la carretera antes de aventurarse a emprender el viaje.

Luis contempló el mapa y luego a Colbert con una expresión tensa.

—¿Traéis alguna buena noticia? ¿Cómo van las caballerizas?

El contable real expulsó el aire nervioso.

—Los trabajos se han interrumpido, sire.

—¿Qué ocurre ahora?

—Los comerciantes se niegan a enviar los materiales. Si la mercancía no llega, no se les paga.

—Es decir —dijo el rey, al tiempo que se apoyaba en la mesa—, que los nobles del sur guardan silencio, los del este son unos cobardes y los del norte...

—Sin Cassel —intervino Colbert—, no habrá más cooperación por parte del norte. Es un hombre de gran influencia en la región.

—No es más que una falsa impresión de influencia.

—Pero es igual de peligrosa.

El rey alzó un puño.

—¡Proteged la carretera! Hemos sitiado Cambrai y, sin embargo, ¿somos nosotros quienes nos sentimos rodeados?

Junto a la puerta, un guardia le susurró algo a Bontemps, que enseguida se dirigió al rey.

—Fabien está aquí, sire.

El jefe de seguridad entró y Luis lo observó fijamente.

—Me habéis fallado, monsieur Fabien. Igual que fallasteis a mis amigos, los Parthenay. Si vuestras patrullas hubieran estado en la carretera, mis amigos habrían llegado sanos y salvos. Ahora, su muerte transmite al mundo el mensaje de que viajar a Versalles no es seguro.

Fabien le sostuvo la mirada al rey, mientras Bontemps trataba de captar la atención de Colbert.

—Vuestra continuada presencia en esta corte exige la absolución —prosiguió Luis—. Traedme a los responsables.

—¿Puedo hablar, sire? —preguntó Fabien—. Creo que el responsable de esos actos es un noble.

Colbert frunció el ceño.

—¿Cómo es posible? —preguntó.

—El disparo de mosquete que acabó con Parthenay fue obra de alguien que iba a caballo. Por el ángulo de la herida, sé que era un caballo de varios palmos de altura. A un jinete sin experiencia le habría resultado imposible: sólo un noble o un soldado de caballería es capaz de tal hazaña. Pero, dado que la mayoría de nuestros hombres se encuentran en el frente, las sospechas se centran precisamente en quien he dicho: un noble.

Tras retirarse a una antesala próxima al Gabinete de Guerra, Bontemps se sirvió una copa de vino y bebió un largo trago. Fabien entró en ese momento y contempló al primer ayuda de cámara con una mirada cargada de ira.

—Decidlo —dijo Bontemps.

—¡Vuestro plan estaba mal ideado y peor ejecutado! Con doscientos hombres habríamos protegido la carretera.

Bontemps dejó la copa de vino.

—Y ¿de dónde íbamos a sacarlos? Nuestros hombres están en el frente.

—Ése es vuestro problema.

—Es un problema al que todos debemos enfrentarnos. Y una amenaza para el rey.

Fabien hizo una pausa mientras contemplaba la copa de vino.

—O tal vez sea una solución.

—¿Una solución?

—Aún no lo sé. —Cogió bruscamente la copa y la apuró de un solo trago—. De lo único que podemos estar seguros es de que esos hombres no volverán a atacar.

Y, tras esas palabras, abandonó la antesala, llevándose consigo la copa.

Enriqueta dejó su mano de cartas y negó con la cabeza.

—Vos ganáis. Yo pierdo.

Madame de Montespan recogió las cartas de la mesa, se apoyó la baraja en la barbilla con un gesto pensativo y, por último, le dedicó a su señora una sonrisa burlona.

—Ni siquiera lo estáis intentando. ¿No podemos apostar palillos, al menos? Al fin y al cabo, ¿de qué sirve jugar si no hay nada que ganar?

—Tal vez más tarde.

Madame de Montespan asintió, guardó la baraja de cartas en su cajita de madera y abrió el ejemplar de la *Gazette* que descansaba sobre una silla, junto a la mesa.

—Vuestro esposo está en boca de toda Francia. Es asombroso.

—No tanto —contestó Enriqueta—. Desde que éramos niños, a Luis se lo protegía y a Felipe se lo exponía. Por el bien de la Corona.

—Y ¿por eso al rey le gusta tanto cazar?

—Tal vez.

—Los hombres nunca se sienten tan vivos como cuando están burlando a la muerte —dijo Montespan—. Algunos se convierten en niños y otros en soldados. La mayoría ni siquiera saben qué son.

—Ni tampoco tienen la oportunidad de averiguarlo.

—Estoy hablando del rey.

Justo en ese momento, un guardia anunció junto a la puerta:

—¡Su majestad!

Las dos mujeres se pusieron en pie y saludaron con una reverencia al rey, que entraba en ese instante. Madame de Montespan se fijó de inmediato en que el rey estaba sonriendo, lo cual era una buena señal. Era un buen momento, pues. Luis se acercó a ella y le cogió la *Gazette*, que aún tenía en las manos. Montespan movió casi imperceptiblemente los dedos con la esperanza de que el rey se los rozara, pero no fue así.

—Vuestro esposo es un gran combatiente —le dijo Luis a Enriqueta—. Pero también es cierto que el mejor aliado de un soldado es la fortuna. Y Felipe no tiene ni idea de lo afortunado que es —concluyó sonriendo.

Y madame de Montespan empezó a trazar planes.

Cassel, sentado junto a la chimenea con la *Gazette* en la mano, levantó la vista cuando Montcourt entró en el salón. Escupió las semillas de los granos de uva que estaba comiendo.

—¿Has solucionado el problema?

—La carretera está llena de hombres que hacen preguntas. Prefiero no proporcionarles respuestas.

Cassel sacudió el periódico.

—Y, mientras tanto, el rey va ganando territorio. Reclama las tierras de los españoles como remuneración en especie de la dote impagada. Un pretexto, desde luego. Pero a él le interesa más la victoria que las tierras. Para él, es seguridad y poder. Debemos detenerlo.

Montcourt asintió.

—No encontrarán a la muchacha y, si la encuentran, estará muerta. Dentro de unos pocos días, la carretera será nuestra de nuevo.

—¿Estás dispuesto a trabajar, entonces?

—A vuestro servicio.

Cassel dejó caer la *Gazette* al suelo y cruzó los brazos.

—El protocolo no nos permite poseer un negocio, ni tampoco dirigirlo, así que administro mis posesiones a través de un apoderado. Treinta compañías bajo mi control. Mi mejor hombre de confianza tiene un hermano en uno de los almacenes reales de París. Me ha hablado de un cargamento que está listo para salir hacia Versalles. Irá fuertemente custodiado. Harán lo que sea para protegerlo.

Montcourt inclinó la cabeza.

—Vos me salvasteis de la muerte, así que nada me haría más feliz que entregar mi vida por vos.

—Bien —dijo Cassel—, porque, según he oído, se trata de un cargamento por el que vale la pena morir.

«No podría haber sido más oportuna», pensó madame de Montespan mientras recorría el pasillo ataviada con un precioso vestido de color aguamarina. El rey se acercaba, flanqueado por Bontemps y varios guardias. Cuando se cruzaron, Montespan sonrió con recato y, casi de inmediato, tropezó y estuvo a punto de caer.

Luis se volvió con una expresión de sincera preocupación en el rostro.

—¿Madame?

—Os ruego me disculpéis —contestó ella, inclinando la cabeza en un gesto exquisito—. No es nada.

—¿Estáis indispuesta, tal vez?

—Si me... —dijo Montespan mirando al rey—, si me ocurre algo es que me inquieta esta guerra.

—No tardaremos en alcanzar la gloria.

Ella se llevó ambas manos al corazón.

—Vos ya poseéis la gloria, sire. Si me permitís el atrevimiento.

—Os lo permito, madame. Cuidaos.

El rey le cogió una mano y se la besó. Montespan fingió estar a punto de desmayarse, pero luego saludó al rey con una reverencia. Luis se alejó sonriendo.

Y Béatrice, que había seguido la escena desde una puerta no muy apartada de allí, los fulminó a ambos con la mirada.

¿Qué importaba si Chevalier estaba mirando mientras las damas de compañía desvestían a la esposa de su amante y la ayudaban a ponerse la camisa de dormir? Él no tenía interés alguno en el otro sexo, a no ser que le fuera útil para alcanzar sus propios fines. Enriqueta lo sabía muy bien, de modo que, cuando Chevalier entró en su cámara, se sentó en un sillón y pasó una pierna por encima del brazo, se limitó a volver el rostro hacia otro lado. Él, sin embargo, siguió observándola con una sonrisa sarcástica.

—Os sienta bien la tristeza —dijo con desdén—. La lleváis con elegancia.

Enriqueta suspiró.

—¿Qué queréis?

—¿Habéis leído la *Gazette*? Vuestro esposo ha alcanzado la gloria.

—Es la gloria del rey.

—No según lo que yo he leído.

Enriqueta se puso a hablar con una joven de pelo rizado, la dama de compañía que menos tiempo llevaba a su servicio.

—Angélique, ¿podríais buscarme cintas azules?

Angélique saludó con una gentil reverencia y pasó junto a Chevalier, que la llamó.

—Angélique, hace días que quería devolveros esto.

Angélique se detuvo y, al volverse, vio a Chevalier con un resplandeciente collar de diamantes colgado de un dedo. La joven abrió mucho los ojos y palideció.

—Una doncella lo encontró en vuestro cajón y lo cogió por error —prosiguió Chevalier—. Me encargaré de que reciba el castigo adecuado.

—¡Mi collar! —exclamó Enriqueta.

Chevalier ladeó la cabeza.

—¿Es vuestro?

—Sí, le tengo mucho aprecio. Creía que lo había perdido. —Enriqueta se volvió hacia su dama, que parecía confusa, y la observó—: ¿Angélique?

Ella negó con la cabeza aterrorizada.

—No estaba en mi habitación.

—Pues claro que sí —afirmó Chevalier—. Y muy bien escondido.

—¡Madame! —suplicó Angélique—. Yo no os cogí el collar. ¡Os juro que no lo cogí!

—Silencio —dijo Chevalier.

—¡Por favor, mi señora!

Chevalier le entregó el collar a Enriqueta.

—Vuestra dama es una ladrona, madame. De eso no cabe duda. Y dudo que tengáis la costumbre de emplear ladronzuelas a vuestro servicio. Os aseguro que esto no acabará aquí.

Angélique notó las lágrimas que le bañaban las mejillas mientras Chevalier sonreía y abandonaba la cámara.

Las damas de la nobleza se reunieron en su salón, a media mañana, para charlar y chismorrear mientras la luz del sol entraba a raudales por las ventanas. Se formaron varios grupitos de mujeres que hablaban de esposos, hijos y ropa.

Madame de Montespan había reunido a un reducido grupito a su alrededor. Una cortesana de mediana edad y pelo plateado, que lucía un collar de rubíes, se dirigió a ella en un tono tan urgente como teatral.

—¡Lisette le ha suplicado a su esposo que no vengan! Después de lo ocurrido a los Parthenay, ¿quién puede culparla? Aunque dice que, según el nuevo edicto del rey, tienen que venir, tienen que encontrar a alguien que responda por ellos o están perdidos.

Béatrice y Sophie llegaron al final del salón y se acercaron sigilosamente al grupo. Pero, en lugar de dejar que se unieran a ellas, las otras damas se apretujaron aún más.

—He oído decir que el verdadero motivo es que no pueden presentar documentos —comentó madame de Montespan—. Sufrieron una inundación ya hace algunos años. ¿Y si el agua se llevó los papeles? Pobrecillos.

—Tiene que haber una solución, estoy segura —intervino Béatrice, que aún estaba fuera del círculo.

Las otras damas la observaron y madame de Montespan le dedicó una gélida mirada.

—Eso está por ver, ¿no creéis? No todo el mundo goza del mismo favor ante Chevalier.

Béatrice sonrió, poniéndose a la defensiva.

—Gozo del favor que él está dispuesto a ofrecerme.

—Si vuestras arcas quedaran vacías, estoy segura de que vuestra hija os ofrecería seguridad. La belleza abre muchas puertas.

—Vos, precisamente, deberíais saberlo por propia experiencia, madame. Pero recordad que la belleza sin ingenio no es más que vanidad.

Madame de Montespan le devolvió la sonrisa y Béatrice se alejó con su hija.

—Eso ha sido muy poco cortés, madre —dijo Sophie cuando ya nadie podía oírlas.

—Hija, cuando cruzas una puerta en la corte, no entras en una sala cualquiera. Entras en un mercado. El centro vende al círculo interior, y el círculo interior vende al círculo exterior. Los círculos exteriores, al resto. Las transacciones significan contactos, y los contactos significan favores. Y los favores significan poder. El poder lo es todo. ¿Crees que la atención que recibe madame de Montespan es casual?

—Creía que no te caía bien.

—¡En voz baja! Hoy me he fijado en que el rey la miraba. Una mirada demasiado larga. Piensa en lo que puede suponer eso.

—Y ¿a nosotras qué nos importa? Tenemos nuestros documentos y nuestro linaje.

—Aún no.

—¿Qué puede ocurrirle a un trozo de papel que viene desde Pau?

—Eso pregúntaselo a los Parthenay —respondió Béatrice—. Y ya basta de hablar.

Y, tras esas palabras, abandonó el salón con su hija y se dirigieron a los jardines. Se adentraron por un sendero de piedra que discurría junto al ala oeste del palacio, ambas sumidas en sus pensamientos, cuando de repente algo golpeó en el hombro a Sophie. Giró en redondo y vio un cubo atado a una cuerda que alguien había bajado desde los andamios. Echó un vistazo al interior y descubrió una única flor de color rosa. Al levantar la mirada, vio a un hombre muy apuesto que le sonreía. El mismo hombre de pelo rubio oscuro con el que antes ya había intercambiado una mirada. El joven señaló la flor, dándole a entender que era para ella, de modo que la muchacha se inclinó para recogerla.

—¡Sophie!

Béatrice también había girado en redondo y estaba fulminando con la mirada a su hija y al hombre que le sonreía desde lo alto.

Sophie dejó la flor y regresó corriendo junto a su madre, que la agarró por un brazo y la sacudió con fuerza.

—¡Escúchame!

—¿Qué he hecho? —dijo Sophie frunciendo el ceño.

—¡No mires de esa forma a los hombres! Sólo tienes ojos para el rey. Aunque consiga casarte con un noble, los hombres de la corte no son más que peldaños en tu camino. Nada más y nada menos. Los hombres como ese muchacho del andamio son sólo charcos de porquería que has de saltar. ¿Lo entiendes?

—Sabes muy bien lo que quieres para mí en esta vida —dijo Sophie haciendo un mohín—, pero ni un solo comentario acerca de la vida que yo deseo. Serías capaz de casarme con el cadáver de algún noble únicamente para mejorar nuestra posición social.

—¡Sin dinero no hay vida!

—Si acostarse con un noble es tan importante, ¿por qué no sigues tus propios consejos?

—¡Todo esto lo hago por ti! Éste es un mundo muy frío y cruel para las mujeres.

—No creo que me lo estés contando todo.

Béatrice soltó a su hija e irguió el cuerpo.

—Aún eres muy joven. No puedes estar segura.

En ese momento, al otro lado de un estanque circular en el que nadaban varios cisnes, Sophie vislumbró a Fabien, que paseaba en compañía de Laurene. Entre setos y arbustos, el jefe de seguridad saludó con la cabeza y sonrió a Béatrice.

—Y ¿qué me dices de él, madre? —preguntó Sophie arrugando la nariz—. ¿Peldaño o charco de porquería?

Luis y Rohan estaban sentados el uno frente al otro sobre varios cojines, en la cámara privada del rey, bebiendo vino y riendo. Era como en los viejos tiempos: una velada alegre y desenfadada, dos antiguos amigos que revivían recuerdos y pasaban un buen rato juntos.

—Llevaba lazos en el pelo —dijo Luis mientras deslizaba un dedo por el borde de su copa.

—Sí, en la comida campestre —respondió Rohan, tras lo cual bebió un sorbo—. Era San Juan.

—Yo estaba enfadado contigo.

—¡Porque Françoise me había elegido a mí!

—Para ponerme celoso.

—Y le salió bien, porque sólo tenía ojos para vos.

Luis levantó la copa hacia su amigo y apuró de un sorbo el resto del vino. Luego se levantó del cojín en el que estaba sentado y se dirigió a la ventana. Rohan no tardó en unirse a él: el reflejo de ambos en el cristal, el uno junto al otro, no revelaba nada acerca de la diferencia de estatus, posición social y poder. En ese instante, parecían iguales.

—Gracias, amigo mío —dijo Luis—. Lo necesitaba.

Rohan asintió y luego levantó un dedo.

—Deberíamos tener un recuerdo especial para ella hoy. Y todas las noches. ¡Le pondré un lazo a la próxima mujer hermosa que vea y la llamaré Françoise!

—¡Sí! —Luis sonrió.

En uno de los senderos del jardín, Rohan vio a madame de Montespan acompañada de varias damas más.

—¿Qué tal ésa? —preguntó señalándola.

—A ésa ni te acerques —respondió Luis al tiempo que negaba con la cabeza.

—Lástima.

Los dos hombres regresaron a sus asientos y se sirvieron más vino.

—Tenía pensado hablarte de un cargo —declaró el rey—. Espero que lo aceptes.

Rohan arqueó las cejas.

—La respuesta es «sí», desde luego. ¿De qué se trata?

—Como sabes, las caballerizas ya están listas. Necesito un nuevo maestro de caza.

Rohan asintió. Aquello era lo que había estado esperando. Maestro de caza era el cargo de sus sueños.

—Conozco al hombre perfecto —empezó a decir.

—Eso esperaba.

—¡Será un auténtico placer!

—Pues envíame su nombre. Tendrá que ocupar el puesto mientras tú vas a la guerra.

Rohan tragó saliva con dificultad.

—¿A la guerra?

Luis dejó la copa sobre la mesa.

—Mientras dure la guerra, mi mayor preocupación es mi hermano.

—Lo... lo entiendo.

Luis se inclinó hacia adelante en su silla y su rostro dejó de ser el de un íntimo amigo para convertirse en el de un monarca.

—Deseo que vayas al frente. Que te conviertas en la sombra de mi hermano. Que te ocupes de que no le suceda nada.

«¡Guerra! ¡Yo no quiero ir a la guerra!», pensó Rohan, pero se obligó a sonreír.

—Haré lo que me pedís.

Luis le dio una palmadita a su amigo en el hombro.

—Éste es el Rohan que yo recuerdo —dijo.

—Sí, sire —asintió él, manteniendo en el rostro una sonrisa que en realidad no sentía.

Luis estaba en el despacho de Fabien, con la sensación de que los altos y oscuros estantes, con sus incontables libros, se cernían sobre él. La comida del mediodía le pesaba en el estómago, como si le estuviera echando en cara que se dejara llevar por el dolor en aquellos momentos. Contempló el broche que tenía en la palma de la mano, el broche que aún conservaba restos de la sangre de Charlotte.

—¿Dónde la encontrasteis?

—En el bosque, cerca de Marly —respondió Fabien.

—Y ¿ahora dónde está?

—Enterrada con los suyos.

—¿Sin una misa? —preguntó Bontemps—. Es indigno.

Fabien negó con la cabeza.

—Una misa podría llamar la atención.

El rey cerró los ojos un instante y luego contempló el broche. Notó la rabia que se le iba acumulando, pero se esforzó por hablar despacio, en un tono neutro.

—Y ¿qué tiene eso de malo? ¿Me dais esperanzas y luego me rompéis de nuevo el corazón? ¿Por qué me habéis ocultado a Charlotte?

—Porque vos me armasteis, sire —respondió Fabien—, pero no sólo con armas, sino también con la capacidad de tomar decisiones. Y tomé la decisión de proteger la verdad, es decir, que Charlotte no murió con su familia. Esa información nos proporciona algo que sus asesinos no poseen: certeza. Y eso puede llevarlos a cometer un error.

Luis asintió y agarró el broche aún con más fuerza. Eran tantas las cosas que deseaba decir, tanto lo que quería gritar..., pero el punto de vista de Fabien era acertado. La rabia que sentía en el alma se fue convirtiendo en dolor y apretó la mandíbula para reprimir las lágrimas.

—¿Sufrió?

—Mucho, sire.

—Espero que fuera rápido.

—Debió de sufrir terribles dolores durante bastante tiempo.

Luis se prendió el broche en la chaqueta.

—Monsieur Fabien, no os esforzáis mucho por conseguir mi aprobación, ¿verdad?

Fabien frunció el ceño como si estuviera confuso y no supiera muy bien qué responder.

—No, sire —contestó al fin.

Bontemps contuvo una exclamación, pero el rey se limitó a sonreír.

—Vuestra sinceridad también es un arma.

—Si vos lo decís, sire.

Luis se quitó el broche, se lo guardó en un bolsillo y abandonó el despacho seguido de sus guardias. Fabien hizo amago de acompañarlos, pero Bontemps se lo impidió.

—Cuando el rey ha hablado de vuestros defectos, no os he defendido —le dijo.

—Lo sé.

—Espero que entendáis los motivos.

Fabien observó al primer ayuda de cámara sin emoción alguna.

—¿Es todo? —preguntó al fin.

Bontemps asintió con brusquedad. Fabien se dirigió entonces a la puerta, pero se volvió antes de llegar.

—Ha llegado un hombre a la corte. Su rostro no me es familiar. Nadie me ha hablado de su llegada y, sin embargo, se le ha concedido protección y acceso al rey. ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

Bontemps lo despidió con un gesto de la mano.

—Ya tenéis algo que hacer. Os sugiero que os pongáis manos a la obra.

Varios cortesanos, cuidadosamente elegidos, se reunieron esa noche en un salón privado del palacio, invitados por Béatrice y su hija. La estancia estaba alegremente adornada con frutas y flores de finales de temporada y velas que ardían en soportes de plata colocados en el suelo. Se había convocado, además, a un apuesto violonchelista rubio para que animara la velada con alegres melodías.

Mientras Béatrice y Sophie recibían a los invitados, entró Chevalier, que se había vestido para la ocasión con una capa de color burdeos oscuro. Escudriñó a los asistentes y no tardó en fijarse en el apuesto violonchelista, cosa que lo hizo sonreír con gesto lascivo.

—¿Primo? —lo llamó Béatrice al tiempo que lo saludaba con una mano—. Parecéis estar de muy buen humor.

Chevalier se acercó a ella con aire despreocupado.

—Y ¿cómo no iba a estarlo, con tanta belleza a mi alrededor? —dijo al tiempo que le guiñaba un ojo a Sophie—. Y, hablando de belleza, el séquito de Enriqueta parece bastante cansado, así que le he conseguido una oportunidad a mi querida niña, aquí presente.

Béatrice frunció el ceño.

—¿Con Enriqueta? ¿De verdad debe Sophie encomendarse a ella, cuando madame de Montespan gana cada día más protagonismo? Confieso que he visto al rey mirarla de una forma que...

—La decisión ya está tomada. Soy el cabeza de esta familia, ¿o acaso lo habéis olvidado?

Béatrice observó fijamente a Chevalier y se produjo un largo silencio. Por fin, su prima habló, ladeando la cabeza al tiempo que recobraba la compostura.

—Y ¿cuándo estará libre ese puesto?

—Muy pronto. Se ha descubierto robando a una de sus damas.

Chevalier le cogió una mano a Sophie y la llevó hacia la zona de baile. Mientras la joven correteaba tras él tratando de seguirle el paso, Chevalier observaba al violonchelista.

—El baile es una especie de conversación formal, mi querida Sophie —dijo—. Abunda en reglas y restricciones, más o menos como ese vestido que lleváis.

—¿Os gusta?

Chevalier la atrajo hacia sí sin dejar de observar al músico, mientras se imaginaba cómo sería tener a aquel hombre en su cama, tocarlo, acariciarlo, devorarlo y someterlo.

—Nunca os lo he preguntado —le dijo a Sophie, hablándole al oído—. ¿Estáis intacta?

—¿Intacta?

—¿Vuestros dedos nunca han sentido curiosidad?

—No os entiendo.

—Oh, ya lo entenderéis —susurró al tiempo que la atraía más hacia sí, tanto que Sophie notó la dureza de sus partes viriles.

La joven trató de apartarse, pero él la sujetó con fuerza y se apretujó aún más contra ella, mientras pensaba en el exquisito y seductor violonchelista.

Cuando la fiesta llegó a su fin, Chevalier se alejó apresuradamente por un sendero de exuberante vegetación, a la luz de la media luna, mientras notaba la frialdad del suelo bajo los pies. Pero, ah, sólo de pensar en el tesoro cálido y húmedo que lo aguardaba en la oscuridad...

Y allí estaba el violonchelista, apoyado en un tulipanero junto al camino, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Llego un poco pronto a mi clase particular —dijo Chevalier.

Le cogió la mano al músico y se la mordisqueó. El violonchelista le sujetó el rostro y lo besó de forma apasionada en los labios, al tiempo que lo atraía hacia sí y gemía de anticipación y placer.

—Oh —ronroneó el otro.

Apartó los labios de la boca del músico, le desabrochó la camisa y le recorrió el cuerpo con la lengua, desde el musculoso pecho hasta la cintura. Enseguida le desabrochó las calzas. El músico tensó entonces todo el cuerpo, arqueó la espalda y empujó la entrepierna hacia el rostro de Chevalier. Éste rio entre dientes, divertido por el entusiasmo del otro, y le besó el cálido vello púbico, justo por encima del miembro. Pero entonces notó en los labios algo caliente, pegajoso y con un regusto metálico. Se apartó un poco para poder ver.

Sangre.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué...?

Se puso en pie de un salto y vio que el músico se había llevado ambas manos a la garganta..., que alguien le había abierto de un lado a otro. La sangre le brotaba entre los dedos. Un instante después, puso los ojos en blanco y cayó al suelo desplomado.

En ese momento surgió un hombre de entre las sombras, un encapuchado que le puso un cuchillo en la garganta a Chevalier.

—¡Oh, Dios! —exclamó el noble—. ¡Por favor!

—Chsss —ordenó el encapuchado—. Sois muy fácil de encontrar, dado que vuestras infidelidades son constantes.

El hombre lo obligó a girar en redondo y le sujetó el cuello por detrás. Chevalier notó en la nuca el aliento cálido del encapuchado cuando éste habló.

—Os diré lo que va a ocurrir a partir de ahora. Nosotros os indicaremos lo que debéis hacer y vos lo haréis. Son muchos los que imploran lo que nosotros buscamos. Y haremos lo que haga falta para conseguirlo. Si nos lo impedís, moriréis. Si os esforzáis, todos saldremos ganando. Vuestro amante será rey, pero vos tendréis el poder. El futuro es vuestro, siempre y cuando hagáis exactamente lo que os digamos. Volveremos a hablar.

El hombre le apretó la garganta con fuerza, una vez más, antes de perderse en el bosque. Chevalier intentó gritar, pero sólo consiguió toser. Y entonces se dio cuenta de que se había meado encima.

La noche otoñal, al otro lado de la ventana abierta de la alcoba de Luis, era un escándalo de insectos que se comunicaban entre los árboles. La plateada luna colgaba del cielo negro como un arma curva y afilada que esperara órdenes divinas. Los búhos de ojos amarillos volaban en silencio a la caza de presas indefensas.

En el interior de la cámara, Luisa de La Vallière paseaba ante el rey con las manos apoyadas en su vientre abultado.

—Quiero estar en paz con Dios —expresó con voz temblorosa.

Luis la cogió de un brazo, la atrajo hacia sí y le acarició una mejilla.

—Antes, yo era vuestro dios —dijo.

Luisa se persignó.

—No puedo quedarme en esta casa del pecado. He encontrado un convento dispuesto a aceptarme. Sire, por favor, ¡dejadme en manos de Dios!

—¿Acaso no os lo he dado todo?

Luisa bajó la mirada al suelo.

—Solía considerarme una persona de carácter. Pero ahora ya no me reconozco, ni reconozco mi hogar. Sólo deseo servir a Dios.

—Admiro vuestra piedad, madame Luisa —admitió el rey al tiempo que se inclinaba hacia ella y la acariciaba con la nariz.

Luisa se apartó.

—No tardaré en desaparecer para vos. Y puedo imaginar quién llegará después de mí.

—Dios desea que permanezcamos juntos.

—Sire, ¡dejadme expiar mis pecados!

A Luis ya se le habían agotado la paciencia y la ternura.

—¡Ya basta!

—¿Y si ardo durante toda la eternidad? —le suplicó Luisa—. ¿Y si ya es demasiado tarde para mí?

Pero el rey se limitó a señalarle la puerta.

—¡Volved a vuestra alcoba! —ordenó.

Y ella se escabulló con rapidez, ahogando los sollozos en la manga del vestido.

Luis la siguió con la mirada y luego abandonó su apartamento. Ordenó a Bontemps que se quedara allí y, seguido únicamente por dos silenciosos y discretos guardias, el rey se alejó hacia el comedor por el corredor más ancho del palacio.

Encontró a madame de Montespan sola en el espléndido comedor, ya vacío, en cuyas mesas aún se veían fuentes de exquisitos pastelillos que los ahítos cortesanos no habían podido comer. Montespan le dedicó al rey una coqueta mirada, al tiempo que cogía un macarrón de un platillo de galletas. Se lo llevó a los labios con un sensual gesto y luego lo mordisqueó.

Luis se acercó y cogió otro.

—Os felicito por vuestro excelente apetito —dijo.

—¿Por qué, sire? Apenas me conocéis, como tampoco conocéis mis necesidades.

—Sé que aún estáis hambrienta.

Madame de Montespan se limpió una migaja de la comisura de los labios.

—Puede. ¿Cuántas lleváis?

El rey se aproximó aún más. «No estamos hablando de galletas», pensó.

—No me acuerdo.

—En ese caso, ¿qué diferencia supondría una más?

Luis sonrió y le sostuvo la mirada.

—Es difícil decirlo sin probarlo.

—Me pregunto por qué —reflexionó ella—. Transcurrido cierto tiempo, no es más que un número, ¿verdad?

—Eso depende del número —respondió el rey.

Terminó su galleta, se limpió las manos en una servilleta de paño y, por último, saludó a madame de Montespan con una inclinación de la cabeza.

Enriqueta estaba desnuda sobre su cama, abrazada a la almohada. Le sonreía al rey mientras los primeros pájaros de la mañana se despertaban al otro lado de la ventana y empezaban a llamarse unos a otros con sus alegres y ruidosos gorjeos. Sentado en el borde de la cama, Luis estaba ya completamente vestido, a excepción de las botas.

—Sois muy audaz —se burló Enriqueta mientras se pasaba los dedos por la enredada melena—. Presentarse así en la cámara de una dama...

Él se dejó caer hacia atrás, entre las piernas de la duquesa, y le acarició la pantorrilla. Quería sentirse satisfecho. Como rey que era, debería sentirse satisfecho. Y, sin embargo, estaba dividido, perdido en una lucha interna.

—Creía que se me había invitado.

Enriqueta se incorporó un poco para acariciarle la mejilla.

—Estáis cansado.

—No dormiré hasta atrapar a los hombres que asesinaron a los Parthenay.

—Entonces, espero que podáis dormir pronto —dijo ella mientras contemplaba el baldaquín de la cama—, porque quiero hacer esto todas las noches. Así sabré que me mantenéis a salvo.

Luis se incorporó sobre el colchón para tirar hacia arriba de una de sus botas.

—¿Es que acaso no os protejo, madame?

—Desgraciadamente, no creo que nadie pueda protegerme en lo tocante a Chevalier. Ha causado un gran sufrimiento a mi dama Angélique.

Luis se volvió hacia Enriqueta con la mandíbula apretada.

—¿No es suficiente con protegeros a vos? ¿Ahora tengo que proteger también a vuestras damas?

—Se ha inventado una espantosa historia y me ha creado a mí un problema.

Luis se puso la segunda bota.

—Y ahora estáis triste.

Enriqueta se arrodilló sobre la cama y apoyó la barbilla en el hombro de Luis.

—Françoise Parthenay era una persona muy querida para vos. Hasta estuve celosa de ella por un momento, aunque os parezca absurdo.

Luis se puso en pie y cogió su chaqueta, que estaba sobre una silla.

—Me voy a la guerra. Allí estaré seguro.

Enriqueta parpadeó.

—No lo entiendo.

—Y vos me acompañaréis.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué?

—¿Desearíais estar en otra parte?

—Por supuesto que no.

—Se acerca un nuevo día —dijo Luis.

Se abrochó la chaqueta y se dirigió a la puerta.

En el apartamento del rey se estaba celebrando una pequeña reunión privada a la que sólo asistían el monarca y el emisario del Sacro Imperio. Bontemps y Fabien aguardaban obedientemente al otro lado de la puerta cerrada, acompañados por dos guardias.

Luis, que vestía sus mejores galas reales y su mejor peluca, estaba sentado en su sillón, mientras que el emisario ocupaba un taburete bajo desde el cual exponía la situación.

—Los españoles se están cansando de nuestro silencio, sire —expuso el emisario—. Desean que intervengamos.

—En vuestro caso, tenéis derecho por sucesión —respondió el rey— y, en el nuestro, por ley. No es necesario que nos enfrentemos por el premio. Aunque estoy seguro de que son muchos en vuestro Consejo los que se beneficiarían de la guerra.

El emisario apoyó ambas manos sobre las rodillas y respiró hondo.

—Los círculos están divididos, pero si a través de las negociaciones actuales pudiéramos establecer una política...

—Vuestro príncipe de Auersperg, de la noble casa austríaca, tal vez obtenga su gorro de cardenal.

El emisario sonrió impresionado.

—Excelente, majestad.

El rey se inclinó hacia adelante, con los dedos entrelazados. En ese momento, le empezó a brotar un hilillo de sangre bajo la peluca, para después resbalarle por la cara.

—Hablemos, entonces, de un tratado —prosiguió—. Un tratado firmado en secreto entre el reino de Francia y la casa Habsburgo para dividirnos el territorio a la muerte del rey español.

El hilillo de sangre fue en aumento hasta que se convirtió en un riachuelo que no tardó en empaparle la mejilla y el mentón.

—La salud del soberano —añadió el rey— es primordial para la seguridad del Estado.

—Majestad —dijo el emisario con una expresión entre preocupada y azorada—. Vuestra cara...

—¿La cara?

Luis se tocó el rostro y luego se contempló la mano, teñida ahora de un intenso tono rojo.

El emisario se precipitó hacia la puerta y la abrió de golpe. Fabien se fijó en su rostro: era el hombre al que no conocía, el hombre que lo había preocupado y sobre el cual había estado haciendo preguntas. Retrocedió, sorprendido y desconfiado.

—¡Rápido! —exclamó el emisario—. ¡Un médico!

Fabien vaciló.

—¿Es que no me habéis oído?

Luis apareció en ese momento junto a la puerta y se apoyó en ella. Seguía sangrando copiosamente, hasta el punto de que tenía el chaleco empapado.

—¡Iré a buscar a Masson, sire! —afirmó Bontemps.

—Ese Masson, no —ordenó Luis—. El otro —dijo, tras lo cual cerró la puerta.

Bontemps levantó un dedo en un gesto de advertencia dirigido a Fabien.

—No debe entrar nadie —indicó al tiempo que empezaba a alejarse por la galería.

Apenas media hora más tarde, Claudine entró en el apartamento privado del rey a través de una puerta trasera, acompañada de Bontemps. Se acercó al rey y lo saludó con una reverencia breve y silenciosa. Se quitó la gruesa capa con capucha que se había puesto para que nadie supiera que era una mujer y la dejó sobre una silla.

Luis, que estaba sentado en el borde de la cama vestido únicamente con las calzas, se apartó la mano de la frente.

—Obra de tu padre —dijo—. Me gustaría que le echaras un vistazo.

Claudine inspeccionó la herida y los empapados apósitos. Hizo una mueca, pero no criticó el trabajo de su padre.

—Hay que suturarla.

El rey asintió.

—Os va a doler —añadió Claudine.

Luis dirigió de nuevo la mirada al frente, hacia el retrato en el que él y su hermano, niños aún, desconocían su destino.

—Bien —respondió.

Luisa de La Vallière entró tímidamente en la antesala del apartamento de la reina. Saludó a María Teresa con una reverencia y se ajustó el chal que llevaba sobre los hombros.

—¿Habéis recibido mi mensaje? —preguntó la reina.

—Sí, majestad. He rezado todos los días por vuestro difunto bebé.

—Os agradezco esas palabras.

Luisa se frotó la espalda e hizo un gesto de dolor. El embarazo le causaba molestias.

—Sentaos —pidió María Teresa.

Luisa inclinó la cabeza y se sentó.

—Hace calor aquí —dijo la reina—. Quitaos el chal.

Luisa vaciló, pero finalmente le entregó el chal a una de las damas de la soberana.

—Lo que os dije no fue agradable —empezó a decir la reina—, pero lo hice en un momento en que mis propios fracasos me cegaban. Me gustaría que fuéramos amigas. No porque ya no lamente todos los momentos que me habéis robado junto a mi esposo, sino porque veo algo en vuestra alma. Como si se hubiera rasgado una tela.

La reina rodeó a Luisa y se fijó en las brutales marcas rojas que tenía en la espalda, en las heridas aún no cicatrizadas de la autoflagelación.

—No sois vos quien me preocupa; me preocupa que la inocente criatura que lleváis en el vientre pueda sentir el dolor.

Luisa volvió un poco la cabeza y miró a la reina por encima del hombro.

—Me uniré a una comunidad religiosa, majestad, en cuanto las circunstancias lo permitan.

—¿Amáis al rey?

—Amo a Dios.

—Eso no es una respuesta.

—Y... y también amo al rey. Pero el precio que debo pagar es demasiado alto.

María Teresa la rodeó de nuevo, esta vez para mirarla a los ojos.

—La espalda. ¿Qué os habéis hecho?

—Nada de lo que haga será suficiente. Duele demasiado.

—Como debe ser —dijo la reina apartando la mirada.

La puerta de la casa de los Masson se abrió y entró Claudine, procedente de la calle. La neblina del exterior la siguió hasta la cálida luz de la lumbre, en la cocina. Su padre, que estaba mezclando el contenido de una olla que hervía en el fogón, levantó la mirada.

—Estoy haciendo sopa para cenar —dijo en un tono algo áspero, receloso—. Patatas, zanahoria, apio... He pensado que, como ahora tú eres el hombre de la casa, a mí me correspondía adoptar un papel más femenino.

—Padre —lo interrumpió Claudine mientras se quitaba la capa—. Ya lo hago yo.

—Siéntate. Descansa. Hoy has trabajado mucho.

—No me estás diciendo lo que piensas y eso no me gusta.

Masson entornó los párpados.

—¿Es que te burlas de tu padre?

—¿De qué estás hablando?

—¿Dónde has estado?

—No estoy autorizada a revelarlo.

—Tu silencio habla por ti, entonces. La cura que le hice al rey en la cabeza fue un poco precipitada, ¿verdad? Y también muy sencilla quizá. Pero... ¿mi propia hija? Se propone destruir mi reputación.

—Tu reputación sigue intacta, padre. Estás celoso.

—¡Estoy asustado, criatura! —Masson lanzó la cuchara, que cayó al suelo y rebotó—. ¡Asustado por ti! La corte no es un lugar cálido y seguro. Es un frío y brutal círculo de mentiras: a mí pueden utilizarme y luego abandonarme a mi suerte, pero mientras me quede aire en los pulmones no permitiré que a ti te hagan lo mismo. El rey tiene sus favoritos. Luego, de repente, se cansa de ellos y ya nadie más vuelve a verlos.

Claudine resopló impaciente y luego buscó a su alrededor el frasco azul de Masson. Lo encontró en un estante bajo, lo abrió y, sin apartar la vista de su padre, vació el contenido.

El anciano sacerdote escuchaba en silencio, en la penumbra de la cámara real. Era más de medianoche, pero el sacerdote siempre estaba disponible en caso de que el rey lo necesitara. Estaba sentado en un taburete mientras Luis, junto a él, permanecía arrodillado sobre un cojín con la cabeza gacha. No se oía sonido alguno, excepto el tictac del reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea, el aullido del viento en el exterior y la respiración agitada del rey.

—Bendecidme, padre, porque he pecado —dijo Luis.

—¿Cuál es vuestra confesión?

—Los pecados mortales de la envidia y la ira.

—Recordad, sire —empezó a decir el sacerdote—, que a veces es necesario cometer ciertas transgresiones por el bien del Estado. Pero si esas transgresiones las cometiera el hombre, entonces...

—No me habléis en esos términos —indicó el rey—. En estos momentos, no soy más que un hombre, solo y cargado de pecados, que se arrepiente ante Dios. —El sacerdote asintió—. ¿Cuál es mi penitencia?

El cura unió las arrugadas manos y meditó sus palabras antes de volver a hablar.

—Los actos de contrición pueden adoptar muchas formas, sire. Se pueden expiar en especie, practicando en lugar del pecado la virtud que le corresponde. Por ejemplo, el pecado de la envidia tiene su reflejo en la generosidad. Y el pecado de la ira tiene su reflejo en la virtud de la paciencia.

Luis contempló la penumbra.

—Estamos en guerra, la esencia misma de la ira. En la guerra no tiene cabida la generosidad.

Rohan y Felipe se hallaban el uno junto al otro en el lindero de un bosque, observando hacia el otro lado de una desnivelada pradera: allí, a lo lejos, se encontraba el campamento enemigo, por el cual patrullaban varios soldados de uniforme verde. Diversos guardias franceses observaban también desde los árboles cercanos, en silencio y sin perder de vista al adversario. Se levantó un frío viento otoñal que arrastró hojas muertas y polvo y rizó las hierbas secas como si fueran las olas del mar. Un mar cruel que aguardaba para engullir a quienes luchasen y muriesen allí.

—Estamos demasiado cerca de sus líneas —dijo Rohan—. Aquí corremos un gran peligro.

Felipe no dijo nada.

—Por favor, señor, se lo prometí a vuestro hermano.

Felipe se volvió hacia Rohan y le lanzó una cortante mirada.

—¿Qué le prometiste?

Rohan no deseaba contestar, obviamente, pero aun así dijo:

—Que me aseguraría de que no corrierais peligro.

Felipe lo fulminó con la mirada y luego se alejó hacia los árboles furioso. Ya había intuido que ése era el motivo por el cual Luis había enviado a Rohan, pero no había querido aceptarlo. Oyó sus pasos tras él y levantó una mano para indicarle que se marchara. «¡Déjame en paz!», pensó.

Tras caminar un buen trecho entre rosales silvestres y arbustos, se detuvo junto a un roble alto y de grueso tronco para aliviar sus necesidades y, mientras lo hacía, oyó una especie de chirrido no muy lejos. Echó un vistazo al otro lado del tronco y vio a un hombre desnudo de cintura hacia arriba en un barranco. El hombre estaba cavando un agujero poco profundo, en el que depositó primero su espada y luego su camisa. Era una camisa verde, el color del uniforme enemigo. «Vaya, vaya, tenemos un desertor —pensó Felipe—. Fascinante.»

—No es tan fácil, ¿sabes?

El hombre levantó bruscamente la cabeza, sobresaltado. Abrió mucho los ojos y luego miró a su alrededor para comprobar si Felipe estaba acompañado. Por último, suspiró.

—Yo no he elegido esta guerra —dijo.

Felipe abandonó su escondrijo tras el árbol.

—Ni yo. Pero es lo que nos corresponde. Tú estás en un bando y yo en el otro.

—Los cañones de tu ejército han matado a muchos de mis amigos.

—Estamos haciendo historia.

El hombre arrojó tierra al agujero.

—Pues quédate tú a hacer historia. Yo me voy a casa con mi mujer y mi hijo.

—Viven en un mundo forjado por la guerra —repuso Felipe—. Somos parte de la creación. No puedes eliminar la guerra de tu cuerpo porque es nuestro cuerpo.

—Un padre tiene que ver a su hijo para decirle que lo ama más que a su propia vida.

—Y ¿cómo le enseñarás a tu hijo a enfrentarse a su futuro con valentía si tú no eres capaz de hacer frente al tuyo? Tus palabras no significarán nada.

El hombre frunció el ceño.

—¿Quién eres?

—Felipe, duque de Orleans.

El hombre se echó a reír, pero entonces se dio cuenta de que Felipe decía la verdad. Se incorporó con piernas temblorosas y le dedicó una teatral inclinación de la cabeza.

—Tal vez mañana nos encontremos en el campo de batalla.

—Tal vez.

Cuando Felipe dio media vuelta para alejarse, oyó al desertor cavar de nuevo en el agujero para recuperar su espada y su camisa.

Enriqueta se apartó el pelo húmedo de los hombros, se estremeció de frío y se dirigió rápidamente del estanque a la casa que había junto al mismo, acompañada de varias de sus damas. No tardaría en hacer demasiado frío para bañarse al aire libre, pero no estaba dispuesta a

renunciar a las agradables horas que pasaba en la casa del estanque. Se contempló los pies, resbaladizos, mientras caminaba y pensaba en la guerra y en los combatientes, en Felipe y en Chevalier. Y en Luis. Siempre Luis.

Al alzar la mirada, vio a madame de Montespan de pie junto a la puerta de la casa.

—Qué sorpresa encontraros aquí —le dijo.

—Deseaba hablar con vos, a salvo de oídos indiscretos —respondió Montespan.

Las dos damas se alejaron para sentarse en un banco de piedra. Un parlanchín pinzón observaba la escena desde la rama de un árbol.

—Lo que Chevalier le ha hecho a vuestra pobre Angélique no tiene nombre —comenzó Montespan.

Enriqueta asintió y frunció el ceño.

—Es propio de él, por desgracia. Y ahora tengo una dama nueva.

—Mademoiselle Clermont.

—Sí, Sophie. Me ha parecido muy agradable. Y se le da muy bien peinar.

Montespan se acercó un poco más.

—Se me ha ocurrido un exquisito plan para vengarnos de Chevalier. ¿Queréis oírlo?

—No, gracias, Athénaïs.

Madame de Montespan abrió mucho los ojos, ligeramente perpleja.

—¿Podéis darme un motivo?

—Sé lo que os proponéis, y no puedo ayudaros a conseguirlo.

Montespan parpadeó.

—Me parece que no sé a qué os referís.

—Pensad un poco. Tarde o temprano, conseguiréis lo que queréis.

Enriqueta se puso en pie, sonrió y se alejó.

Montespan se quedó sola en el banco.

—Supongo que así es —dijo para sí.

Luis escudriñó los rostros de los ministros a los que había convocado en la sala del Gabinete de Guerra. En sus ojos centelleaba una mirada iracunda, resuelta y desafiante al mismo tiempo.

—Estamos rodeados de conspiradores —aseguró mientras se apoyaba en la mesa con la cabeza baja, como si fuera un lobo—. De críticas. De jungla y de peligros. La defensa ya no es una opción. Debemos romper el sitio. Debemos atacar. Bontemps, organiza una guardia que proteja la carretera.

—Ya tenemos a los hombres, sire —respondió su primer ayuda de cámara.

Sin embargo, Bontemps vio a Fabien parpadear casi imperceptiblemente, como si no estuviera convencido de que lo que acababa de decir fuera cierto.

—Que se les prepare un uniforme —prosiguió el rey—. Que hagan sentir su presencia. Para disuadir a unos y tranquilizar a otros, como hacemos en París. Peinad la carretera, patrulladla. Contactad con todo noble que se atreva a desafiarme. Deseo comprender sus motivos. Y que se los informe de nuestras intenciones: su rey va a la guerra.

Tras esas palabras, Luis se puso en pie y los ministros lo imitaron al instante.

Fabien se acercó a Bontemps, pero el ayuda de cámara fue el primero en hablar.

—Quiero cuatro pelotones de cien hombres en la carretera. Cinco hombres por transporte. Todo el que viaje por esa vía lo hará acompañado de guardias.

—Pero esos hombres carecen de preparación —repuso Fabien.

—Los demás están en el frente.

Fabien resopló.

—¡Lo cual sólo nos deja a los niños!

Transcurrieron tres ajetreados días, dedicados a preparar el viaje del rey al frente. Cuando llegó la mañana de su partida, nobles, cortesanos, guardias y criados se reunieron en el jardín, ante el palacio, para aplaudir y saludar agitando pañuelos cuando el rey y su amante, Enriqueta, subieron al carruaje real. Tres de las damas de Enriqueta, Sophie entre ellas, se instalaron en un segundo carruaje que aguardaba tras el del rey.

A madame de Montespan no la habían invitado. Se abrió paso entre la multitud para situarse junto a Luisa y se puso de puntillas no sólo para ver al rey, sino también para asegurarse de que él la viera a ella. Quería establecer un último contacto con él antes de que partiera hacia el frente. «Miradme —pensó—. Quiero que me veáis. Estoy aquí.» Y, cuando el cochero azuzó a los caballos, Luis miró por la ventana del carruaje y saludó a madame de Montespan con una inclinación de la cabeza. «¡Sí!»

—Bravo, madame —le dijo Montespan a Luisa, acercándose un poco a ella—. Os ha mirado a vos.

—Oh, no —suspiró Luisa—, creo que os equivocáis.

—¿Estáis afligida?

Luisa negó con la cabeza, entristecida.

—No puedo llegar hasta él.

—Bobadas. Sois su querida.

—La ha elegido a ella. Se la lleva a ella. A la guerra.

—No, va a entregársela a su esposo.

Luisa se volvió hacia madame de Montespan con una mirada esperanzada.

—¿Podéis ayudarme? Necesito agradarle, pero le resulto aburrida. Tal vez podríais ponerlo de buen humor cuando vuelva. No sé, charlar con él y hacerlo reír. Si está de buen humor, quizá yo tenga alguna posibilidad.

Madame de Montespan observó el carruaje hasta que éste se perdió de vista por la sinuosa carretera. Se apartó un mechón de pelo que le caía sobre la cara.

—Supongo que podría intentarlo.

Viajaron en silencio durante un buen trecho, contemplando desde la ventana establos, granjas y setos. «Los frutos de la vida campesina —pensó Luis—. Una vida sencilla, que no alcanza a comprender las responsabilidades que debe asumir la realeza. ¿Son más libres, pues? ¿O acaso son esclavos de la vida vulgar que les ha tocado?» Enriqueta se acercó a él y le rozó la mano. Luis no correspondió al gesto, por lo que ella apartó enseguida la mano.

—¿Echáis de menos Inglaterra? —preguntó él al fin.

—Os echo de menos a vos —respondió Enriqueta.

—¿Habéis recibido noticias de vuestro hermano últimamente? —inquirió el rey.

—Si las hubiera recibido, lo sabríais.

Luis se colocó bien la gorguera y luego contempló una pradera en la que pacía un rebaño.

—El verano de nuestras vidas ha llegado repleto de frutos. Pero ahora se acerca el otoño y las noches se alargan. En esta creciente oscuridad no debemos olvidar que la vida es algo más que amor. Y que el matrimonio es algo más que deber.

Enriqueta giró su sombrero de plumas para que Luis no le pudiera ver el rostro ni advirtiera que estaba a punto de llorar.

—Mi vida os pertenece —dijo en voz baja.

La luz chisporroteante de la vela apenas iluminaba el corredor de palacio. Era muy tarde, y Fabien caminaba absorto en sus pensamientos mientras se dirigía, vela en mano, a su cámara. Tan absorto estaba que se sobresaltó cuando el débil resplandor iluminó una figura.

—¿Monsieur Fabien? —preguntó una voz suave, dulce y muy femenina.

Béatrice apareció entonces en el círculo de luz. A Fabien le dio un vuelco el corazón.

—¿Os habéis perdido, madame?

—En realidad, estoy asustada —contestó la dama, al tiempo que fruncía el ceño—. La guerra. La noche. El palacio parece distinto cuando el rey no está. Sólo hace dos noches que se fue, pero los salones se hallan vacíos y oscuros. ¿Os importaría acompañarme a mi apartamento?

Fabien asintió, casi sin pensar. Béatrice se acercó aún más al resplandor de la vela. «Es tan hermosa —pensó él—. ¿Qué le digo? ¿Cómo me comporto?»

Echaron a andar y Fabien hizo todo lo posible para que la vela no le temblara en la mano.

—A pesar de las noticias sobre vuestros amigos, parece que estáis bastante animada —comentó.

Béatrice lo observó fijamente.

—¿Qué ocurre con mis amigos?

—Los Parthenay. Vivían cerca de vuestra familia en Pau, ¿no es así?

Una expresión de inquietud cruzó el rostro de Béatrice.

—Los conocía, sí. Una tragedia en la que ni siquiera me atrevo a pensar.

Llegaron a la puerta del apartamento de Béatrice. La dama se volvió hacia Fabien y le sonrió.

—Tal vez podamos dar un paseo en alguna otra ocasión. En el jardín, por ejemplo, de día. Para hablar de cosas más alegres.

Él asintió.

«¿Cómo concluyo este encuentro? ¿Debo tocarla? Dios, cuánto la deseo.»

Pero justo entonces, Béatrice se besó la yema de dos dedos, con los que después rozó el hombro del jefe de seguridad. Y, tras ese gesto, entró en su apartamento y dejó solo a Fabien.

El joven se hallaba junto a la carretera de Versalles, sollozando mientras cavaba una tumba con una pequeña pala. Junto a él se encontraba su amigo, arrodillado, con los brazos atados y una expresión de horror en el rostro.

Esparcidos un poco más allá, a lo ancho de la carretera, había otros diez hombres a los que alguien había volado los sesos. El carruaje, destrozado, estaba volcado sobre un lateral. El viento hacía girar una de las ruedas.

Tres hombres enmascarados y armados observaban la escena en silencio. Uno de ellos dio un paso al frente, apoyó la boca del cañón de su mosquete en la frente del que estaba atado y disparó. El hombre cayó de espaldas en la tumba aún a medio cavar. El joven de la pala empezó a gritar.

Uno de los tres individuos armados se quitó la máscara y apuntó con su mosquete al joven de la pala, que contuvo una exclamación.

—Os... ¡os conozco! —exclamó.

—Me conocías —dijo Montcourt justo antes de apretar el gatillo.

El joven se desplomó un instante después de que le estallara la cabeza y salpicara la tierra de sangre.

Montcourt le cogió la pala y se la entregó a uno de los esbirros de Cassel.

—Tomas —indicó—, los nobles no trabajamos.

El hombre empezó a cavar, pero entonces Montcourt le arrebató otra vez la pala.

—Tengo una idea mejor —dijo.

Tras encontrar varias cuerdas en el carruaje, Montcourt, Tomas y Mike colgaron a los doce guardias por los tobillos de otros tantos árboles, junto a la carretera. Movidos por el viento, los cadáveres se balanceaban como frutos podridos entre las ramas, que crujían. Montcourt clavó un cartel en el tronco de uno de los árboles: «CARRETERA CORTADA».

Las tiendas del ejército francés se extendían por una amplia franja de terreno: se alzaban entre los árboles, a lo largo del curso de un riachuelo helado, pero también ocupaban parte de una pradera, como si de una ciudad se tratara. Miles de soldados descansaban junto a las hogueras o paseaban, hablando de las batallas que habían librado o de los seres queridos que habían dejado atrás.

En el interior de la más grande de aquellas tiendas, sobre una mesa, se hallaban desplegados los últimos planes de guerra. Felipe estaba en pie, con las piernas ligeramente separadas. Tenía las mejillas arreboladas y el ánimo fortalecido por todo lo que la guerra le estaba exigiendo.

—Aquí —le dijo al secretario de Estado, Louvois, mientras Rohan los observaba—. Si replegáramos nuestras líneas hasta este valle...

Louvois, vestido con una elegante casaca de terciopelo repleta de condecoraciones que indicaban su rango superior, alzó una mano.

—Nos seguirían en nuestra retirada —repuso.

—Lo cual permitiría a nuestra caballería entrar por el este y cerrar así el círculo. No tendrían escapatoria.

Louvois consideró aquellas palabras y luego asintió. Justo entonces les llegó una voz desde el exterior:

—¡El rey!

Felipe se alejó de la mesa con el pecho henchido de orgullo. «Ahora verá mi hermano todo lo que he hecho por Francia y todo lo que me propongo hacer», pensó.

Se abrió la puerta de tela de la tienda y entró Luis, seguido de varios guardias, de Enriqueta y de Sophie. Se dirigió a la mesa, mientras Louvois saludaba con una inclinación de la cabeza y Felipe sonreía.

—¡Tengo espléndidas noticias, hermano! —empezó a decir Felipe.

—Desde luego —lo interrumpió Luis—. Se ha acabado la guerra. Hoy mismo empezarán las negociaciones en Tournai para alcanzar un alto el fuego.

Felipe abrió la boca y luego volvió a cerrarla. Perplejo, observó a Louvois, a Rohan y, por último, de nuevo a su hermano.

—¡Pero hemos luchado muy duro para llegar a este momento! Son muchos los hombres que han muerto por el camino!

—Mantendremos nuestras líneas —dijo el rey—. Pero nada más. Puede que uno o dos días. Pero esta guerra se ha acabado.

Felipe notó en los brazos el cosquilleo de la ira. Cerró los puños y apretó la mandíbula.

—¿Para qué? Podemos ganar la guerra. Aquí. Hoy mismo.

—Tenemos muy pocas probabilidades.

—¡Hemos sacrificado demasiado para detenernos ahora!

Luis trató de mantener la calma.

—Quiero hablar a solas con mi hermano —anunció.

Señaló a un guardia con la barbilla y éste abrió la puerta de tela de la tienda para que salieran todos los que estaban dentro. Los dos hermanos se quedaron a solas.

—He venido para llevarte de vuelta a casa —dijo Luis.

—Y yo he venido aquí para luchar. Y fornicar. Y, por cierto, ¿ese alto el fuego no se anunciará por casualidad a tu regreso, acompañado de un «Aclamad al rey Luis, que fue a la guerra y trajo la paz»?

Luis dio un paso hacia su hermano, pero Felipe no retrocedió. Se observaron sin pestañear, rey y combatiente.

—Nuestros espías dicen que se le ha puesto precio a tu cabeza —señaló Luis—. Los españoles han contratado a mercenarios para que te aparten del campo de batalla. Quieren convertirte en un ejemplo, usarte contra mí. No voy a correr ese riesgo. Vendrás conmigo.

—Si no me tienen a su lado, muchos de esos hombres morirán.

—Ésta será la última batalla, no permitiré que sea también tu último acto.

—En el campo de batalla no hay reyes, nobles ni campesinos. Todos los hombres son iguales. Luchan para sobrevivir un día más. Mañana, en ese campo de batalla, tendré más en común con mi enemigo que con mi propio hermano —repuso Felipe, tras lo cual giró sobre sus talones—. ¡Enriqueta! ¿Dónde está mi esposa?

—Envidio esa fraternidad tuya —dijo Luis—. Para mí sólo existe la soledad, algo que tú ni siquiera conoces.

—Mañana estaré junto a mis hermanos —aseguró Felipe.

—Te están buscando para matarte —replicó Luis.

Felipe salió de la tienda y se encontró con el séquito del rey, que aguardaba en el exterior. Se dirigió a Enriqueta, le arrancó una pluma del sombrero y se la prendió en la casaca, como si fuera un alegre banderín.

—Entonces, más me vale ponerme algo vistoso para que sepan quién soy.

Tras esas palabras, cogió a su esposa, la atrajo hacia sí y la besó con la pasión y la furia de un hombre que va a la guerra. De un hombre dispuesto a conquistar.

Al día siguiente, cuando apenas despuntaba el alba, dos mil soldados franceses cruzaron el campo de batalla para dirigirse al enemigo. A su alrededor estallaba el fuego de los mosquetes y de los cañones, pero siguieron avanzando. Algunos fueron alcanzados y murieron gritando, pero los demás continuaron adelante impertérritos y resueltos.

Entre ellos, junto a ellos, a la cabeza..., allí estaba Felipe sobre su caballo. Rohan cabalgaba a su lado. Felipe permanecía muy erguido sobre su montura, poseído por una insaciable sed de sangre, imbuido en la idea de un destino tan estremecedor como glorioso. Se contempló un instante en el espejito que llevaba en el bolsillo, elevó el rostro hacia el cielo y, un instante después, desenfundó su espada, espoleó a su caballo y se lanzó a la carga colina abajo, en mitad de la neblina.

5

Principios de 1668

—Tranquilo, noble corcel.

Felipe estaba sentado en la ladera de una colina, con las piernas cruzadas, en mitad de una maraña de hierbajos chamuscados. Se hallaba rodeado de soldados enemigos muertos y tenía apoyada en el regazo la cabeza de su caballo. El animal, que había sufrido una herida mortal en el pecho, temblaba, resoplaba y respiraba con dificultad, con los ojos casi en blanco. A cada movimiento, sangraba más y más. Tras larguísimos minutos, el caballo dejó de luchar y se quedó quieto, como si hubiera aceptado lo que estaba a punto de ocurrir. Le tembló el hocico, se le empañaron los ojos. Hinchó los costados una vez más y, por último, expulsó el cálido aliento sobre el brazo de su amo.

—Descansa en paz, valiente —dijo Felipe.

Un carruaje accidentado, derribado como un caballo en plena batalla, yacía en un trecho de la carretera de Versalles que discurría a la sombra de los árboles. El cochero y los dos escoltas, asustados, empuñaban sus mosquetes para defenderse de tres hombres enmascarados, que también empuñaban armas.

Montcourt sonrió con desdén bajo la tela que le ocultaba el rostro.

—¿Cuánto os pagan, caballeros? Sea lo que sea, os aseguro que no es bastante.

Se oyó un susurro entre los árboles. Uno de los escoltas se volvió y vio un cuervo que se alejaba volando. Y, en ese momento, los forajidos abrieron fuego.

En la tienda de Felipe, varios emisarios, diplomáticos y generales se miraban unos a otros en torno a la mesa. En ese momento, el rey Luis XIV levantó una pluma blanca y la sostuvo en el aire, sobre el Tratado de Aquisgrán. María Teresa había viajado desde Versalles para la ocasión y se hallaba justo detrás de su esposo, con las manos unidas. Llevaba un vestido de color morado y el pelo oscuro recogido y adornado con perlas. Felipe se encontraba junto a la puerta de la tienda, observando fijamente la escena con los brazos cruzados sobre el pecho.

Luis mojó la pluma en el tintero y, con un teatral gesto, firmó el documento y anotó la fecha: 2 de mayo de 1668. La guerra había terminado. Los asistentes aplaudieron con educación. Felipe salió de la tienda y se acercó a los numerosos soldados que lo estaban esperando y que también aplaudieron, aunque con bastante más entusiasmo que quienes seguían dentro de la tienda.

A la mañana siguiente, la comitiva de carruajes del rey regresó a Versalles por la carretera llena de surcos. Luis y María Teresa viajaban en el mismo carruaje, aunque en silencio. Las cortinillas de terciopelo estaban corridas y, dentro del coche, el aire estaba muy viciado.

Por fin María Teresa rompió el silencio.

—Estáis preocupado, esposo mío. Decidme qué os ocurre.

—No os incumbe.

—¿Que no me incumbe? Esta guerra se ha librado por mi culpa. Habéis matado a mis compatriotas para defender mi honor. O ésa era vuestra excusa, por lo menos.

—Vuestro padre me hizo una promesa que no cumplió. Y he perdido cinco mil hombres para obligarlo a cumplirla.

—Pero el tratado ya está firmado. Ya no hay guerra.

Luis pasó una mano por los flecos de la cortinilla.

—Cuando tenía diez años, descubrí lo que era el miedo. Vi a mi madre paralizada por el terror. Los nobles venían a buscarnos y estaba convencida de que iba a morir. Desde entonces, sólo he querido asegurarme de que eso no vuelva a ocurrir.

—Pero tenéis guardias, un palacio y un ejército a vuestras órdenes.

—Me obedecen, pero no me temen.

—Y ¿qué poder podría tener alguien sobre vos?

De repente, algo muy pesado impactó contra un costado del carruaje. María Teresa contuvo una exclamación. Luis se agazapó, se irguió de nuevo y descorrió de golpe la cortina.

«¡No puede tratarse de un robo! ¡Ni tampoco de asesinos! ¡Tengo a mis guardias!», pensó.

Pero allí, en la ventana, aferrado como un mono al costado del carruaje, estaba Felipe.

—¿Ya hemos llegado? —exclamó alegremente mientras el viento le alborotaba el pelo.

Luis frunció el ceño.

—¡Me aburro! —exclamó Felipe.

Abrió la portezuela del carruaje, se balanceó hacia el interior, tambaleándose y riendo, y por último se dejó caer en el asiento, bastante ebrio.

—No tenemos vino, si es eso lo que buscas —dijo Luis.

—¡Ah! Busco conversación. Cuando se ha matado a tantos españoles como yo, no es fácil ponerse a hablar del tiempo —señaló su hermano al tiempo que miraba a María Teresa—. No os ofendáis. Algunos de ellos eran muy simpáticos.

El carruaje siguió avanzando mientras Felipe divagaba y se perdía en inconexas historias sobre los soldados, el rancho del ejército, su caballo y el olor de la victoria. Luis lo observaba en silencio. De repente, sin embargo, el coche de caballos dio un salto, aminoró la marcha y se detuvo.

—Y ¿ahora qué ocurre? —preguntó Felipe.

—La lluvia, tal vez —respondió Luis—. Las tormentas se han llevado algunos tramos de la carretera, cerca de Chaville.

Justo entonces se oyeron airados gritos en el exterior. A Felipe le cambió la expresión al instante y, si hasta ese momento había estado ebrio, las voces de fuera parecieron devolverle la sobriedad de golpe.

—¡Quedaos aquí! —ordenó al tiempo que abría la puerta.

En la carretera había un carruaje pequeño volcado. El cochero y los dos escoltas yacían junto al vehículo, muertos, con la carne desgarrada por disparos de mosquete. Algo más apartado, sobre el barro, reposaba el cuerpo de un cuarto hombre: un esbirro corpulento que llevaba una especie de prenda negra, ensangrentada, en torno al cuello. Al hombre le faltaba un ojo y tenía una pierna destrozada.

Luis bajó de su carruaje y Rohan desmontó de su caballo. Ambos se reunieron con Fabien y Felipe junto a los cadáveres.

—Un cargamento procedente de París, sire —dijo Fabien—. Se han llevado todo lo de valor.

Luis se fijó en que Fabien estaba observando al esbirro de un solo ojo.

—¿Conocéis a estos hombres?

—Lamento deciros que no, sire.

Felipe se inclinó hacia el esbirro para observarlo mejor.

—¡Éste aún está vivo! ¡Todavía respira!

—¡Llevadlo a un médico! —ordenó Fabien—. Si vuelve a hablar, será conmigo.

Mientras subían al esbirro a un caballo, Fabien se volvió hacia el rey.

—Os felicito.

—¿Por qué?

—Por el tratado. La guerra ha terminado.

Luis contempló la masacre de la carretera.

—¿De verdad lo creéis?

Jacques y Benoit estaban sentados en un andamio junto al palacio, descansando para comer, mientras contemplaban los jardines y los intrincados e interminables senderos creados por árboles, setos, estanques y estatuas.

—Si yo fuera el rey, no habríamos ido a la guerra —dijo Benoit—. Nos habríamos quedado aquí porque esto es precioso. Y porque se está transformando en algo aún más precioso.

Jacques frunció el ceño.

—Y así habría sido durante al menos una semana..., hasta que los españoles, los holandeses o los ingleses nos hubieran atacado sin miramientos.

—Todo hombre siente la necesidad de construir algo en su vida, perdure o no.

—No somos más que polvo, Benoit. Nada es eterno.

—Esto sí. Lo sé.

Madame de Montespan tarareaba mientras se contemplaba en su espejo para colocarse cintas y plumas en el pelo. Quería estar perfecta para cuando el rey regresara a palacio. No podría apartar la mirada de ella: la vería y la desearía.

En ese momento, le llegó una voz insidiosa desde la puerta:

—Qué hermosa y virginal.

Al volverse, Montespan vio a Chevalier.

—¿Tenéis la costumbre de acechar cerca de los vestidores de las damas?

—Siempre que se me presenta la oportunidad. No vivo para otra cosa.

Madame de Montespan cruzó los brazos.

—¿De verdad?

—No —respondió Chevalier, acercándose—. Os he mentido. Os podría citar por lo menos cinco cosas que ahora mismo se me antojan más apetecibles: un agradable fuego, unas medias nuevas, una almohada de plumas, la brisa de un día de verano... —Se acarició la barbilla como si estuviera pensando—. Ah, y las coles. Son muy divertidas. Y, hablando de coles, me encanta vuestro peinado.

—Es decir, que sois un alma cándida y generosa.

—Lo soy, ¿no estáis de acuerdo? —dijo él mientras señalaba las cintas y plumas que madame de Montespan tenía sobre el tocador—. Espero que él lo merezca.

Montespan golpeó la mesa con ambas manos, se puso en pie y, a diferencia de la mayoría de las damas de la corte, avanzó hacia Chevalier con paso decidido.

—¿Él? ¿A quién os referís?

—A vuestro esposo, desde luego.

—Me alegra comunicaros que se encuentra en el sur.

Chevalier arrugó la nariz en un gesto burlón.

—En ese caso, ¿qué otro caballero podría haberos inspirado tanto?

—La mente es muy poderosa. O asquerosa, en vuestro caso. Como una rata muerta en una ratonera.

—Me encanta vuestra lengua, madame.

—Y a mí.

—Me declaro admirador de ese apéndice vuestro, tan afilado... Una de las lenguas más hirientes que he visto jamás.

—Me consta que habéis visto unas cuantas.

—Me recordáis a los cisnes del lago: tan gráciles en la superficie... Y, sin embargo, bajo el agua no son más que un par de aletas gordas que se mueven sin descanso.

—Pero poseen un pico con el que podrían romperos un brazo.

Chevalier se echó a reír, aunque su risa no sonó demasiado alegre.

—Preferiría que no lo hicierais.

—La campaña ha sido larga, pero por fin están de vuelta. Supongo que habréis tenido paciencia.

—Oh, me encanta esperar. Pensad en lo que el tiempo hace por el vino.

Madame de Montespan dejó resbalar la mirada hacia la entrepierna de Chevalier.

—En mi opinión, el secreto está en la calidad de la uva.

Luis y María Teresa bajaron del carruaje, frente a las puertas de palacio, y se encontraron con una numerosa multitud de cortesanos que les daban la bienvenida. Los nobles estaban empapados por culpa del chaparrón que había caído a última hora de la tarde, pero aun así sonrieron y aplaudieron al rey, incluida Montespan, quien, con su nuevo vestido y su pelo repleto de cintas, se había abierto paso hasta las primeras filas del gentío.

Sin embargo, el rey tenía la mente en otra parte. Bontemps lo alcanzó y los dos pasaron entre la multitud sin fijarse en nadie en particular, mientras la reina se unía a sus damas.

—Hemos ganado la paz, Bontemps —dijo Luis—, y ahora debemos usarla. Uniremos a todo el país en un acto de celebración, aquí mismo. Ofreceremos un gran festejo que todo el mundo verá. Todas las familias de la nobleza estarán representadas. Nuestra victoria es también suya. ¿Ha respondido Cassel a nuestra invitación?

Bontemps negó con la cabeza.

—Todavía no, sire.

—Envíale otra. Y que Louvois hable con mis ejércitos. Aquí tienen trabajo como albañiles. Hay trabajo para todo el que quiera.

Subieron los escalones y entraron en el palacio. Antes de perderse entre las sombras, el rey se detuvo un instante y se volvió para observar a Fabien.

Colbert alcanzó al jefe de seguridad al pie de la escalera.

—El rey se está impacientando —advirtió—. Los nobles. La construcción del palacio. La carretera. Vuestro fracaso en esas cuestiones empieza a afectarnos a todos, monsieur.

La voz de Fabien sonó fría como el acero cuando replicó:

—El rey obtendrá justicia.

—Por lo que más queráis —dijo Colbert mientras empezaba a subir los escalones—, espero que así sea.

Felipe aguardó en el carruaje hasta que su hermano hubo entrado en el palacio, tras lo cual bajó y paseó entre la multitud con elegantes ademanes. Una vez en el interior del palacio, anduvo por el amplio salón y, con la cabeza bien alta, se sintió como un héroe conquistador. Los guardias que custodiaban el corredor fueron golpeando rítmicamente el suelo con sus alabardas a medida que pasaba el hermano del rey. El sonido fue aumentando de intensidad hasta convertirse en una estruendosa ovación para dar la bienvenida al paladín.

Los lacayos que se encontraban frente al apartamento de Felipe saludaron con una inclinación de la cabeza y luego abrieron las puertas. Él entró sonriendo aún, seguido a pocos pasos por Enriqueta.

Chevalier estaba repantigado en un sillón, golpeando el suelo con un pie.

—Bienvenido a casa —dijo.

Felipe se acercó a un maletín de cuero que un sirviente había dejado sobre la mesa. Lo abrió, cogió un libro y se lo entregó a Chevalier.

—Te he traído un regalo, rescatado de un monasterio en llamas. Es una recopilación de antífonas escritas por célibes —dijo Felipe mientras se servía una copa de vino. Olisqueó el contenido y luego bebió un largo trago—. Lógicamente, pensé en ti.

—Me conoces demasiado bien —repuso Chevalier al tiempo que abría el libro.

En la parte superior de una página descubrió un símbolo que parecía una «h» minúscula. También encontró pequeñas marcas en el resto de las páginas.

—Alguien ha estado garabateando en las páginas —afirmó en tono burlón.

Felipe dejó la copa y le arrebató el libro.

—Entonces, te quedas sin regalo —replicó. Se lo lanzó a Enriqueta, y el libro, que a punto estuvo de alcanzarla, terminó cayendo al suelo—. Tened, un salmo para vos.

Chevalier agarró a Felipe de un brazo, se lo llevó a la alcoba y cerró la puerta tras de sí. «Sé lo que quiere —pensó Felipe—. Sé lo que necesita, pero esta vez será diferente, oh, sí, esta vez...»

Chevalier lo empujó hacia la cama.

—Llevo meses esperando este momento —dijo con voz ronca.

Se sentó a horcajadas sobre Felipe y luego procedió a desabrocharse las calzas. En apenas un segundo, sin embargo, Felipe lo agarró por los hombros y lo obligó a tenderse boca arriba. Ahora era él quien estaba encima, disfrutando de la expresión de perplejidad de Chevalier.

—¡Mentiras! —gritó el hermano del rey—. ¡Tú no esperas a nadie!

—Tiene gracia —respondió Chevalier—. Ahora, suéltame.

—Puede. Cuando haya terminado.

—¿Qué demonios te ocurre?

Felipe se inclinó sobre él.

—Eso es lo más fascinante de la guerra, que se aprende mucho de uno mismo. ¿Sabes qué descubrí en el frente, mi querido Chevalier? Cuando el enemigo nos atacaba, cuando estábamos inmersos en la batalla, cuando fluían ríos de roja sangre, en esos momentos gloriosos en los que me enfrentaba a la muerte..., se me desbocaba el corazón. Y las calzas me apretaban. Porque la espada que llevaba dentro estaba lista y dura. ¿Te imaginas lo que es estar en mitad de la batalla y notar la verga a punto de estallar?

Chevalier comenzó a forcejear para liberarse y fue enrojeciendo por el esfuerzo.

—Nunca había conocido a ningún escocés —dijo Felipe—, pero ahora ya sé para qué sirve en realidad el *sporran*.

Chevalier trató de zafarse del peso de su cuerpo, pero no pudo dejar de percibir tanto la apasionada mirada del guerrero como el bulto de su entrepierna.

—¡Déjame! —le ordenó.

Felipe, sin embargo, siguió encima de él y negó con la cabeza de un lado a otro. Por último, se puso en pie y con un gesto le indicó que se marchara. Chevalier se levantó como pudo y abrió la puerta de golpe, sobresaltando a Enriqueta y a la joven doncella que estaba mullendo los cojines de un sillón. Felipe lo siguió jadeante, con los ojos entornados y la pasión insatisfecha. Contempló a Enriqueta y luego a la doncella.

—¿Has probado el champán alguna vez? —le preguntó a la muchacha.

La doncella le dirigió una ansiosa mirada a su señora y luego se volvió de nuevo hacia Felipe. Muy despacio, negó con la cabeza.

—Pues ahora tienes la oportunidad —dijo él.

La agarró de un brazo, la obligó a entrar en la alcoba y cerró de un portazo. Enriqueta los siguió con la mirada y se tapó la boca con ambas manos.

Chevalier, mientras tanto, cogió la copa de vino de Felipe y luego volvió a dejarla.

—Sinceramente —le dijo a Enriqueta—, no sé qué le veis.

—Estáis en casa —admitió María Teresa—, pero es como si no hubierais vuelto aún.

Se hallaba de pie en la antecámara del rey observando a su esposo, quien en ese momento contemplaba desde la ventana una parte del palacio que estaba todavía en obras.

—El cuerpo viaja sobre ruedas, pero el alma va a pie —respondió él.

—No sois un hombre fiel. Negadlo si queréis, pero lo veo en vuestros ojos. Sólo una esposa puede verlo.

Luis la miró y luego se volvió de nuevo hacia la ventana. En sus ojos se advertía cierto dolor, una especie de triste aceptación de la que no quería hacer partícipe a María Teresa.

—Jamás os había visto enamorado hasta que vinisteis a Versalles —prosiguió ella—. Jamás había visto ese amor en vos. Y ahora seríais capaz de persuadir al mundo entero para que lo comparta. Incluso a quienes os desean muerto.

—Tal vez no vengan todos.

—Queréis coger la caña cuando deberíais ofrecer la zanahoria. Al fin y al cabo, ¿qué es lo que desean realmente los hombres? —Luis la miró de nuevo—. La respuesta es fácil cuando se es mujer —concluyó María Teresa.

Enriqueta estaba sentada en uno de los soleados salones de las damas con un libro sobre el regazo. Contemplaba las páginas ensimismada, pero no parecía estar leyendo. Luisa de La Vallière y madame de Montespan picoteaban dátiles de un platillo y la observaban desde el otro extremo del salón.

—Parece muy triste —comentó Luisa.

Montespan ladeó la cabeza e hizo una mueca.

—¿Por qué será?

—No nos corresponde a nosotras juzgarla.

—Y ¿qué otra cosa vamos a hacer durante todo el día? —respondió madame de Montespan mientras cogía otro dátil.

—Athénaïs, ¿recordáis el favor que os pedí?

Montespan mordisqueó el dátil.

—Desde luego.

—Bontemps me ha contado que el rey quiere pasar un rato a solas en la capilla esta tarde. Tal vez... tal vez hoy sea un buen día para agradecerle a Dios nuestra victoria.

—Qué afortunada soy.

Luisa sonrió.

—La afortunada soy yo, por tener a una amiga que me ayuda tanto como vos.

Madame de Montespan enarcó una ceja, contempló el dátil y lo dejó de nuevo en el platillo.

La guerra había terminado y el tratado estaba firmado. Había llegado el momento de librar otras batallas, aunque éstas no requerían armas manuales, sino armas mentales que, a su manera, eran igual de importantes.

Luis despertó tras una noche agitada, se vistió y se dirigió a la sala del Gabinete de Guerra, donde lo aguardaban sus ministros. Paseó en torno a la mesa, analizando los planes que se habían sometido a su consideración. Eran planes para una fiesta, una fiesta cuyo objetivo no era simplemente la diversión, sino algo mucho más importante.

—Cassel se sentará a mi lado —dijo Luis, al tiempo que le dirigía una mirada a Bontemps —. Vendrá, estoy seguro.

—Si no viene, sire... —empezó a decir Louvois.

Luis le dedicó una severa mirada al secretario de Estado.

—¿Qué, monsieur?

—Entonces podéis estar seguro de que tampoco vendrán De Havilland, De Menthon, Gagnac y los otros nobles del norte que también son clientes de Cassel. Y os sentaríais solo, sire.

Luis lo observó fijamente.

—Sois muy amable al recordármelo —respondió al tiempo que cogía un documento para estudiarlo.

Colbert le hizo una seña a Louvois para que se dirigiera a la puerta, pues deseaba hablar en privado con él.

—Dios bendito, amigo, ¡vigilad esa lengua! A menos que seáis más idiota de lo que creo.

—Corregidme si me equivoco, pero creía que habíamos ganado la guerra.

—Podríamos haberla ganado —corrigió Felipe, que en ese momento entraba de forma despreocupada en la sala—, si el rey lo hubiera permitido. Sire.

Luis levantó la mirada.

—Es un asunto oficial, hermano. Deja a los hombres hacer su trabajo.

—Creo que todo el mundo conoce muy bien el motivo de que la guerra haya terminado. Estás justo encima. Aquí mismo.

—Sire —dijo Colbert—. Vuestro hermano ha regresado a la corte sin recordar en qué lugar se encuentra.

—A diferencia de vos, Louvois —respondió Luis—, mi hermano sabe exactamente en qué lugar se encuentra. De eso no tengo la menor duda.

Felipe se sentó en la mesa y se quedó allí, balanceando las piernas con tranquilidad.

—¡Tres hurras, entonces! Bailemos sobre la espalda rota de tus hombres más valientes.

Luis frunció el ceño.

—Basta. Ahora.

—¡Ah, quieres decir «alto»! Eso sí es una orden.

—Sire —dijo Bontemps—, es evidente que vuestro hermano no es él mismo.

Luis habló muy despacio, en tono neutro.

—Si no es él mismo, entonces... ¿quién es?

Felipe se echó a reír con amargura.

—¡Soy el sonido del lejano trueno!

—Despejad la sala —dijo Luis, dirigiéndose a sus ministros—. Dejadnos.

Todos los presentes se apresuraron a abandonar la sala. Luis y Felipe se quedaron solos, apartados el uno del otro, observándose fijamente.

—¿Lo primero que haces nada más volver es avergonzarme, hermano? —preguntó el rey.

Felipe contempló los documentos esparcidos sobre la mesa.

—Tú me arrebataste mi victoria. Y yo te arrebato tu orgullo.

—¿Tu victoria?

—Tu orgullo.

—¿Tu victoria, dices?

—Y todo cuanto amas.

Luis contempló a su hermano, se fijó en el hombre que tenía delante y trató de encajar los buenos recuerdos de la infancia con aquellas palabras que sólo expresaban deslealtad y resentimiento.

—No estás bien, hermano.

—¡Ojalá pudieras verte a ti mismo! Sordo ante los consejos, cegado por el pecado. Indiferente a todo excepto a tus propios sueños. No importa lo fastuoso que sea, ¡tendrás tu nuevo palacio!

—¿Qué te dije en el bosque?

—Son muchos los hombres honrados que han muerto en la mentira que has urdido.

—Dijiste que podía confiar en ti.

—Conocías el resultado incluso antes de que abrieran fuego los primeros cañones. ¡No ha sido más que un juego para ti!

Luis hizo una pausa antes de responder.

—Dijiste que me cubrirías las espaldas.

Felipe saltó de la mesa y se colocó tras el rey sonriendo con frialdad.

—¿Qué espalda estoy cubriendo ahora mismo?

Los hombres de Cassel iban empujando al interior del gran salón del *château* barril tras barril de vino, así como otras provisiones. Cassel contaba en silencio los barriles. Tenía en la mano la invitación que le había enviado el rey. Montcourt se hallaba junto a él, frotándose la herida que había sufrido en el brazo durante la última escaramuza.

—Estos barriles me suenan —dijo Cassel—. Ah, sí, ya me acuerdo. Son míos.

—Ladrones, señor —repuso Montcourt—. En la carretera.

—¿De verdad? —preguntó Cassel—. Feo asunto. —Le sonrió a Montcourt y luego le dio una sonora bofetada—. ¿Te has atrevido a atacar un cargamento estando tan cerca la comitiva del rey? ¿Y a matar a mis cocheros, además?

A Montcourt empezó a escocerle la cara, pero no lo demostró.

—La información que teníamos no era precisa.

—¿Es que de tanto acostarte con rameras te has quedado sin cerebro? ¡Seis mil soldados que vuelven a casa tras la guerra, nuevos uniformes en la carretera! Y guardias patrullando. ¿Por qué no atacaste antes? ¡Te di toda la información que necesitabas!

En ese momento llegó Mike, el esbirro. Se detuvo junto al hogar y escupió al fuego. Cassel entornó los ojos.

—Parece que me falta un hombre.

—Tomas está muerto —dijo Mike.

—¡Ah, sí, Tomas era un fiel y leal sirviente! Y ahora el rey podrá seguir su pista y llegar hasta mí.

Montcourt negó con la cabeza.

—No dejamos ningún testigo con vida.

Cassel se acercó al fuego y contempló las alegres llamas.

—Más te vale tener razón, porque la única persona que va a pagar por esto eres tú, Montcourt. Pero anímate, hombre. Podrás quedarte su parte. Intenta permanecer con vida el tiempo suficiente para gastártela.

Y, tras esas palabras, Cassel arrojó al fuego la invitación del rey.

—¿Dónde lo has escondido? —exigió saber Claudine mientras registraba los armarios de la cocina.

Masson la seguía con paso vacilante y respiración agitada, tratando de alcanzarla.

—Claudine, te lo suplico..., basta.

Su hija se volvió hacia él.

—¡No intentes negarlo, padre! Te lo huelo en el aliento. Tratas de disimular el olor amargo con miel y jerez, no sigas fingiendo.

Sacó de un armario una caja grande en uno de cuyos laterales podía leerse «XIV». Claudine la abrió y estudió los frascos que contenían pociones para el rey. Entre ellos, descubrió un minúsculo frasco azul.

—¡Y no deberías beber de aquí! —dijo—. ¡Ya tendrías que saberlo!

Alguien llamó bruscamente a la puerta.

—¡Abrid, en nombre de su majestad!

Claudine obligó a su padre a sentarse en una silla, se arregló el delantal y el pelo y fue a abrir. Fabien y dos guardias suizos irrumpieron en la vivienda, cargados con el cuerpo ensangrentado de un hombre fornido que, al parecer, agonizaba. El hombre tenía un solo ojo y una pierna destrozada. Lo dejaron sobre la mesa de la cocina, derribando varios cuencos que se hicieron añicos al caer al suelo.

—El rey os ordena que salvéis a este hombre —dijo Fabien.

—Me temo que ya no hay nada que hacer —repuso Claudine.

—Aún le late el corazón. No entiendo de medicina, pero diría que es una buena señal.

Claudine se mordió el labio, miró a Fabien y luego al moribundo. Sabía que su vida dependía de lo que hiciera y también sabía que debía actuar de inmediato. Cogió una cuchilla de carnicero que estaba junto al fogón en el que hervía un cacharro de agua para la cena.

—Traedme agua hirviendo y el frasco azul que está en esa caja.

Fabien asintió. Uno de los hombres agarró el cacharro del fuego mientras el otro iba a buscar el frasco. Claudine encontró un trapo en el bolsillo, lo empapó con el contenido del frasco azul y le tapó la boca al esbirro. El hombre apenas opuso resistencia. Su cuerpo desprendía un hedor a miedo y dolor. A continuación, la joven vertió el agua hirviendo sobre la pierna destrozada del esbirro, cuyo alarido quedó amortiguado por el trapo empapado.

—He dicho que lo curéis, no que lo cocinéis —indicó Fabien.

—O pierde la vida o pierde la pierna —respondió Claudine.

Levantó la cuchilla, apretó los dientes y, con todas sus fuerzas, la hundió en la pierna del esbirro. La sangre salpicó en todas direcciones.

—Por fin un poco de medicina de verdad —comentó Fabien.

Los pasos de Luis y de Bontemps resonaban por toda la capilla mientras los dos hombres se dirigían al altar a través del pasillo central. En ese momento, el rey divisó en uno de los bancos una cabeza de rizos rubio oscuro adornados con cintas. Bontemps se detuvo en el pasillo y Luis se acercó a la mujer.

Madame de Montespan se volvió, se puso en pie y saludó con una reverencia.

—Sólo vengo aquí cuando necesito pensar —dijo al tiempo que ladeaba la cabeza en un gesto de lo más coqueto.

Luis sonrió.

—Lo mismo me ocurre a mí.

—Os confieso, sire, que los pensamientos que me han traído aquí os incumben.

Luis volvió a sonreír.

—Y los míos a vos. Creo que conocéis a un hombre en el que estoy interesado: el duque de Cassel.

A madame de Montespan le flaqueó un poco la sonrisa, pero no tardó en recuperarla.

—Vaya, desde luego, sire. Conozco bastante bien a ese... hombre.

—Según me han dicho, hace mucho que lo conocéis.

—De joven lo conocía muy bien. Nuestras respectivas familias tenían trato por aquella época. Cassel contaba con numerosos clientes, como sabéis. Apenas lo recuerdo.

—Quiero que vayáis a visitarlo. Se niega a asistir a nuestra celebración. Dado que lo conocéis bien, es posible que os reciba y os escuche. Debéis convencerlo de lo equivocado que está —dijo el rey. Contempló a Montespan y ella le sostuvo la mirada—. Y luego debéis entregármelo.

Madame de Montespan vaciló, en un gesto tan deliberado como seductor.

—Sabíais que me encontraríais aquí, ¿no es cierto, sire?

Luis asintió.

—Entonces también conoceréis mi respuesta.

Luis se volvió para mirar a Bontemps y luego otra vez hacia Montespan.

—Llevaos lo que queráis o a quien queráis.

Ella se acarició el labio.

—Hay una persona, sire, a quien me gustaría pedirle que me acompañara.

—Que os acompañe. Y, cuando volváis, obtendréis vuestra recompensa.

Montespan saludó con una nueva reverencia, pero su sonrisa ya no era radiante.

—Date prisa, querida, o Enriqueta tendrá que esperarte —dijo Béatrice a su hija desde el otro lado del biombo—. Se supone que debería ser al revés.

Sophie estaba tras el biombo, vestida y preparada, contemplando la nota que había descendido desde el andamio en un cubo. Era un mensaje del apuesto albañil. Decía así: «En lo alto de la escalera que está detrás de la capilla. Mañana a mediodía. Benoit». Junto a ella, el reloj que estaba sobre la repisa de la chimenea marcaba las once y cincuenta. «¡Diez minutos!», pensó.

—Ve tú primero, madre —dijo mientras acariciaba la nota con un dedo y pensaba en los ojos y en el pelo de Benoit, en cómo serían sus caricias.

Béatrice suspiró.

—Muy bien —repuso.

Sophie escuchó con atención y oyó a su madre alejarse, abrir la puerta y, por último, cerrarla. Sonrió, suspiró profundamente y rodeó el biombo.

Y allí estaba Béatrice, en el centro de la habitación, roja de ira y miedo. Vio la nota que Sophie sostenía en la mano y se la arrebató.

—¡Devuélvemela!

—¡Calla!

Béatrice leyó el mensaje y luego lo arrugó. Permaneció inmóvil, respirando agitadamente y blandiendo el puño en el que aún tenía la nota.

—¡No te relacionarás con ese animal!

Sophie se apartó el pelo de la cara.

—¡No puedes decirme con quién hablar y con quién no!

—Oh, por supuesto que puedo, querida. No tienes ni idea. No tienes ni la más remota idea de a quién te estás enfrentando. ¡Ni de lo que me estás haciendo!

Sophie trató de pasar junto a su madre, pero ésta la empujó para impedírselo.

—¡Prométeme que jamás verás a ese muchacho! Si lo haces, ¡destruirás todo aquello por lo que he luchado! ¿Lo entiendes? ¡Todo!

Sophie se la quedó mirando. Ya había visto a su madre enfadada en otras ocasiones, pero aquella vez era distinto. Había algo más.

—¿Qué ocurre, madre?

—¡El rey quiere pruebas! Sin duda, ya lo sabes. ¡Exige que todos aportemos pruebas!

—Llegan desde Pau, tú misma lo dijiste —apuntó Sophie. Pero entonces vio las lágrimas de rabia en los ojos de su madre, lágrimas que vacilaban un instante antes de rodar mejillas abajo—. ¿No es así?

—No somos quienes decimos ser.

—No... no lo entiendo.

—No, no lo entiendes, pero eso no cambia los hechos. Eres hugonota de nacimiento. Protestante, como tu madre.

Sophie se tapó las orejas con ambas manos.

—¡Por favor, no! ¡No digas nada más!

—Encontré la forma de convertirnos en nobles y seguir siendo nobles, pero para ello necesito tu ayuda. Si te enfrentas a mí, lo perderemos todo.

—Pero... ¿cómo puedo ser noble si no lo soy?

—¿Tú te consideras noble? ¿En lo más profundo del corazón?

Sophie asintió.

—Entonces lo eres. Y jamás volverás a pensar lo contrario.

—Y ¿qué ocurrirá si el rey lo descubre?

—Que nos colgarán. Como a todos los demás.

Sophie ocultó el rostro entre las manos y se echó a llorar.

—Oh, querida —dijo Béatrice, haciendo un mohín con los labios—. ¿Te ha asustado mamá? Ea, desahógate. Bien, buena chica.

Sophie levantó la mirada en busca de la compasión de su madre, pero lo que recibió fue una sonora bofetada.

—¡No vuelvas a hacerlo jamás! —exclamó Béatrice.

La joven se protegió el rostro con un brazo y empapó de lágrimas la manga del vestido.

—¿Por qué me has dicho todo eso? ¡Jamás volveré a creer nada de lo que digas!

—Más te vale que sí —replicó Béatrice con una determinación férrea en la mirada—, porque tu vida depende de que hagas exactamente lo que yo te diga.

Mientras se dirigía con prisa a los aposentos privados de Enriqueta, Sophie no dejaba de dar vueltas a lo que su madre le había contado. No quería que la vieran los otros nobles, por temor a que averiguaran la espantosa verdad. ¿Y Enriqueta? ¿Sería capaz de descubrir el engaño? ¿Qué ocurriría si lo hacía?

—Ah, estáis aquí —dijo una voz.

Sophie se volvió muy despacio y vio a madame de Montespan, que trataba de alcanzarla.

—Madame —saludó con una torpe reverencia.

—Sophie, querida —pidió Montespan—, necesito que me acompañéis a hacer un recado.

—Pero mi señora no lo permitirá.

Madame de Montespan sonrió con una extraña expresión y le acarició una mejilla.

—Os lo pide el rey —repuso.

Menos de una hora después, viajaban las dos en un carruaje que se dirigía al norte. Madame de Montespan ocupaba un asiento frente a Sophie; a ratos observaba el paisaje francés, a través de la ventana del carruaje, y a ratos a su joven acompañante. La expresión de la muchacha no era fácil de descifrar, aunque no parecía precisamente contenta.

—No sois muy habladora —dijo Montespan—. Eso me gusta.

Sophie desvió la mirada hacia la dama.

—Estoy aquí para serviros. Y a mi rey, por supuesto. Estoy en deuda con vos.

—Oh, creedme, el placer es mío. Al fin y al cabo, ha sido el propio rey quien os ha elegido.

—¿Es cierto?

—Sí, como os digo.

Sophie trató de asimilar aquellas palabras.

—¿Cómo está vuestro esposo? —preguntó al poco.

Montespan observó fijamente a la muchacha y luego negó despacio con la cabeza.

—Ay, querida. Con lo bien que lo estabais haciendo...

—Os..., señora, os ruego me disculpéis. No tenía ni idea.

—Eso es evidente. Pero, en fin, como respuesta a vuestra pregunta os diré que no lo sé. Por suerte, está muy muy lejos.

—Y ¿no lo echáis de menos?

—De niña tuve disentería, tifus y raquitismo. Echo más de menos cualquiera de esas enfermedades que a mi esposo —afirmó Montespan al tiempo que se apartaba el pelo de los ojos —. Casaos por el poder y anhelad el amor. Si encontráis al hombre ideal, haced ambas cosas. Si queréis aprender algo durante este viaje, que sea eso.

Luis entró en la antecámara de Enriqueta y sobresaltó a la duquesa, que estaba leyendo y se apresuró a dejar el libro de salmos.

—¿Una lectura interesante? —preguntó el rey mientras se acercaba a ella.

Enriqueta suspiró.

—En absoluto, me temo.

Luis echó un vistazo a la estancia y luego contempló a la duquesa.

—Os he robado a vuestra dama. Madame de Montespan necesitaba a una jovencita.

Enriqueta trató de ocultar su decepción.

—Bueno, desde luego. Por Athénaïs, lo que sea.

Luis cogió el libro que ella acababa de dejar y se dedicó a hojearlo.

—¿De dónde lo habéis sacado?

—Me lo trajo mi esposo del frente. Era un regalo para Chevalier, pero él no lo quiso, así que...

—Un regalo heredado.

—Ya estoy acostumbrada.

Luis observó con más atención las páginas y luego las fue pasando lentamente, al tiempo que se fijaba en los símbolos que aparecían garabateados en cada una de ellas. Uno de aquellos símbolos parecía una «h» minúscula. Abrió mucho los ojos.

—Todas las páginas están pintarrajeadas —dijo Enriqueta—. Una lástima.

Luis miró de nuevo a la duquesa.

—¿Dónde decís que lo encontró mi hermano?

Chevalier se apoyó en el cristal de la ventana, en el aposento privado de Béatrice, y unió los dedos de ambas manos por encima de la cabeza.

—¿Qué tal se está adaptando Sophie? —preguntó.

Béatrice dejó momentáneamente la manga que estaba bordando y le sonrió, tratando de mostrarse segura de sí misma.

—Creo que es una joven con un futuro prometedor.

—¿De verdad? Entonces, tal vez podáis explicarme por qué se ha marchado en un coche con madame de Montespan.

Béatrice dejó inmóvil la aguja.

—No... no tenía ni idea.

—Cuando regrese, quiero un informe detallado de cómo pasa el tiempo Enriqueta en el día a día. A quién ve, qué escribe... Todo.

Béatrice dio otra puntada, que le salió torcida.

—Ah —dijo—. Sí, desde luego.

Chevalier enarcó una ceja.

—¿Qué ocurre?

—¿Por qué teníais tanto interés en colocarla allí?

—Me sorprendéis, querida prima. Siempre he creído que ibais dos pasos por delante de mí. Si yo estuviera en vuestro lugar, me aseguraría de hacerlo. —Echó un vistazo por la ventana. A lo lejos, una bandada de estorninos revoloteaba sobre el bosque formando espectaculares figuras

en el cielo azul—. Y, por el amor de Dios, Béatrice, poned vuestros papeles en orden. Vuestra falta de competencia está empezando a manchar mi reputación.

—Nuestros documentos están de camino.

—Entonces, os sugiero que recéis para que lleguen enseguida.

Fabien desenrolló el código cifrado y lo dejó sobre la mesa, en la sala del Gabinete de Guerra. A continuación abrió el libro de salmos y lo colocó al lado. Luis, Bontemps, Colbert y Louvois se acercaron. En la sala se respiraba una atmósfera expectante.

—¿Qué es? —preguntó el rey.

—Se ha identificado como una clave cisterciense —explicó Fabien—, procedente de los Países Bajos. Muy poco usual y casi olvidada. Al parecer, se utilizaba como alternativa a los números romanos.

—Es decir, que no son más que números.

—Que se corresponden con letras. Se está estudiando el contenido mientras nosotros hablamos. —Fabien miró al rey—. El libro procede de Cambrai, sire, en los Países Bajos españoles, lo que hace pensar que la conspiración para acabar con vos se originó precisamente allí. A los holandeses les inquietaba nuestra guerra y estaban decididos a impedirla fuera como fuese.

Luis soltó el aire lentamente.

—¿Creéis que Guillermo de Orange enviaría a alguien para matarme? ¿Y que ese alguien se haría pasar por español?

—No es que lo crea, sire, es que estoy convencido. Es más, los enviaron para reunirse con un cómplice, lo que significa que tienen partidarios entre nuestras filas. Y que volverán a intentarlo, sin duda.

Luis asintió despacio, con un gesto contenido.

—El primer mensaje es muy sencillo —dijo Fabien, al tiempo que cogía el papel en el que se habían escrito las traducciones—. Dice así: «Matad a los hombres que lleven este mapa». El segundo es más inquietante. De hecho, es un acertijo —concluyó mientras le tendía el papel al rey.

—«El fin está cerca —leyó Luis—. Haced las paces con Dios.»

Luisa soñó que estaba sola en una habitación amplia sin puertas ni ventanas y en la que, sin embargo, resplandecía la luz del sol. Gimoteaba, pero no podía llorar. Se retorcía, pero no conseguía moverse. Y entonces alguien se le acercaba por detrás y la besaba en la nuca. Al notar ese contacto, se dejaba llevar por la esperanza. Conocía a ese hombre. Se inclinaba hacia atrás para apoyarse en él y abandonaba la oscuridad de su sueño...

... para encontrarse con la oscuridad de su cámara.

—No os esperaba esta noche —susurró medio adormilada, arrastrando las palabras y esforzándose por ver el rostro del rey a la luz de las velas.

Él siguió besándola en la nuca. Luego le levantó el camisón, le besó el vientre y siguió bajando por la delicada piel hasta llegar a la entrepierna.

—Pero reconocería vuestras caricias sin dudarlo.

Él le besó la húmeda abertura y después la lamió. Luisa suspiró. Y, entonces, el hombre se apartó para mirarla y la luz le iluminó claramente el rostro.

—Es cosa de familia, querida.

Luisa aulló y abandonó apresuradamente la cama.

—¡El Señor se apiade de mí!

Felipe se sentó sobre los talones y entornó los ojos en un gesto que no presagiaba nada bueno.

—He de decir algo en favor de mi hermano: tiene buen gusto.

—¡Fuera de aquí! —exclamó Luisa—. ¡Se lo contaré al rey!

—¿Contarle qué, exactamente? Mi querida amiga, soy su hermano. Siempre seré su hermano. Vos sólo estáis de paso, así que, si estuviera en vuestro lugar, me divertiría todo lo que pudiera. Se está muy bien cuando luce el sol, pero creedme, en cuanto mi hermano haya acabado con vos... —dijo Felipe mientras le agarraba el brazo a Luisa y se lo retorcía para obligarla a volver a la cama— os quedaréis a oscuras.

Un guardia ayudó a madame de Montespan y a Sophie a bajar del carruaje frente al inmenso e inquietante château Cassel. Las hojas secas crujían en los amplios escalones que llevaban a la entrada principal. El aire nocturno era desagradable.

—Hablaré yo —dijo Montespan en tono severo mientras cogía a Sophie del brazo—. Y si, por lo que sea, consigue acorralaros, fingid que os gusta.

Ésta se estremeció y las tripas se le encogieron como las hojas secas.

—Sí, señora —susurró.

—Buena chica.

Armándose de valor, las dos mujeres subieron los escalones de la entrada. En el interior, un criado les indicó que se sentaran en un banco del vestíbulo. Aguardaron a la luz de la única vela que ardía en un aparador, mientras escuchaban los ruidos procedentes de las otras dependencias del castillo. De la pared más alejada colgaba un retrato de Cassel, pero Montespan se esforzó por no mirarlo.

En ese momento oyeron pasos que se acercaban. Era Cassel, con la cabeza alta y la mirada confiada.

—¡Ah, querida! Qué inesperado placer.

Madame de Montespan y Sophie se pusieron en pie y saludaron con una reverencia.

—Mi señor —dijo la dama más mayor—. Me halaga volver a veros.

—Ah, la pequeña Athénaïs, cómo habéis crecido —comentó Cassel antes de volverse hacia Sophie—. Cuánta belleza en una sola tarde. Sin duda, soy muy afortunado.

—Me encuentro aquí, señor, por orden del rey —explicó Montespan—. No ha tenido noticias vuestras desde que os invitó a su fiesta.

—¿No contesté? Qué descuido por mi parte. Os pido que me disculpéis ante el rey. Espero que entienda por qué no puedo asistir a dicha celebración, si bien me alegra mucho que se haya alcanzado un glorioso alto el fuego.

Y, tras esas palabras, dio media vuelta dispuesto a marcharse.

—La fiesta de Versalles será una celebración, desde luego —continuó la dama—, pero también un recuerdo en honor de los nobles que han dado su vida para alcanzar la paz.

Cassel se volvió de nuevo hacia ellas.

—Dad las gracias al rey en mi nombre, pero si he de rendir homenaje a alguien, prefiero hacerlo a solas.

Madame de Montespan y Cassel se observaron fijamente y se produjo un largo silencio.

—Os agradezco que hayáis viajado hasta tan lejos para hacer las veces del correo del rey —dijo él al fin—. Sería para mí un honor que vos y vuestra dama aceptarais cenar conmigo, pero os advierto que no cambiaré de opinión.

—Espero poder persuadiros de lo contrario.

Cassel se dio unos golpecitos en los labios.

—Veo que os va muy bien. Ya sabía yo que teníais potencial. Me halaga que hayáis llegado tan lejos, lo admito. Os enseñé bien, ¿no es cierto?

Sophie, angustiada, fue desviando la mirada del uno al otro.

—¿Acaso no nos enseña Cristo que sólo pasando por el infierno se puede llegar al cielo? —respondió Montespan—. En ese caso, sí, supongo que debo daros las gracias.

—Ah, mi dulce Athénaïs —replicó él sin sonreír—. Siempre a la defensiva.

Un reloj dio las campanadas en algún lugar remoto del *château*. Cassel extendió un brazo para acompañar a las damas hacia el salón. Sophie percibió una gélida mirada, dura como el acero, en los ojos de madame de Montespan y sintió pánico.

El comedor le recordó a Sophie el del cada vez más extenso palacio del rey, con su techo abovedado, sus numerosos retratos de hombres de expresión adusta y su mesa lo bastante larga como para dar cabida a más de cuarenta invitados. A pesar del alegre fuego que ardía en la chimenea y de la vajilla de plata en que les sirvieron la cena, el lugar en sí desprendía un aire vetusto y decadente.

Madame de Montespan probó un bocado de pato hervido y luego miró a Cassel, sentado junto a ella a la cabecera de la mesa.

—Mi señor —indicó—, el rey cree que sin vos la celebración no será completa.

—Su majestad me halaga —respondió él.

—Pero sabe lo que pensáis y lo mucho que amáis vuestras tierras, así que tiene una propuesta alternativa.

Cassel enarcó una ceja.

—¿Sí?

—Si vos no podéis ir a la fiesta, la fiesta vendrá a vos.

—¿Qué queréis decir?

—Vos seréis el anfitrión de la fiesta y el rey trasladará aquí a su corte. Enviará a su ejército de albañiles para que transformen y reformen vuestro *château* y los edificios anexos, de manera que puedan albergar a los miles de invitados que asistirán a la celebración.

Cassel se echó a reír, pero la suya fue una risa extraña y nerviosa. Bajo la mesa, Sophie se retorcía las manos inquieta.

—Su majestad se burla a mi costa —dijo.

—No, mi señor —le contestó Montespan—. Es la fiesta la que se celebrará a vuestra costa.

Cassel hizo un gesto despectivo con la mano.

—Eso no sería ningún problema, desde luego, pero...

Madame de Montespan ladeó la cabeza.

—Vamos, he visto vuestra casa. Los cojines están deshilachados, las paredes tienen humedades... Vuestro *château* es exactamente igual que vos: un exterior aceptable, pero podrido del todo bajo la fachada.

—¡Soy mucho más rico de lo que imagináis!

—Lo erais. No hacéis más que alardear de vuestras posesiones y de vuestros apoderados en París, pero me temo que ya no os va tan bien. Diría que el personal que tenéis a vuestro servicio lleva tiempo sin cobrar.

Cassel cogió un trozo de pan, pero luego volvió a dejarlo en el plato. Se frotó la barbilla, intentando mantener la calma, pero el rubor de sus mejillas delataba la ira que sentía.

—Sería muy inconveniente que su majestad viniera hasta aquí.

—No tan inconveniente como que vos no fuerais a Versalles, habiendo sido invitado por el rey.

No había nada más que decir. La trampa estaba tendida y la presa atrapada. Cassel cambió de postura en su silla, ligeramente incómodo, y luego miró a Sophie, que estaba sentada junto a madame de Montespan.

—Es muy hermosa, ¿no creéis?

Cassel se dio unas palmaditas en la rodilla.

—Ven aquí, muchacha. ¿Cuántos años tienes?

Sophie se inclinó hacia atrás en un intento de esconderse tras madame de Montespan.

—Me gusta cuando se hacen las difíciles —señaló Cassel.

—Bueno, bueno —dijo Montespan—. Los dulces se comen al final, señor, no con el primer plato. Y os aseguro que el rey está preparando un espléndido banquete.

Sophie ahogó una exclamación y creyó que estaba a punto de vomitar todo lo que acababa de comer.

Se acercaba la medianoche. Luis y dos guardias entraron en la alcoba de Enriqueta, donde ésta dormía junto a su esposo. La duquesa se despertó sobresaltada al oír el crujido de una de las tablas de madera del suelo, pero Felipe siguió roncando y durmiendo la borrachera con la cara enterrada en la almohada. Enriqueta se dispuso a ponerse en pie para saludar al rey, pero éste le hizo un gesto con la mano y le indicó que no era necesario que se levantara.

Se quedó a los pies de la cama y señaló a su hermano con un gesto de la barbilla.

—Me han explicado que después de cenar se ha bebido nueve copas rebosantes de rosolio turinés.

—Sí —admitió Enriqueta—. Y otras tres después de llegar aquí. Luego se ha quedado dormido.

Luis se inclinó sobre su hermano y lo observó con una mirada afectuosa.

—Cuando duerme, parece un niño.

—Todos lo parecemos —dijo Enriqueta.

De repente, Felipe abrió los ojos. Gruñó, agarró a su hermano por la garganta y rugió como si estuviera en plena batalla. Luis se atragantó, medio asfixiado, y los guardias se precipitaron hacia los dos hermanos, pero entonces Felipe comprendió que era la garganta de su hermano la que estaba apretando y retiró las manos. Luis se apartó de un salto, tosiendo y frotándose el cuello.

—Ah, eres tú —dijo Felipe, arrastrando las palabras debido al sueño y la borrachera—. Mi hermano. El mago.

Luis frunció el ceño.

—¿Mago?

Felipe señaló a Enriqueta.

—Su hermano, en Inglaterra, se alía con otros dos para enfrentarse a ti. Se acerca la campaña de invierno y el grano escasea en las líneas de abastecimiento. Sólo a ti se te ocurre firmar un alto el fuego y llamarlo *victoria*.

Luis negó con la cabeza entristecido.

—Hablaremos mañana por la mañana, hermano.

—Mejor ahora —inquirió Felipe—. No creo que mañana por la mañana esté despierto.

—Oficialmente, no has respondido a nuestra invitación. Supongo que tienes intención de asistir.

Felipe se incorporó para sentarse en el borde de la cama y cogió un vaso medio lleno de vino que descansaba sobre la mesilla de noche.

—Sí, sire, haré lo que ordenen mis superiores.

—Bebe hasta reventar esta noche —dijo Luis—. Espero que esto no se repita durante nuestro festejo.

—Entonces, celebraré mi propio festejo. Como siempre dices, hermano, no existe mayor gloria que morir por el rey y la nación. Pero, basándome en mi experiencia personal, creo que debo disentir: para mí, no hay mayor gloria que vivir.

Levantó el vaso, como si quisiera brindar por el rey, y luego apuró el contenido de un solo trago.

Tomas, el esbirro de Cassel, seguía inconsciente sobre la mesa de la cocina de los Masson. Para que no se desangrara, Claudine le había cauterizado el muñón tras amputarle la pierna. La joven observaba al paciente con atención, mientras su padre permanecía sentado en una silla, pellizcándose la piel de los nudillos con gesto nervioso. Fabien miró a Claudine y luego a Tomas. La muchacha conocía los riesgos a los que tendría que hacer frente en el caso de que muriera el hombre que seguía sobre la mesa.

Pero entonces Tomas movió ligeramente los párpados, tosió, gimió de dolor y parpadeó de nuevo. Claudine advirtió, en el único ojo del esbirro, que éste acababa de comprender lo sucedido y que conocía el peligro mortal al que se enfrentaba. Con su mano fracturada, le hizo señas a la joven para que se acercara.

—Ayúdame, por favor —le pidió.

Fabien se acercó a la mesa y contempló a su cautivo.

—Impresionante —dijo—. Te voy a llamar Lázaro. Y a ti, jovencita, aún no sé cómo debo llamarte.

A continuación, el jefe de seguridad se acercó a la caja que estaba sobre la repisa de la cocina y cogió un escalpelo.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Claudine—. ¿Qué os ha hecho?

Fabien regresó a la mesa con el escalpelo y lo sostuvo en alto de forma que reflejara la luz de la cocina. Tomas intentó levantarse, pero Fabien se lo impidió apoyándole una mano en el pecho.

—No ha hecho nada. No ha dicho nada —respondió el jefe de seguridad.

—No estropeéis el trabajo que... —empezó a decir Claudine.

—Silencio —ordenó Fabien. Luego se inclinó hacia Tomas y le acercó el escalpelo al rostro —. Charlotte Parthenay murió entre mis brazos. Tu mosquete, ¿no es cierto?

—Yo no la maté.

—Pero estabas allí. ¿Quién lo hizo?

—¡No lo vi!

—Bien, pues si no miras, no necesitas esto para nada, ¿verdad?

Y, sin más, Fabien hundió el escalpelo en el único ojo que le quedaba a Tomas. El esbirro aulló y se retorció de dolor. Fabien giró el escalpelo en la cuenca hasta extraer el ojo por completo. Luego se lo entregó a Claudine, que lo contempló horrorizada.

—Para vuestra colección —dijo.

—¡Por favor! —le suplicó la joven—. ¡Dejadlo vivir!

—Os lo prometo. Sólo quiero que me conteste a una sencilla pregunta.

—¡Dadme vuestra palabra!

—Os doy mi palabra. Lo dejaré vivir.

Fabien se inclinó de nuevo sobre Tomas. El hombre parpadeó inútilmente sobre las cuencas ensangrentadas y en carne viva de sus ojos. Gimoteó, babeando.

—¿A quién sirves?

Tomas contuvo la respiración.

—Al rey.

—Sí, sí, pero... ¿quién es tu señor? ¿A quién le has hecho un juramento? —preguntó Fabien al tiempo que apoyaba la punta del escalpelo en la yugular palpitante de Tomas.

—¡Cassel! —respondió él—. ¡Al duque de Cassel!

—Gracias —dijo Fabien.

Y, sin vacilar, le rajó el cuello al esbirro, seccionando la arteria. Tomas aulló y se desangró sobre la mesa.

Claudine alzó ambas manos horrorizada.

—¡Me lo habíais prometido! ¡Habíais dicho que lo dejaríais vivir!

—Y lo he hecho. Lo he dejado vivir unos tres segundos más. Soy un hombre de palabra.

Jacques estaba arrodillado con su desplantador, rellenando de tierra el hoyo en el que acababa de sembrar un naranjo. Llevaba la camisa desabrochada para paliar el calor cada vez más intenso de la tarde. Tan absorto estaba en su trabajo que no reparó en que el rey se le acercaba hasta que vio

las reales botas ante sus ojos. Se puso apresuradamente en pie y saludó con una reverencia.

—Sire, es un honor para mí.

Luis contempló a Jacques y luego dejó vagar la mirada desde los inmensos jardines proyectados y ya terminados hasta los más alejados del palacio, que aún se hallaban en fase de construcción.

—¿Qué es lo que le ocurre a un hombre en la guerra? —preguntó al fin.

Jacques se sacudió la tierra de las rodillas.

—Creo que conocéis la respuesta, sire.

—Cuando vuelve a casa, me refiero —dijo.

—Ningún hombre regresa del campo de batalla tal y como llegó allí. Muchos ven fantasmas. El olor de la carne asada al fuego, por ejemplo, puede desencadenar un recuerdo tan vívido como la experiencia misma. Algunos se dan al alcohol, otros se quitan la vida —explicó el jardinero. Luego torció los labios en una especie de sonrisa—. Y otros plantan naranjos para el rey.

—¿Tú regresaste convertido en otro hombre?

—Sólo me sentí dolido cuando no me pagaron.

—Y ¿qué ocurrió entonces?

—Tomé las medidas necesarias.

—¿Qué pensaba tu familia sobre tu decisión?

—Perdí a mi familia en la guerra. Tres hijos, todos muertos mientras os servían.

—Rezaré por ellos.

—No es necesario, sire. En la casa de Dios no hay sitio para nosotros.

—Lo hay, si uno se reconcilia con Él.

—No tengo nada que confesar, sire. No he cometido pecado alguno.

Fue entonces cuando Jacques reparó en que el rey le estaba observando la larga e irregular cicatriz que le cruzaba el pecho. Luis asintió lentamente.

—Si tú lo dices —concluyó.

Dio media vuelta para alejarse, pero Jacques lo llamó.

—Espero que la celebración sea todo un éxito, majestad.

—Me aseguraré de ello —respondió el rey.

La fiesta se celebró en el anfiteatro del palacio, un hermoso e inmenso auditorio construido al aire libre, en los jardines. Era una noche oscura, pero la fiesta rebosaba luz gracias a los escupefuegos que entretenían a los invitados mientras los músicos interpretaban pieza tras pieza. De los árboles cercanos colgaban guirnaldas de hiedra y, sobre las mesas, destacaban los centros de frutas y plumas. Por todas partes se veían maceteros dorados, altos como hombres, en los que se había grabado el rostro del Rey Sol. De dichos maceteros sobresalían arbustos de hoja perenne podados en forma de distintos animales.

Luis se hallaba en una tarima, justo en el centro del anfiteatro, mientras los nobles formaban una larga hilera y aguardaban el momento de presentar sus respetos a la familia real. María Teresa estaba sentada a la derecha del rey, y Luisa de La Vallière, a la izquierda. Junto a la reina

se hallaba un sillón vacío para Felipe, pero éste aún no se había presentado. Enriqueta estaba junto al sillón vacío, mientras que Chevalier y Béatrice se encontraban de pie tras el rey. Todos observaban la procesión.

Entre los nobles podía verse a madame de Montespan y a Cassel, que llevaba a Sophie del brazo. Béatrice, de pie tras el rey con Chevalier, sonrió con orgullo. Los nobles advirtieron la presencia de Cassel y empezaron a susurrar entre sí, atónitos al ver a aquel poderoso y testarudo noble del norte allí, en Versalles, respondiendo a la invitación del rey. Las amigas de Sophie se dieron codazos unas a otras, sorprendidas de ver a su hermosa aunque un poco torpe amiga del brazo de un noble tan bien considerado.

Luis saludó con una inclinación de la cabeza a madame de Montespan, para después mirar a Cassel y a Sophie.

—Hacen muy buena pareja, ¿no creéis? —le dijo a Luisa.

—No, sire, creo que no.

Incómodas, Luisa y María Teresa intercambiaron una mirada cargada de reproches.

—Cassel —llamó un noble entre la multitud, cuando Cassel, Montespan y Sophie pasaron junto a él, camino de la tarima—. Me sorprende veros aquí.

El aludido sonrió con elegancia, decidido a interpretar su papel, a conservar su poder y a mantener su dignidad a pesar de hallarse donde se hallaba.

—¿Cómo me lo iba a perder?

Le llegó entonces el turno de presentarse ante el rey. Luis le hizo una seña para que se acercara y Cassel cogió a Sophie del brazo para obligarla a acompañarlo. Madame de Montespan, sin embargo, agarró a Sophie por el otro brazo y tiró de ella hacia atrás.

—Lo siento —dijo—, pero tengo que devolverla. No es un regalo. Es un préstamo.

Cassel le habló airadamente entre dientes, aunque sin perder la sonrisa.

—Zorra.

Montespan sonrió.

—Los hombres creen que nos ofenden al compararnos con ese animal. Bien, pues sí, soy una zorra y me enorgullezco de ello. Vos, por otro lado, sois un cerdo. Un cerdo enano, arrugado e inútil. —Luego se volvió hacia Sophie—. Podéis marcharos, sois libre.

La muchacha no tardó en perderse entre la multitud.

—Pagaréis por esto —afirmó Cassel.

—Ya lo he hecho —respondió Montespan—. Y os aseguro que ha valido la pena.

Cassel subió a la tarima y Luis le tendió una mano. En ese momento, Fabien le susurró algo al oído al rey. Luis respondió también con un susurro y Fabien se retiró.

Lo último que le apetecía hacer a Cassel era besarle la mano al rey. No soportaba perder. Peor aún, no soportaba quedar en mal lugar. Se inclinó hacia adelante para besar la mano. Y, en ese instante, Luis la bajó tanto que el duque se vio prácticamente obligado a arrodillarse.

—Inclinaos ante vuestro rey —dijo Luis, muy satisfecho, cuando Cassel besó la real mano.

Los nobles, por otro lado, empezaron a murmurar entre sí, perplejos al ver a Cassel inclinado ante su majestad.

Alejada del gentío, Sophie observó y esperó hasta que vio a su madre muy ocupada con otras damas nobles. Aprovechó el momento para alejarse de la fiesta, de las complejidades y las intrigas de los poderosos, y buscó la soledad y la paz que podían ofrecerle los jardines exteriores.

—¡Pssst!

Al volverse, vio a Benoit junto a una caja de madera. El joven le indicó por señas que se aproximara, y Sophie, tras echar un vistazo a su alrededor para comprobar que no hubiera nadie cerca, obedeció.

—Ignoraste mi invitación —observó él.

Sophie contempló a Benoit, se fijó en su apuesto rostro bajo la luz de la luna, en su mirada triste y esperanzada a la vez.

—No pude. Tuve que ausentarme.

—Me gustaría creerte.

—Por favor, inténtalo.

Benoit se acercó a la joven, tanto que sus cuerpos prácticamente se rozaron.

—Sígueme —indicó él.

—No.

—Lo deseas. Lo sé.

—Lo nuestro es imposible.

—Lo sé, pero ven conmigo —dijo Benoit, tras lo cual le tendió una mano.

Sophie no se resistió. Corrió con él hacia una rosaleda y, por el camino, perdió un zapato.

Luis le ordenó a Cassel que se sentara a su lado en la tarima. Los dos hombres contemplaron en silencio a los malabaristas lanzar y recoger aros y antorchas en llamas.

Finalmente, el rey habló al tiempo que se apoyaba sobre un codo.

—De niños, nos dicen que no juguemos con fuego, pero al parecer ellos se divierten.

—No le encuentro ningún mérito —respondió Cassel—. No se necesita ninguna habilidad especial.

—Quemarse un poco es bueno para el alma, ¿no creéis?

—No creo que Juana de Arco, la valiente heroína francesa, estuviera de acuerdo con vos —repuso el noble—. Ni tampoco Lucifer.

El rey lo observó abiertamente.

—Imagino que, en otra vida, vos y yo podríamos haber sido amigos, Cassel.

—No soy muy dado a las elucubraciones. No tengo tiempo.

—Eso es una sorpresa.

—Tampoco me gustan las sorpresas.

—Es una pena.

En ese momento, se oyó un fuerte estallido. Los asistentes a la fiesta giraron sobre sus talones para descubrir el origen de aquel ruido. Algunos contuvieron una exclamación y otros gritaron. Y, justo entonces, estalló sobre sus cabezas una inmensa llamarada en forma de flor que provocó una lluvia de chispas en el negro cielo. Los fuegos artificiales habían empezado y los invitados aplaudieron. Cassel hizo una mueca y abandonó su asiento.

—¿Tan pronto? —le preguntó el rey.

—No es la primera vez que veo quemar papeles.

El noble descendió de la tarima y llamó a sus sirvientes, quienes esperaban apartados del gentío.

—¡Traed mi carruaje! —exclamó, tras lo cual se alejó con gesto airado.

Tras la marcha de Cassel, Felipe se acercó a la tarima con dos copas de vino y se dejó caer en el sillón vacío.

—Creía que no se iba a marchar nunca. Toma, bebe conmigo —dijo al tiempo que le ofrecía una copa a Luis y sonreía.

—Te agradezco tu presencia aquí, hermano —dijo el rey—. De verdad te lo agradezco.

—Y, sin que sirva de precedente —dijo Felipe mientras alzaba su copa para un brindis informal—, me siento inclinado a creerte.

Luis alzó su propia copa para corresponder al gesto y los dos hermanos bebieron juntos.

Mientras los fuegos artificiales seguían iluminando el cielo, Benoit y Sophie los contemplaban sentados en un banco junto a la *orangerie*, protegidos por la oscuridad y apoyados la una en el otro. La joven acercó el rostro al de Benoit y él la besó apasionadamente. Y, entonces, una inmensa alegría, tan radiante como la luz de los fuegos artificiales, le colmó el alma.

Felipe dejó su copa de vino vacía y contempló los fuegos artificiales. Notaba el cuerpo flojo y la mente ligera. Tenía la sensación de que el sillón, bajo su cuerpo, daba vueltas. «Otra copa —pensó—. Necesito más vino.»

Justo en ese momento, tres cohetes subieron a lo más alto y explotaron al mismo tiempo. El estruendo fue ensordecedor, como el de los mosquetes y los cañones en el campo de batalla. Felipe parpadeó, contempló el cielo y, en lugar de ver una llameante lluvia de chispas, vio cuerpos ardiendo que salían despedidos en todas direcciones, soldados heridos o muertos que volaban por los aires, brazos y piernas amputados en la batalla que caían sobre la tierra.

Se levantó de su sillón, pálido y con la mirada vidriosa. Se tambaleó un momento y luego se alejó trastabillando.

—¿Hermano? —lo llamó Luis.

Pero Felipe se perdió entre la multitud. Luis se levantó apresuradamente de su sillón para seguirlo, al tiempo que hacía gestos a guardias y a invitados para que se apartaran. Felipe se marchó tambaleándose del anfiteatro, se adentró en una rosaleda y se dirigió hacia la casa del estanque, donde nadie podía verlo ni oírlo excepto la luna, las estrellas y un turón que olisqueaba la vegetación en busca de ratoncillos. Una vez allí, se dejó caer al suelo, se cubrió la cabeza con ambas manos y aulló.

«¡Hermano!»

Luis se arrodilló junto a él y lo abrazó. Percibió el calor y la rabia que emanaban del cuerpo de Felipe, pero éste se apartó y levantó una mano, como si se tratara de un escudo.

—Vi a un joven en el campo de batalla —contó—. Se había cargado un saco al hombro y en él acarreaba lo que quedaba de su hermano. Me dijo que le había prometido a su madre que lo llevaría de vuelta a casa. —Hizo una pausa—. ¿Tú harías eso mismo por mí?, me pregunté. Sé que yo sí lo haría por ti, pero tú... No lo sé.

Luis asintió compungido.

—Felipe, crees que porque soy rey he dejado de ser hermano, que puedo tener todo lo que quiera hasta no anhelar ya nada. Pero ni siquiera un rey puede vivir todo lo que querría vivir. Y, sin embargo, eres tú quien vive por mí esos momentos de la vida. Eres tú quien vive de verdad la vida que anhela un rey.

Felipe se apoyó un puño en la frente, como si quisiera aplastar el terror que invadía su mente.

—La guerra sigue dentro de ti —señaló Luis.

—Y jamás dejará de hacerlo.

—Alto.

—Siempre tienes que decir la última palabra, ¿no?

—Hermano...

Felipe gruñó.

—¿Por qué me hago esto a mí mismo?

Luis se acercó de nuevo a él, lo atrajo hacia sí y lo abrazó durante un brevísimo instante, hasta que Felipe se zafó de él.

—¡Vete! —le dijo—. ¡Déjame en paz! ¡Te lo ordeno!

Luis se puso en pie y, por una vez, obedeció a su hermano.

Mientras los fuegos artificiales seguían estallando en el cielo en forma de asombrosas lluvias de luz, una figura vestida de negro entró en la capilla vacía, se acercó en silencio al reclinatorio del penitente, en el confesionario, y cerró la puerta. Con manos enguantadas, depositó un pergamino enrollado en un pequeño hueco entre las tablillas, un hueco en el que nadie repararía a menos que supiera de su existencia. Luego, la figura se escabulló sigilosamente.

Béatrice se acercó a Fabien mientras éste contemplaba el ruidoso y radiante despliegue de luz en lo alto.

—Creía que me habíais prometido un paseo por los jardines —señaló.

Fabien miró en derredor.

—Estamos en un jardín, ahora mismo.

—Eso creo.

El jefe de seguridad la observó con una expresión que resultaba indescifrable en la oscuridad.

—Seguidme —dijo al fin.

Caminaron en silencio durante varios minutos. Se alejaron de la fiesta para adentrarse en un oscuro laberinto.

—Necesito saber algo más de vos —pidió Fabien.

Béatrice ladeó la cabeza. No estaba dispuesta a permitir que la conversación se dirigiera hacia donde él pretendía.

—¿Sois amante de la música? —le preguntó.

—¿Dónde nacisteis? —preguntó él a su vez.

—¿O tal vez preferís el teatro? —dijo ella.

—¿Dónde os gustaría morir? —inquirió él.

—¿A qué dedicáis el tiempo cuando no estáis trabajando? —continuó ella.

Béatrice se detuvo. Fabien hizo lo mismo y la observó con una mezcla de deseo e incertidumbre.

—Me gustaría preguntaros todas esas cosas —indicó—, pero el problema es que no puedo dejar de miraros.

Béatrice sonrió y frunció los labios en un gesto apenas perceptible.

—Bien, sois muy amable.

—Vuestra presencia me distrae. Porque siempre que os miro...

—Todo pensamiento se interrumpe.

Fabien se acercó más a ella. Béatrice sintió que su deseo la envolvía, que casi la quemaba.

—Entonces, estamos los dos de acuerdo —susurró él.

—Eso creo.

Fabien le rozó una mano brevemente, pero fue como la chispa que enciende una hoguera. Béatrice suspiró y, de inmediato, él le rodeó la cintura, la atrajo hacia sí y la besó. Ella le devolvió el beso y, poco a poco, ambos se dejaron caer sobre el sendero cubierto de hierba, donde se entregaron a sus propios fuegos artificiales.

La fiesta había concluido. Madame de Montespan entró en su alcoba, cerró la puerta, se acercó a la chimenea y se apoyó en la repisa, donde lloró abiertamente.

«¡Soy fuerte! ¡Debo ser fuerte! ¡Lo único importante es la astucia, la fuerza y la belleza!» Pero allí, a solas, se sentía tan vulnerable como un potrillo recién nacido.

Percibió un movimiento a su espalda y, al volverse, vio al rey de pie junto a su cama. Se secó las lágrimas con rapidez y alzó la barbilla.

—Os estoy muy agradecido, madame —dijo Luis—. Lo habéis entendido mucho mejor que los demás.

—¿Entender qué, sire?

—Que, para gobernar, primero hay que aprender a sacrificarse.

Madame de Montespan observó al rey y aguardó hasta que él se le acercó y le acarició el rostro y los hombros con ambas manos.

«¡Sí! —pensó—. ¡Al fin!»

Luis la besó en ambas mejillas, luego en los labios y, tras bajarle el vestido más allá de los hombros, le descubrió los senos. Al notar en ellos el aire frío de la estancia, Montespan cerró los ojos, colocó ambas manos bajo los senos y los alzó para que el rey pudiera acariciárselos y lamerle los pezones. Y el rey lo hizo con fervor: se los mordisqueó con tanto ímpetu que Montespan experimentó un placentero dolor en todo el cuerpo. Luis la tomó entonces en brazos y la llevó a la cama, donde ella se entregó por completo.

El día amaneció gris y sombrío. Cassel descendió de su carruaje y observó a su alrededor, atónito y horrorizado. Su hogar ancestral, su *château*, que llevaba tanto tiempo entre los árboles de aquella colina, no era más que un montón de cenizas. Lo único que quedaba era un descomunal

armazón humeante. De un pilar colgaba el cuerpo de Tomas: un enjambre de moscas revoloteaba en torno a su cabeza. Desde sus cuencas vacías y enrojecidas, el cadáver parecía contemplar a Cassel con una mirada cargada de reproches. Unos pocos sirvientes y campesinos se habían congregado junto a la puerta, desde donde observaban el espectáculo perplejos y silenciosos.

Ruinas. Ya sólo quedaban ruinas.

Se oyó ruido de cascos de caballos. Cassel giró sobre sus talones y vio a un mensajero que se dirigía hacia él al galope. El mensajero tiró de las riendas y señaló al duque con un dedo acusador.

—¡El rey exige vuestros papeles! Los documentos que acreditan que sois noble, señor. Vuestro linaje.

Cassel negó con la cabeza.

—Ya no existen.

—Entonces ¿carecéis de pruebas? —dijo el mensajero al tiempo que cogía un pergamino de su saco y se lo entregaba. Llevaba el sello real—. Sólo los auténticos nobles están exentos de pagar impuestos. Debéis pagar todos los atrasos.

—No... no tengo nada. Todo ha desaparecido.

—Entonces —dijo el mensajero mientras se alzaba sobre los estribos y agitaba un brazo—, estáis en deuda con el rey.

Llegó al galope una patrulla de guardias uniformados que rodearon a Cassel.

—¡Arrestad a este hombre! —ordenó el mensajero.

Mientras dos de los guardias desmontaban para apresar a Cassel, el noble contempló una vez más, desesperado y furioso, el humo y las ruinas de su devastado *château*. No muy lejos, desde lo alto de una colina, Montcourt observaba la escena.

Los guardias recién reclutados permanecían en posición de firmes, formando una larga hilera que ocupaba un tramo de la carretera real. Escuchaban con atención, dispuestos a jurar su lealtad al rey y a sus nuevos puestos. Entre los reclutas se hallaba un hombre alto, con aspecto de esbirro, que en otros tiempos había vivido en el château Cassel.

Mike.

Fabien, flanqueado por Bontemps, sostuvo en alto el papel que contenía el juramento y empezó a leer:

—«Por la presente, juro proteger con mi vida esta carretera y las tierras que la circundan. Juro patrullarla, en nombre del rey...».

Felipe yacía en su cama, despeinado y con la cabeza apoyada en la almohada, pero dormido al fin. Luis estaba sentado a un lado y Enriqueta al otro. Cada uno le sostenía una mano y ambos lo observaban con atención. Estaba tan tranquilo ahora, sumido en un profundo sueño que lo alejaba de la infernal tortura que era la guerra. Enriqueta miró entonces a Luis y él le devolvió la mirada. Ambos sintieron el deseo, la nostalgia y la desesperación de un amor imposible. Cuando Enriqueta extendió una mano hacia el rey, él no se la cogió. Y, entonces, Enriqueta la dejó caer con los ojos bañados en lágrimas.

6

Otoño de 1670

Luis caminaba con brío por el amplio sendero de piedra que discurría junto al palacio de Versalles. Lo acompañaban madame de Montespan, Bontemps y varios guardias, mientras Felipe y los invitados recién llegados sonreían y hacían lo posible por no rezagarse. Caminaba como lo que era: el Rey Sol, un rey poderoso, apasionado y seguro de sí mismo, que se deleitaba en la gloria de todo lo que había logrado en los últimos meses y en la oportunidad de presumir de ello.

Uno de los invitados, el gallardo Pascal de Saint-Martin, contemplaba asombrado el esplendor de aquel palacio dorado, un edificio tan fastuoso que resultaba imposible asimilar de golpe tanta grandeza. Sólo los pájaros podían tener una perspectiva adecuada desde el aire pero, aun así, ni siquiera ellos podían comprender la majestuosidad del conjunto.

—Más tarde iremos a pasear por los jardines —dijo Luis volviéndose hacia sus acompañantes—. Pero antes veamos el ala este, que es una ampliación del pabellón que en su día construyó mi padre. Allí es donde os alojaréis con vuestras familias. Mi deseo es que consideréis Versalles vuestro hogar, y no el palacio del rey. ¡Un lugar para disfrutar y conversar, un espacio de luz y alegría!

Tras doblar una esquina, se encontraron con un numeroso grupo de albañiles sentados en el suelo y en los andamios. Todos ellos habían dejado las herramientas y se habían cruzado de brazos.

Luis aminoró el paso y se le congeló la sonrisa.

—Los trabajadores están ociosos —le dijo a Bontemps.

En lo alto del andamio se hallaba un albañil tuerto y moreno, que en otros tiempos había sido soldado. El hombre agitó el puño y dirigió una airada mirada a los nobles. Éstos, perplejos, contemplaron al hombre y después al rey.

—¡Nuestra gloria compartida! —gritó el veterano—. ¡Mirad, sire!

Se tambaleó al borde del andamio y extendió ambos brazos, como si quisiera echar a volar. Bontemps hizo un gesto apremiante a los guardias para que lo obligaran a bajar.

—¡Cuántas victorias he visto! ¡Luché por vos en Douai, sire! ¡Perdí un ojo por vos en Besanzón!

—Recibirás una compensación —afirmó el rey.

—Y ¿cuánto recibiré por mi hermano, sire, que murió aplastado por una piedra mientras construía vuestros muros? ¿O por mi sobrino, medio muerto por culpa de la gangrena?

Los guardias trataron de subir al andamio, pero un joven albañil trepó antes de que nadie pudiera impedírselo.

—¡¿Qué quieres?! —gritó el rey.

—Prometisteis que Francia honraría a sus héroes —respondió el veterano, que se tambaleaba peligrosamente.

—Es cierto.

—¡Mentiras! ¡Vivimos y morimos como esclavos! ¡Decís que vos sois Francia, pero si lo fuerais de verdad, conoceríais nuestro sufrimiento! Y trataríais de acabar con nuestro dolor.

El albañil llegó a lo alto del andamio y se arrastró hacia el veterano.

—¡No seas estúpido! —le dijo.

El veterano se echó a reír desesperanzado.

—¡El rey nos cree estúpidos a todos!

—¡Baja de una vez! —exclamó Bontemps.

El veterano cogió entonces una soga y se la colocó en torno al cuello.

—¿Queréis que baje? Bien —dijo mientras dirigía la mirada a Felipe—. Como ordene vuestro hermano.

El albañil trató de alcanzar al veterano, pero ya era demasiado tarde. El hombre saltó y los nobles presentes contuvieron una exclamación al tiempo que ocultaban el rostro entre las manos. Cuando el veterano llegó al final de la cuerda, se oyó un desagradable crujido. El hombre escupió sangre por la boca y, tras una fuerte sacudida, su cuerpo quedó colgando justo delante del rey, que se volvió hacia su hermano y le lanzó una mirada cargada de reproches.

En la sala del Gabinete de Guerra se celebraba una cumbre. Luis paseaba de un lado a otro, mientras sus ministros seguían sentados a la mesa, intercambiando miradas.

—Ese hombre creía que ni él ni los demás soldados habían recibido el honor y el respeto que se habían ganado en el campo de batalla —empezó a decir Colbert.

Luis siguió paseando de un lado a otro.

—¡Eran soldados! ¿Es que ahora ya no aceptan órdenes?

—Tienen muchos motivos de queja, sire —explicó Louvois—. Y muchos han resultado heridos durante su trabajo, sin que se les haya ofrecido tratamiento alguno.

—¿Cuántos se han unido a la huelga?

—Dos mil, sire —respondió Colbert—. A menos que vuelvan al trabajo, es imposible proseguir con la construcción del palacio. El invierno está al caer. Si no podemos terminar los alojamientos, me temo que nuestros visitantes no tardarán en marcharse.

—Debemos hablar con esos hombres —dijo Luis—. Mientras tanto, que los demás albañiles sigan con las obras.

Colbert negó con la cabeza.

—También se niegan a trabajar, sire. Dicen que las condiciones de trabajo son muy duras y que no se presta la atención debida a su seguridad. Perdemos aproximadamente media docena de hombres por semana. Y son muchos los que resultan heridos. Tenemos una tabla de compensaciones.

—¿Cuánto recibirá la familia de ese hombre?

—Nada, puesto que fue él quien se quitó la vida.

—Pagadles, de todos modos.

—Tal vez así mitiguéis el dolor, pero no aplacaréis la ira de esos hombres.

Luis se acercó al gran globo terráqueo que se hallaba junto a la ventana y rozó con los dedos la superficie que ocupaba Europa.

—A los treinta años, Alejandro Magno había creado un imperio que se extendía desde Grecia hasta la India. Pero, sin sus hombres, el rey Darío lo habría obligado a retirarse otra vez hacia el mar. Hemos tomado de nuevo los Países Bajos españoles y no tardaremos en dirigir la mirada hacia Holanda: nos beneficiamos de nuestro comercio con las tierras del rey Annaba y el duque de Cassel finalmente inclina la cabeza ante mí. No permitiré que un albañil subido a un andamio me empuje de nuevo hacia el mar —dijo el rey, tras lo cual observó a sus ministros uno a uno—. Ordenad a esos hombres que vuelvan al trabajo.

Bontemps acompañaba a Cassel por un largo corredor de palacio.

—Al rey le encantará veros aquí —aseguró—. Ha ofrecido un incentivo económico a todos los nobles: se perdonarán todas las deudas pendientes a aquellos que deseen construir una casa en las proximidades de los jardines.

—Entonces, será mejor que empiece a dibujar los planos —replicó Cassel.

Caminaba satisfecho, con la cabeza bien alta, mientras iba observando a su alrededor: los altos techos abovedados, las exquisitas obras de arte, las molduras doradas, los relucientes candelabros y los lujosos muebles.

—Mientras tanto —prosiguió Bontemps—, haremos todo lo posible para que os sintáis cómodo en el palacio.

Llegaron a una puerta situada a mitad del corredor. Bontemps la abrió y le mostró a Cassel una minúscula habitación provista de un banco de madera, un sencillo escritorio y una pequeña ventana. El noble pareció decepcionado.

—¡Si apenas es más grande que el cuarto de la limpieza!

El primer ayuda de cámara del rey asintió.

—Creo que era el cuarto de la limpieza. Bienvenido a Versalles.

Cassel entró y Bontemps cerró la puerta. El noble no pudo evitar un gesto de incredulidad cuando le cayeron varias gotas de agua en la cabeza, procedentes de una gotera del techo. Y ¿aquél iba a ser su nuevo hogar? Apretó los puños, se sentó en el banco y luego volvió a ponerse en pie.

Se oyó entonces un débil roce y, al bajar la mirada, Cassel vio que alguien había deslizado una carta bajo la puerta. Estaba sellada y marcada con una «h» minúscula. La cogió.

Y, en el preciso instante en que Cassel abría su carta en su minúsculo cuarto de palacio, otras cartas de idéntico contenido se estaban doblando a escondidas, sellando con cera y marcando con una «h», para después ser entregadas en mano bajo una mesa de juego, ocultadas en alforjas o escondidas entre las páginas de una Biblia. El objetivo era hacerlas llegar lo más discretamente posible a las personas adecuadas.

Mientras el ayuda de cámara le arreglaba al rey los pliegues de la chaqueta, Bontemps entró en la estancia con María Teresa y Luisa de La Vallière. La reina le dirigió a Luisa una mirada alentadora, pero ésta permaneció en silencio, con la cabeza gacha.

—Sé que se estáis dando ración doble de grano a vuestros caballos, madame de La Vallière —dijo Luis—. ¿Acaso estáis planeando un viaje?

—Desea que la liberéis, sire —respondió María Teresa.

Luis hizo un gesto para indicarle al ayuda de cámara que se marchara.

—¿De qué?

Luisa se quitó el chal muy despacio y se dio la vuelta para mostrar las heridas de la espalda.

—De la tortura, sire.

—Parece que sólo os torturáis a vos misma.

—Desea vivir recluida en un convento —explicó la reina—. Ya ha sufrido bastante.

—Al parecer, nadie está contento con lo que se le ofrece —sentenció el rey.

A continuación, cruzó la cámara y se dirigió a una mesa sobre la que descansaba un candelabro de oro. Contempló las llamas.

—Os amaba, sire —susurró Luisa.

—Y yo a vos —contestó Luis—. En otros tiempos. Pero todas las historias llegan a su fin.

Apagó con los dedos la llama de una de las velas del candelabro.

—¿Puedo marcharme? —preguntó Luisa.

Luis se volvió hacia ella.

—Éste es vuestro hogar, madame. Es el hogar de todos. No lo permitiré.

—Pero, sire —le suplicó Luisa—, mi hijo... Nuestro hijo. Luis de Borbón.

—¿Recibe los cuidados necesarios?

—En París.

—La promesa que os hice no ha cambiado. Es hijo de Francia. Pase lo que pase.

Y, con eso, abandonó la cámara.

Luisa contempló el candelabro con tristeza y la llama que el rey había apagado volvió a encenderse de repente. La dama se cubrió la boca con una mano. «¿Dios me está observando? ¿Me ayudará?», pensó.

Chevalier holgazaneaba en un sillón, en la antecámara de Felipe. Estaba leyendo la *Gazette de France*.

—Oh, Dios —dijo—. El duque y la duquesa de Vierzon anuncian el inminente matrimonio de su hija Delphine con el marqués de Agen. Pobrecilla.

Felipe, tendido en el diván, ladeó la cabeza.

—¿Por qué «pobrecilla»?

—Delphine es una niña encantadora de quince años, mientras que el marqués pasa de los setenta y padece todas las enfermedades venéreas habidas y por haber. Y, si son ciertos los rumores que corren, es un auténtico animal.

Alguien llamó entonces suavemente a la puerta. Felipe cogió una copa de vino.

—Abre tú.

Chevalier dejó caer el periódico en el sillón y se dirigió a la puerta. Cuando la abrió, encontró un par de elegantes zapatos. Los cogió y vio una nota en el interior, sellada con cera y marcada con una «h». La leyó con disimulo y se la guardó en el bolsillo. Le temblaban las manos.

—¿Quién es? —le preguntó Felipe.

—El ayuda de cámara, que ha traído los zapatos. Más le vale que estén relucientes —dijo mientras entraba de nuevo en la habitación y dejaba los zapatos junto al sillón.

—¿Sabes lo de los albañiles?

—Intento no saber nada que tenga que ver con albañiles.

—Un hombre ha muerto. Justo delante de nosotros. Los demás han dejado de trabajar. Y, ahora, mi buen amigo Pascal de Saint-Martin no tiene dónde alojarse.

—Si yo fuera él, regresaría a París.

—Y, si fueras él, también serías más alto y el doble de apuesto.

Chevalier ignoró el comentario.

—Me apetece salir a tomar el aire —afirmó—. ¿Me acompañas?

—Creía que odiabas estar al aire libre.

—Y así es, pero hoy no —respondió Chevalier. Tiró de Felipe para ayudarlo a ponerse en pie—. Ya sé que de vez en cuando te avergüenzo. Soy vanidoso, vago y excesivamente amigo de las frivolidades. Pero un buen paseo por los jardines antes de comer es bueno para el ánimo.

Chevalier le dedicó la expresión más alegre que pudo y cogió su abrigo. Felipe dejó la copa de vino y lo siguió.

La luz del sol hacía resplandecer la capa de escarcha. Chevalier se esforzó por admirar las últimas flores de la estación y los nuevos senderos.

—Deberíamos hacerlo más a menudo —dijo—. Pasamos demasiado tiempo encerrados dentro —añadió, aunque se dio cuenta de que le temblaba la voz.

—Ahora en serio —dijo Felipe, deteniéndose de repente—. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás tan nervioso?

Y, entonces, oyeron una voz a su espalda.

—Necesitamos su ayuda, alteza.

Felipe se volvió al tiempo que Chevalier se alejaba apresuradamente. Luego frunció el ceño y dio un paso al frente.

—Te he visto antes. ¿Quién eres?

—Un sargento del ejército de su majestad.

—Eres el albañil que intentó impedirle a aquel hombre que se ahorcara. Y también eres uno de los que se niegan a trabajar, ¿no es cierto?

El sargento asintió.

—¿Qué quieres de mí?

—Puede que no estemos en el campo de batalla, pero todos estamos sirviendo con lealtad al rey y pedimos un trato justo. Sólo queremos que trasladéis al rey nuestras peticiones: respeto, cuidados médicos si resultamos heridos, alojamiento en condiciones, una paga justa y compensación económica. Como soldados del rey que somos.

—Y ¿por qué iba yo a interceder por vosotros?

—Porque, en el caso de que se produjera un cambio en las circunstancias, podríais contar con nuestro apoyo.

—¿Qué cambio?

—Que vuestro hermano dejara de ser el rey.

Felipe lo observó fijamente.

—Podría hacer que te colgaran por hablar así.

—Lo sé, pero no lo haréis. ¿Por qué será? —se preguntó el sargento mientras contemplaba el cielo azul pálido—. El sol está a punto de ponerse.

Y, tras esas palabras, dio media vuelta y desapareció entre una hilera de árboles.

Chevalier, con una expresión de lo más inocente, regresó caminando hasta Felipe.

—¿Qué quería?

—Sabías que estaría aquí, ¿no es cierto? —le preguntó Felipe, apretando la mandíbula—. Me has conducido hasta él. ¿A qué estás jugando?

—Sólo hago lo que a ti se te da fatal.

—Y ¿qué es?

—Velar por tus propios intereses.

Mientras una fila de cortesanos aguardaba la llegada del rey a las puertas del comedor de palacio, Colbert buscó a Sophie y a Béatrice. Ambas mujeres iban vestidas de modo impecable para la cena, con sendos vestidos en tonos coral y verde pálido, respectivamente, y sendas tocas en las que resplandecían innumerables cuentas.

—Madame de Clermont —dijo Colbert—, hace tiempo me informasteis de que vuestros documentos ya habían salido de vuestros dominios y estaban de camino. Hace bastantes meses, en realidad.

Béatrice le dedicó una sonrisa.

—No tardarán en llegar.

—Bien. Aunque debo deciros que su majestad ha decretado que todos aquellos que no puedan aportar pruebas respecto a la nobleza de su linaje durante el presente mes deberán marcharse. No deseamos que eso os suceda precisamente a vos.

—Sois muy considerado.

Entre los educados murmullos de la multitud, se oyó de repente la voz airada y atronadora de Louvois.

—Si hubiéramos regresado ya a París —aulló, dirigiéndose a dos nobles de avanzada edad — y nos hubiéramos librado de este sitio, ¡no necesitaríamos para nada a los albañiles! Los peores dolores de cabeza son los que podrían haberse evitado, ¿no creéis?

Colbert se alejó apresuradamente de Béatrice y se abrió paso entre el gentío para llegar hasta el secretario de Estado.

—Vigilad esa lengua en público —le dijo Colbert, agarrándolo del brazo—. Todos sabemos lo que pensáis acerca del proyecto del rey.

Louvois frunció el ceño.

—¿De verdad?

—De hecho, resulta difícil no escuchar vuestras críticas cuando estáis en público. Deberíais saber que pienso trasladar al rey mis preocupaciones.

Louvois se zafó de Colbert.

—Haced lo que consideréis oportuno.

En ese momento, se oyó la voz de un guardia:

—¡El rey!

La cena fue de lo más elegante, como era habitual en palacio, pero tal vez un poco más debido a la presencia de nuevos invitados en la corte, a quienes había que impresionar por orden del rey. Se había asignado a varios cortesanos la tarea de servir los platos y atender a los demás invitados: los elegidos servían exquisitos manjares y excelentes vinos con elegantes sonrisas y corteses atenciones. Luis ocupaba la mesa principal, acompañado de María Teresa, madame de Montespan, Enriqueta, Felipe y Chevalier. El grupo charlaba animadamente sobre el palacio, sobre la comida y, en general, sobre la maravillosa velada.

—Me he fijado en que tu amigo Pascal de Saint-Martin ha venido a Versalles —dijo Luis, volviéndose hacia su hermano—. ¿Lo has convencido tú?

Felipe cogió un trozo de queso roquefort y lo lamió.

—Ha venido por iniciativa propia. Pero no tiene dónde dormir.

—Se lo alojará en cuanto sea posible.

Felipe volvió a dejar el queso.

—Tus albañiles no están contentos. Déjame hablar con ellos.

—Me niego a discutir cuestiones políticas durante la cena, menos aún contigo.

—Muchos de ellos me siguieron al campo de batalla. Tal vez ahora decidan seguirme también y volver al trabajo.

Luis levantó su copa de vino y bebió un sorbo.

—Mañana saldremos a cazar al bosque.

—¿Estás ignorando mi oferta?

—Sí. Me alegra que lo hayas notado.

Felipe cogió aire y a continuación lo expulsó varias veces seguidas.

—¡Mi propio hogar está a casi tres leguas de aquí! No te sirvo para nada, no hay cargo que consideres digno de mí excepto el de ser tu hermano... ¿Para qué quedarme, entonces? Puedo seguir siendo tu hermano desde la comodidad de mi propia cama. Si deseas verme, lanza un cohete.

—Te quiero aquí. Es motivo más que suficiente —dijo Luis, tras lo cual clavó su cuchillo en un trozo de venado y siguió comiendo.

Desde unas cuantas sillas más allá de la que ocupaba el rey, madame de Montespan observó a Enriqueta durante un segundo y luego le rozó el brazo a su señora.

—No habéis probado bocado. Si yo no comiera, no tendría la energía necesaria para entregarme a los otros placeres de la vida.

Enriqueta le dedicó una sonrisa fatigada.

—Me encuentro bien, Athénaïs, gracias.

—Pero os conozco, Enriqueta. Si nadie os obliga a comer, os encogeréis hasta desaparecer.

La duquesa siguió contemplando su comida.

La cena se prolongó durante buena parte de la velada: los nobles charlaban y coqueteaban entre sí, guiñándose el ojo y riendo. Cassel, ataviado con sus mejores galas, trató de sumarse a la alegría general, pero fue ignorado y terminó en un rincón, donde mantuvo la cabeza bien alta y la rabia bajo control.

En una mesa situada en el centro del gran salón, Béatrice acicalaba discretamente a su hermosa hija entre bocado y bocado de cordero con salsa de crema. Sophie picoteaba la comida y miraba a su alrededor, contemplando aquel inmenso despliegue de elegancia y riqueza. Se topó

con la mirada de Rohan, quien le sonrió y la saludó con una inclinación de la cabeza. La joven se ruborizó y apartó la mirada.

—Madre —susurró—, cuando era niña me contabas historias sobre la vida de los nobles. Me decías que aquellas historias eran ciertas, y yo te creía. ¿Por qué debería seguir creyéndote ahora?

Béatrice conservó la sonrisa, pero habló con voz tensa.

—No es el momento ni el lugar, tesoro.

—¿Quién soy? ¿Quiénes somos en realidad?

Béatrice le pellizcó el muslo a su hija bajo la mesa.

—¡Calla! ¿Quieres echarlo todo a perder?

—Quiero tener alguna idea acerca de quién soy.

—Con una idea de la verdad bastaría para colgarte, querida.

Sophie dirigió la mirada hacia la mesa del rey.

—Y nuestro primo, Chevalier, ¿es familia de verdad o se trata de otra mentira?

—Chevalier sólo cree lo que tiene delante de las narices. Siempre y cuando pueda sacar algún provecho, seguirá siendo nuestro amigo y nos ayudará a permanecer en la corte. Por lo menos, ésa era la situación hasta que el rey empezó a exigir pruebas.

—Y, si no podemos convencerlo, ¿qué ocurrirá?

—Haremos lo que sea necesario para sobrevivir.

Sophie bajó la mirada hacia los trozos de pera de su plato y luego, al alzar de nuevo la vista, se dio cuenta de que Cassel la estaba observando. Desvió la vista otra vez hacia el plato y se le formó un nudo en el estómago que ahuyentó por completo el apetito.

Instantes después, Fabien se detuvo junto a la mesa que su madre y ella ocupaban y le sonrió a Béatrice.

—Esta noche estáis especialmente hermosa —dijo inclinando la cabeza.

Béatrice se tocó el pelo.

—Caramba, monsieur Marchal —respondió ella en un tono displicente y despreocupado—. Sois muy amable.

El burdel se hallaba a las afueras de la villa de Versalles. Se trataba de un establecimiento rústico y pequeño en el que nunca faltaban clientes. El fumadero de opio de la casa, una estancia oscura y de techo bajo, olía a licor, humo, sudor y sexo.

Montcourt descansaba con la cabeza apoyada en el regazo de una rolliza ramera, fumando una pipa de opio mientras ella le proporcionaba placer con la mano. Él chupaba la pipa con la misma energía con que ella movía la mano. La placentera sensación fue aumentando hasta que Montcourt gimió, arqueó la espalda y eyaculó bruscamente.

Había otros hombres en el salón, todos con sus rameras favoritas. Dos de ellos estaban sentados no muy lejos de Montcourt, cada uno en los brazos de una mujerzuela de labios intensamente rojos que le procuraba placer.

—Soy recaudador de impuestos —le dijo uno de aquellos hombres al otro—. Si el rey está perdiendo sus ingresos a manos de los bandidos de la carretera, yo no tengo la culpa. Por muchos guardias que los protejan, no hay un solo carruaje de aquí a París que esté libre de peligro. Si los

guardias del rey no son capaces de controlar las carreteras, el rey no puede esperar que los recaudadores de impuestos viajemos por ellas.

Montcourt se apartó de su ramera, se abrochó las calzas y se acercó a los dos hombres.

—Tengo la sensación, caballeros, de que necesitan ustedes ayuda —dijo.

El recaudador de impuestos se burló:

—No necesitamos ayuda.

—Lo que necesitan —dijo Montcourt al tiempo que le daba una palmadita al hombre en la espalda— es protección.

El salón de juego estaba repleto de alegres nobles que hacían girar una y otra vez la gran ruleta, apostaban y bebían ingentes cantidades de vino. Rohan, bastante ebrio, se hallaba en pie frente a un reducido grupo de personas a las que estaban relatando una anécdota. Luis y madame de Montespan, sentados no muy lejos, lo escuchaban.

—Nos habíamos perdido en el bosque —estaba diciendo Rohan—, y pasamos casualmente por delante de una pequeña cabaña en la que nos detuvimos para pedir indicaciones y algo de comida. Allí vivían dos hermanas, pobres campesinas que ni siquiera sabían quiénes éramos. Cuando su majestad las liberó de su ignorancia, ¡se nos quedaron mirando como si viniéramos de la luna!

La multitud estalló en risas.

—Accedieron a darnos de comer y de beber, y a indicarnos el camino, pero todo con una condición. Que nosotros..., cómo explicarlo..., les proporcionáramos ciertos «servicios». El problema —prosiguió Rohan, mientras movía las caderas y guiñaba un ojo a las damas— era quién debía servir a quién, pues una de ellas tenía muchas verrugas pero ni un solo diente, mientras que la otra era patizamba.

Todo el mundo se echó a reír excepto Cassel. Cuando se dio cuenta de que el rey lo estaba observando, sin embargo, se obligó a hacerlo.

Madame de Montespan se inclinó hacia Luis.

—¿Estáis satisfecho con la mascota que os he comprado?

—¿Cassel? Sí, encantado —respondió el rey.

—Veo que aún lo estáis enseñando.

Luis sonrió y dejó vagar la mirada por el salón. Se fijó en los rostros, en las voces, en la alegría y en el resplandor de los candelabros... «Así es como deben ser las cosas —pensó—. Aquí, en el palacio, con mis súbditos... Si nuestro reloj pudiera detenerse durante un rato, si fuera la luna la que retuviera a la noche hasta que yo le permitiera retirarse...»

Una vez terminado su relato, Rohan —bastante bebido— se acercó al sillón del rey.

—Alguien debería hablar con vuestros albañiles —dijo arrastrando las palabras—. Están cansados y hambrientos. No creo que las medidas drásticas funcionen con ellos.

La sonrisa de Luis desapareció al instante.

—Me dirigiré a ellos. Y te agradecería que no hablaras tan alto.

—Si me permitís el atrevimiento, sire —prosiguió Rohan, tambaleándose—, sólo conseguiréis que os pierdan el respeto. Lo único que entienden los soldados son las órdenes. Tal vez si un militar les hablara o tratara de razonar con ellos... —dijo al tiempo que inclinaba la

cabeza en un claro gesto de ofrecimiento.

—Tienes razón. Enviaré a Louvois.

Rohan abrió la boca y luego volvió a cerrarla de golpe. Por un momento, dio la sensación de que quería añadir algo más, exigir que se le encomendara a él la tarea, pero de repente había recordado cuál era su lugar. Saludó al rey con una inclinación de la cabeza muy poco entusiasta y se alejó.

Mientras Rohan se perdía entre la multitud, Enriqueta se acercó a Luis. Estaba pálida y tenía el ceño fruncido.

—Disculpadme, majestad, pero me siento fatigada y querría retirarme.

Luis se inclinó hacia ella.

—¿Se puede saber qué os ocurre? Antes solíais iluminar el salón con vuestra luz. Ahora parecéis... ausente.

—Os pido disculpas, sire.

Enriqueta saludó con una reverencia, le hizo un gesto a Sophie para que la acompañara y ambas mujeres abandonaron el salón, mientras Felipe y Luis las seguían con la mirada.

En ese momento, madame de Montespan le cogió una mano al rey y juntos se dirigieron a la alcoba de ella.

Hicieron el amor con vehemencia. Montespan se retorcía bajo el rey, jadeando de deseo, y el rey notaba en el cuello el aliento cálido e insistente de ella. Luis le sujetaba ambos brazos para inmovilizarla, mientras ella se retorcía y se revolvía como si quisiera librarse de él, aunque era obvio que la excitaban el poder y el dominio que Luis ejercía. Finalmente, él la penetró y la poseyó, dejándose llevar por una necesidad incontenible.

Y, sin embargo, no podía alejar a Enriqueta de sus pensamientos.

Penetró de nuevo a Montespan, con los puños apretados y los dientes serrados, pero la sensación de necesidad empezaba a desvanecerse. Madame de Montespan gritó al llegar al orgasmo y rodeó al rey con ambas piernas para obligarlo a embestirla aún más adentro.

Y, sin embargo, él seguía pensando en Enriqueta. Se irguió bruscamente y se dejó caer a un lado, insatisfecho.

Montespan se apartó un mechón de pelo húmedo de la cara y luego le tocó un hombro a Luis.

—¿No he satisfecho a mi rey? Dejadme intentarlo de nuevo.

Pero Luis se puso en pie y empezó a vestirse.

—Volveré —declaró.

Tras coger una vela, el rey se adentró en un pasadizo secreto que llevaba a la cámara de Enriqueta. La dama estaba profundamente dormida en su cama, con el pelo revuelto y las manos unidas bajo la barbilla como si fuera una niña que reza. Los pasos de Luis la despertaron y se apresuró a erguirse y a subirse la sábana hasta el pecho.

—Majestad —dijo con la voz gangosa de quien acaba de despertarse de un profundo sueño.

Luis dejó la vela sobre la mesa y se sentó en la cama.

—Estaba preocupado por vos.

—Estoy cansada, sire, eso es todo.

—Eso no es lo que dice vuestra mirada.

De repente se abrió la puerta y entró airadamente Felipe.

—¡Siempre lo hace, ¿no es cierto?! —aulló—. Esperar hasta que uno está cansado para soltarle el gran sermón. A mí siempre me lo hacía, pero me alivia ver que con vos hace lo mismo.

—Un poco de intimidad, hermano.

—Creo que olvidas dónde estás.

Luis le dirigió a su hermano una mirada desafiante.

—Y tú olvidas con quién estás hablando.

Felipe se enfrentó a él, eligió muy bien las palabras y, por último, dijo:

—Louvois no te ayudará, ya lo sabes.

—¡Ahora no!

—No respetan al general que está en lo más alto. Un soldado sólo confía en el hombre que tiene al lado.

Luis se levantó de la cama y se dirigió hacia su hermano, que no retrocedió ni un paso.

—Mide tus palabras —le advirtió.

—Siempre te defiendes —replicó Felipe—, pero... ¿de qué? ¿Cómo puedes estar tan ciego y no ver a quienes quieren ayudarte de verdad? No todo el mundo intenta derribarte. Si dejaras de atacar durante un momento, te darías cuenta. Deja que los demás te ayuden a tomar decisiones.

Enriqueta empezó a gimotear y se levantó de la cama, llevándose las sábanas consigo.

—¡Hermano! —insistió Felipe, alzando la voz—. Crees que me opongo a ti, crees que todo el mundo se opone a ti. Pero estás equivocado.

—Mi querido esposo —murmuró Enriqueta, al tiempo que se aferraba al poste de su cama, jadeando—. Dejadlo, por favor.

Felipe se volvió hacia ella.

—¡Comed algo, por el amor de Dios!

—Sí, sentaos —dijo Luis—. Comed. ¿Qué es lo que os ocurre?

Enriqueta contempló a los dos hombres y luego dirigió la mirada hacia la mesa sobre la que descansaba un cuenco lleno de fruta. Por último, negó con la cabeza y dejó caer la sábana, mostrando así el abultado vientre.

—Estoy encinta.

Luis y Felipe la observaron y luego intercambiaron una mirada, repentinamente asombrados.

Cassel apretó los dientes al entrar en el fumadero de opio del burdel. Había ido hasta allí para reunirse con Montcourt, pero le pareció un lugar inmundo, un establecimiento en el que no habría entrado por ninguna otra razón del mundo. Caminó entre aquellos hombres corrompidos, entre aquellas mujeres desnudas que no dejaban de reír y contonearse, y arrugó la nariz asqueado.

Montcourt le hizo señas desde un banco.

—Tengo que haceros una propuesta —le dijo a Cassel mientras éste se sentaba y olisqueaba con desdén.

—Preferiría que pagaras tu parte.

—Aquí está, mi señor. No lo he olvidado —declaró Montcourt mientras dejaba caer una moneda en la mano de Cassel.

—¿Y el resto?

Montcourt sonrió y se reclinó en su asiento.

—Cada día son más los nobles que van a la corte de Versalles. En la carretera, aumentan a diario las fuerzas de seguridad. Los forajidos siguen atacando y aún existe cierto miedo, pero el riesgo que corremos es mayor que nunca. Así que he trazado un nuevo plan: ofrecer protección a los recaudadores de impuestos.

—¡Eso es lo que yo llamo gratitud! Estabas solo y abandonado y yo te ofrecí una vida.

—Vos me salvasteis, como haría un padre con un hijo. Pero mirad, padre —dijo al tiempo que movía los dedos de una mano, repletos de lujosos anillos—. Mirad en lo que me he convertido.

—¡Te has convertido en alguien aún mucho más imbécil de lo que creía!

Montcourt se encogió de hombros.

—No pienso volver a la carretera armado con un mosquete. Hay demasiados guardias.

—Tenemos amigos entre las fuerzas de seguridad.

—No los suficientes.

Una ramera se acercó para sentarse en el regazo de Cassel, pero éste le hizo un gesto con la mano para que se marchara.

—Tráeme dinero, Montcourt. Me da igual cómo lo consigas. Los albañiles del rey se niegan a trabajar. Sienten la misma antipatía que nosotros hacia los planes de su majestad.

—El rey contratará a otros.

—Los albañiles lucharon por él, estúpido. Muchos de ellos son soldados. Existe desacuerdo entre las filas del ejército del rey. —Cassel se puso en pie y luego se inclinó hacia Montcourt—. Veamos qué se puede hacer para fomentar ese desacuerdo.

Montcourt cogió una pipa de opio, la contempló y, por último, volvió a dejarla.

—El rey aplastará con sus ejércitos cualquier insurrección.

—Bah. Eso si, para entonces, le queda algún ejército.

El día aún no había despuntado en la villa de Versalles, pero Masson ya estaba despierto y rebuscaba entre los frascos de medicinas de los armarios de la cocina. Los golpes y el tintineo del cristal despertaron a Claudine, que se echó el chal sobre los hombros y se levantó de puntillas para averiguar el origen de todo aquel alboroto.

Masson, con un frasco azul en la mano, vio a su hija junto a la puerta y la expresión lastimera pero también crítica de su mirada le causó rabia, una rabia tan profunda que se le clavó en el pecho.

—Padre —dijo Claudine—, conoces los efectos del láudano, pero aun así insistes.

Él se secó el sudor de la frente.

—Lo necesito para mantener la nave a flote.

—¡Pero te atrapará y te hundirá! El rey necesita que su médico esté perfecto. Vamos a vestirnos y a prepararnos para un nuevo día. No podemos pasarnos la vida esperando a que su majestad se resfríe. Muchos de sus albañiles sufren heridas y deberíamos atenderlos mientras

podamos.

Masson se sentó y apoyó los codos sobre la mesa.

—Yo me quedo aquí.

—Pero, padre...

—¡Fuera! —le gritó Masson con el rostro contraído.

Claudine observó a su padre, pero él desvió la mirada. La joven asintió entonces, en un gesto más dirigido a sí misma que a él, y se retiró a su habitación.

La comida del rey, un ágape a base de queso, huevos y bollos, estaba exquisitamente preparada, como todos los días, y delicadamente presentada en una vajilla blanca y azul de porcelana de Nevers, pero Luis estaba tan absorto en la noticia que le había comunicado Enriqueta y en el asunto de los albañiles que se negaban a trabajar, que no había disfrutado degustándola. Dejó el cuchillo sobre la mesa y se dirigió a Fabien, de pie junto a la misma.

—Buscad alojamiento a los recién llegados en la planta baja del ala este. Que las mejores alcobas y vistas se distribuyan en función de la riqueza y el título.

—Sí, majestad —dijo Fabien, que vaciló antes de proseguir—: Pero, sire, nuestros espías hablan de disturbios en la villa de Aubenas...

—Conozco Aubenas. Allí se cultivan las mejores aceitunas de Francia.

—Uno de vuestros recaudadores de impuestos ha sido lapidado hasta morir, como protesta ante el aumento de los impuestos que habéis ordenado, majestad.

Luis se levantó de la mesa.

—Y ¿por qué debe preocuparme?

—Parece que esa clase de sentimientos son cada vez más frecuentes. Aubenas no es la primera villa que expresa su protesta.

—Pues arrestad a esos hombres.

—Es que son mujeres, sire.

—¿Dónde están los hombres?

—Trabajando para vos, sire. Aquí.

Luis retrocedió perplejo.

—Hola.

La dulce voz despertó a Benoit de sus lúgubres pensamientos en el andamio, donde se hallaba en compañía de los otros albañiles que también se habían negado a trabajar. Al mirar hacia abajo vio a Sophie, que le estaba sonriendo.

—Te he mandado una docena de notas —afirmó el joven—. ¿Es que no las has recibido?

Sophie echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie la había visto detenerse allí. Su madre estaba en compañía de otras damas, junto a una de las fuentes de los jardines, y sus amigas se habían quedado en palacio probándose vestidos nuevos. Benoit lanzó una cuerda y bajó para reunirse con la joven.

—No estás trabajando —dijo ella cuando él aterrizó a su lado.

—Yo querría, pero ¿cómo voy a trabajar? Los albañiles también tienen que cobrar.

Una expresión sombría cruzó el adorable rostro de Sophie. Le dio un golpecito a un guijarro con la punta del pie.

—Y ¿a quién le importa el palacio? ¿Qué sentido tiene?

—No puedes estar hablando en serio. ¿Qué sentido tiene una montaña? ¿O una mañana perfecta? Hacen el mundo más hermoso.

A Sophie le tembló el labio.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Benoit.

—Debo renunciar a nuestro amor. Hay ciertas cosas de mi pasado que no te he contado.

A Benoit le dio un vuelco el corazón.

—Y ¿qué importa eso? El pasado ya no existe. Estamos aquí. Ahora. Construyendo el futuro.

—No construimos nada. Aquí no.

—Por supuesto que sí.

Sophie lo miró con el rostro contraído en una expresión de dolor.

—Y ¿para qué intentarlo? Un día llegará la lluvia y se lo llevará todo.

—Lo importante no es que dure eternamente —dijo Benoit—. Sólo que exista. Porque, entonces, siempre habrá existido.

—Debes olvidar que me has conocido —insistió Sophie.

Dio media vuelta para marcharse, pero Benoit la sujetó por un brazo.

—Por favor —le dijo—. Sólo tenemos dos caminos. Éste, el que tú has elegido, u otro, mucho más traicionero, difícil e imposible.

—Y ¿adónde lleva ese camino? —preguntó ella.

Benoit se acercó y la besó con dulzura.

—No lo sé. Pero por lo menos lo recorreremos juntos.

Enriqueta se dio la vuelta sobre la cama para mirar a su esposo, que estaba en el centro de la alcoba y la observaba con ojos acusadores. Ella sabía muy bien lo que estaba pensando.

—No puedo deciros si el bebé es vuestro —dijo.

—¿No podéis —le preguntó Felipe— o no queréis?

—Abandonadme, si lo deseáis. Recluidme en un convento.

—Como bien sabéis, no puedo hacer ni una cosa ni la otra, por muy traicionado que me sienta. Traicionado por vos. Por él. Por mí mismo.

Enriqueta suspiró agotada y abatida.

—¿Me odiáis?

—Todo resultaría mucho más sencillo si así fuera. —Felipe se acercó a la ventana y golpeó suavemente con el puño la imagen de sí mismo que se reflejaba en el cristal—. Se aprovechará de esto, ya lo veréis.

—¿Cómo?

—Para conseguir lo que quiere. El niño será suyo un día y mío otro, dependiendo de sus necesidades, de su humor, de sus caprichos, de su salud o del viento que sople en ese momento. No le estáis dando un hijo —advirtió Felipe, al tiempo que se volvía hacia su esposa y la señalaba con un dedo—. Le estáis dando un bastón para que nos golpee a ambos con él.

Vestido con la larga casaca azul y las altas botas negras que correspondían a su rango militar, Louvois estaba a lomos de su caballo junto al ala este del palacio. Un frío viento levantaba polvo a su alrededor. Cuatro guardias permanecían a su lado, atentos. Casi un centenar de albañiles habían vuelto a congregarse para protestar acerca de sus condiciones de trabajo. Algunos estaban en el suelo y otros encaramados en andamios suspendidos a distintas alturas. Todos lucían una expresión decidida y una mirada fría.

—Su majestad cree que tenéis la sensación de que no se os ha tratado con el respeto que merecéis —dijo Louvois—. Pero estáis equivocados. Sin vosotros, Francia no existiría. Habrá más guerras que luchar y más batallas que ganar, pero del mismo modo que combatisteis unidos en el campo de batalla de Flandes, el rey os pide ahora que trabajéis unidos aquí, en Versalles.

Los albañiles no respondieron. La tensión de la atmósfera resultaba tan visible como las oscuras nubes que amenazaban lluvia.

—¿Quién es vuestro líder?

El joven albañil que había tratado de impedir que saltara el anciano tuerto dio un paso al frente. Louvois creyó reconocer en aquel hombre a uno de los muchos sargentos del ejército del rey.

—No tenemos líder. Hablamos con una sola voz.

—Si no vuelven todos al trabajo, haré que te cuelguen.

—Matadme —respondió el sargento—, y otros dos hombres ocuparán mi lugar.

El caballo de Louvois movió las patas y el secretario de Estado decidió cambiar de táctica.

—Entiendo vuestras quejas. Luché en Cambrai y en Compiègne...

—Sí —lo interrumpió el sargento—. Os vi. En una tienda allá en el horizonte, dos leguas por detrás de la retaguardia.

Louvois cerró la mandíbula al oír aquellas palabras, pero dejó terminar al sargento.

—Decidle al rey que volveremos a luchar por él. Y a construir por él. Y a demostrarle de nuevo nuestra lealtad y nuestra confianza. Pero, antes, el rey debe demostrarnos que es un hombre que cumple sus promesas.

Los albañiles asintieron y aquel gesto colectivo pareció casi una silenciosa declaración de guerra.

Una lluvia gélida había cubierto de agua los bosques de Versalles y la carretera principal que conducía al palacio. En mitad de aquel barro medio helado se encontraba un carruaje detenido. Un hombre enmascarado y armado con un mosquete apuntaba al cochero. Otro hombre enmascarado y también armado abrió de un tirón la portezuela del vehículo y subió al interior, donde se hallaba sentado un recaudador de impuestos que aguardaba con los ojos muy abiertos.

El enmascarado se arrancó la tela que le cubría la cara. Era Montcourt.

—¡El dinero! —gritó.

El recaudador de impuestos, el mismo al que Montcourt se había aproximado en el burdel para contarle su plan, permaneció sentado en silencio.

Éste hizo una mueca.

—Ahora tienes que decir... —susurró.

—Ah, sí —dijo el recaudador de impuestos, abriendo aún más los ojos—. ¡Jamás!

—¿Prefieres morir? —exclamó Montcourt.

El recaudador de impuestos negó con la cabeza. El otro hizo un gesto de impaciencia y articuló una frase en silencio: «Di jamás».

—¡Jamás! —gritó el recaudador. Luego bajó la voz—: Y ¿ahora qué hacemos? No me acuerdo. ¿Te doy...?

—Me das la mitad y te quedas la otra mitad.

—Y ¿luego te pego?

—Luego te pego yo a ti.

—Ah, sí, claro.

El recaudador le entregó dos bolsas de monedas. A continuación Montcourt lo golpeó con fuerza en plena cara y le devolvió una de las bolsas.

El recaudador de impuestos se frotó los labios ensangrentados.

—La próxima vez —dijo en voz baja— nos podríamos ahorrar tiempo los dos y hacer esto en un sitio más calentito.

—Será todo un placer —replicó Montcourt, antes de volver a golpear al hombre.

A continuación se puso de nuevo la máscara, guardó la bolsa de dinero y salió del carruaje. Él y el otro enmascarado desaparecieron bajo la lluvia y se perdieron entre la oscuridad de los árboles.

Los guardias esperaban, atentos y preparados, mientras Luis se acercaba a Jacques en los jardines. El jardinero estaba podando una hilera de jóvenes hayas. Llevaba la chaqueta desabrochada y parecía muy concentrado en su tarea.

—Tú, por lo menos, no retrasas el trabajo —dijo el rey.

Jacques levantó la vista y parpadeó, cegado por el resplandeciente sol.

—No soy albañil, sire.

—Cuando luchabas para mí, ¿te encontraste alguna vez con una rebelión entre las filas?

Jacques se rascó la mejilla con el desplantador.

—Alguna que otra vez.

—Dime, ¿cómo te hiciste la cicatriz?

—Una rebelión.

«Ah, claro», pensó el rey.

—¿Cómo reaccionaron los generales? —preguntó.

—Dependía de la clase de hombre que fuera cada uno de ellos. Pero hay algo que sí puedo deciros: el rey que hace que los soldados se enfrenten entre sí no dura mucho como rey. Todos los hombres atacan cuando se sienten maltratados.

Luis guardó silencio durante unos instantes.

—No veo solución —expuso al fin—. He enviado emisarios a hablar con ellos, pero no atienden a razones.

—Hay un hombre, sire. Un hombre al que sí escucharán. Lo respetan, porque luchó junto a ellos.

«Se refiere a Felipe», se dijo el rey.

—Los hermanos pueden estar en desacuerdo sin tener que oponerse necesariamente —añadió Jacques.

Luis dio media vuelta, sacudiendo la cabeza muy despacio.

—Es evidente que eres hijo único —le dijo a Jacques por encima del hombro.

Una vez dentro del palacio, el rey dio órdenes de que Rohan se reuniera con él en su apartamento. Allí, ordenó a su amigo que descubriera quiénes eran los soldados descontentos y hablara con ellos uno por uno. Rohan no debía ofrecerles nada en concreto, sólo escucharlos y darles ánimos.

—El invierno no tardará en traernos heladas y el suelo se endurecerá —le explicó Luis—. Para construir necesitamos cimientos, y los cimientos hay que ponerlos ahora. Y, si hay que ponerlos ahora, necesito albañiles.

Una vez que Rohan se hubo marchado, Luis ordenó a Bontemps que mandara buscar a Bruand, el arquitecto, y a Leclerc, director de la Casa de la Moneda. Luego, el rey abandonó su apartamento, seguido de varios guardias.

«Tengo que hablar con ella —pensó mientras sus pasos resonaban por el corredor—. Tengo que dejar más que clara mi postura.»

Encontró a Enriqueta sentada frente a su tocador, mientras Sophie le peinaba el pelo en largos mechones que le caían hasta los hombros. Un guardia anunció la llegada de Luis. Enriqueta se puso inmediatamente en pie y Sophie se retiró a una habitación contigua. El rey se acercó a su cuñada y le puso una mano sobre el vientre. Cuando ella se dispuso a apoyar una mano sobre la de él, Luis retiró de forma apresurada la suya. Enriqueta entornó ligeramente los ojos en un gesto de decepción.

—No podemos seguir como hasta ahora —aseguró él.

Ella asintió con tristeza.

—Lo entiendo. Somos vuestros, podéis tenernos en propiedad y deshaceros de nosotros como consideréis.

—Jamás he hecho ni una cosa ni otra, en lo que a vos concierne.

—Su majestad se oculta tras las palabras, pero lo que queréis decir está muy claro —dijo ella con dulzura.

—El hijo que lleváis en el vientre simboliza la duda —replicó Luis—. Una duda que no deseo soportar. ¿Querríais que yo os poseyera en exclusiva, apartando a todos los demás? ¿Apartando incluso a mi hermano?

A Enriqueta se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No puedo responder a eso. Perdonadme.

El rey se alejó con la sensación de haber cumplido con su deber, aunque eso no hacía que se sintiera mejor.

Una casa de la villa de Versalles se había convertido en improvisado hospital. Rohan se dirigió hacia allí siguiendo las indicaciones de un porquerizo que conducía por la plaza de la villa un carro repleto de escandalosos gorrinos. Rohan se acercó a la casa envuelto en su capa,

expulsando nubes de aliento. La puerta chirrió cuando la abrió y entró en la vivienda.

La estancia principal estaba abarrotada de soldados heridos: algunos de ellos se encontraban en el suelo de tierra y otros sentados en bancos, pero todos esperaban que les llegara el turno de ser atendidos. Algunos se masajeaban las maltrechas piernas, mientras que otros se sujetaban los brazos fracturados o se tocaban heridas en la cabeza que no se habían curado bien.

Claudine, la hija del médico, estaba explorando el hinchado absceso que un soldado tenía en el hombro.

—¿Tú atiendes a estos hombres? —le preguntó Rohan, que se había detenido nada más cruzar la puerta—. ¿Qué mal sufren?

—Fiebre tifoidea. Gangrena. Extremidades destrozadas que no se curan.

Rohan se aproximó unos cuantos pasos a la hilera de soldados que aguardaban junto a la pared. Claudine, sin embargo, negó con la cabeza.

—No os aconsejo que os acerquéis a ellos, mi señor.

Éste se detuvo.

—¿Por qué no?

—Puede haber algún miasma. Algo que corrompa el aire.

—Son compañeros de armas —respondió Rohan—. Correré el riesgo.

Y, tras esas palabras, se acercó a un joven soldado que sudaba debido a la fiebre.

—Tambor mayor Brebant, si no me equivoco —declaró Rohan—. Tomamos juntos la ciudad de Rochefort.

El soldado se frotó los ojos con el antebrazo y luego sonrió.

—¡Señor Rohan!

Rohan se inclinó hacia él.

—¿Estás enfermo?

El soldado asintió.

—Toda Francia sufre contigo.

La sonrisa del soldado desapareció al instante.

—¿Y el rey?

—El rey también.

Y, antes de que el soldado pudiera responder, Rohan se acercó al siguiente herido de la fila y luego al siguiente, para solidarizarse con ellos y expresarles las simpatías del rey.

Los nuevos proyectos arquitectónicos estaban desplegados sobre la mesa en la sala del Gabinete de Guerra y Luis los estudiaba detenidamente. Eran sólo primeros borradores, pero estaban bien pensados, por lo que el rey se sintió satisfecho. Libéral Bruand, el joven arquitecto, permanecía algo apartado mientras Luis iba analizando los detalles.

La puerta se abrió sin previo aviso y entró Rohan, que sonreía de oreja a oreja.

—Buenos días, sire —dijo—. Tengo muy buenas noticias.

El rey lo miró.

—Adelante.

—He visitado a algunos de los soldados. Por muchos males y penas que sufran, el afecto que sienten por vos es inquebrantable. No tardarán en cansarse de esta absurda rebelión. Manteneos firme, no hagáis concesiones y la batalla será vuestra.

—Me alegra oírlo.

Rohan se fijó entonces en los papeles que aún estaban sobre la mesa.

—¿Un nuevo día, un nuevo edificio?

Luis, sin embargo, se interpuso para evitar que viera los planos.

«Amigo, aún no puedes ver todo esto», pensó.

—Un asunto de gobierno —respondió.

Un destello de decepción asomó rápidamente a los ojos de Rohan, pero desapareció al instante. El joven saludó con una inclinación de la cabeza y se marchó, tras lo cual Luis volvió a concentrarse en los dibujos.

—Sire —dijo Bruand—, yo pondría el patio aquí y la capilla aquí.

—Con todos los respetos —respondió el rey—, mejor al revés.

Bruand ladeó la cabeza, reflexionó unos instantes y, por último, asintió.

—Buena idea, sire.

Mientras los dos hombres estudiaban los planos, el guardia que estaba junto a la puerta anunció una visita:

—Monsieur Marchal.

Fabien entró en ese momento con el ceño fruncido y un cartel bajo el brazo.

—Majestad —comentó—, se ha encontrado este letrero en la villa de Versalles.

Luis cogió el cartel y lo sostuvo en alto. Bruand, nervioso, fue desviando la mirada del rey al cartel y viceversa. El escrito decía así: «LUCHEMOS CONTRA EL TIRANO LUIS PARA OBTENER JUSTICIA».

Sin pronunciar palabra, Luis arrojó el cartel al suelo y concentró de nuevo toda su atención en los dibujos de la mesa.

Sorprendido por la ausencia de ira en la reacción del rey, Fabien no supo qué decir.

—¿Sire? —dijo al fin—. Ha corrido el rumor de que los albañiles se están quejando. Un hombre llamado Le Roure se ha hecho eco de su causa y viaja de ciudad en ciudad para conseguir apoyo, al tiempo que difunde ideas de sedición y revuelta. ¿Queréis que tome medidas?

—Aún no —contestó el rey.

Y, con un gesto de la mano, dio por terminada la discusión, lo cual dejó al jefe de seguridad perplejo y confundido, aunque no dijo ni una palabra.

Sophie estaba sentada a la mesa de la alcoba de su madre y lloraba desconsoladamente, con el rostro oculto entre los brazos. Béatrice se hallaba junto a ella, exasperada y encolerizada al mismo tiempo.

—Y ¿qué esperas que haga? —le preguntó—. ¿Decirte que todo esto tiene un final feliz?

—¡No tengo ni idea de quién soy!

—Naciste hace diecinueve años. Te quise, te cuidé y te mantuve todo lo a salvo que pude.

—¿Dónde nací? ¿Pau?

Béatrice vaciló.

—La Rochelle.

—¿Y mi padre? ¿Era noble?

—Era un buen hombre. Artista. Aplastado por las restricciones del rey.

Sophie levantó la mirada. Tenía los ojos enrojecidos y el rostro hinchado.

—Y ¿por qué el rey aplastó a mi padre?

—Por ser lo que era.

—¿Un criminal? ¿Un traidor?

—Peor aún: un protestante.

El silencio se adueñó de la atmósfera, un silencio angustioso que nada podía aliviar. En ese momento, Béatrice se fijó en un jarrón repleto de flores frescas sobre el aparador.

—Flores —dijo sin mucho entusiasmo—. Qué detalle.

Sophie se secó los ojos. Su madre se acercó al aparador y encontró una nota entre las hojas. La cogió y vio una «h» escrita en minúscula en el pliegue exterior de la nota.

—¿De quién son? —le preguntó Sophie.

Béatrice cogió su capa y se dirigió a la puerta.

—Me duele una muela. Tengo que ir a ver al boticario —afirmó. Luego observó a su hija y añadió—: Tardaré un poco.

A pie y envuelta en la capa para ocultar el rostro, Béatrice salió de palacio y se aventuró por las calles de Versalles con varias monedas en el bolsillo.

Tras volver a palacio cuando ya empezaba a oscurecer, no se dirigió a sus aposentos, sino al despacho de Fabien. No se molestó en llamar; abrió la puerta y lo encontró sentado a su escritorio, encorvado. Sujetaba en la mano una lupa con la que estudiaba un papel repleto de extraños símbolos. La habitación se hallaba en penumbra. La única vela encendida proyectaba una luz tan débil que pronto sería necesario sustituirla por otra.

—Os gustan mucho los libros, ¿verdad? —dijo Béatrice.

Fabien levantó la mirada sobresaltado.

—Ah..., sí —respondió—. Ahora mismo, estoy leyendo un tratado que habla sobre el espionaje en la Roma imperial —añadió al tiempo que dejaba la lupa.

—Me gustan los hombres que leen.

Béatrice salió de entre las sombras y se acercó al débil resplandor de la vela, al tiempo que echaba un vistazo al papel que descansaba sobre el escritorio. Se había puesto carmín en los labios y llevaba el pelo suelto, lo que le daba un aire seductor. Rodeó a Fabien y, al pasar por detrás de él, dejó resbalar un dedo por sus hombros. Luego abrió la puerta que estaba en el otro extremo del despacho. Fabien se puso en pie y la siguió.

La habitación que se encontraba al otro lado de la puerta era la sala de tortura del jefe de seguridad. En los estantes se acumulaban cuerdas, tenazas de hierro, grilletes, barrenas, martillos y atizadores. En las mesas aún se veían manchas resecas de sangre. Béatrice cogió unas esposas.

—¿Disfrutáis de vuestro trabajo?

—Yo no diría que disfruto, pero sí me satisface.

—¿No os perturba ver sufrir a otros?

—No presto atención a esas cuestiones.

Fabien se acercó a ella por detrás, le apartó el pelo y le rozó la nuca. Su piel era tan suave que el corazón empezó a latirle con fuerza contra las costillas.

—¿Los miráis a los ojos mientras los torturáis? —preguntó Béatrice.

—Siempre —respondió él.

La sujetó por los hombros y la obligó a volverse para besarla. Ella le dio un bofetón y le partió el labio, del cual empezó a manar sangre de inmediato. Luego resiguió con el dedo el rastro de la sangre y se lo lamió.

Fabien notó un escozor en el labio y observó a Béatrice, perplejo y fascinado a la vez. De modo que eso era lo que le gustaba.

—La línea que separa el dolor del placer es muy delgada —dijo.

—¿Hay una línea? —respondió ella—. No me había dado cuenta.

Y, tras esas palabras, lo empujó hacia un sillón y se sentó a horcajadas sobre él, con las faldas subidas hasta la cintura. Instintivamente, Fabien dirigió las manos hacia las nalgas desnudas de ella. «Oh, Dios», pensó. Béatrice le mordió el cuello como si se dispusiera a devorarlo. Él apretó los dientes y, de una sola sacudida, arrojó a la dama al suelo, se colocó a horcajadas sobre ella y le arrancó la parte superior del vestido, dejando así al descubierto sus generosos senos. Ella permaneció inmóvil, sonriendo y jadeando de placer.

De repente, sin embargo, Fabien se detuvo y dejó las manos suspendidas en el aire.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Yo... nunca he estado con una mujer.

Béatrice se echó a reír.

—¡Qué suerte la mía! ¡Pues tenéis mucho que aprender!

Le arrancó las calzas de golpe y las apartó a un lado. Fabien se puso en pie, ayudó a Béatrice a levantarse y la empujó contra la pared de la que colgaban cadenas y grilletes. Ella abrió las piernas para que él pudiera penetrarla, cosa que él hizo una y otra vez, mientras Béatrice gemía y se retorcía apoyada en la pared.

Ninguno de los dos advirtió que Laurene abría la puerta, contemplaba la escena horrorizada y volvía a cerrar enseguida.

Se hallaban en la silenciosa oscuridad de la alcoba de Enriqueta. Ella estaba recostada en los almohadones y Luis se encontraba a su lado. El débil resplandor de una vela iluminaba la cama y los rostros de ambos.

—La última vez que hablamos —dijo él—, no fui todo lo cortés que debería haber sido. ¿Recordáis aquellos veranos en que bajábamos al arroyo, de niños?

—Los recuerdo.

—El sendero discurría sobre una acequia, luego por delante de aquella granja en la que siempre ladraba un perro y, después, cruzaba un bosquecillo que creíamos encantado.

—Sí.

Luis guardó silencio. Enriqueta esperó, sin saber muy bien en qué pensaba él o qué sentía en aquellos momentos. Parecía estar enfrentándose a sus propios miedos.

—¿Por qué recordáis todo eso ahora, sire?

Luis le sonrió y en su sonrisa Enriqueta vio de nuevo a su amante, a su amigo.

—Siempre he creído que corría hacia aquel arroyo. Pero ahora pienso que a lo mejor no corría hacia él, sino que lo que estaba haciendo era huir. —Luis desvió la mirada y luego observó de nuevo a Enriqueta—. Cuando estoy con vos, estoy huyendo. Para estar con vos, regreso a nuestro pasado e ignoro todo lo que tengo justo delante. —Apoyó suavemente una mano en el vientre de Enriqueta y la besó en la frente—. No pienso seguir huyendo.

Tras esas palabras, se puso en pie y la dejó sola. Ella lo observó marcharse, desconsolada y perpleja ante la idea de que Luis la abandonara de nuevo.

Mientras Masson dormía en una silla de su cocina, una figura oculta bajo una capa entró por la ventana, abrió el armario marcado con la inscripción «XIV» y colocó un frasco azul junto a los demás frascos. Después, la figura salió de nuevo por la ventana y se perdió en la noche, mientras el médico se estremecía y luego seguía roncando, profundamente dormido.

Cuando la luz del sol reemplazó a las de las velas, Fabien se inclinó sobre su escritorio con la lupa en una mano y estudió el mensaje en clave. Laurene se hallaba de pie junto a él, con los brazos cruzados.

—Vi a Béatrice entrar en el burdel de la villa de Versalles —dijo en tono acusador—. Allí, habló con el boticario y le encargó dos frascos de arsénico.

Fabien deslizó la lupa sobre el papel.

—¿Y? Es un excelente remedio para el dolor de muelas. Yo mismo lo uso de vez en cuando.

—Y un frasco de Eros, que, según se dice, aumenta el vigor durante el apareamiento amoroso. —Fabien dejó la lupa y observó a su ayudante, que siguió hablando—: Cosa que me hace pensar que habéis... intimado con ella.

La voz de Fabien adquirió un tono gélido como el invierno cuando replicó:

—Te pago para que espíes a los demás, no a mí.

A continuación, señaló la puerta con un gesto de la cabeza para indicarle a Laurene que podía retirarse y luego concentró de nuevo toda su atención en el papel.

Bontemps condujo a los soldados en huelga por los amplios y resplandecientes corredores de palacio hasta llegar a la sala del Gabinete de Guerra, donde un sonriente Luis los esperaba con sus guardias. Los soldados, sucios y desaliñados, contemplaron la opulencia de techos y paredes, y en sus rostros fueron apareciendo expresiones de asombro, recelo y determinación. Algunos saludaron al rey a regañadientes, con una discreta inclinación de la cabeza, mientras otros se descubrían.

—Buenos días, caballeros —dijo Luis—. Es para mí un honor recibiros. Vivo aquí, pero éste no es mi hogar. Éste es el hogar de Francia y de sus aspiraciones.

Los hombres cambiaron el peso de un pie a otro, incómodos, pero no dijeron nada.

—Quiero daros las gracias por haberme demostrado que mi forma de pensar era equivocada. Habéis hecho bien en dejar las herramientas y negaros a trabajar.

Felipe apareció en ese momento junto a la puerta y Luis lo observó fijamente. «Lo que me dispongo a decir va por ti, hermano —pensó—. Más por ti que por estos hombres.»

—Os he convocado aquí en el día de hoy para pediros perdón y tratar de que recuperéis la fe en mí —prosiguió Luis—. Sois, todos vosotros, un ejército al servicio del rey, ya sea en el campo de batalla o en los andamios. Habéis arriesgado la vida por Francia. Es hora de que Francia os devuelva algo a cambio.

Y, tras esas palabras, Luis retiró la tela que cubría la mesa central y descubrió los planos de un imponente complejo arquitectónico, un edificio enorme y majestuoso repleto de habitaciones, jardines y patios.

—Este edificio se conocerá como Los Inválidos. Podrá vanagloriarse de poseer las mejores instalaciones médicas, así como un refectorio, varios dormitorios y una iglesia. Se situará en París, cerca del río. Todo soldado que haya resultado herido mientras luchaba por Francia podrá recibir tratamiento allí, y todo soldado que no haya podido regresar a su hogar podrá pasar allí el resto de su vida, rodeado de comodidades y sin tener que pagar absolutamente nada.

Luis le hizo un gesto a Bontemps, que dio un paso al frente con un recargado cofre en las manos.

—También he mandado acuñar una medalla en honor de nuestras recientes victorias —dijo Luis—. Deseo entregaros una a cada uno de vosotros. Pero el primero en recibirla será el hombre al que más le debo. Un valiente soldado al que todos conocéis. Felipe, duque de Orleans, al cual tengo el honor de llamar *hermano*.

Luis cogió una medalla del cofre, se acercó a Felipe y se la puso al cuello mientras los demás soldados seguían la escena fascinados. A continuación, Bontemps se encargó de distribuir el resto de las medallas y, con una actitud de lo más solemne y respetuosa, se las fue colgando del cuello a los otros soldados. Los combatientes intercambiaron miradas entre sí, como si quisieran cerciorarse de que aquello estuviera ocurriendo de verdad.

—¡Viva el rey! —gritó uno de los soldados al tiempo que alzaba un brazo.

Los demás hombres no tardaron en sumarse:

—¡Viva el rey!

—Temía que no vinieras —le dijo Luis a Felipe mientras los soldados se acercaban a la mesa para comentar los planos de Los Inválidos.

—Crees de verdad en lo que has dicho, ¿no?

Luis sonrió, pero no dijo nada.

Uno tras otro, los soldados fueron alejándose de la mesa para acercarse al rey con una expresión de humilde gratitud en el rostro. Uno tras otro, se fueron arrodillando ante el monarca, quien a su vez extendió una mano como si les otorgara su bendición. Felipe siguió la escena con una rabia creciente. Cogió la medalla que llevaba al cuello para observarla de cerca. Consistía en una imagen del rey, acompañada de la inscripción: *Ludovicus Rex Victori Perpetvo*.

—Las perpetuas victorias de Luis el Grande —murmuró.

Y, tras girar sobre sus talones, abandonó la sala.

Un soldado febril, de rostro enrojecido y labios cuarteados, se abrió paso entre los demás hasta llegar al rey.

—¿Majestad? —inquirió.

Luis le cogió una mano.

—Francia te da las gracias —le dijo.

El soldado, sin embargo, se inclinó hacia él y le susurró al oído:

—El enemigo está más cerca de lo que creéis.

Luis frunció el ceño.

—¿Qué enemigo?

Entonces, el soldado le escupió a la cara. Luis contuvo una exclamación y apartó al hombre de un empujón. Dos guardias se acercaron rápidamente y se llevaron a rastras al febril soldado.

—¡Ese pobre diablo está enfermo! —exclamó el rey, perplejo ante el ataque pero manteniendo al mismo tiempo la dignidad. Se volvió hacia Bontemps y le dedicó a su primer ayuda de cámara una mirada cargada de un significado tan siniestro como inequívoco—. Que lo atiendan.

Momentos más tarde, en la otra punta del palacio, Felipe irrumpió en la cámara de Enriqueta y le exigió a su esposa que partieran inmediatamente hacia su residencia en Saint-Cloud.

—¡Felipe! —exclamó ella, mientras se levantaba de la mesa—. Esperad, por favor. ¡Explicaos!

—Acabo de darme cuenta de que podemos elegir. No tenemos por qué hacer todo lo que él diga. ¡Hemos sido unos cobardes! Lo único que necesitamos es valor para enfrentarnos a él.

—No lo entiendo.

Felipe cogió a Enriqueta y la atrajo hacia sí.

—¿Qué es lo que de verdad deseáis? —gruñó—. ¿Queréis acompañarme o preferís quedaros aquí, esperando noche y día a que él llame a vuestra puerta?

Enriqueta vaciló.

—¡Marchémonos! —dijo Felipe—. Me da igual si el niño es suyo o mío. Será nuestro.

Ella retrocedió. En su mirada se adivinaban el miedo y la indecisión.

—¡Pero nuestra vida está aquí! Sois el hermano del rey. No podéis marcharos. Vos pertenecéis a este lugar. Los dos pertenecemos a este lugar.

—Si eso es cierto —gruñó Felipe con desdén—, entonces ya estamos podridos por dentro.

En el oscuro y decrépito interior de una remota iglesia hugonota, a una hora de viaje de Versalles, un hombre hablaba entre las sombras con alguien que había acudido a su encuentro.

—¿Se ha descifrado el mensaje en clave? —preguntó—. ¿Es seguro?

—Sí.

—Entonces tenemos que crear un nuevo código. Eso nos llevará algún tiempo. Hasta entonces, tendremos que vernos en persona. No me gusta correr riesgos.

La otra figura se acercó un poco. Béatrice.

—Me exigen documentos —dijo.

—Se os enviaron falsificaciones.

—Que apenas sirven de nada. ¿Cuándo recibiré otros?

—Preguntaré.

Béatrice negó con la cabeza.

—Yo misma me encargaré de mis documentos. Nuestra prioridad ha de ser el código. Si pueden leerlo, sabrán lo que pensamos. De todas maneras, ellos no saben que lo sabemos, lo que significa que disponemos de una oportunidad.

Luis se despertó en el silencio de su cámara. Se frotó los ojos y trató de ver algo en la oscuridad. ¡Allí estaba! Un movimiento, unas figuras en sombras que apenas distinguía.

—¿Eres tú, hermano? —preguntó.

Las figuras se acercaron y una débil luz amarillenta reveló los rostros de Felipe, Rohan, Colbert, Louvois y Fabien. Todos tenían los ojos cerrados, pero cuando los abrieron, Luis percibió sus miradas diabólicas y espantosas. Trató de sentarse, pero se dio cuenta de que tenía los brazos atados a los postes de la cama. Felipe se acercó a un costado del lecho, armado con una daga.

—¿Qué te propones? —aulló Luis.

—Lamento que las cosas hayan salido así —dijo su hermano con voz serena—. Pero te negabas a escuchar.

Enriqueta apareció entonces a la derecha de Felipe, sonriendo con aire triste. Luisa apareció a su izquierda: alzó ambos brazos y empezó a entonar la extremaunción:

—*Per istam sanctam unctionem et suam piissimam misericordiam...*

Felipe alzó la daga, que centelleó siniestramente.

«¡No, Dios bendito, no!»

—Se os olvidó hacer las paces con Dios, ¿no es así, Luis? —le preguntó Enriqueta.

Tras esas palabras de su esposa, Felipe hundió la daga en el pecho de Luis, que empezó a gritar y a retorcerse.

Despertó justo en el momento en que Bontemps, que parecía angustiado, se acercaba corriendo a su lecho.

—¡Majestad!

Luis, jadeante, sudoroso y aterrorizado, agarró a su primer ayuda de cámara de la camisa.

—¿Dónde está mi hermano? ¿Y Enriqueta?

—Ambos han partido hacia Saint-Cloud, sire.

Luis se sujetó la cabeza y gimió de dolor.

—¡Majestad! —dijo Bontemps—. ¡Estáis enfermo!

7

Otoño de 1670

El rey estaba sentado en una ladera de exuberante verdor, un paisaje que conocía pero que no acertaba a nombrar. Esparcidas por la ladera se encontraban las ruinas de antiguos edificios otrora espléndidos. Un hombre de barba blanca, ataviado con una túnica dorada, estaba reclinado sobre la hierba, escribiendo en una tablilla. Tenía un halo dorado sobre la cabeza y, tras él, posada en la hierba, un águila parecía montar guardia.

Justo en ese momento, Luis comprendió dónde se hallaba: dentro de un cuadro de Poussin, *Paisaje con san Juan en Patmos*. Se encontraba en la escena, sí, pero no formaba parte de ella.

«No quiero estar aquí —pensó—. ¡Tengo que ir a Versalles!»

San Juan alzó el rostro en ese momento y miró abiertamente a Luis. Su rostro, sin embargo, no era el del santo y anciano apóstol, sino el del soldado joven y febril que le había escupido a la cara al rey.

—Y el cuarto ángel derramó su copa sobre el sol —dijo el soldado al tiempo que levantaba un dedo amenazador— y le fue dado quemar a los hombres con fuego. Y el quinto ángel derramó su copa sobre la silla de la bestia, y su reino se cubrió de tinieblas.

De repente, el cielo empezó a cubrirse de nubes que se fundieron unas con otras hasta ocultar el sol. Los rayos iluminaron el cielo y se oyó el rumor de los truenos. Luis trató de ponerse de pie, de huir, pero no podía moverse.

San Juan parpadeó y el color de sus ojos pasó del azul al rojo encendido.

—¡El enemigo está más cerca de lo que crees! —gritó.

El águila emprendió el vuelo y se lanzó hacia Luis con el pico abierto y las garras afiladas como dagas. Luis gritó.

—¡Sire!

Oyó la voz amortiguada de Bontemps, que le llegaba desde el exterior de su pesadilla.

—¡Que venga el médico del rey! —gritó el primer ayuda de cámara—. ¡Ahora!

A mediados de octubre, Felipe había llevado a Enriqueta de nuevo a Versalles desde Saint-Cloud, pues el hermano del rey echaba de menos el ajetreo de la corte. Y a Chevalier. Nada más llegar, habían establecido la misma rutina de antes: Enriqueta en su apartamento y Felipe en el suyo.

Felipe y Chevalier, ambos en camisa de dormir, disfrutaban de una tardía fiesta en la cama de Felipe. Bebían vino y escuchaban a un adivino, que en ese momento les estaba leyendo la fortuna en la palma de la mano. El adivino, un joven de atractivos rasgos, estaba tendido sobre el

regazo de Felipe y sostenía la mano de Chevalier, cuya línea del corazón reseguía con un dedo. Éste se estaba aburriendo.

—Veo amor en vuestro futuro —ronroneó el adivino, al tiempo que guiñaba un ojo—. Mucho más de lo que cabe imaginar.

Chevalier arrugó la nariz en un gesto de desdén y se levantó de la cama.

—Me voy a regar las plantas —sentenció.

—Creo que eso es un «no» —dijo Felipe al tiempo que le acariciaba el pelo al adivino—. ¿Sabes?, cuando estaba en casa, en Saint-Cloud, tenía la sensación de que Versalles estaba a tiro de piedra. Pero ahora que me encuentro aquí, tengo la impresión de hallarme en un país lejano al otro lado del mar. ¿Me estás escuchando, Chevalier?

Su amante asintió con un gruñido y cruzó la estancia en dirección a la puerta que daba a la antecámara. Entró en la estancia, cerró la puerta y se detuvo junto a una bacinilla. Se levantó la camisa de dormir y se dispuso a orinar.

De repente, una mano enorme le cubrió la boca y notó en la entrepierna una navaja tan fría como afilada. El flujo de orina se interrumpió de golpe y Chevalier resopló aterrorizado. El hombre que estaba tras él le susurró al oído en tono amenazador:

—No respondisteis a mi último mensaje.

—Si he de ser sincero —contestó él, tratando de mantener la calma—, no me pareció que fuera tan urgente.

El filo de la navaja presionó con más fuerza el pene de Chevalier, hasta el punto de dejarle una marca en la piel.

—¿Os lo parece ahora?

—Soy todo oídos.

—Leed y seguid las instrucciones.

El hombre le puso una carta en la mano y le subió la camisa de dormir por encima de la cabeza. Cuando Chevalier consiguió bajársela de nuevo, estaba solo.

—¿Chevalier? —lo llamó Felipe desde el otro lado de la puerta.

Él se escondió la carta bajo la camisa de dormir y salió de la antecámara, con la esperanza por un lado de vislumbrar al hombre que acababa de atacarlo pero rezando al mismo tiempo para no verlo.

Un mensajero del rey entró apresuradamente en los aposentos de Felipe, sin previo aviso, y se dirigió al hermano del rey, que seguía en la cama.

—¿Es que te has criado en un establo? —le espetó Felipe.

—¡Debéis venir de inmediato! —dijo el mensajero—. ¡El círculo del rey!

Felipe apartó al adivino de un empujón.

—¡Ve a despertar a mi esposa! ¡Ahora! —le ordenó al mensajero mientras cogía a toda prisa sus calzas y su camisa.

Chevalier se vistió también apresuradamente y siguió a Felipe hacia el corredor.

—Tengo que hablar contigo —le dijo correteando para alcanzarlo.

—Todavía estás borracho —respondió Felipe mientras negaba con la cabeza—. Puede esperar.

—¡No entiendes lo urgente de mi necesidad!

—Todas tus necesidades son igual de urgentes.

—¡Pero se está formando una gran corriente! ¡Afecta a tu futuro en la corte! ¡A tu lugar en el centro mismo!

—¡Vete a dormir, por favor!

Doblaron una esquina, aún el uno junto al otro, y se toparon con varios guardias a las puertas de la sala del Gabinete de Guerra. Los guardias se apartaron para dejar paso a Felipe, pero enseguida volvieron a cerrar filas para impedirle el acceso a Chevalier.

Un grupo de inquietas personas se habían congregado en el interior de la sala, donde aguardaron hasta que Bontemps y Colbert hubieron cerrado la puerta. El único sonido que se oía era el del reloj que marcaba el paso del tiempo en la repisa de la chimenea, entre escudos y espadas.

Colbert fue mirando uno a uno a los presentes: Felipe, Louvois, Fabien, María Teresa, Enriqueta y Rohan.

—En el libro de nombres del rey encontraréis un círculo de confianza, formado por aquellos a los que él considera más leales, fieles y sinceros. Vuestros nombres son los que forman esa lista. Este círculo de confianza no puede romperse, porque todos sabemos lo que está en juego.

A Enriqueta se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Cómo se encuentra el rey?

—La fiebre lo consume —respondió Bontemps.

Colbert asintió con gesto solemne.

—El protocolo exige que empecemos a pensar en el tema de la sucesión.

—No quiero ni oír hablar de ello —dijo Felipe.

—El rey es más fuerte que cualquier enfermedad —añadió Rohan—. ¡Más fuerte que un centenar de fiebres!

Colbert alzó una mano.

—Aunque esperemos lo mejor, debemos prepararnos para lo peor, ya que...

—¿Dónde ha contraído esas fiebres? ¿Estamos seguros de que no lo han envenenado?

Bontemps observó a Fabien, que de inmediato tomó la palabra.

—Sea cual sea la causa, la descubriré.

—Espero que tengáis más éxito.

—«¿Más?»

—Que un hombre enfermo pueda llegar con tranquilidad hasta el rey no parece precisamente una victoria.

—El delfín es el sucesor directo, pero necesitaremos un regente —dijo Louvois.

—El protocolo es muy claro —intervino Colbert—. Si el rey...

—¡No lo digáis! —le espetó Rohan.

—Si el rey muere o queda incapacitado para ejercer sus obligaciones, se nombrará a un regente.

—Pero... ¿quién? —preguntó la reina.

—Eso —apuntó Colbert— es lo que debemos decidir.

Los integrantes del círculo del rey se miraron unos a otros, mientras el reloj seguía marcando el paso del tiempo.

Masson y Claudine entraron en la cámara de su majestad por la puerta secreta de la parte posterior y encontraron a Luis en la cama, delirando y empapado en sudor. Bontemps y María Teresa se hallaban junto a él, con el rostro contraído por el miedo.

Masson examinó al rey y luego cogió un frasco de su maletín. Ayudó al soberano a levantar la cabeza de la almohada.

—Bebed esto, majestad. Es un tónico de hierbas, a base de láudano, azafrán y clavos de olor machacados. Os aliviará el dolor y os ayudará a descansar.

Luis apartó el rostro del frasco y dirigió a Claudine una mirada angustiada. La joven negó casi imperceptiblemente con la cabeza.

—Sire, os suplico que escuchéis a vuestro consejero médico de confianza —dijo Masson, acercando aún más el frasco a los labios del rey.

Luis miró a Claudine de nuevo.

—¿Qué... qué opinas? —musitó con los labios resecos por culpa de la fiebre.

Claudine observó a su padre y luego de nuevo a Luis.

—Al... al principio, las enfermedades son fáciles de detectar pero difíciles de curar. Con el tiempo, sin embargo, si se permite que un mal siga su curso, será fácil de detectar pero difícil de curar.

—La última vez que tuviste fiebre, ¿qué medidas tomaste?

—Para permitir que mi propio cuerpo la combatiera, fue necesario purgarlo. Existe una hierba, la artemisa, que crece en las lindes de los bosques.

Luis asintió con gran esfuerzo.

—Ve a buscar tu remedio —le ordenó Bontemps a Claudine—. Y rápido, pero con discreción. Nadie debe saber que el rey está enfermo.

Mientras la joven se marchaba de forma apresurada, Luis volvió el rostro hacia Masson.

—Marchaos.

—Pero, sire —dijo él—, debe atenderos un médico.

—Marchaos todos. Y que venga madame de La Vallière.

El rey se dejó caer sobre las almohadas, exhausto, y la enfermedad lo sumió de nuevo en un agitado sueño.

Madame de Montespan encontró a Enriqueta y a María Teresa en el corredor que llevaba a los aposentos privados de la reina, y tomó del brazo a la duquesa.

—¿Tenéis alguna noticia? —inquirió frunciendo el ceño. Los labios le temblaban—. El rey no ha asistido a misa, y ya sabéis lo mucho que le gusta a la corte chismorrear.

La reina apartó la mirada.

—¡Majestad, por favor! Los rumores se multiplican. Sólo la verdad puede detenerlos.

—Su majestad no se encuentra bien —dijo la reina—. Eso es todo.

—Y ¿a qué viene tanto secreto?

—Es para que no empiecen a correr rumores —añadió Enriqueta.

—¿Se lo ha dicho alguien a madame de La Vallière?

La reina asintió.

—Se lo dirán.

—Entonces... es grave.

María Teresa miró a Enriqueta y luego asintió.

—Y ¿qué... qué ocurrirá si...? —empezó a preguntar Montespan.

—No hay ningún «si» —replicó Enriqueta con severidad—. El rey se pondrá bien.

Tras esas palabras, Enriqueta y la reina se alejaron y dejaron sola a madame de Montespan.

—¡Sí, desde luego que se pondrá bien! —les dijo ésta, aunque tuvo la sensación de que ya no la oían.

Encorvado sobre su escritorio en su minúscula habitación, Cassel mojó la pluma en el tintero y se dispuso a escribir. En ese mismo instante, varios goterones de agua cayeron del techo y aterrizaron en su papel. Levantó la mirada airado, y otra gota le cayó justo en el ojo. «¡Maldición! —pensó—. ¿Es que un noble no puede ni tener un armario sin goteras?»

Mientras se recostaba bruscamente en su silla, frustrado, vio que alguien deslizaba una nota bajo su puerta. Se levantó de un salto, la cogió y abrió.

Pero no había nadie.

Le echó un vistazo a la nota. Llevaba el mismo sello de cera que ya había visto antes.

En los límites del bosque, mientras caía una fina lluvia, Montcourt cazaba con su spaniel. El perro echó a correr entre los árboles en busca de un faisán, pero regresó con una nota atada al collar. Montcourt reconoció el familiar sello de cera.

No había nada al otro lado de la ventana que deseara ver, pero Chevalier siguió observando de todas formas. Siguió con la mirada las nubes, una bandada de pájaros y una mosca tardía que se arrastraba por el otro lado del cristal. Cuando oyó a Felipe entrar en la cámara, no se volvió.

—Si al rey le duele la cabeza —dijo—, tal vez sea por el vino de anoche. Ya sabes lo que dicen: «Nada como un trago de vino para pasar la resaca». Pero... ¿a quién le apetece alcohol con el desayuno? —añadió al tiempo que percibía la mirada airada de Felipe—. ¿He dicho algo inconveniente? Vamos, ¿cómo se encuentra el rey?

Su amante apretó los puños y volvió a relajarlos. Por un momento, dio la sensación de que tenía algo que decir, pero no se atrevía a hacerlo.

—Háblame —pidió Chevalier, volviéndose al fin—. ¿A qué viene tanto secreto?

Felipe se acercó a la mesa, cogió una copa medio llena de vino pero enseguida la dejó caer. El vino corrió por la superficie de la mesa como si fuera sangre.

—Tienes que darme tu palabra.

—Por la vida de mi padre.

—Tu padre está muerto.

—Por la de mi madre, entonces.

—Olvídalo.

Chevalier se acercó a Felipe y lo agarró del brazo.

—Tu dolor me aflige.

—Dame tu palabra, entonces. De que lo que te diga no saldrá de aquí.

Chevalier se llevó una mano al corazón.

—Por mi vida. Te doy mi palabra.

Felipe pasó un dedo por el vino derramado.

—Mi hermano está muy enfermo.

—Siempre he dicho que serías un rey maravilloso.

Felipe lo fulminó con la mirada.

—Ya basta.

—¿Estás hablando en serio? Dios santo.

—Está gravemente enfermo. Si muere, es posible que me nombren regente.

—No tenía ni idea.

Felipe lo agarró por el cuello de la camisa.

—Ni una palabra a nadie. Son tiempos difíciles, pero sé que, si estás a mi lado, puedo superarlo todo.

—Desde luego. Ahora necesito salir a tomar el aire. Ven, acompáñame.

—No puedo —explicó Felipe vacilando—. Tengo que... pensar.

Chevalier llamó al lacayo que estaba junto a la puerta para que le llevara el abrigo. Cuando ya se disponía a marcharse, Felipe dijo:

—¿A qué te referías cuando dijiste que se estaba formando una gran corriente? —le preguntó.

Chevalier se volvió y se observaron fijamente el uno al otro.

—¿Eso dije? Debía de estar borracho.

El hedor era nauseabundo: un olor a enfermedad tan intenso que Felipe se tapó la nariz al entrar en la cámara del rey. Los demás permanecían apartados, observando con impotencia al monarca mientras éste se debatía en un sueño agitado. Felipe lo observó también y se sintió incómodo al ver a su hermano tan frágil y tan necesitado de ayuda.

Instantes más tarde, Rohan entró en la estancia y miró a los demás en busca de autorización para acercarse al monarca, pero Bontemps negó con la cabeza.

—Sólo su médico puede acercarse a él.

Rohan asintió.

Transcurrieron varios angustiosos minutos más, hasta que Felipe se decidió finalmente a hablar.

—¿Dónde está el médico del rey?

—Ha ido a buscar un remedio —le respondió Bontemps.

—Dios santo, y ¿dónde vive? ¿En Marsella? —aulló Felipe al tiempo que se acercaba a la cama.

Rohan, sin embargo, lo agarró por un hombro para impedírselo. Felipe se volvió y lo fulminó con la mirada.

—¡No es un leproso!

—No es seguro —dijo Rohan.

Felipe contempló con frialdad al amigo de la infancia del rey.

—¿Habéis olvidado con quién estáis hablando?

Se acercó a la cama, le cogió con delicadeza la mano a Luis y rezó una breve oración. Su hermano se estremeció y abrió muy despacio los ojos. Obligó a Felipe a acercarse para susurrarle al oído:

—Mete tu hoz, y siega; porque la hora de segar te es venida, porque la mies de la tierra está madura.

Felipe notó un escalofrío en la espalda. Estaba familiarizado con la Biblia y sabía que el pasaje que seguía al que Luis acababa de citar hablaba de sangre, de muerte y del Apocalipsis. Lo único que se le ocurrió fue darle unos golpecitos a su hermano en el hombro para tranquilizarlo, pero también para tranquilizarse a sí mismo.

En la antecámara del rey, Enriqueta, María Teresa, Louvois, Fabien y Colbert aguardaban audiencia con el rey. Colbert hizo un gesto despectivo al darse cuenta de que Enriqueta estaba encinta.

—Madame, en vuestro estado no deberíais haber venido.

Ella alzó la barbilla.

—No me apartaré de mi rey.

—Estamos todos preocupadísimos —dijo la reina—. Claro que debe estar aquí.

—Nos han llegado noticias de que hay casos de tifus entre las tropas —afirmó Louvois.

—Dejemos la medicina a los médicos —replicó Colbert—. El Consejo debe reunirse para trabajar en el tema del gobierno. Y, majestad —dijo volviéndose hacia la reina—, vuestra presencia será bienvenida en nuestras conversaciones.

—¿Cuándo debemos reunirnos? —preguntó María Teresa.

Antes de que Colbert pudiera responder, sin embargo, el sacerdote Bossuet pasó ante ellos y entró en la alcoba del monarca. La reina se persignó.

—Nos reuniremos lo antes posible —respondió Colbert.

Y madame de Montespan, oculta en un rincón, lo oyó todo.

Claudine estaba recogiendo muestras de los tarros que guardaba en el armario de la cocina y depositándolas en un gran maletín cuando su padre entró tambaleándose. Masson farfulló algo, extendió un brazo hacia el estante del armario y arrojó al suelo el resto de los tarros.

—¡Jezabel! —gritó—. ¡Dalila!

Claudine le sujetó el brazo.

—¡Contrólate, padre! ¡Ya es suficiente!

—Tal vez me hayas rapado las siete guedejas y me hayas vendido a los filisteos, ¡pero aún no estoy acabado!

Y, tras esas palabras, giró en redondo y abofeteó brutalmente a su hija. La joven cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza con el canto de la puerta. Masson se la quedó mirando y contempló su cuerpo inmóvil. Asintió satisfecho, y procedió a rebuscar en el maletín de su hija, donde encontró un frasco de láudano. Bebió un trago y luego otro.

De repente, notó un violento calambre en el estómago y se aferró a la mesa, jadeando. Con la mirada empañada por el dolor, observó a su hija, aún inmóvil en el suelo, y un único pensamiento se abrió paso en su mente: «Dios bendito, la he matado».

Se arrastró hacia ella, le puso una mano sobre el brazo y sollozó.

—Perdóname.

En ese momento notó un calambre aún más violento en el estómago, como si alguien se lo estuviera retorciendo, y se desplomó.

Cuando Claudine finalmente se despertó, le palpitaba la cabeza y tenía la mente espesa. Haciendo un gran esfuerzo, consiguió abrir los ojos y allí a su lado, tendido junto a ella, vio a su padre. Tenía un frasco vacío de láudano en la mano y sangraba por la boca.

La joven se arrodilló y sujetó con ambas manos el rostro de Masson.

—¡Padre! —lo llamó.

Masson no respondió.

—¡Padre! —lo llamó de nuevo—. ¡Padre!

Tras ella, la puerta se abrió de golpe. Claudine se volvió y encontró a Bontemps.

—¡Ayudadme! —le suplicó—. ¡Se está muriendo!

En los ojos de Bontemps apareció una mirada de compasión, pero habló en tono perentorio:

—Debéis acompañarme. Es el rey.

Claudine se volvió con el corazón desbocado para observar a su padre.

—Ambos sabemos quién es de verdad el médico del rey —dijo Bontemps.

—¡Pero mi padre morirá!

—Lo mismo que vuestro rey.

Claudine unió ambas manos y las sostuvo en alto ante Bontemps.

—No me obliguéis a elegir. Es la única familia que tengo.

—Salvad a vuestro padre o salvad a Francia —respondió el primer ayuda de cámara—. Vos decidís.

El soldado que le había escupido al rey se despertó atado a una mesa en la siniestra sala de tortura. Fabien, el jefe de seguridad, lo observaba con un gesto de desdén.

—¿Estás muerto? —le preguntó.

El soldado se pasó la lengua por los agrietados labios.

—A vuestras manos o a manos de mi enfermedad, poco importa. Lo estaré pronto.

—Nadie duda de tu destino. La cuestión es la intensidad de dolor que tendrás que soportar durante el viaje.

Laurene entró en ese momento, con el rostro arrebolado por la emoción.

—Estaba en la lavandería —dijo—. Y mirad lo que he encontrado en un bolsillo.

Fabien extendió una mano. Su ayudante recuperó la carta que llevaba escondida en la falda, la desdobló y se la tendió. Era un mensaje en clave.

—Los mismos símbolos —dijo Laurene—. Puede que sea analfabeta, ¡pero éstos son como los que vi en vuestro libro!

El jefe de seguridad cogió la carta y la estudió. Luego se volvió hacia el soldado.

—No te vayas a ninguna parte.

Laurene y Fabien abandonaron la sala de tortura para dirigirse al despacho y cerraron la puerta tras de sí.

Fabien cogió el código y se puso a trabajar en el mensaje en clave. Laurene permaneció allí cerca, maravillada ante la idea de haber conseguido algo tan importante. No se movió, a pesar de que a Fabien completar su trabajo le llevó el mismo tiempo que tardaba en consumirse una vela y media. Finalmente, el jefe de seguridad del rey se levantó y se puso la chaqueta.

—Hoy está prevista una reunión. ¿Está listo mi caballo?

—Se le ha dado de comer y de beber esta mañana.

Fabien agitó la carta mientras se dirigía a la puerta.

—Has hecho un buen trabajo.

Bontemps y Claudine entraron en la cámara del rey a través de la puerta secreta, pero el rey no estaba. El guardia contemplaba fijamente la pared.

—¡Guardia! —lo llamó Bontemps—. ¿Dónde está el rey?

—Su majestad me ha ordenado que clavara la mirada en la pared, pero aún no me ha dado permiso para volverme.

Bontemps dejó a Claudine en la cámara, abandonó a toda prisa el apartamento del rey y se dirigió al corredor. Una vez allí, se detuvo sobre sus propios pasos y observó a su amo con una mezcla de compasión y horror.

El rey estaba bailando. En el centro del pasillo, con la camisa de dormir empapada de sudor, Luis giraba y daba vueltas sobre sí mismo, balanceando la cabeza hacia adelante y hacia atrás como si siguiera el ritmo de una inexistente melodía. Vio a Bontemps y le indicó por señas que se acercara.

—¡Ah, aquí estás! No sabría decirte si se trata de una *courante*, una *pavane*, un *passacaille* o una *gavotte*.

Bontemps, aterrado, le habló con la mayor delicadeza.

—Sire, deberíais volver a la cama. Vuestros médicos...

—¡Bontemps! Acabo de inventar una nueva danza. Y quiero que mis cortesanos la bailen.

—Muy bien, sire, pero antes...

Luis se detuvo durante un segundo.

—Todo el mundo debe aprenderla de inmediato. Tráeme pluma y papel. Y a un jardinero.

Bontemps lanzó una mirada a los guardias, que estaban allí cerca, y luego observó de nuevo al rey.

—¿Jardinero?

—¡Jacques! Mi jardinero. Tráemelo. Me imagino esta danza en un jardín, en una *orangerie* repleta de árboles en flor —dijo el rey antes de ponerse a bailar de nuevo. Inclinó la cabeza hacia su primer ayuda de cámara—. Bontemps, baila conmigo. Eso es. Sígueme. Primero, un *pied largi*, luego *sissonne, pirouette*, y luego *pas de bourrée, contretemps*...

Bontemps, un tanto humillado, obedeció y trató de seguir los pasos del rey, pero tropezó torpemente.

—Los bailarines girarán en torno al sol en orden de rango —dijo Luis mientras giraba—. El rey, un emperador, un papa, un peón, un niño, y así en orden de importancia. Si quieres puedes ser papa, Bontemps.

Él asintió, no muy convencido.

—Si éstos son los pasos, sire, entonces vuestra danza es un *passacaille*.

«¡Qué débil está! ¡Y qué pálido! ¡Tengo que llevarlo a la cama si no quiero que muera aquí!», pensó.

Luis dejó de bailar. Entornó los ojos y bajó la cabeza, como un animal que se preparara para atacar.

—No confío en ti. No confío en nadie. ¡Guardias! ¡No conozco a este hombre!

Bontemps retrocedió.

—¡Majestad, por favor!

—¡Necesito a mi jardinero! ¡Se acercan mis enemigos!

Bontemps se volvió hacia los guardias.

—¡No miréis! —les ordenó.

—¡Guardias! ¡Quieren matarme! ¡Traedme a Jacques!

En ese momento, Luis puso los ojos en blanco y se desmayó. Bontemps se precipitó hacia él y lo sujetó entre los brazos. Mientras lo arrastraba de vuelta a su apartamento, el rey murmuró:

—Mi jardinero sabrá lo que hay que hacer.

El viento de última hora de la tarde azotaba los muros medio en ruinas de la iglesia hugonota, lo que provocaba que las deterioradas tejas sueltas se movieran. Montcourt echó un vistazo a su alrededor, tras lo cual se apresuró a entrar y a cerrar la puerta. Vio a Cassel en uno de los pocos bancos que aún quedaban en el interior y fue a sentarse junto a él.

—Arriesgamos la vida al venir aquí —le dijo—. He tenido que esconder mi caballo a media legua de distancia.

—Eres tú quien quería hablar —se burló Cassel—. ¿A qué vienen tantas prisas?

Montcourt se reclinó en el banco.

—Un momento. ¿No sois vos el autor de esta carta?

La puerta se abrió de golpe. Sobresaltados, los dos hombres se volvieron y divisaron a varias figuras, todas ocultas bajo capas, que entraban sigilosamente en la iglesia.

—Parece que no somos los únicos que comparten un propósito —dijo Montcourt mientras los recién llegados ocupaban otros bancos y luego se quitaban las capuchas. Todos eran nobles.

—¿Propósito? —preguntó Cassel—. Y ¿cuál es, exactamente?

—El propósito es la revolución —dijo una voz.

Una voz femenina. Una voz que les resultaba familiar. Los hombres volvieron la mirada hacia la parte delantera de la iglesia. Y allí, junto al altar, se encontraba madame de Clermont. Béatrice. Ataviada con un vestido nuevo que alguien, de forma anónima, le había hecho llegar el día anterior. En su rostro se adivinaba una expresión de férrea determinación.

—¡Estamos corriendo un riesgo tremendo! —aulló Cassel—. ¿Y si hubieran interceptado nuestras comunicaciones? O, peor aún, ¿y si las hubieran descifrado?

—Las han descifrado —afirmó Béatrice.

Montcourt contuvo una exclamación.

—Entonces ¿conocen nuestra posición?

—Cuando se descifra un mensaje en clave, siempre se presenta una oportunidad —respondió ella—. Escribí un nuevo mensaje y me aseguré de que lo encontraran. El mensaje convocaba una reunión hoy mismo, en el otro extremo de París. Aquí estamos bastante seguros.

Chevalier, al fondo de la iglesia, se puso en pie y golpeó el banco con un puño.

—¡Prima! —exclamó—. ¿Qué diantre hacéis vos aquí?

Ella le lanzó una mirada fría y retadora a Chevalier, que seguía esperando respuesta. Sin molestarse en contestar, Béatrice se concentró de nuevo en todos los presentes.

—Pertenecemos a distintas confesiones —dijo—, pero todos rezamos ante el mismo altar: la Iglesia de la Francia viva. Rezamos para liberarnos del tirano Luis, para que una nueva Francia renazca de sus cenizas. —Hizo una pausa y fue mirando a todos los presentes, uno a uno—. Se acerca el gran momento. El rey ha contraído unas fiebres. Su enfermedad empeora. Es el momento de planear nuestro futuro. Pero traigo una buena noticia: no estamos solos. Tenemos amigos ricos y poderosos, algunos de ellos en la corte y otros en el extranjero, que observan atentamente. Todos están listos para ayudarnos. —Béatrice introdujo una mano bajo la manga del vestido y cogió un papel que llevaba sujeto entre los pliegues de la tela—. Es un mensaje de apoyo llegado desde las Provincias Unidas. Guillermo de Orange será pronto estatúder, comandante del ejército y almirante de la flota. En esta carta, jura apoyar a quienes se enfrenten al rey Luis. Y no sólo con palabras, sino también con dinero, materiales, influencias y armas.

—Ya he oído bastante —dijo Chevalier—. Gracias por esta función de títeres.

Béatrice señaló a su primo.

—¡Chevalier de Lorraine! No confundáis a la mujer que conocíais hasta ahora con la mujer que veis aquí. No tenéis ni la menor idea de con quién estáis tratando. Es mucho lo que podéis obtener gracias a nuestra causa. Os espera una reunión en París. Haced campaña entre quienes os apoyan aquí. Sé que son muchos.

Chevalier observó a los presentes y luego miró de nuevo a su prima.

—Empiezo a preguntarme si de verdad somos familia.

Béatrice levantó la mirada hacia las vigas y prosiguió hablando con entusiasmo:

—Francia renacerá y Versalles no será más que un capricho olvidado. El sueño de un rey enfermo. Si nos dividimos, fracasaremos; pero si nos unimos, no hay nada que no podamos conseguir. Larga vida a la república de los nobles. ¡Larga vida a los auténticos herederos de Francia!

Fabien galopaba a lomos de su caballo por un sinuoso camino al sur de París. Lo seguían de cerca dos mosqueteros. En ese instante, el jefe de seguridad tiró de las riendas y se detuvo en un campo invadido por los hierbajos. En el centro mismo del campo se alzaba una abadía abandonada cuyos muros de piedra cubrían las enredaderas. Fabien bajó de su caballo y, por gestos, indicó a los mosqueteros que guardaran silencio y estuvieran preparados. Muy despacio, sin hacer ruido, se dirigió a la entrada y echó un vistazo al interior, dispuesto a enfrentarse a los traidores cuyo mensaje en clave había descifrado.

La abadía estaba desierta.

Fabien giró bruscamente sobre sus talones y subió a su caballo.

—¡Alguien nos ha tendido una trampa!

Un lacayo acompañó a Jacques hasta el interior de la alcoba del rey. El jardinero tenía los ojos entornados y caminaba con paso vacilante. Sudando, miró a Bontemps primero, después a Claudine y por último a Luis, a la espera de que alguien le dijera qué debía hacer.

—No te dirijas al rey a menos que él se dirija antes a ti —le advirtió Bontemps.

Jacques asintió. En ese momento, Luis se movió en la cama y abrió los ojos.

—Más cerca —dijo.

—Sire —intervino Bontemps—, vuestros médicos lo han prohibido.

El monarca miró a Jacques.

—¿Temes acercarte a tu rey? ¿Temes a la muerte?

—No, sire —respondió Jacques—. Para mí no tiene mayor misterio.

—Entonces, acércate.

Jacques se aproximó a la cama.

A Luis le temblaron los carrillos y tragó con dificultad.

—Cuéntame alguna historia de mi padre —dijo—. Tu madre lo amamantó a él antes que a ti. Lo cual os convierte en hermanos de leche, ¿no es cierto?

Jacques asintió.

—La historia, pues.

El jardinero asintió de nuevo.

—En una ocasión, llegó a nuestras costas un emisario procedente de Japón —empezó a decir—. Le traía a vuestro padre un texto originario de China, un texto que, según dijo el emisario, habían leído todos los samuráis del Ejército Imperial. Su autor era un hombre llamado Maestro Sun, y el texto era *El arte de la guerra*. Vuestro padre, que yo sepa, nunca llegó a leer el libro, pero sí lo hizo uno de sus ministros. Y de él extrajo una máxima fundamental: «Aparenta ser débil cuando eres fuerte y fuerte cuando eres débil».

—Mi padre no me habló nunca de ese volumen.

—Tal vez quiso hacerlo, pero no tuvo la oportunidad.

—Tú mataste por mi padre. Y tal vez un día te pida que hagas lo mismo por mí.

Los dos hombres intercambiaron una sonrisa.

—Ahora debéis descansar, sire —dijo Jacques.

Luis intentó sonreír de nuevo, pero el dolor era demasiado intenso.

—¿Le ordenas a tu rey que se vaya a la cama?

—Únicamente para protegerlo.

El soberano apoyó la cara en la almohada.

—Sólo hay cuatro hombres en este mundo en los que confíe. Bontemps, mi primer ayuda de cámara. Fabien, mi jefe de seguridad. Rohan, mi mejor amigo. Y tú —dijo. Tosió y luego continuó—: Mis enemigos están cerca.

—Lo están, sire.

—Me ven. Ven a mi familia, a mis amigos, a mis ministros y a sus colegas. —Por señas, le indicó a Jacques que se acercara—. Pero a ti no te ven.

Tras esas palabras, Luis sucumbió a un violento ataque de tos.

Bontemps le ordenó al jardinero que saliera y empujó rápidamente al sacerdote hacia la cama. El cura le hizo al rey la señal de la cruz en la frente y murmuró la plegaria de la extremaunción. Luis trató de apartarse del sacerdote, pues el roce de sus dedos le quemaba como

las llamas del infierno y sus palabras le abrasaban los oídos como pedazos de carbón al rojo vivo. Intentó ordenarle que se marchara, pero el calor que experimentaba era tan intenso que ni siquiera podía hablar.

«¡Marchaos! ¡Fuera de aquí! ¡Me estoy abrasando!»

Y, en ese momento, un arcoíris se formó sobre él, trazando una curva por encima de la cama, y el aire se impregnó de colores vivos y radiantes. Luis se sentó e intentó alcanzarlo para olvidar su dolor y hallar alivio en aquellos tonos relucientes. Una ninfa apareció entonces junto a su cama, a lomos de un caballo de color verde pálido. Llevaba una armadura de espejo, en la que se reflejaba el rostro del monarca, y una gran espada en la mano. Le sonrió al rey y, al hacerlo, mostró colmillos de lobo, afilados y ensangrentados.

Luis se escurrió hacia el borde de la cama. La ninfa levantó la espada y Luis inclinó la cabeza en un gesto de rendición. «¡Hazlo ya! ¡Hazlo ya!» Oyó el ruido de la espada al cortar el aire en su descenso.

Y, en ese momento, cayó bruscamente hacia atrás, escupiendo sangre.

—¡La muerte está aquí y tras ella vendrá el infierno! —aulló mientras María Teresa se precipitaba hacia él y lo tomaba entre sus brazos.

La ninfa y el arcoíris se habían esfumado para regresar al reino de las pesadillas.

La habitación estaba helada, pero el fuego resultaba cálido. Enriqueta se sentó junto al hogar y contempló el crepitar de las llamas doradas. Sophie estaba sentada a su lado, en silencio, cosiendo puntillas a un pañuelo. En ese momento, Enriqueta oyó a madame de Montespan entrar en la estancia. Echó un vistazo a su alrededor y después se concentró de nuevo en el fuego.

—Cada vez son más los que hablan.

—Rumores —le respondió Enriqueta.

—Pero... ¿y sin son ciertos? Dicen que tal vez regresemos a París.

Sophie dejó de coser y frunció el ceño.

—Y ¿por qué íbamos a regresar?

—No vamos a regresar —intervino Enriqueta.

Montespan se acercó al fuego y extendió las manos para calentárselas.

—Con el rey tan enfermo, ¿qué ocurrirá si no podemos hacerles frente? ¿Y si le arrebatan todo lo que ha construido?

—Sus hombres son leales. Jamás lo traicionarían.

—Despertad de una vez, por favor.

Enriqueta se puso bruscamente en pie.

—¡Estoy completamente despierta, madame! Y sé mucho mejor que vos lo que nos depara el futuro si nuestros peores temores se confirman.

Madame de Montespan se encogió un poco, pero le sostuvo la mirada a Enriqueta.

—Si eso sucede, vuestras influencias aumentarían. Espero que, llegado el caso, sigáis viendo con buenos ojos a vuestros amigos.

—Nosotras apoyamos a nuestros hombres —dijo Enriqueta, volviendo de nuevo la vista hacia el fuego—, pero los hombres sólo piensan en sí mismos. ¿Quién puede apoyar a una mujer, aparte de otra mujer?

A solas en su apartamento, Béatrice dio los elaborados toques finales a varias hojas de papel. Las abanicó para que se secaran y luego las arrugó para que parecieran antiguas. Por último, las recogió y abandonó su apartamento.

Encontró a Colbert sentado a su mesa en la sala del Gabinete de Guerra, leyendo. Después de que se anunciara su llegada, Béatrice aguardó junto a la puerta hasta que Colbert le hizo una seña.

—Ah, madame de Clermont.

—Tal y como os prometí —dijo acercándose a él—, os traigo las pruebas que acreditan la nobleza de nuestro linaje.

Colbert cogió los documentos.

—Los revisaré a su debido tiempo.

Béatrice asintió, saludó con una breve reverencia y abandonó la sala, mientras rezaba para que sus dotes como falsificadora fueran lo bastante buenas para salvarlas a ella y a su hija.

Felipe entró en la cámara del rey y encontró a María Teresa, a Bontemps y a Fabien observando a Claudine, que le sujetaba el pelo al rey mientras éste vomitaba en un balde.

—¿Qué hace ella aquí? —exigió saber.

—Es el nuevo médico del rey —respondió María Teresa.

—Su majestad lo solicitó —añadió Bontemps.

—¡Ahora mismo podría solicitar que le trajerais la luna en una huevera, pero dudo que lo intentarais! —aulló Felipe—. ¡No podemos dejar la salud del rey en manos de una niña! Mi hermano debería estar en París. He pedido que preparen mi carruaje: yo mismo lo llevaré allí para que se recupere.

—No está en condiciones de viajar —dijo Claudine, sin apartar la mirada del rey.

—Es una hora a caballo, como mucho.

La reina negó con la cabeza.

—Podría matarlo.

—Es este sitio el que lo está matando.

Un sueño agitado se adueñó del palacio y, por la mañana, los integrantes del círculo del rey se reunieron una vez más en la sala del Gabinete de Guerra. Colbert, Louvois, Bontemps y Rohan se hallaban de pie junto a la mesa, mientras que Enriqueta y María Teresa ocupaban sendas sillas junto a las ventanas.

—Los nobles que se proponen desacreditar al rey verán saciada su sed con las presentes circunstancias, no me cabe duda —dijo Rohan.

María Teresa frunció el ceño.

—¿Por qué estáis tan seguro?

—Porque son muy predecibles —respondió Louvois.

—Un rumor puede hacer más daño que la cruda verdad —dijo la reina.

Fabien abrió su maletín y cogió una hoja de papel.

—He preparado una lista. Por un lado, aquellos que en mi opinión están a favor del rey. Y, por el otro, quienes conspiran contra él.

La puerta se abrió de golpe y entró Felipe, que llegaba tarde a la reunión. En su rostro se mezclaban la rabia y la inquietud.

Rohan le arrebató el papel a Fabien.

—Dejadme ver eso.

Fabien lo recuperó enseguida.

—Cuidado —dijo con frialdad—. Mi padre era impresor. Le tengo mucho afecto al papel.

Rohan paseó en torno a la mesa, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Toda Francia debe ofrecer una plegaria por la salud y la recuperación del rey. Que todos los que lo aman actúen al unísono. Y que aquellos que están contra él se descubran a sí mismos y se muestren como en realidad son.

—Excelente idea —asintió Fabien.

—Yo misma hablaré con el obispo Bossuet —se ofreció la reina.

—Pero sigue pendiente la cuestión del regente —apuntó Rohan.

Felipe se adelantó un paso.

—¿Es que nadie va a apostar por mí?

—No sois vos quien carece de méritos, alteza —dijo Colbert—. Lo que nos preocupa, en cambio, son aquellos que se situarían a vuestro alrededor.

—¿Por qué no mencionáis abiertamente el nombre de Chevalier?

María Teresa abandonó su asiento y se interpuso entre los hombres. Cuando se dirigió a Felipe, lo hizo con voz serena pero cargada de regia autoridad.

—Necesitamos a alguien cuya conducta sea la apropiada en un monarca. Alguien que sea independiente. Espero haberme expresado con claridad.

Felipe parpadeó, perplejo ante aquellas críticas, y trató de recobrar la compostura.

—Perfectamente —respondió.

—Su majestad la reina y monsieur Colbert podrían, en mi opinión, garantizar una transición estable —apuntó Bontemps.

—Entonces, está decidido —expresó Colbert, tras lo cual se retiraron los integrantes del círculo.

Felipe se dirigió a sus aposentos, con la sangre helada tras haber escuchado los reproches de la reina. Al entrar, se encontró con un ayuda de cámara que estaba preparando una bolsa mientras Chevalier le ladraba las instrucciones.

—Todos esos zapatos —dijo Chevalier al tiempo que hacía un gesto con la mano— y todas esas camisas que están en la cama. Y, por Dios santo, asegúrate de que no se rompa nada.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Felipe, cerrando de un portazo.

Chevalier se rascó la cabeza y suspiró.

—Todos esos rumores que corren por palacio me marean. Me voy unos días a París para desmarearme.

Felipe se interpuso entre Chevalier y el ayuda de cámara.

—Me dijiste que, en tu opinión, yo sería un gran rey.

—Y es cierto.

—No estoy para frivolidades. Dime qué te propones. Me diste tu palabra.

—Y la he mantenido —replicó Chevalier.

—Entonces, sé sincero.

—Eso es todo por ahora —le dijo Chevalier al ayuda de cámara, que saludó con una inclinación de la cabeza y salió de la alcoba.

Chevalier se dirigió entonces al aparador y empezó a servirse una copa de vino, pero luego dejó la botella.

—¿Es que durante estos últimos meses te has ocultado bajo una piedra, Felipe? Estamos a las puertas de un gran cambio. El pueblo quiere ese cambio: un cambio que no busca renunciar a la monarquía, sino compartir las responsabilidades que conlleva. Puedes verlo hasta en tu propio hermano: un solo hombre no es capaz de gobernar el país. Se está ahogando. Y tú serás su salvador.

—Te mueves en terreno muy peligroso, Chevalier.

—El único peligro es oler el humo y no admitir que algo se está quemando.

—Estás de parte de los nobles.

—Estoy de tu parte, al igual que los soldados —dijo Chevalier levantando una mano—. ¿Estás tú de la mía?

—No tienes ni idea de lo que me estás pidiendo.

—Sé exactamente lo que te estoy pidiendo.

—A menos que la muerte me obligue a decidir, no puedo responder.

—Muy bien —replicó Chevalier al tiempo que cruzaba los brazos y enarcaba una ceja—. Pero hay algo que debes saber: nuestro futuro ya ha cambiado, independientemente de lo que ocurra ahora.

Los rumores se extendían con gran rapidez por todo el palacio. Los nobles habían visto al obispo Bossuet correr por los pasillos en dirección al apartamento del rey y las especulaciones estaban a la orden del día. Una multitud cuchicheaba en el salón, mientras los retratos y las estatuas seguían la escena impasibles, inmóviles y en silencio.

—Han cerrado las puertas de la antecámara —dijo una dama de la nobleza mientras se persignaba y lloraba en brazos de una amiga.

Otra dama se volvió hacia Cassel.

—¿Os habéis enterado? —le preguntó—. El rey...

Cassel asintió.

—Sí, lo he oído. Una noticia terrible. Es sencillamente... —hizo una pausa, se volvió y le dedicó una sonrisa discreta y siniestra a madame de Montespan, que no andaba muy lejos— espantoso.

Chevalier, seguido de su ayuda de cámara, se abrió paso entre el gentío de chismosos y a punto estuvo de tropezar con Enriqueta, que escuchaba en silencio las conversaciones.

—Oh, os ruego me disculpéis —le dijo con una sonrisita—, no os había visto. Lo cual —añadió al tiempo que lanzaba una mirada al abultado vientre de la duquesa— es toda una hazaña, teniendo en cuenta vuestro aspecto.

Enriqueta suspiró.

—No siento deseos de charlar con vos, señor. Creo que no es momento de frivolidades.

—Estoy de acuerdo, querida. En otros tiempos, era un placer charlar con vos. Cuando disfrutabais del favor del rey, quiero decir. Pero ahora que ya no es así, supongo que entiendo por qué nadie quiere hablar con vos.

Y, sin esperar respuesta, Chevalier se perdió entre la marea de preocupados miembros de la nobleza.

Claudine, que dormía en un camastro en un rincón de la cámara del rey, se despertó al oír unos leves rasguños. Tras frotarse los ojos para ahuyentar el sueño, vio a Luis sentado a su escritorio: tenía la cabeza apoyada en la palma de una mano, mientras con la otra garabateaba algo en un papel. Asombrada, se irguió y sacudió a Bontemps, que dormía en su camastro. El primer ayuda de cámara se despertó al instante.

—¡Sire! —dijo Bontemps, poniéndose en pie de golpe—. ¡Nos llena de alegría que os hayáis recuperado!

Claudine le tocó la frente al rey y contuvo una exclamación.

—La fiebre ha remitido.

Luis dejó la pluma y observó a la muchacha.

—¿Dónde está tu padre?

Claudine cogió aire y se estremeció.

—Renunció a su padre por vos, sire —intervino Bontemps—. Murió intoxicado por un veneno que, creemos, iba dirigido a vos.

Luis entornó los ojos.

—¿Es ese veneno el causante de las fiebres?

—No lo creo —respondió Claudine.

—La corte no debe saber nada de mi estado.

—Pero, sire —protestó Bontemps—, sin duda habrá que informar a vuestro hermano.

—Que venga Rohan. Deseo verlo. Y mis sastres. Quiero trajes nuevos. —Luis escribió unas cuantas palabras más y luego le entregó el papel a su primer ayuda de cámara—. En cuanto al resto de la corte, éste es el único mensaje que debes hacerles llegar.

Bontemps obedeció al instante. Abandonó la estancia y reunió al Gabinete y al círculo del rey en la sala del Gabinete de Guerra, donde les transmitió el mensaje que el monarca le había entregado. Los únicos ausentes eran Rohan y Fabien.

—Me entristece comunicar que la salud del rey no ha mejorado —informó Bontemps— y que ha dado instrucciones para que el gobierno siga cumpliendo sus órdenes.

—¿Cómo puede tomar decisiones en su estado? —preguntó Colbert.

—El rey desea que Francia entera sea inmediatamente informada de su estado de salud, para que los súbditos puedan ofrecer sus plegarias.

La reina y Enriqueta se cubrieron el rostro y se echaron a llorar, mientras los hombres hacían visibles esfuerzos por contener las lágrimas.

Bontemps los observó a todos durante un instante, para después añadir:

—Su majestad también desea que la corte aprenda una nueva danza.

Felipe se quedó boquiabierto.

—¿Una danza?

—Se trata de una danza que él mismo ha compuesto en sus momentos de serenidad. Para fortalecernos el ánimo mientras esperamos su pronta recuperación. —Bontemps sostuvo en alto el papel en el que el rey había escrito la danza y todos los presentes se acercaron a echarle un vistazo—. Monsieur Lully compondrá la música.

Claudine estaba en la consulta de su padre llorando junto a su cadáver, que yacía aún sobre la mesa. En otros tiempos un hombre vital y siempre ocupado, Masson era ahora lo que antes habían sido muchos de sus pacientes: un cadáver frío, carne en descomposición sobre una mesa de autopsias.

Fabien aguardó y observó pacientemente, mientras contemplaba a aquella joven dotada de un talento que debería estar reservado a los hombres.

—Si no fuera porque ya te había visto trabajar antes —dijo cuando se cansó de verla llorar —, habría jurado que eres una bruja.

Claudine se secó los ojos.

—Y habría ardido en la hoguera.

Fabien reflexionó.

—No conozco a muchas brujas que no hayan ardido en la hoguera.

—Todos estamos condenados, de una forma u otra. Debo examinarlo, hacerle la autopsia. Murió por culpa de un veneno que, si no me equivoco, iba destinado al rey. Si descubro la causa, tal vez pueda encontrar el remedio.

—Y al envenenador —añadió Fabien.

Cuando Rohan entró en la cámara, Luis se hallaba bajo el retrato en el que aparecían él y Felipe de niños. Las cortinas estaban corridas y la habitación se hallaba en penumbra. Rohan se acercó muy despacio a la cama, con el cuello estirado para ver al rey.

—Estás pálido como un cadáver, amigo.

Se volvió hacia la voz y se encontró a Luis de pie junto a la pared, muy sonriente.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó—. ¡No puede ser!

Luis dio un paso al frente y le estrechó la mano a su amigo.

—Cuando un hombre está enfermo, regresa a su pasado, a esos veranos perfectos de la juventud. Tú siempre estuviste a mi lado. Eres el amigo más antiguo que conservo y te estoy muy agradecido. Y, precisamente por ello, quiero ofrecerte un regalo: el regalo de la verdad. Pero, a cambio, quiero que tú me ofrezcas otro regalo: tu silencio sobre este asunto.

—Estoy a vuestras órdenes.

—He dado instrucciones a mi Consejo de que informe a toda la nación sobre mi inminente deceso. De ese modo, espero descubrir a todos aquellos que se oponen a mí, pues serán ellos los primeros en hacer planes para después de mi muerte.

Rohan se echó a reír.

—Tenéis una mente perversa, amigo mío.

—¿Lo apruebas, entonces?

—Lo aplaudo. Hacíamos lo mismo con nuestros perros de caza en Fontainebleau. Enviar las malas noticias a las madrigueras y esperar a ver qué aparecía.

Luis asintió, satisfecho y confiado.

—Eres mis ojos y mis oídos. Asegúrate de que corra el rumor.

—No os fallaré.

Luis apartó las cortinas y la luz del sol iluminó a los dos hombres, que se quedaron allí hablando, recordando y reviviendo viejos tiempos.

Y, mientras los amigos charlaban, alguien aporreó la puerta de la antecámara del rey. Bontemps le ordenó a un guardia que la abriera y allí estaba Felipe, acompañado de un numeroso grupo de fornidos hombres armados con espadas. Todos con una expresión resuelta y decidida en el rostro.

—Vengo a llevarme a mi hermano —dijo Felipe—. Es evidente que su vida depende de ello.

Bontemps apoyó una mano en la puerta.

—La respuesta era «no» y sigue siendo «no», alteza. —Se volvió entonces hacia uno de los guardias y chasqueó los dedos—. Ve inmediatamente a buscar a Fabien Marchal.

Felipe se burló.

—Vuestro perrillo no os va a servir de nada, Bontemps. Olvidáis a quién os estáis dirigiendo.

—Buenos días —le respondió Bontemps, tras lo cual cerró la puerta.

—¡No os atreváis a cerrarme la puerta! —aulló Felipe.

Con un gesto, ordenó a sus hombres que se abrieran paso a la fuerza, pero en ese momento apareció Fabien acompañado de ocho de los mejores guardias suizos del rey, que iban armados hasta los dientes. Empuñaban ya las armas y estaban más que dispuestos a atacar.

—En vuestro lugar, yo elegiría con mucho cuidado el siguiente paso, alteza —advirtió Fabien.

Felipe apretó los dientes y giró sobre sus talones.

Tras haber espiado a Béatrice mientras charlaba con Cassel en la capilla, durante el oficio de la mañana, y empeñada en ofrecerle a Fabien algo más para ganarse su favor, Laurene se vistió de doncella y consiguió colarse en el apartamento de Béatrice. Se ocultó entre las sombras hasta cerciorarse de que estaba sola y luego procedió a registrar los estantes, el armario y el escritorio. Escudriñó hasta el último papel y palpó hasta el último cajón, por si acaso alguno de ellos escondía un doble fondo.

Y allí estaba.

La base del último cajón se deslizó y, en el hueco, Laurene encontró varios documentos de aspecto antiguo y recargada caligrafía. Uno de ellos, en concreto, le llamó la atención. Era idéntico a los otros, sólo que no estaba terminado. Laurene supuso que era bastante importante, de modo que lo dobló y se lo guardó en la falda.

—Hola —saludó una voz a su espalda—. Estoy buscando a mi madre.

Laurene se irguió, giró en redondo y se topó con Sophie.

—He... he encontrado esto —consiguió decir Laurene, al tiempo que le mostraba el papel —. Estaba en el suelo. ¿Cuál es su sitio?

Sophie se encogió de hombros.

—No lo sé. Ya no vivo aquí. Duermo con mi señora. Ya me lo quedo yo, si quieres.

—Lo guardaré —dijo Laurene.

Sophie asintió y se dirigió al armario para coger un chal.

Laurene se guardó el papel, fingió que quitaba un poco el polvo y luego abandonó apresuradamente la habitación.

Apoyado en las almohadas, a la espera de recuperar las fuerzas por completo, Luis le hizo un gesto a Claudine para que se acercara. Percibió en los ojos de la joven la tristeza por haber perdido a su padre, pero también vio en ellos sabiduría y valor.

—Tu sacrificio no caerá en el olvido —dijo—. Quisiera expresarte mi más profundo pésame. Ahora ya sé quién sustituirá a tu padre.

Ella asintió.

—¿Cuál es su nombre?

—Lo único que sé es que ahora mismo está delante de mí. Serán muchos los que se opongan a ti, los que habrían preferido que eligiera sustituto de entre mi círculo de médicos. Pero debes hacer oídos sordos a sus críticas. ¿Aceptas el cargo? Si la respuesta es «sí», no habrá vuelta atrás. Tu vida cambiará para siempre.

Claudine asintió muy despacio.

—Acepto.

—Entonces, es tuyo. La de médico es una gran profesión.

Aturdida aún por la noticia, Claudine saludó con una reverencia.

Luis llamó a Bontemps, que se acercó y se situó junto a la joven.

—Que venga madame de La Vallière —ordenó el rey.

Luisa llegó enseguida y, con paso vacilante, entró en la alcoba del rey. Llevaba el rosario entre las manos. Se acercó al monarca y saludó con una reverencia.

—¿El niño se llama Luis?

—¿Nuestro hijo? Sí, sire.

—Su institutriz está en París. ¿Es la misma que tuvo su hermano?

—Sí.

Luis guardó silencio durante unos instantes.

—Esperaba que pudierais quedaros aquí —dijo al fin—. Que lo considerarais vuestro hogar.

—No puedo.

—¿Ni siquiera por vuestros hijos?

—Por el bien de ellos y por el mío propio, debo arrepentirme de la vida que he llevado.

—Lo sé. Podéis marcharos.

Luisa dejó caer el rosario y observó al rey. No se refería a marcharse de la cámara, sino de Versalles.

—Majestad, os lo agradezco con todo mi corazón.

—Que se hagan los preparativos necesarios.

—Rezaré para que os acompañe un ángel sanador.

Y, tras esas palabras, Luisa le sonrió al rey, luego a Bontemps y, por último, abandonó la cámara con paso mucho más ligero que al entrar. Tan ligero que parecía estar bailando.

—Me entristece comunicaros el fallecimiento de Masson, el médico del rey —le dijo Fabien a Colbert, que estaba encorvado sobre su escritorio en la sala del Gabinete de Guerra, revisando todo el papeleo de los nobles—. Según me han dicho, ha muerto debido a una enfermedad estomacal.

—Debemos nombrar de inmediato a otro médico real.

—El rey tiene a su propio candidato para ocupar el puesto.

—¿Ah, sí? —respondió Colbert levantando la mirada—. ¿Acaso su majestad se ha recuperado?

—No.

Colbert observó a Fabien a la espera de que éste le proporcionara más información. Pero, en vista de que Fabien no decía nada, se concentró de nuevo en la montaña de papeleo acumulada sobre su mesa.

—¿Ya habéis completado vuestra documentación? —le preguntó el jefe de seguridad.

—¿La mía? —dijo Colbert mientras se rascaba la oreja—. Sí, bueno, en realidad aún tengo que presentarla.

Fabien dio un golpecito a la montaña de papeles.

—Y esta gente de aquí... ¿Todos en orden?

—Sí. Beauvilliers, Poitou, Clermont... Ya llevo veinte esta noche.

—¿Madame de Clermont? ¿Puedo verlo?

Colbert le entregó un papel.

—Sí, claro, se me había olvidado que la conocíais. Su linaje se remonta a varias generaciones. Este documento lo demuestra. Debo decir que he sentido un gran alivio.

Fabien cogió el papel, lo analizó unos instantes y volvió a dejarlo.

—Gracias.

Giró sobre sus talones para marcharse, pero en ese momento le dio un vuelco el corazón y retrocedió de nuevo.

—¿Puedo volver a verlo?

Colbert asintió y Fabien cogió de nuevo el papel.

—Sin duda, vos también debéis de sentir alivio —dijo Colbert.

—Es un papel de gran calidad. El grano es muy fino.

Y, mientras lo analizaba detenidamente, entornó los ojos y se le encogió de nuevo el corazón.

Fabien regresó de forma apresurada a su despacho, con el documento de Béatrice en la mano. Cerró la puerta y se dirigió a su mesa, sobre la cual tenía extendido un gran pergamino. En uno de los lados figuraba una larga lista de nombres y, en el otro, un mapa de Francia en el que había marcado en rojo varios puntos, la mayoría de ellos en París.

Al oírlo entrar, Laurene salió de la habitación contigua y se acercó a él casi sin aliento.

—He visto a Cassel hablando con varios nobles —dijo—, entre ellos madame de Clermont.

Fabien se volvió para mirarla.

—¿A quién más?

—Poitier. Anjou.

—Desde que la corte sabe que el rey está enfermo, el número de conversaciones entre esos sujetos ha aumentado considerablemente. Anjou, has dicho, y Poitier, los dos hablando con Cassel...

—Y madame de Clermont.

Fabien asintió sin mucho entusiasmo, tratando de ignorar el comentario y las sospechas, y se centró en aquellos sobre cuya traición no tenía dudas. Trazó largas líneas para conectar algunos de los puntos rojos del mapa.

—He indagado en las caballerizas —dijo Laurene—. Tanto Anjou como Poitier se dirigen a París.

—Y no son los únicos. —Fabien extendió sobre la mesa el documento de Béatrice y lo analizó una vez más—. Laurene, envié a un mensajero a Pau hace una semana. Si regresa durante mi ausencia, guarda sus hallazgos bajo llave.

—¿Vuestra ausencia? ¿Adónde vais?

Fabien cogió su capa.

—A París.

La capilla estaba silenciosa y en penumbra. Incluso las sombras del suelo parecían más delicadas, como si quisieran mostrar respeto hacia los nobles que se habían reunido allí para rezar por el rey. Enriqueta y Sophie entraron en ese momento, se persignaron y recorrieron el pasillo central. Enriqueta eligió un banco próximo al altar y Sophie, tras haber encontrado a su madre, se sentó junto a ella.

—Madre —le susurró—. Te echaba de menos.

Béatrice apartó la mirada de las manos, unidas sobre el regazo.

—Tu deber hacia mí es cuidar bien de tu señora.

—Lo sé. Pero mi primer impulso es siempre hablar contigo. Como hoy, por ejemplo, cuando he visto a una doncella junto a tu cómoda.

Béatrice separó las manos con brusquedad.

—¿Una doncella?

—Ha encontrado unos papeles tuyos en el suelo. Creo que los estaba devolviendo a su sitio.

Muy despacio, Béatrice volvió a unir las manos.

—Por supuesto. Un gesto muy amable. Tienes que decirme quién es, para que pueda darle las gracias.

—Lo haré —dijo Sophie, tras lo cual echó un vistazo a su alrededor—. Hay muy poca gente esta mañana. ¿Dónde están los demás?

Béatrice siguió con la mirada fija al frente.

—¿Madre?

—¿Es que no te acuerdas? —respondió Béatrice—. Están practicando. El rey quiere que nos aprendamos una nueva danza. Y ahora, ¡silencio!

Sophie unió las manos y luego se contempló los pies para ver si era capaz de recordar los pasos de baile. Los fue probando lo más sigilosamente que pudo.

Chevalier fue a parar al suelo del despacho de Fabien, donde resbaló para estrellarse al final contra la base del escritorio. Luchó para incorporarse y se puso de rodillas, con la frente y las mejillas arañadas y ensangrentadas y el rostro contraído en una expresión de rabia e incredulidad.

—¡Os he capturado, Chevalier, en París! —dijo Fabien, a quien acompañaban dos guardias armados con espadas—. ¡París, donde se han reunido los traidores!

—El duque de Orleans pedirá vuestra cabeza por lo que acabáis de hacer —balbuceó Chevalier—. Y, cuando tengáis la cabeza en el tajo, ¿sabéis qué os dirá? Os dirá que...

Fabien le propinó una patada en el pecho y lo derribó de nuevo.

—Escuchad lo que yo os voy a decir. Mañana seréis ejecutado, junto a todos los demás...

Chevalier se puso en pie y se quedó inmóvil, jadeando y fulminando al jefe de seguridad con la mirada.

—¡El rey jamás lo permitirá!

—Parece que ése es el problema de los traidores —dijo Fabien—. Que la cosa nunca acaba bien. En cualquier caso, espero que os gusten los caballos.

A primera hora de la noche, Béatrice encontró a Laurene sola en la lavandería de palacio, una sala repleta de cubas llenas de lejía, calderos de agua hirviendo y cuerdas de tender en las que se secaban calzas, medias, chales y vestidos. Laurene estaba depositando las prendas húmedas en varios cestos cuando Béatrice se le acercó por detrás.

—¿Puedo molestarte un momento?

Laurene se sobresaltó y se volvió para mirar.

—Ah, desde luego que sí, madame.

—Laurene, ¿verdad?

Ella asintió.

—¿Conoces a Fabien Marchal?

—Sí.

—Tengo un pequeño asunto que tratar con él —dijo Béatrice mientras pasaba la mano por una cuerda de tender, tiraba suavemente y luego volvía a soltarla—. Me da un poco de apuro decirlo. Creo que ha desaparecido un vestido mío y temo que se haya extraviado.

Laurene se secó la cara con la manga.

—Eso no es posible.

—Creo que sí —insistió Béatrice—. La última vez que lo vi estaba por allí.

Señaló hacia el otro extremo de la sala y, cuando Laurene se volvió para mirar, Béatrice tiró con fuerza de una cuerda de tender y se la enrolló en torno al cuello. La sirvienta giró, mientras Béatrice seguía enrollándole la cuerda, y trató de atacar a la dama con ambas manos, pero luego se las llevó al cuello para arrancarse la cuerda. Béatrice apretó más y más. Laurene se puso

morada y empezó a brotarle sangre del cuello. Los ojos se le desorbitaron mientras pataleaba y trataba de quitarse la soga. Tras lo que pareció una eternidad, se desplomó y en su caída derribó un cesto, del que cayeron al suelo varios vestidos.

—Arde en el infierno, zorra católica —dijo Béatrice.

Mientras la luna menguante ocupaba su espacio en el cielo nocturno, un hombre encapuchado arrastró un pesado saco por el sendero que iba del palacio a las caballerizas y, de allí, a las pocilgas. Dejó el saco en el suelo, se aseguró de que nadie acechara en la oscuridad y luego sacó una mano de Laurene, que arrojó a los cerdos. Los animales gruñeron y se pelearon por hacerse con el suculento bocado. Uno tras otro, el hombre fue arrojando a los cerdos los trozos recién cortados de la que hasta unos momentos antes había sido la ayudante de Fabien. Volvió el saco del revés para que cayera el último trozo, un pie, y los puercos devoraron aquel refrigerio vespertino con gruñidos de satisfacción.

En la lavandería, mientras tanto, Béatrice se arregló el pelo y se pasó las manos por la cara para asegurarse de que todo estaba en orden. Luego puso su mejor sonrisa de palacio y salió de la sala. Tomó la escalera de la servidumbre para llegar hasta el corredor principal, donde encontró a varias damas de la nobleza, madame de Montespan entre ellas, que en ese momento colocaban los pies en distintas posiciones.

—¡Béatrice, querida! —la llamó Montespan—. Estamos todas practicando la nueva danza del rey. ¿Queréis acompañarnos?

—¿No es impropio que nos divirtamos mientras él sufre tanto? —replicó la aludida.

—Pero es su deseo.

—Desde luego.

Béatrice se excusó y regresó apresuradamente a su apartamento. Sacó una caja de un cajón y extrajo de ella un pedacito de carbón y un pequeño bote de tintura. Se introdujo el carbón en la boca y lo engulló con la ayuda de una copa de vino. El carbón la arañó por dentro antes de llegar al estómago, pero aquel desagradable momento era un precio muy pequeño comparado con la protección que podía ofrecerle. Cuando llegara el momento, el carbón impediría que la solución hiciera efecto. Se guardó el frasco bajo el corpiño y se dirigió al despacho de Fabien.

El jefe de seguridad no estaba allí. Béatrice se quitó la ropa, encendió dos velas y se acomodó en la cama. No pasó mucho tiempo antes de que oyera el crujido de la puerta, tras lo cual entró Fabien. El hombre echó un vistazo en la penumbra, como si buscara a Laurene, y luego reparó en la presencia de Béatrice.

—Tengo algo que nos ayudará —dijo ella al tiempo que se lamía los labios y se acariciaba los pechos con un gesto seductor.

Fabien se le acercó.

—¿Ayudarnos a qué?

—A aguantar más. —Abrió el frasco, extrajo el cuentagotas y lo apretó para que le cayera una gota en la boca—. Un filtro de amor.

—Cuando os miro, no me hace falta nada más —repuso Fabien.

—Soy la misma —respondió Béatrice al tiempo que se pasaba la lengua por los labios—, pero creo que esto puede ser divertido.

En el rostro de Fabien se mezclaron la lujuria y la duda, pero finalmente se impuso la lujuria. Se arrodilló junto a la cama, separó los labios y Béatrice le dejó caer varias gotas en la lengua. Luego subió a la cama, se colocó sobre ella y se abandonó al deseo.

Felipe, que estaba rezando la plegaria vespertina, alzó la vista y descubrió que el resto de los nobles ya habían abandonado la capilla. Junto a la puerta se hallaba Luis, acompañado de varios guardias. Felipe se puso en pie de un salto y corrió por el pasillo central, con los brazos extendidos para abrazar a su hermano.

—¡Dios santo!

Luis retrocedió para evitar el abrazo.

—Me... me dijeron que te estabas muriendo —dijo Felipe.

—Y era cierto —respondió Luis—. Pero me he recuperado.

—Y ¿no se te ha ocurrido decírmelo?

—No se lo he dicho a nadie.

—¿Por qué?

—Para poder descubrir en quién puedo confiar de verdad.

—¿Es que no confías en tu propio hermano?

—No confío en las compañías con las que anda mi hermano. Estás tan ciego que no ves los defectos de Chevalier y eres tan necio que no aceptas sus faltas.

—¡No hables así!

—Se ha destapado una conspiración en París. Los nobles conspiraban contra mí mientras yacía en el lecho aquejado de fiebres. Los he arrestado a todos. Y Chevalier era el cabecilla.

—¡Imposible!

—Es un traidor. Ahora mismo está en la cárcel, esperando a que lo ejecuten.

A Felipe se le doblaron las rodillas y se le heló la sangre en las venas.

—¡Hermano, por favor!

—Será colgado, arrastrado y desmembrado por la mañana.

—¡No!

Felipe se dejó caer de rodillas y se tiró del pelo.

—Esta noche, en la danza, se espera tu presencia. Supongo que te habrás aprendido los pasos.

El salón más amplio de palacio se había decorado para la celebración. La luz de las velas resplandecía en candelabros y en portavelas de oro y marfil. Tríos y cuartetos interpretaban música en todos los rincones del salón, mientras los sirvientes iban de un lado a otro cargados con bandejas repletas de los más suntuosos y especiados manjares. En el centro del salón, los nobles bailaban la nueva danza del rey, ataviados con vestidos y capas de tantos colores que parecía como si un arcoíris hubiera descendido desde los cielos. Vuelta, atrás, reverencia e inclinación, giro y círculo... Y todos sonriendo para cumplir la última voluntad de un rey agonizante.

De repente, cesó la música. Los bailarines se quedaron inmóviles y se observaron unos a otros con curiosidad. Se abrieron las puertas y entró un peculiar guerrero. Iba vestido de pies a cabeza —yelmo, peto y grebas— con una armadura hecha de espejos. La armadura centelleaba a la luz de las velas y reflejaba los rostros de los nobles, que retrocedieron un tanto atemorizados. El guerrero se detuvo entonces, se volvió muy despacio y se subió la visera. Era Luis.

—¡Majestad!

Los nobles contuvieron una exclamación y se apresuraron a saludar al rey con reverencias e inclinaciones de cabeza. El rey volvía a estar entre ellos.

En mitad de aquella alborozada celebración, Felipe apartó bruscamente su silla y abandonó el salón. Fabien, que notaba el estómago algo revuelto, no tardó en seguirlo.

«¡Oh, Dios mío!»

Chevalier se hallaba en el patio de la prisión de palacio con los brazos atados a la espalda, observando a uno de los nobles acusados de traición: el hombre estaba tendido en el suelo, entre cuatro caballos inquietos. Tenía una cuerda atada a cada una de las cuatro extremidades; el otro extremo de cada una de las cuerdas estaba sujeto al arnés que llegaba hasta los cuartos traseros de los caballos. Cuatro guardias armados con sendos látigos sujetaban a los animales, cada uno de ellos orientado hacia una dirección distinta. El verdugo se hallaba junto a Chevalier y observaba la escena con una mirada resuelta.

«¡Dios, no!», pensó Chevalier.

—¡Ahora! —gritó el verdugo.

Los guardias fustigaron a los caballos, que se alzaron sobre las patas traseras, relincharon y por último partieron al galope. Tiraron con fuerza de las extremidades del hombre, que finalmente se desprendieron del cuerpo con un espantoso chasquido de huesos y de carne desgarrada. La sangre salpicó en todas direcciones, y el hombre, convertido ahora en un maltrecho torso empapado en sangre, gritó, gorjeó y murió.

Chevalier gimoteó y vomitó sobre sus propios zapatos. Era ya un hombre sin ánimo ni esperanza.

8

Otoño de 1670 - invierno de 1670

Era un día frío pero radiante, impregnado del penetrante olor de la madera húmeda y del mantillo en descomposición, del ajetreo de las criaturas que, en el sotobosque, reunían alimento para pasar el invierno. Luis y Felipe cabalgaban uno junto al otro por el bosque, bajo árboles cuyo follaje había adquirido una tonalidad dorada. Felipe guardó silencio durante largo tiempo, pues estaba furioso porque su hermano lo había obligado a dar aquel paseo.

—Habrá otros —dijo Luis al fin.

Felipe contempló el suelo mientras su caballo pasaba por encima de un tronco.

—No como él —repuso.

—Chevalier es un traidor. No tenía elección. Mi consejo es que no te lo tomes tan a pecho.

Felipe detuvo su caballo.

—¡Has metido entre rejas a mi más querido amigo! Ayer tuvo que presenciar una espeluznante ejecución. ¡Y tal vez él sea el siguiente! ¿Cómo quieres que me lo tome?

—Tu más querido amigo estaba conspirando contra mí.

—Se sintió atrapado. Y es muy crédulo. Pero no pretendía hacerte daño.

—Tomé la decisión como rey, no como hermano.

De repente, Luis espoleó a su caballo y lo hizo partir al galope. El animal se adentró entre los árboles, y Felipe, tras resoplar, se lanzó en su persecución.

Los dos hombres conocían muy bien el bosque: los promontorios y los declives, los densos bosquecillos y los afloramientos de rocas. Los caballos también conocían bien el terreno: resoplaron, excitados ante aquella inesperada y veloz competición, y se entregaron con el mayor desenfreno a la tarea de saltar zanjas y árboles caídos.

No muy lejos de allí se hallaba un viejo álamo que, en otros tiempos, había marcado el punto final de aquellas carreras. Felipe frenó a su montura y dejó que Luis llegara antes al árbol.

El rey obligó a su caballo a dar la vuelta.

—¡Podrías haberme ganado, hermano!

—Pero entonces habría perdido el rey. Y eso no podemos tolerarlo.

Emprendieron de nuevo el camino de palacio, mientras sus monturas respiraban con agitación.

—Si fuera una persona recelosa —dijo Luis—, habría ordenado que te arrestaran también a ti.

—¿Crees que conspiraría contra ti?

Luis negó lentamente con la cabeza.

—Te creo capaz de cualquier cosa —respondió.

Y, tras esas palabras, espoleó a su caballo y partió al galope hacia el palacio.

Claudine se apresuraba a seguir a Bontemps por los corredores de palacio, tratando de mantener la compostura y de que nadie descubriera el ardid. El primer ayuda de cámara le había dicho que tenía un aspecto presentable disfrazada de hombre: iba completamente vestida de negro, llevaba un sombrero de médico y un discreto bigote que se había fijado al labio superior con un pegajoso brebaje. Y, al parecer, Bontemps no se había equivocado, pues los cortesanos con los que se iba cruzando no le dedicaban más que alguna que otra mirada de curiosidad. Temía que la delatara su voz, de modo que Bontemps le había aconsejado que hablara sólo lo mínimo indispensable. El rey había decidido que ella se convirtiera en su médico personal, de modo que no tuviera que andar entrando y saliendo de palacio. El disfraz, pues, era la única solución.

Pero si temía que la descubrieran, más temía aún por Enriqueta. Cuando Claudine entró en la cámara de la duquesa, la encontró en la cama murmurando incoherencias. Su dama de compañía, Sophie, le estaba mojando la frente con un paño húmedo, mientras el rey le sostenía una mano y la observaba con preocupación. Las sábanas de la cama estaban empapadas en sangre.

—El doctor Pascal, sire —anunció Bontemps.

El rey se volvió y Claudine saludó con una reverencia.

—Lo habitual es que los hombres saluden al rey con una inclinación de la cabeza —dijo Luis.

Claudine se incorporó e inclinó torpemente la cabeza.

—Necesitamos vuestros servicios..., doctor.

Claudine rezó unas rápidas palabras, abrió su maletín y se puso manos a la obra. A pesar de todos sus esfuerzos, sin embargo, Enriqueta expulsó apenas una hora más tarde un minúsculo feto sin vida. Sophie se echó a llorar, el rey guardó silencio y Enriqueta, al final, se quedó dormida, exhausta por el dolor y por el inútil trabajo del parto.

Mientras Claudine retiraba las sábanas empapadas, Felipe entró en la cámara y observó fijamente a su esposa.

—¿Se recuperará?

Claudine habló en voz baja.

—Sí, alteza. Le prepararé una infusión de hierbas para fortalecer la sangre.

Felipe se sentó junto a su esposa y le acarició el rostro. Enriqueta se movió, dormida aún, y luego volvió a quedarse inmóvil.

Luis se reunió con Bontemps junto a la puerta.

—Espero hoy a un visitante que llega desde Inglaterra —dijo—. Tráelo a mi presencia sin anunciarlo. En privado.

Bontemps asintió.

—Sí, sire.

—Y ¿dónde está Fabien? No he vuelto a verlo desde el baile y la fiesta de anoche.

—Yo también lo he estado buscando, sire, pero sin éxito.

—Quiero que interrogue a Chevalier —pidió el rey al tiempo que intercambiaba una gélida mirada con Felipe, que se hallaba en el otro extremo de la habitación—. Suele hablar más de la cuenta y estoy seguro de que tiene mucho que contarnos.

Apenas podía tragar y notaba los ojos hinchados y enrojecidos. Los músculos le temblaban de forma incontrolable y le ardía el estómago. «Me dijo que era un filtro. Un filtro de amor...», pensó.

—No hay nada que temer. —Le llegó la voz de Béatrice, que se abría paso entre la niebla que le empañaba la mente—. No luchéis.

Fabien se esforzó por abrir los ojos y vio una temblorosa imagen de su amante, que estaba de pie junto a la cama. Se hallaban en los aposentos privados de Béatrice, acompañados únicamente por el fuego que ardía en el hogar.

—Descansad, amor mío —dijo ella.

Conocía tan bien aquella sonrisa... Pero en ese momento, y a pesar del dolor y la vista enturbiada, le pareció detectar cierta crueldad en aquel gesto de Béatrice.

Trató de sujetarla por la muñeca.

—¿Qué... qué me habéis dado?

Béatrice le acarició la frente.

—Chsss. Era un filtro, ya os lo dije. El mismo que bebí yo. Cerrad los ojos.

—Tengo sed.

—Por supuesto. Imagino que es algo que habéis comido. No os preocupéis, no me apartaré de vos hasta que os hayáis recuperado. Iré a buscaros un poco de agua.

Sonrió de nuevo, con una sonrisa más amplia esta vez, y luego se puso en pie para dirigirse a la antesala, donde se hallaba la jarra de agua. Fabien aprovechó el momento, se levantó como pudo de la cama y salió de la habitación tambaleándose.

«¿Qué me habéis hecho, Béatrice? ¿Qué me habéis hecho?»

Mareado, descalzo y vestido tan sólo con una camisa de dormir, consiguió llegar hasta una puerta trasera del palacio, cruzó los jardines y tomó el camino que llevaba a la villa de Versalles. Sabía adónde acudir, y rezó para ser capaz de encontrar el lugar. Los guijarros del suelo se le clavaban en las plantas de los pies, produciéndole cortes y arañazos, pero no se detuvo. Eran pocos los que recorrían el camino a aquellas horas, y los que se cruzaban con él lo tomaban por un mendigo y lo miraban por encima del hombro.

Con la última luz de la tarde, llegó al centro de la villa y llamó casi sin fuerzas a una puerta que ya conocía. Cuando ésta se abrió, Fabien entró tambaleándose y se desplomó en el suelo de la cocina.

—¡Despertad!

Alguien lo estaba sacudiendo y zarandeándolo, lo que hacía que le palpitara la cabeza. Abrió los ojos de golpe y vio a Claudine arrodillada junto a él, con una expresión preocupada en el rostro. La joven le hundió los pulgares en la cara y le palpó las manos.

Fabien tosió y luego vomitó en el suelo. Se secó la boca con la manga.

—¿Me han envenenado?

—Eso creo.

—¿Qué clase de veneno?

—Por los síntomas que he visto, diría que el ingrediente principal era el arsénico.

Claudine lo ayudó a sentarse en una silla de la mesa. Fabien se inclinó de nuevo y vomitó en un balde que la joven se apresuró a acercarle.

—¿Sobreviviré? —gruñó.

—Si consigo encontrar un antídoto... Pero antes debo aplicaros un ungüento de hierbas en los ojos. Es la única forma de que no perdáis la vista.

Fabien asintió, haciendo un gran esfuerzo.

—Nadie debe saber que estoy aquí.

—Muy bien.

Claudine machacó hierbas secas que había cogido de un estante, sobre los fogones, y luego llevó a la mesa la pasta y una taza de líquido marrón. Le ofreció la taza a Fabien.

—¿Qué es? —preguntó él.

—Coñac.

—Yo no bebo.

—El dolor que vais a experimentar no se parece a nada que hayáis conocido hasta ahora.

Fabien dejó la taza.

—El dolor no me da miedo, ni esconde para mí misterio alguno.

—Preparaos, entonces.

Claudine extendió la pasta en torno a los ojos con un palo plano de madera y, a continuación, se la aplicó directamente en los ojos. Fabien cogió aire, apretó los dientes y los ojos le empezaron a llorar copiosamente.

—¿Habéis cambiado de idea respecto al coñac?

—Ya te he dicho que no bebo.

Claudine se encogió de hombros. Le aplicó un vendaje sobre los ojos y, a continuación, se arrodilló para curarle los cortes de los pies.

Una vez que se hubo cerciorado de que Enriqueta se recuperaría, Luis se reunió en su antecámara con Louvois y Rohan. El secretario de Estado le contó que los prisioneros que habían tomado parte en la conspiración contra el rey se hallaban en la Bastilla, a la espera de que Fabien los interrogara.

—Dirán lo que sea si están convencidos de que así salvarán el pellejo —dijo Luis, que estaba de pie junto a la ventana con los brazos cruzados—. La pregunta es... ¿actúan por su cuenta o hay alguien tras ellos que mueve los hilos?

—No os preocupéis en exceso por los nobles, sire —repuso Rohan—. Por muy bravucones que parezcan, no son más que una panda de holgazanes y cobardes.

Luis sonrió con picardía.

—¿Es que tú no eres noble, Rohan?

—A eso me refería exactamente. Soy un holgazán y se me conoce por mi cobardía.

—Si me lo permitís, sire —terció Louvois—, son traidores y, como tales, habría que ejecutarlos.

—¿Qué es lo que se comenta en los salones de palacio?

—Los cortesanos están asustados, sire. La mayoría tienen a un amigo o a un familiar entre rejas.

—Bien —admitió Luis—, eso es precisamente lo que quiero, asustarlos.

Bontemps entró en ese momento y Luis le indicó por señas que se acercara. El primer ayuda de cámara le susurró al oído al rey:

—Ha llegado el visitante, sire.

—Llévalo a la sala del Gabinete de Guerra.

Bontemps se sorprendió.

—Pero, majestad...

—Quiero enseñarle los planos del palacio. Nuestro visitante es un apasionado de la arquitectura.

Bontemps saludó con la cabeza y se retiró. Luis se volvió entonces hacia Rohan y Louvois.

—Creo que deberíais dejar en libertad a los prisioneros, sire —pidió Rohan.

Luis enarcó una ceja.

—Y ¿por qué debería hacer tal cosa?

—Porque su gratitud se traducirá en obediencia y lealtad totales.

Luis contempló al otro lado de la ventana mientras reflexionaba acerca de la propuesta.

—Es posible —contestó al fin—, pero prefiero que sigan disfrutando un poco más de la frialdad del suelo de una celda.

Los otros dos hombres se mostraron de acuerdo y celebraron la decisión brindando con sus copas de vino.

Luis encontró a sir William Throckmorton en la sala del Gabinete de Guerra, estudiando con gran interés los bocetos del palacio. Throckmorton, un anciano de rostro grave y discreta estatura, era un diplomático inglés. Cuando entró el rey, lo saludó con una inclinación de la cabeza.

—Aplaudo y admiro vuestra ambición —dijo señalando los planos.

Luis cerró la puerta.

—Os agradezco que hayáis venido.

—Es un honor, majestad.

El soberano se sentó en un sillón tapizado e indicó a Throckmorton que se acomodara junto a él, en una silla.

—Os he convocado aquí porque tengo una propuesta que hacerle a vuestro rey.

Throckmorton se inclinó hacia adelante, con las manos unidas.

—Que yo escucharé con gran interés.

—La naturaleza de nuestras conversaciones no debe ser divulgada a nadie excepto a vuestro rey y a aquellos en quienes él confíe plenamente. A nadie más.

—Por supuesto.

—Quiero invadir Holanda.

Throckmorton abrió mucho la boca, pero pasaron unos segundos antes de que fuera capaz de articular sonido alguno.

—Ya... veo.

—Y lo único que podría detenerme es su principal aliado, Inglaterra. ¿Cómo podría convencer a Inglaterra para que se uniera a mí en esta empresa? ¿Con dinero? Tal vez. ¿Con una parte de las rutas comerciales holandesas? Casi sin duda. Pero eso no basta. ¿Qué se le puede ofrecer a un rey que lo tiene prácticamente todo? Lo que su familia le arrebató sin el menor miramiento. Su fe católica.

Throckmorton se irguió.

—Majestad, no sé si...

Luis alzó una mano.

—Vuestro rey afirma que es protestante, pero en el fondo de su corazón es católico. Ansía reanudar las conversaciones con Roma, pero no puede porque a los ojos de los demás es un hereje. Yo, por otra parte...

—Majestad, creo que estáis yendo demasiado rápido.

—El acuerdo que os propongo es muy sencillo. Invadimos Holanda. Inglaterra aporta una tercera parte de las tropas y de la flota, mientras Francia sufraga todos los gastos. Y yo logro una reconciliación entre la Corona inglesa y Roma.

Throckmorton restregó los pies por el suelo. Por un momento, dio la sensación de que ansiaba ponerse en pie y salir para poder reflexionar con calma. Sin embargo, sabía que no podía ofender al rey de aquella manera.

—¿Qué mejor forma para sellar una amistad entre amigos? —le preguntó Luis.

Mientras Throckmorton consideraba la oferta, dejó de observar al rey y desvió la mirada hacia la pared del fondo.

—Propongo una reunión dentro de diez días, en el castillo de Dover —dijo Luis.

—Y ¿su majestad asistirá en persona?

—Aún no lo he decidido.

A través de una ventana de su antecámara, Luis siguió con la mirada a Throckmorton mientras éste salía del palacio, descendía la amplia escalinata de entrada y subía a su carruaje.

—Me permito felicitar a su majestad por el plan —dijo Colbert en un tono cargado de admiración—. Es brillante.

—Su brillantez aún está por ver —repuso Luis mientras el carruaje se alejaba. Los caballos subieron y bajaron la cabeza varias veces, mientras iniciaban el trote—. Lo que interesa es que Carlos se convierta en un aliado y no en un enemigo.

—¿Quién asistirá a las conversaciones? —preguntó Louvois—. ¿Vos, sire?

Luis se dirigió a sus ministros.

—No. No quiero que piensen que estoy desesperado por obtener su apoyo.

—Si me permitís el atrevimiento, sire —declaró Colbert—, yo enviaría a Feuquiére. Es un experto diplomático, y lo único que le interesa es el bien de Francia.

Louvois negó con la cabeza.

—Yo propongo a Chanut. Su viaje a Suecia fue todo un éxito.

—Es un elemento peligroso —se opuso Colbert—. Croissy, tal vez. Es un anglófilo declarado y...

—Irá Enriqueta —decidió Luis mientras se acercaba de nuevo a la ventana.

Louvois y Colbert intercambiaron una mirada perpleja, atónitos ante aquella declaración.

—¿Qué significa todo esto? —susurró Louvois—. Tal vez su majestad aún no se haya recobrado de su enfermedad.

—Estoy recuperado por completo, gracias —respondió el rey.

Colbert dio un paso al frente.

—Sire, con todos los respetos, la duquesa no tiene experiencia en estas cuestiones, y no podría haber más en juego.

—Y, además, es una mujer —dijo Luis—. Pero es tan inteligente como cualquiera de los aquí presentes, y mucho más valerosa. Por si eso fuera poco, es hermana de Carlos y conoce sus debilidades. Posee algo que no posee ningún diplomático francés: Carlos la escucha.

—Sin embargo, ¿se puede confiar en ella? —preguntó Louvois—. ¿No corremos el riesgo de que incline la balanza a favor de los intereses de su patria?

Luis observó a Bontemps, que esperaba junto a la puerta con los guardias.

—¿Qué opinas tú?

—Deberíamos tener en cuenta su salud —apuntó el primer ayuda de cámara—. Puede que esté mentalmente preparada, pero después del malogro, quizá no lo esté físicamente.

—Está preparada, física y mentalmente.

—¿Podríamos esperar unos cuantos meses?

—No. Guillermo de Orange ha recibido un cargo en el gobierno de las Provincias Unidas. Los republicanos se están retirando y la Casa de Orange está ascendiendo. Será rey antes de dos años. Si no negociamos con Inglaterra, lo hará él. Louvois, organizad el viaje. Colbert, aseguraos de que la *Gazette* publique la noticia de que su alteza, Enriqueta, viaja a Vichy para recuperarse de una enfermedad menor. Bontemps, asegúrate de que mi médico la prepare para el viaje. Y, en cuanto a la seguridad —dijo Luis con voz tensa—, veo que Fabien continúa sin aparecer.

—Sigo buscándolo, sire —dijo Bontemps.

—Si fracasas, asumirás sus responsabilidades.

El rey se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta. Bontemps lo siguió y le habló con franqueza, en susurros:

—Sire, reconsiderad vuestra posición. Os arriesgáis a perder el apoyo del Consejo en pleno.

Luis le lanzó una mirada a su primer ayuda de cámara, pero no respondió. Un instante más tarde, había desaparecido.

Colbert y Louvois abandonaron el apartamento del rey para dedicarse a sus tareas. Se detuvieron en el corredor, junto a la pared, y bajaron la voz cuando madame de Montespan pasó ante ellos, acompañada de varias damas de la nobleza.

—Su alteza, Enriqueta, es una mujer admirable —comentó Colbert—, pero no está bien de salud.

—¡Enviar a una mujer! —dijo Louvois—. Y si se queda en Inglaterra, entonces ¿qué?

Madame de Montespan dejó caer su pañuelo al suelo y lo recogió con lentos movimientos, como si tratara de escuchar la conversación. Colbert ladeó la cabeza para indicarle a Louvois que prosiguiera cuando las damas ya no pudieran oírlos.

—En cualquier caso —dijo éste en cuanto las damas doblaron la esquina—, lo que sí podemos decir es que el motivo que impulsa a su majestad es más que sólido.

Cualquier sonido procedente del exterior de la celda hacía que Chevalier se encogiera y contemplara aterrorizado la puerta. El día anterior, un hombre que llevaba el rostro oculto bajo una enorme capucha y cuya voz sonaba grave y áspera le había hablado a través de los barrotes de la puerta. Lo había amenazado con una muerte lenta por desentrañamiento si Chevalier se atrevía a revelar información, ya fuera por miedo o bajo tortura. Y ahora, cada vez que oía un golpe o un sonido metálico procedente del exterior, regresaban a su mente las imágenes de ese hombre y de su afilado cuchillo, o de Fabien y sus instrumentos de tortura. En cualquier caso, lo aguardaban terribles sufrimientos. Cuando Chevalier, que estaba encadenado al muro por un tobillo, oyó esa mañana el tintineo de la llave y el ruido de la puerta al abrirse, ocultó la cabeza y se preparó para lo peor.

—Dime —le preguntó una voz—, ¿eres fiel a mi hermano?

Chevalier levantó la cabeza. Allí estaba Luis, de pie sobre la paja inmunda, arrugando la nariz por culpa del hedor y de los ratoncillos que correteaban de un lado a otro.

—Sire —jadeó Chevalier—, siempre lo tengo en mis pensamientos.

—Dame un motivo para que te salve del tajo.

Él tragó con dificultad.

—No puedo, sire. Os he traicionado. He permitido que me llevaran por el mal camino. Os suplico perdón.

Luis le dio una patada a la abollada cacerola que contenía la mohosa comida de Chevalier.

—Dame entonces el nombre de quien te ha llevado por el mal camino.

—No puedo, sire. Por mi honor.

—¿Tu honor? Eso sí que es una novedad.

Chevalier se puso de rodillas.

—Os lo juro, sire. Jamás lo he visto. No sé quién es ni qué se propone.

—Y ¿creías que, al conspirar contra mí, estabas ayudando a mi hermano?

—No, sire. Actué sin pensar, movido sólo por el miedo.

Luis hizo una mueca de desdén.

—He matado a ratones más valientes que tú. Mi hermano se merece algo mejor. Pero, en fin, la pregunta es... ¿qué hago contigo?

Chevalier inclinó la cabeza, a la espera de una respuesta que no llegó. Se quedó allí solo, con el hedor, las ratas y su propio miedo.

Claudine oyó a Fabien moverse en su camastro, en el suelo de la cocina. Gruñó y se tocó el vendaje de los ojos con ambas manos para asegurarse de que seguía en su sitio. La muchacha se concentró de nuevo en observar con la lupa la hedionda muestra que había depositado en una placa.

—Te oigo por ahí. ¿Qué estás haciendo? —preguntó Fabien.

—Analizando vuestro vómito.

—¿Es el mismo veneno que mató a tu padre?

—No estoy segura. Se parece mucho. El que lo haya creado sabía perfectamente qué hacía.

—¿El que lo haya creado? ¿Qué hay del antídoto?

—Os lo he suministrado mientras dormíais.

Fabien se sentó con mucho esfuerzo.

—¿Qué sabes de filtros de amor? ¿De estimulantes para el acto sexual?

—¿Por qué lo preguntáis?

—Imagina que dos personas beben un filtro de amor que contiene veneno. ¿Cómo es posible que una sufra los efectos del veneno y la otra no?

Claudine dejó la lupa.

—O bien esa persona se indujo el vómito antes de que el veneno hiciera efecto, o bien había tomado un antídoto antes de ingerir el filtro de amor.

El jefe de seguridad se frotó la nuca y dobló el cuerpo, víctima aún de las secuelas del envenenamiento.

—Quiero que le envíes un mensaje a Bontemps, el primer ayuda de cámara del rey. Dile que tenemos que vernos.

Claudine asintió, pero al caer en la cuenta de que Fabien no podía verla, dijo que así lo haría.

La decrépita granja se alzaba junto a un arroyo de escasas aguas. Numerosas serpientes y tortugas habían salido del agua para convertir aquellas ruinas en su hogar. Montcourt fue el primero en llegar y dedicó el tiempo a pisotear reptiles y a echarlos a patadas de la casa. Cassel llegó poco después. Observó cómo Montcourt le daba una patada a una culebra de escalera especialmente larga, que salió volando por la puerta. Luego dedicó una desdeñosa mirada a su desaliñada vestimenta, hecha jirones en algunos sitios.

—Tengo que darte la dirección de mi sastre de París —dijo.

Montcourt se secó la cara.

—La ropa elegante no sirve de mucho cuando uno vive en una cabaña del bosque. No tengo nada, ni a nadie que me ayude. De hecho, quería preguntaros si podríamos volver a poner en marcha nuestro pequeño negocio.

—Los nobles que residen en palacio tienen prohibidas las actividades comerciales, sean de la clase que sean.

—Creía que odiabais Versalles.

—Y así es, pero no deja de tener su encanto.

Un instante más tarde se abrió la puerta y entró Béatrice, acompañada de varios conspiradores pertenecientes a la nobleza. Cassel se volvió hacia ella.

—¿Qué hacemos aquí?

—No lo sé —respondió ella frunciendo el ceño.

—¿Acaso no habéis convocado vos...?

—He sido yo —dijo una voz grave y áspera, surgida de entre las sombras del fondo de la sala.

Los nobles se miraron unos a otros y luego se dispusieron a escuchar.

—Tengo buenas noticias para nuestra causa. El rey va a enviar a su cuñada a Inglaterra para que se entreviste con su hermano, el rey Carlos. Sea como sea, Enriqueta no debe sobrevivir a ese viaje.

—¿Vais a matarla? —preguntó Cassel—. Y ¿luego qué?

—No tardaréis en averiguarlo —dijo el hombre que permanecía en las sombras.

Béatrice negó con la cabeza.

—Propongo que matemos al rey.

—Vamos —dijo Cassel—, detesto al rey tanto como vos.

—Lo dudo. Destruyó vuestro castillo, es cierto, pero su padre destruyó a toda mi familia y a miles de hugonotes.

—Madame de Clermont —dijo el hombre de las sombras mientras alzaba, como si fuera un ala, un brazo siniestro y acusador—, vos tratasteis de envenenar al rey, sin nuestra aprobación y sin éxito. No, primero intentaremos arrebatarle su poder. Nuestro aliado, Guillermo de Orange, es cada vez más poderoso. Nos proporcionará el dinero y los hombres que necesitamos para fortalecer nuestra posición, para comprar amigos e influencias. Y ahora marchaos. Cuando llegue el momento, todos recibiréis una lista de cortesanos susceptibles de ser persuadidos.

—¿Dónde está Chevalier? —preguntó Béatrice.

—Ha sido arrestado y se encuentra en la cárcel, acusado de traición.

Cassel hizo una mueca.

—Y ¿qué le impedirá hablar?

—El miedo.

Los nobles intercambiaron miradas y luego se volvieron de nuevo hacia la puerta. Mientras los demás salían, Montcourt volvió a entrar, pisoteando a su paso varias serpientes, se agazapó junto a una pared y esperó. Cuando el hombre al que nadie había visto aún se dirigió a una habitación contigua, Montcourt se deslizó sigilosamente sobre las astilladas tablas de madera del suelo y se agachó junto a la puerta para escuchar.

—No me fío de esa mujer —dijo el hombre de las sombras a otro que estaba en la misma habitación.

—Concéntrate en tus tareas —respondió el otro.

Montcourt se acercó más a la puerta y echó un cauteloso vistazo. Los débiles rayos del sol se colaban entre las grietas de la pared, cosa que le permitió ver el rostro del hombre que se había dirigido a los nobles. Asombrado, contuvo una exclamación: era Mike, el esbirro junto al que Montcourt había asesinado y robado por orden de Cassel. Montcourt no podía ver el rostro del otro hombre, que estaba sentado a la mesa de espaldas a la puerta.

—¿A qué hora parte la comitiva? —preguntó Mike.

—Poco después del amanecer. La acompañarán seis guardias armados a caballo, y dos guardias dentro del carruaje. Se les unirá una segunda comitiva en Marly.

Mike soltó una risa siniestra.

—La mataré en el bosque, entonces. Conozco el lugar perfecto.

—Le he dicho a Guillermo de Orange que, una vez muerta Enriqueta, debemos atacar con rapidez. Necesitaremos hombres y armas.

—¿Confiáis en él?

El hombre apoyó la mano izquierda sobre la mesa y empezó a tamborilear un arrítmico *staccato* con el meñique izquierdo.

—Sí. Puede que nuestros enemigos sean distintos —dijo—, pero nos une el mismo objetivo.

Ataviada con su mejor vestido de seda, Enriqueta se dirigió desde su apartamento a la cámara del rey, escoltada por Bontemps. Felipe los siguió por el corredor, exigiendo respuestas acerca del motivo por el cual se había convocado a Enriqueta.

—¡Soy su esposo! —exclamó cuando llegaron a la puerta de la cámara del rey, que un guardia abrió de inmediato—. ¡Tengo derecho a saber!

Bontemps lo ignoró.

—Estará tramando algo, de eso podemos estar seguros —insistió Felipe—. Así que será mejor que hable yo.

Bontemps se apartó y dejó que Enriqueta entrara en primer lugar.

—El rey quiere hablar a solas con su alteza.

Tras esas palabras, Bontemps se introdujo en la cámara del rey y cerró la puerta. Felipe se quedó solo, tratando de calmarse y de recobrar la compostura. Luego, como hermano del rey que era, le ordenó a un guardia que lo dejara entrar. Mientras cruzaba la antecámara, oyó a Luis hablando con Enriqueta en otra antesala.

—... intentará por todos los medios que el tratado le favorezca a él. Debéis manteneros firme. A menos que acepte unirse a nosotros en calidad de aliado, el acuerdo carece de valor. Si regresáis sin su firma, vuestra misión habrá fracasado.

En ese momento Felipe irrumpió airadamente en la antesala. Luis se volvió y observó a su hermano. Colbert y Louvois, que estaban junto al rey, le lanzaron a Felipe una severa mirada.

—¿Qué es lo que quieres de mi esposa? —preguntó Felipe.

—La envío a negociar un tratado.

—No lo entiendo.

—Es algo bastante habitual en ti. La envío al extranjero, en calidad de embajadora.

—¿Adónde?

—No voy a decírtelo —respondió Luis.

Hizo un gesto a Louvois y a Colbert, que se apresuraron a abandonar la estancia.

—Enriqueta —dijo Felipe—, ¿es eso cierto? ¿Cómo podéis permitir que os haga algo así?

—¿Hacerme qué? —replicó ella con serenidad.

—¡Utilizaros!

—¿Es eso lo que te irrita, querido hermano? —preguntó Luis—. ¿O es el hecho de que le haya otorgado un papel que tal vez tú mismo codiciabas?

Felipe levantó un puño.

—¡Lo que me irrita es que te empeñes en arrebatarme todo lo que es o debería ser mío!

Los reales hermanos se observaron fijamente, cara a cara, como reales lobos que se acechan el uno al otro, que se conocen demasiado bien.

—Antes de que se me olvide —dijo Luis por fin—, tu amigo Chevalier acaba de abandonar la cárcel. Lo encontrarás en tu apartamento.

Felipe dejó caer el puño y suspiró con brusquedad.

—Pero si vuelve a traicionarme —prosiguió el rey—, será ahorcado en público. Asegúrate de que no vuelva a hacerlo.

Felipe regresó a su apartamento con el corazón desbocado. Encontró a Chevalier sentado ante el espejo, vestido con un recargado traje azul y blanco, con el pelo recién lavado y peinado. En ese momento, se estaba aplicando polvos en la cara, para ocultar un moretón ya descolorido

justo debajo del ojo.

—¡Querido! —exclamó Chevalier al verlo.

Se puso en pie de un salto, sonrió y se dirigió hacia él con los brazos abiertos. Felipe, sin embargo, retrocedió un paso y negó con la cabeza. Chevalier se detuvo.

—¡Creía... creía que te alegraría mi vuelta!

—Has traicionado a tu rey. Y a mí.

—¿Puedo explicarme?

—No.

Chevalier frunció los labios.

—En ese caso, voy a buscar algo para comer. Que no tenga gusanos, a poder ser.

Felipe suspiró.

—No, espera. Quédate.

—Ah —dijo Chevalier.

Se acercó a Felipe para robarle un beso, pero éste apartó la cabeza.

—Si vuelves a traicionar al rey —dijo—, ordenará que te cuelguen en público.

—Ten por seguro que he aprendido la lección. —Chevalier unió las manos y le dedicó una sonrisa burlona—. Y la sola idea de que me cuelguen en público...

Felipe se acercó al aparador y cogió la botella de vino.

—Yo jamás lo permitiría.

—¡Gracias, querido mío!

—Porque te mataría antes con mis propias manos —dijo.

Y, tras esas palabras, se sirvió una copa llena hasta el borde, se la acercó a los labios y la apuró en dos bruscos tragos.

A Béatrice le gustaban los juegos de cartas porque exigían estrategia, ponían a prueba su inteligencia y, a veces, requerían el uso de artimañas. Por ese motivo, se hallaba en una mesa del salón de juegos de palacio, protagonizando una animada partida de *whist* con el noble Cassel y con madame de Montespan. Esta última estudió sus cartas y jugó un as, ganando así la partida.

—¡Hoy tengo la suerte de mi parte! —exclamó—. ¿Otra partida?

Béatrice chasqueó la lengua. Cassel sonrió con los dientes apretados y respondió:

—De acuerdo, pero creo que queréis jugar a cartas sólo para humillarme.

Madame de Montespan barajó las cartas.

—Y ¿por qué iba a querer humillaros?

—Porque el sufrimiento de los demás os produce un gran placer.

Montespan sonrió y repartió las cartas.

Un mensajero, desaliñado tras el que sin duda había sido un viaje largo y agotador, entró en el salón acompañado por un guardia. Bontemps le indicó al mensajero que se acercara y habló con él, no muy lejos de la mesa en la que Montespan y los demás jugaban a cartas.

—Tengo un mensaje para monsieur Marchal —dijo el mensajero.

Béatrice fingió observar sus cartas, pero en realidad aguzó el oído para escuchar al mensajero.

—Se ha ausentado por motivos de trabajo. Entrégamelo a mí —ordenó Bontemps.

—Lo siento —respondió el mensajero—, pero sólo puedo entregárselo a monsieur Marchal.

—En su ausencia, yo asumo sus responsabilidades. Dame el mensaje.

A regañadientes, el mensajero le ofreció un papel a Bontemps.

—¿De dónde vienes? —le preguntó el primer ayuda de cámara.

—De Pau.

A Béatrice se le secó la boca. Le llegó su turno y, sin pensar, jugó una carta cualquiera: era de corazones.

Montespan suspiró.

—Querida Béatrice, habéis jugado corazones cuando todos los demás estamos jugando picas.

La aludida recogió la carta de corazones y jugó picas. Echó un vistazo por encima del hombro y vio a Bontemps leyendo la nota del mensajero. Él la observó durante un brevísimo segundo y luego abandonó el salón.

—Ejem... Vos sois de Pau, ¿no es cierto, Béatrice? —le preguntó madame de Montespan—. Ese mensajero ha dicho que venía de Pau para traerle información a monsieur Marchal. No sé por qué, pero he pensado en vos.

—No soy la única persona procedente de Pau.

—No, desde luego que no —dijo Montespan—. Estoy convencida de que no es más que una coincidencia.

Apoyó la barbilla en las cartas, arrugó la nariz y, por último, sonrió.

Seguidos por varios guardias que se mantenían a una distancia prudencial, Luis y Enriqueta paseaban por un sendero de los jardines exteriores, entre árboles de hoja perenne y acebos. El invierno se acercaba: el cielo había adquirido el color del acero y el aire era gélido.

—¿No tenéis frío? —le preguntó el rey a Enriqueta, que llevaba un finísimo chal de color rosa.

—No —respondió ella.

—Claro. —Él sonrió—. ¡Sois de sangre inglesa!

Caminaron durante unos minutos más, pero el silencio de Enriqueta resultaba perturbador.

—¿Sabéis por qué os envío a Inglaterra? —preguntó el rey inclinándose hacia ella.

—¿Para ponerme a prueba?

—Eso no es necesario. Quiero que vayáis, pero no para complacerme a mí, sino porque lo deseéis de verdad.

—¿Acaso hay alguna diferencia?

—No lo sé. ¿La hay?

Enriqueta se detuvo y contempló el sendero ante ella. Luego se volvió de nuevo hacia Luis.

—¿He hecho algo malo? Antes estábamos muy unidos.

—¿No lo estamos ahora?

—No lo sé. ¿Lo estamos?

Luis se alejó varios pasos de ella y después regresó. No quería hablar sobre su relación en ese momento, pues no tenía ni tiempo ni ganas.

—Cuando estéis con vuestro hermano —dijo—, no debéis transmitirle emoción alguna. El silencio es más importante que las palabras. Sostenedle la mirada siempre que habléis. Aprovechad sus debilidades. Aduladlo. Sed fuerte cuando sea necesario y aceptad sus exigencias cuando no haya nada en juego. En esta misión, no sois su hermana ni la esposa de mi hermano. Sois Francia. Sois yo mismo.

Enriqueta bajó la cabeza y saludó con una reverencia.

Dos cortesanos se hallaban al pie de la escalinata de entrada, contemplando a un hombre desaliñado que en esos momentos entraba en palacio.

—¿Quién es? —preguntó uno de ellos.

—Parece Montcourt —dijo el otro al tiempo que arrugaba la nariz en un gesto de asco.

—¡Pero si lo habían desterrado!

—¡Yo había oído decir que estaba muerto!

Montcourt hizo caso omiso de los comentarios. Tomó el corredor principal y se dirigió al apartamento de Luis: era portador de una noticia lo bastante jugosa como para abrirle sus puertas.

Louvois estaba charlando con varias damas junto a la puerta de un salón. Cuando lo vio pasar, salió precipitadamente tras él y lo sujetó por un brazo.

—¿Qué hacéis vos aquí? —exigió saber—. ¡El rey os hará colgar si descubre que estáis aquí!

Montcourt se zafó de él y siguió caminando.

—No cuando le transmita la información que ha caído en mis manos.

—¿Cuál es la naturaleza de dicha información?

—Sólo hablaré con su majestad.

—Y ¿por qué queréis proporcionarle esa información?

—A cambio de mi regreso a Versalles.

—¿Por qué queréis volver?

El otro observó a Louvois con una gélida mirada.

—¿Sabéis qué significa estar solo y pasar frío?

El rey estaba comiendo cuando se anunció la presencia de Louvois y Montcourt. Bontemps y Colbert, que estaban presentes, observaron atónitos y en silencio a Montcourt cuando éste entró, saludó al rey con una inclinación de la cabeza y declaró que debía transmitirle una noticia de primordial importancia.

Luis le hizo una seña a Montcourt para que se acercara, pero no le dio permiso para sentarse. Luego comió otro bocado de pan.

—Me encontraba en una taberna y oí una conversación en la mesa de al lado —empezó a decir Montcourt.

—¿Y?

—Sólo uno de ellos hablaba, majestad. Alardeaba de que iba a matar a la cuñada de su majestad durante su viaje a Inglaterra.

Luis dejó el pan y se inclinó hacia adelante. Había pasado de limitarse a tolerar la visita de aquel hombre a sentir un profundo interés por lo que acababa de revelar.

—¿Conoces a ese hombre?

—Sí, sire. De otros tiempos. Es un ladrón y un asesino.

—¿Te vio?

—No, sire.

—¿Dónde se lo puede encontrar?

—Ahora es miembro de vuestras fuerzas de seguridad.

Louvois dio un paso al frente.

—¡Hay que arrestarlo! —exclamó.

—Se limitará a negar su participación en ese asunto —afirmó Montcourt—. La única opción es pillarlo con las manos en la masa. Conozco sus métodos y sé dónde se apostará.

Luis reflexionó.

—Si lo que dices es cierto, Francia estará en deuda contigo. Pero, hasta entonces, estarás bajo custodia. ¿Lo entiendes?

—Sí, sire.

El rey inclinó la cabeza y el secretario de Estado acompañó a Montcourt hasta la puerta, donde lo entregó a los guardias.

—Y, Louvois —añadió el rey—, proporciónale ropa nueva. Parece un espantapájaros.

Mientras se llevaban a Montcourt, Luis se puso en pie y observó a Bontemps.

—Esto significa que hay un traidor entre nuestras filas.

—¿Sire? —preguntó Bontemps—. Tal vez sería buena idea posponer la marcha de su alteza, ¿no creéis?

—¿Y dejar pasar la oportunidad de descubrir la identidad de mis enemigos? No. En ausencia de monsieur Marchal, la seguridad del viaje está en tus manos. Descubre lo que sabe Montcourt. No hace falta que te recuerde lo que ocurriría si el rey de Inglaterra descubriera que su hermana ha sido asesinada cuando se dirigía a visitarlo.

Tan pronto como Bontemps abandonó el apartamento del rey, encontró a Claudine en el corredor. Iba disfrazada de doctor Pascal y lo estaba esperando.

—¿Qué os ha ocurrido? —preguntó Bontemps.

—Me he resfriado —gruñó Fabien.

Estaba sentado en un camastro en la cocina de Claudine, con los ojos aún vendados y los hombros hundidos. La muchacha estaba de pie junto a la mesa, despegándose el bigote.

—Y ¿dónde habéis cogido ese resfriado?

Fabien hizo caso omiso de la pregunta.

—¿Se ha detectado en la corte mi ausencia?

—Su majestad no está precisamente contento. Y he ido a vuestro despacho, pero resulta que vuestra ayudante, Laurene, también ha desaparecido.

Fabien se tocó los vendajes y luego dejó caer las manos.

—Me temo que no volveremos a verla. Y os estaría muy agradecido si pudierais decirle al rey que he tenido que partir hacia París a ocuparme de un asunto urgente.

Bontemps asintió no muy convencido.

—Muy bien. Y, antes de que se me olvide, me ha llegado de Pau un mensaje para vos.

—¿Lo habéis leído?

—Sí.

—¿Es una mentirosa?

—Lo es. La auténtica madame de Clermont murió en un incendio hace unos diez años. ¿Qué os hizo sospechar de ella?

—Los documentos de prueba que ha presentado están fechados treinta años antes que el papel en el que están escritos. La trama es reciente, se fabrica con un molino conocido como pila holandesa. El papel antiguo posee más fibra.

—¿Cómo lo sabéis?

—Mi padre era impresor.

—¿Por qué no habéis hecho que la arresten?

—Dudaba de mis propias convicciones —dijo Fabien. Luego volvió la cabeza hacia la puerta, como si pudiera verla—. Pero no volveré a dudar.

Chevalier estaba en la cama de Felipe, arropado con una manta. Jugueteaba con la pluma que tenía en la mano, mientras observaba a los dos ayudas de cámara que daban los últimos toques al peinado de Felipe y le echaban una mano para ponerse el abrigo.

—¿Adónde vas? —preguntó.

Felipe se abrochó el abrigo.

—A ver a mi esposa.

—Ah. A ella.

Felipe agitó las manos para indicar a los ayudas de cámara que se marcharan. Luego se volvió hacia Chevalier.

—Preferiría que no utilizaras ese tono ofensivo al hablar de mi esposa.

—Te he oído a ti utilizarlo en muchas ocasiones.

Felipe pasó junto a la cama al dirigirse hacia la puerta y Chevalier lo sujetó por un brazo.

—¿Qué es exactamente lo que quieres de mí?

Felipe apartó la mano del otro.

—Quiero que des sin pedir nada a cambio. ¿Serías capaz de hacer algo que me beneficiara a mí y no sólo a ti?

Chevalier abandonó la cama de un salto, dejó caer la pluma y la sábana y se mostró ante él, desnudo y excitado.

—Desde luego.

—No me refería a eso —afirmó el hermano del rey—. Y esta noche prefiero que duermas en tus aposentos.

Chevalier retrocedió.

—¡Si ni siquiera tengo aposentos!

—En ese caso, supongo que encontrarás a algún fulano dispuesto a ofrecerte su cama o su culo. O ambas cosas.

Felipe lo dejó perplejo junto a la cama y se dirigió al apartamento de Enriqueta. Al llegar, encontró a Sophie engalanando a la duquesa para el viaje con sus nuevas prendas: zapatos de pedrería, collar de perlas y abrigo ribeteado en piel.

—Aún no es tarde para decir que no —dijo tras observarla un instante.

Enriqueta levantó la mirada.

—Quiero ir.

—Pero... ¿por qué?

—Porque él me lo ha pedido.

—No, no os lo ha pedido. —Felipe se acercó a ella y le acarició con un dedo las perlas del cuello—. Os lo ha ordenado.

—Me satisface estar al servicio del rey y de Francia.

—No conseguiréis recuperarlo. Lo sabéis, ¿verdad?

Enriqueta se alisó el abrigo.

—No es ésa mi intención.

—Entonces —dijo Felipe muy despacio—, os deseo que tengáis un viaje agradable.

El día despertó bajo la capa de escarcha que cubría los prados y los jardines, y la fría atmósfera de una nevada inminente. Tras desperezarse, Luis se acercó a la ventana al oír alboroto de caballos que relinchaban y piafaban. Apoyó la frente en el cristal y vio en el exterior a varios sirvientes que correteaban de un lado para otro, cargando cajas y baúles en un carruaje. Enriqueta, mientras tanto, se preparaba para la partida, rodeada de guardias y de sus damas de compañía.

Madame de Montespan, desnuda a excepción de la sábana con la que se había cubierto los hombros, se acercó a Luis y le besó el hombro.

—La admiro —dijo mientras observaba cómo Enriqueta subía al carruaje.

—¿Por qué? —preguntó el rey.

—Por marcharse a pesar de no estar bien.

—Se va para recuperarse. ¿Es que no leéis la *Gazette*?

—Desde luego. Se marcha a Vichy. Qué tonta soy —dijo mientras frotaba la nariz contra la oreja del rey—. Os agradezco, majestad, que me visitarais anoche. Creía haber perdido vuestro favor.

Luis atrajo a Montespan hacia sí y le acarició una mejilla.

—Tendréis que esforzaros un poco más, si queréis perder mi favor.

Ella volvió a besarlo y regresó a la cama. Luis se volvió un momento para contemplar de nuevo el carruaje. Se fijó en la palidez de Enriqueta, cuyo rostro vislumbró en la ventanilla del vehículo, hasta que su aliento empañó la escena y la desdibujó por completo.

Béatrice sujetó a Sophie por el brazo justo cuando la muchacha se disponía a subir al coche de caballos.

—Quiero recordarte que tengas cuidado —le susurró a su hija—. El peligro acecha en todas partes. ¿Lo entiendes?

Sophie frunció el ceño.

—Pero, madre..., vamos fuertemente custodiadas por guardias, estamos seguras del todo.

—Si ocurriese algo, preocúpate por tu seguridad antes que por la de tu dama.

—Pero...

—Que te diviertas en Inglaterra.

—¿Inglaterra? Pero si vamos a Vichy...

Béatrice se apartó y Sophie, sin dejar de volver la vista atrás, siguió a Enriqueta al interior del carruaje.

Viajaron durante un buen rato: se alejaron del palacio y de los jardines exteriores y se adentraron en un bosque por un sinuoso camino que se dirigía al este. Enriqueta observaba en silencio a través de la ventana, absorta en sus pensamientos, mientras Sophie daba vueltas y más vueltas a las palabras de su madre. Al final, no pudo seguir callando.

—Alteza, no vamos a Vichy, ¿verdad?

Enriqueta volvió la mirada hacia la muchacha.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—Se lo oí decir... a una de las doncellas.

La duquesa asintió con un gesto vago.

—Su majestad me envía a Inglaterra para entrevistarme con mi hermano, el rey Carlos.

—¿Por qué?

—Dejad de hacer preguntas, Sophie. Vuestro deber es comportaros con tacto y discreción.

La joven asintió dócilmente.

—Por supuesto.

Enriqueta se volvió de nuevo hacia la ventanilla.

—Nos estamos adentrando en un mundo de hombres, pero eso no significa que debamos comportarnos como ellos.

El carruaje aminoró la marcha al llegar a una brusca curva del camino. Sophie echó un vistazo por su ventanilla y vio una bandada de palomas blancas posadas en las ramas bajas de un árbol que crecía junto al sendero.

Lo que no vio fue al hombre alto y corpulento que espiaba el vehículo desde una loma, por encima del árbol. En el rostro del hombre, que apuntaba con su ballesta al cochero, se adivinaba una expresión despectiva y desafiante y un aire sanguinario. Mike se apartó una mosca de los ojos y, tras encorvar el cuerpo, se dispuso a apretar el gatillo. Justo en ese momento, notó en la sien el cañón de una pistola. Al volverse, vio a seis mosqueteros y al primer ayuda de cámara del rey, Bontemps, observándolo con la misma mirada despectiva y desafiante.

Un corpulento mercader de vinos expuso sus mercancías en un salón de palacio: las jarras sobre una mesa y los barriles en sus soportes. Abrió mucho los ojos y sonrió esperanzado mientras Rohan, Cassel y otros nobles probaban el vino y comentaban sus virtudes. El rey se acercó en busca de una copa y el mercader observó con avidez al monarca mientras éste bebía un sorbito y lo paladeaba en la boca.

Bontemps entró en ese momento en el salón y se situó junto al rey.

—Hemos arrestado al asesino, sire —susurró.

Luis asintió y se tragó el vino antes de mirar abiertamente al mercader.

—¡Monsieur Grand! ¡Sois un mago!

El mercader supiró aliviado y sonrió mientras el rey se volvía hacia los nobles.

—Probadlo, probadlo. Es una combinación perfecta de robustez y frescor.

Los nobles se acercaron al mercader mientras éste se apresuraba a servir más copas. Rohan alzó la suya hacia el rey a modo de silencioso saludo y Luis le devolvió el brindis.

Montcourt entró entonces en el salón, vestido con ropa nueva.

—¡Mi buen amigo Montcourt! —lo saludó el rey.

Los nobles se volvieron con sus copas de vino, sorprendidos de que la oveja negra hubiera vuelto al redil.

—Hace algunos años expulsé a este hombre de la corte —dijo el rey—. Y ahora le doy la bienvenida con los brazos abiertos. Es el más claro ejemplo de que la lealtad tiene su recompensa.

Luis abrazó a Montcourt y Rohan empezó a aplaudir para que el resto de los nobles lo imitaran.

Mientras aquél se acercaba a la mesa para probar el vino, Cassel se le aproximó.

—¿Cómo diablos has conseguido el perdón del rey?

—Se lo he suplicado —respondió el interpelado mientras alzaba su copa como si brindara consigo mismo—. Le dije que la vida lejos de Versalles no vale la pena.

A Cassel le temblaron los labios de ira.

—Y ¿qué hay de nuestras otras actividades?

—Será mejor que esta discusión la mantengamos en privado —dijo Montcourt al tiempo que se alejaba de la mesa para dirigirse a un grupo de sonrientes nobles—. Y ahora, si me perdonáis, querría saludar a algunos amigos.

Fabien estaba sentado en el camastro, completamente inmóvil mientras Claudine le retiraba con cuidado el largo vendaje que le tapaba los ojos. Lo hacía muy despacio, pues sabía que aún sentía mucho dolor. Fabien tenía la frente perlada de sudor y los labios rojos y cubiertos de llagas.

—¿Es posible que la persona que ha intentado envenenarme sea la misma que mató a vuestro padre? —preguntó.

Claudine asintió.

—Sea quien sea el envenenador, es un experto. ¿Creéis saber quién mató a mi padre?

—Aún no, pero estoy muy cerca de descubrirlo.

Una vez que terminó de retirar el vendaje, Claudine le quitó los dos pedazos de tela que le cubrían las cuencas y, a continuación, estudió detenidamente los ojos de Fabien mientras éste, a su vez, le devolvía la mirada.

—El ojo derecho parece estar recuperado, pero en el izquierdo aún se aprecian restos del veneno. Bien, ¿qué veis?

Fabien parpadeó varias veces y luego miró a Claudine.

—La verdad —dijo.

Se levantó con brusquedad del camastro y cogió un abrigo que colgaba de una de las sillas de la cocina.

—¡Aún no estáis en condiciones de moveros! —respondió Claudine.

Fabien se abrochó el abrigo.

—Me has salvado la vida. Gracias.

Pasó junto a ella y cogió un par de botas que se hallaban sobre una estera, al lado de la puerta.

—Ese abrigo era de mi padre. Y las botas también.

Fabien introdujo los pies en las botas y tiró de ellas hacia arriba.

—Dicen que no hay que ponerse los zapatos de un muerto, pero por esta vez haré una excepción.

Mike se hallaba en la sala de tortura, con las manos atadas a la espalda y un tobillo encadenado a la pared. Le sonrió a Bontemps, que estaba tratando de interrogarlo, y dejó al descubierto una hilera de dientes ennegrecidos. Se negaba a revelar su nombre y se reía entre dientes al ver que Bontemps, frustrado por sus vanos intentos, se iba poniendo más y más furioso.

—¿Por orden de quién intentabas matar a su alteza la duquesa Enriqueta?

—No os lo vais a creer —se burló Mike—, pero no me acuerdo.

Bontemps lo agarró por la garganta.

—¿Quién?

Mike soltó una carcajada.

—Sois demasiado viejo para estas cosas, y demasiado caballeroso.

Bontemps se apartó, tan furioso como frustrado. Estaba rodeado de instrumentos de tortura y, sin embargo, jamás se había visto obligado a hacer daño a otro ser humano para obtener información.

En ese momento se abrió la puerta y entró Fabien. Se quedó mirando a Mike y éste le devolvió la mirada.

—¿Qué hace aquí un miembro de mis fuerzas de seguridad?

El primer ayuda de cámara se secó la frente.

—Ha intentado matar a su alteza, la duquesa de Orleans.

Fabien asintió.

—Entiendo. Decidme, ¿dónde está el rey?

Los dos hombres abandonaron la sala de tortura y se dirigieron al apartamento de Luis. Los guardias les franquearon el paso y Bontemps encontró al monarca dormido en un sillón de la cámara. La expresión de su rostro era serena, como si estuviera recordando momentos de paz y amor.

—¿Sire?

Luis abrió los ojos de golpe.

—Soy Bontemps. Monsieur Marchal está conmigo, sire.

Luis se irguió de golpe y observó a Fabien. La expresión serena de su rostro desapareció al instante, sustituida por la ira.

—Soy el rey de Francia. Acabamos de destapar una conspiración para acabar conmigo y con todo lo que he construido. Un miembro de vuestras fuerzas de seguridad ha estado a punto de asesinar a la esposa de mi hermano. Guillermo de Orange está buscando la manera de destruirme... y vos... —dijo Luis. Se detuvo para coger aire y luego rugió—: ¡Y vos, mi jefe de seguridad, estabais en París!

Fabien alzó la barbilla.

—No estaba en París, sire.

Luis le lanzó una severa mirada a Bontemps.

—Eso era lo que me habían dicho.

—Sire, la culpa es mía —aclaró Fabien—. Se ha atentado contra mi vida. Y no quería que la persona responsable conociera mi estado, ni tampoco mi paradero.

—¿Atentar contra vuestra vida, decís? ¿Quién?

—Una mujer.

—Madame de Clermont —dijo el rey.

—Sí. ¿Puedo preguntaros cómo lo sabéis?

—Lo sabe toda la corte. ¿Acaso creíais que podíais mantener vuestra relación en secreto? He dado órdenes para que se la expulse de la corte. Creo que tiene una hija, que también...

—Su hija es dama de compañía de su alteza —lo interrumpió Fabien—. ¿Dónde está ahora mismo?

—Ya casi habrán llegado a Calais, sire —dijo Bontemps.

A Luis se le ensombreció el rostro.

—Deseo que la muchacha no tenga nada que ver con las intrigas de su madre.

—Majestad —dijo Fabien—, es fundamental que madame de Clermont permanezca en la corte, ajena a las acusaciones que se han formulado contra ella. Tengo motivos para creer que ha falsificado documentos y que está relacionada con la desaparición de mi ayudante. Que intentó envenenaros, majestad, que asesinó a vuestro médico y que ha atentado contra mi vida. Aún no poseo pruebas concretas pero, por favor, permitidme buscarlas.

Luis asintió y luego ladeó la cabeza.

—¿Qué os ha pasado en el ojo?

—Miré hacia donde no debía, sire.

Béatrice estaba sentada ante su espejo, desmaquillándose, y se sobresaltó cuando alguien llamó a su puerta.

—¿Sí? —respondió.

Fabien entró en la alcoba con una gélida sonrisa. Béatrice tardó un brevísimo segundo en recobrar la compostura, mientras pensaba a toda velocidad.

—Monsieur Marchal. Estaba muy... muy preocupada por vos.

—Y yo —dijo él al tiempo que cerraba la puerta tras de sí.

Béatrice se puso en pie y miró a Fabien, que tenía los brazos pegados a los costados. Bajo su abrigo abotonado, se adivinaba el bulto de lo que parecía una pistola. Tenía un ojo claro y nítido, y el otro encendido como una brasa al rojo vivo.

—Desaparecisteis mientras iba a por un poco de agua. Hace dos días que os busco.

—No sabía dónde estaba ni qué hacía. Pero, por suerte, alguien me encontró y me llevó a un médico. Creía que me habían envenenado, pero teníais razón vos: comí algo que me sentó mal.

—Me alegra oír eso.

Béatrice sintió flaquear su valor y tuvo la sensación de que Fabien percibía su incomodidad y disfrutaba con ello.

—Tras reponerme, tuve que ir a París por orden de su majestad, pero ya estoy de vuelta y querría recuperar mis botas.

—Por supuesto.

Béatrice desapareció tras el biombo que dividía la habitación; cogió las botas de Fabien y un cuchillo que tenía sobre la mesa. Después de ocultarlo en la espalda, bajo el cinturón, reapareció tras el biombo.

—Pedí que las lustraran —dijo.

Fabien cogió las botas y, durante un brevísimo segundo, Béatrice percibió un destello de pasión en el ojo bueno de Fabien, pero no supo si era deseo sexual o instinto asesino.

—Me alegra que estéis recuperado —dijo.

—Que tengáis un buen día.

Fabien saludó con una inclinación de la cabeza y dejó a Béatrice en su alcoba. Le temblaban los brazos y las piernas.

El agua de la bañera estaba caliente y Felipe se hallaba casi en la gloria cuando el rey irrumpió en la cámara de su hermano y le dijo a la doncella, que en ese momento le estaba frotando los hombros, que dejara la toalla y saliera de la alcoba.

Felipe no se volvió, sino que se limitó a contemplar la sombra de su hermano en la pared.

—Tal vez no regrese —dijo.

—Claro que regresará. Confío en ella.

—Todo sería mucho más sencillo para ella si se marchara definitivamente de esta casa de locos en la que dos hermanos no hacen más que pelearse. ¿Te das cuenta de la clase de lugar que estás creando?

—No me cabe duda de que me lo vas a decir.

—Tu palacio de ensueño es un refugio para conspiradores, traidores, infieles y depravados. ¿Me dejo algo?

Luis rodeó la bañera para mirar a su hermano.

—Precisamente por eso he venido a verte. Estás furioso porque he enviado a tu esposa a Inglaterra. Ahora ella tiene un objetivo, pero tú todavía no. He venido a proporcionártelo.

—¿De verdad? ¿Qué te propones?

—Etiqueta.

Felipe se burló.

—Etiqueta.

—Los nobles se comportan como si estuvieran en su casa. No saben cómo dirigirse a los miembros de la familia real, ni tampoco a otros nobles. No saben comportarse en la mesa, no saben estar en Versalles. Quiero que todo el mundo conozca su lugar y condición. Quiero que el día esté organizado a la perfección, desde el primer minuto hasta el último. A partir de ahora, todo el mundo debe comportarse según las mismas normas.

—¿Incluido el rey?

—Especialmente el rey. Y ¿quién mejor para controlar al rey que su propio hermano?

Felipe se puso en pie y se sacudió el agua de los brazos.

—Y ¿no podrías encargarme una tarea que aumente la gloria y la reputación de Francia?

—Es lo que acabo de hacer.

El alboroto en el salón era ensordecedor. Los nobles apostaban, reían, bebían y se empujaban unos a otros con el mismo desenfado que si se tratara de un grupo de vulgares plebeyos. Luis cruzó el salón en busca de Rohan. Madame de Montespan se le acercó, pero Luis la apartó a un lado. Los nobles que aún no estaban lo bastante borrachos saludaron al rey, mientras los demás se quedaban sentados, aturdidos o medio dormidos.

—¿Dónde está Rohan? —preguntó el rey.

Nadie respondió.

—¡¿Dónde está Rohan?! —gritó.

—Detrás de vos, sire.

Luis se volvió.

—Ven, esta noche necesito un amigo.

Le cogió una botella de vino y un par de copas a un criado que en ese momento pasaba por allí con una bandeja y luego abandonó con Rohan el alboroto y la luz del salón.

Se sentaron en un banco de mármol, detrás del palacio, y contemplaron los jardines a la pálida luz de la luna. Los guardias se mantenían a una distancia prudencial.

—Antes, todo estaba mucho más claro y despejado —dijo Luis—. Sabíamos quiénes éramos, qué queríamos, adónde íbamos y quiénes eran nuestros amigos y enemigos. Pero ahora...

—¿No hay vuelta atrás?

Luis negó con la cabeza.

—El camino es demasiado estrecho como para dar media vuelta. Cada decisión que se toma es un paso al frente que no puede deshacerse.

Rohan abrió la botella de vino y llenó las copas.

—¿Cuál es vuestro mayor miedo?

—Quedarme solo.

—Vos jamás os quedaréis solo.

Luis contempló a Rohan con una mirada afectuosa y levantó su copa para brindar.

—Has hablado como un verdadero amigo. Por todas las cosas y todas las personas que hemos dejado atrás.

—Y por un futuro brillante —añadió Rohan.

Ambos bebieron un largo trago bajo la bóveda nocturna. Luego, Rohan le pasó un brazo por los hombros al rey y con el dedo meñique empezó a tamborilear un arrítmico *staccato*.

9

Invierno de 1670

La escena era la imagen misma de la serenidad: el rey paseando por un sendero del jardín, en medio de altas estatuas y elegantes fuentes enmudecidas durante el invierno, al tiempo que unas cuantas nubes blancas salpicaban el cielo azul claro. Bontemps observó aquella escena con una mezcla de reverencia y amor. Sin embargo, las responsabilidades arruinaron la belleza del momento, de modo que corrió hacia el monarca y lo saludó con una respetuosa inclinación de la cabeza.

—Buenos días, sire. Es la hora.

Luis suspiró.

—Desde luego. ¿Alguna noticia? —preguntó mientras regresaban paseando al palacio, entre setos de hoja perenne e hileras de rosas de Navidad.

—Ha llegado un mensajero durante la noche, majestad. El barco en el que viaja su alteza zarpó de Calais anteayer. Si todo ha ido bien, ya habrá llegado a Dover.

Luis se frotó la barbilla con aire pensativo.

—¿Me equivoqué al enviarla?

—Su majestad siempre hace lo que considera mejor para Francia.

—¿Y si no regresa?

—Lo hará, sire. Estoy seguro.

—¿Por qué estás seguro?

—Porque es leal. Y porque su lugar se encuentra aquí.

—Pero... ¿cuál es su lugar? ¿Ser una abnegada esposa?

—Eso no me corresponde a mí decirlo.

—¿Te gustaría ser una mujer, Bontemps?

—Oh, no, sire.

Luis sonrió de forma vaga.

—A mí tampoco.

En la alcoba del rey, los ayudas de cámara despojaron rápida y hábilmente al monarca de la ropa de la mañana y lo vistieron con zapatos recién lustrados, camisa con chorreras y chaleco negro de terciopelo, mientras Bontemps le leía la lista de encuentros previstos para ese día. Cuando éste mencionó una reunión a media mañana con el obispo Bossuet para tratar el tema de la cuestión protestante, Luis negó con la cabeza.

—Cancélala. No tengo ni tiempo ni humor para uno de sus interminables sermones —dijo.

—Muy bien, sire —respondió Bontemps—. A las once, el astrónomo real Cassini ofrecerá un discurso y, entre las once y las doce, tenéis que posar para un retrato. Después de comer...

Luis alzó una mano.

—Sí, sí, muy bien.

Se puso en pie mientras los ayudas de cámara le daban el último toque, un abrigo con bordados en hilo de oro. El rey observó su propio reflejo y, convenientemente satisfecho, abandonó la cámara para iniciar su ajetreado día.

El salón de aparato era un hervidero de real actividad. Bajo el techo abovedado y decorado con frescos, Luis estaba sentado a su escritorio, firmando los incontables documentos que Bontemps le había entregado. Colbert y Louvois se hallaban cerca, esperando que les llegara el turno de hablar con el rey. Rohan descansaba no muy lejos, en un asiento de ventana, y disfrutaba de los cálidos rayos del sol en los hombros.

Mientras Luis le entregaba al primer ayuda de cámara un documento firmado, reparó en la presencia de Louvois y le indicó con un gesto que se acercara.

—¿Tenéis una carta para mí?

—Del rey de Suecia, sire.

Luis dejó la pluma.

—Abridla. Y contadme qué dice.

Louvois rompió el lacre y leyó la carta en voz alta.

—El rey acepta romper su alianza con Holanda y nos ofrece su apoyo.

—Bien. Ahora sólo necesitamos tener a Inglaterra de nuestra parte.

Luis cogió de nuevo la pluma, la mojó en el tintero y firmó otro de los documentos que Bontemps le había entregado.

—¿Qué se sabe del prisionero? —preguntó Rohan desde la ventana—. El que intentó matar a su alteza.

—Monsieur Marchal lo está interrogando —dijo Bontemps.

Luis firmó el último documento.

—Dile a Marchal que quiero verlo.

Bontemps saludó con una inclinación de la cabeza y abandonó el salón. El rey le hizo entonces una seña a Colbert.

—¿Qué noticias tenemos del Trianón?

—Los trabajadores están teniendo problemas con los azulejos, sire —respondió el contable real—. Se desprenden una y otra vez. Le Vau quiere saber si su majestad estaría dispuesto a cambiar la fachada.

—No. Sin la fachada, el edificio carece de interés. ¿Y el canal?

—Le Nôtre cree que en verano ya estará lleno de agua, sire.

—Entonces necesitaremos unas cuantas embarcaciones.

—¿Embarcaciones?

—Sí. Botes de remos, barcos en miniatura, góndolas... El agua no está allí sólo para que la miren.

El viaje a través del canal de la Mancha había resultado sorprendentemente tranquilo. Soplaba un viento frío, pero apenas se notaba gracias al sol. Enriqueta deseó que el agradable trayecto fuera un buen augurio para el éxito de la tarea que tenía por delante. Sin embargo, cuando entró en el

patio del castillo de Dover acompañada de Sophie y de sus sirvientes, notó de golpe la importancia de la misión que se le había encomendado y le costó mantener la sonrisa y mostrarse segura de sí misma.

Desde el castillo de Dover, situado sobre los acantilados, se dominaba el canal. El castillo en cuestión era una lúgubre fortaleza de piedra gris, cuyos muros estaban cubiertos de enredaderas y salitre.

Sir Throckmorton y sus guardias recibieron a la comitiva real en el patio. El caballero inglés saludó a la cuñada del rey con una respetuosa inclinación de la cabeza.

—¡Bienvenida a casa, alteza! ¿Qué tal vuestro viaje?

Enriqueta asintió con un delicado gesto.

—Bastante agradable, gracias.

—En primer lugar, os pido disculpas —dijo Throckmorton mientras conducía al séquito por el patio, en dirección a una puerta situada justo al otro lado—, pues el castillo resulta algo frío en esta época del año.

—¿Me entrevistaré a solas con su majestad?

—No, el conde de Arlington y lord Arundell también estarán presentes.

—¿Sería posible ver a su majestad antes de que empiecen las conversaciones oficiales? En privado, quiero decir.

—Me temo que no, alteza. Sería bastante irregular.

Enriqueta se detuvo y se volvió hacia Sophie.

—Un pañuelo, por favor. Me ha entrado algo en el ojo.

Sophie sacó un pañuelo del bolsillo de su capa y se lo acercó a Enriqueta al ojo.

—No sirvo para esto —dijo la duquesa cuando la muchacha se inclinó hacia ella—. Me falta valor.

Sophie fingió secarle el ojo.

—Reuniréis el valor mientras lleváis a cabo vuestra misión, alteza.

Throckmorton, que caminaba varios pasos por delante de ellas, se volvió a mirar.

—¿Ocurre algo?

Enriqueta apartó el pañuelo, enderezó los hombros e irguió la cabeza.

—Nada en absoluto —respondió.

Cuando llegaron a la puerta, varios guardias armados franquearon el paso a Throckmorton y a Enriqueta mientras los demás se quedaban esperando en el exterior.

Los corredores del castillo resultaban mucho más oscuros que los de Versalles, pero Enriqueta los recordaba muy bien. Las escalinatas, los muros grises y los ecos que resonaban por aquellos austeros suelos de piedra... Throckmorton la acompañó hasta un gran salón cuyo único mobiliario consistía en un sillón y una mesa, sobre la cual descansaban un tintero y varias plumas.

—Su majestad se encuentra en una reunión, pero enseguida estará con vos —dijo él.

Enriqueta se estremeció y deseó que el diplomático no lo hubiera advertido.

—Gracias —repuso.

La parte posterior de la cabeza de Mike impactó contra la columna que tenía detrás. El hombre vio las estrellas y se mordió la cara interior de la mejilla, pero se obligó a sonreírle a Fabien, que era quien le había propinado el puñetazo.

—Bien, vamos allá —dijo el jefe de seguridad mientras comprobaba las cuerdas que mantenían a Mike atado a la columna. Luego cogió una correa de cuero. Dos guardias contemplaban la escena, algo apartados—. ¿Quién te ordenó que la mataras?

—No lo sé.

Fabien le puso la correa de cuero en torno a la frente y la ató al otro lado de la columna, de forma que el prisionero no pudiera mover la cabeza.

—¿Cómo se puso en contacto contigo?

—No lo sé.

Mike observó a Fabien mientras éste cogía un martillo y una punta metálica de la mesa de torturas y se le puso la carne de gallina.

Fabien apoyó el afilado extremo de la punta en el cráneo de Mike, justo detrás de la oreja derecha.

—¿Sabías —dijo— que si se le clava una punta a alguien en un lugar determinado del cráneo, la víctima conserva el habla y la capacidad de pensamiento pero queda paralizado para el resto de su vida?

Mike empezó a retorcer el cuerpo para liberarse.

—No... no lo vi en ningún momento. Me dejaba notas, siempre en un sitio distinto.

—¿Qué hacías antes de entrar en mi cuerpo de seguridad?

—Trabajaba en una taberna.

Fabien dejó la punta.

—¿Sabes quién es Guillermo de Orange?

—No.

—¿Tienes miedo?

—¿De qué? —gruñó Mike.

—¿Vas tú a visitarlo o viene él a Francia?

Mike luchó de nuevo contra sus ataduras.

—¿Quién? ¿A qué os referís?

—Guillermo de Orange.

—¡No lo conozco!

—¿Dónde está la taberna?

—En el sur, cerca de...

Fabien se acercó aún más, con una mueca en los labios.

—¿Te da dinero?

—¿Quién? ¿Quién?

—Guillermo de Orange.

—¡Ya os lo he dicho! —gritó Mike, escupiendo saliva entre los labios ensangrentados—. ¡No sé quién es! ¡No he estado jamás en Holanda!

Fabien se irguió y le dedicó una sonrisa gélida.

—Yo no he dicho que sea de Holanda. Pero tú sí.

La puerta de la sala de tortura se abrió bruscamente y entró Bontemps. Fabien se volvió hacia el primer ayuda de cámara, furioso por la interrupción.

Bontemps, sin embargo, no se inmutó.

—El rey quiere veros.

Fabien se volvió de nuevo hacia Mike.

—De inmediato.

El jefe de seguridad se secó las manos y se volvió hacia los guardias.

—No le quitéis los ojos de encima, no habléis con él, no le deis nada.

Luego abandonó la sala de tortura con Bontemps. Mike fulminó con la mirada a los guardias, que se limitaron a observarlo como si fuera una silla. Minutos más tarde, volvió a abrirse la puerta y Mike se preparó para enfrentarse de nuevo a Fabien, pero era Rohan. Los guardias le bloquearon el paso con rapidez.

—¿Dónde está monsieur Marchal? —exigió saber él—. El rey quiere verlo.

—Ya se ha marchado, señor —respondió uno de los guardias.

—Así que éste es el traidor —dijo Rohan, abriéndose paso entre los dos hombres.

Los guardias fruncieron el ceño e intercambiaron una mirada, sin saber si debían o no enfrentarse al amigo del monarca.

Mike y Rohan se observaron con frialdad.

—Si de mí dependiera —aseguró Rohan—, haría que te colgaran, te arrastraran y te desmembraran.

Cogió la alargada punta metálica y le dio unas cuantas vueltas entre las manos.

—Qué horripilante —dijo—. ¿Para qué sirve?

—Para matar —respondió Mike.

Uno de los guardias se aproximó a Rohan.

—Señor...

—¿Para matar? —repitió Rohan—. ¿Se usa así?

Se volvió rápidamente con la punta en la mano y se la clavó en el ojo a uno de los guardias, que cayó tras proferir un espantoso alarido. Rohan le arrebató la daga al hombre caído y se la lanzó al otro guardia, que en ese momento se le acercaba. El arma se le clavó en la garganta al segundo guardia, que gorjeó, trató de coger su cuchillo y, finalmente, se desplomó. Los dos hombres quedaron tendidos en el suelo, gimoteando y retorciéndose de dolor justo antes de morir.

A continuación, Rohan desató a Mike y sacó la capa de monje que llevaba oculta bajo el abrigo.

—Toma —le dijo a Mike, que enseguida se la puso—. Un guardia te espera junto a la lavandería. Te enseñará por dónde salir. Visita a nuestro amigo en París y dile que quiero los mejores hombres que tenga. Los llevarás al sitio de siempre, donde esperarás mis instrucciones. ¡Date prisa!

Un alegre fuego chisporroteaba y bailaba en la chimenea de la antecámara de Felipe. Había conseguido calentar la estancia, pero no disipar la tensión. Sentados el uno junto al otro, Felipe y Chevalier contemplaban el fuego y los troncos que suspiraban y crepitaban entre las llamas.

—¿Recuerdas la primera noche que pasamos juntos? —preguntó Chevalier.

—No.

—Y ¿recuerdas lo que te dije por la mañana?

—No.

—Te dije: «A partir de hoy, todo día que pase sin tocarte, saborearte, sentirte y respirarte será un día de muerte y luto».

Felipe se encogió ligeramente de hombros.

Chevalier se inclinó un poco en su sillón, tratando de captar su mirada.

—Lo dije de corazón entonces y lo digo de corazón ahora. Sé que he cometido un error. He ofendido al rey y te he ofendido a ti. Pero te sigo amando tanto como el día en que nos conocimos —concluyó al tiempo que dejaba caer la mano.

Muy despacio, con la mirada aún fija en el fuego, Felipe extendió una mano y le rozó los dedos.

Tras una espera que se alargó cruelmente en aquella estancia gélida y desierta, llegó el rey Carlos II de Inglaterra, vestido con una capa ribeteada de armiño. Lo seguían Henry Bennet, conde de Arlington, lord Henry Arundell, sir Throckmorton y cuatro guardias de rostro impenetrable.

Enriqueta saludó con una reverencia. Los hombres correspondieron con una inclinación de la cabeza, sonrientes pero con un destello de condescendencia en la mirada.

—Mi querida hermanita —dijo el rey Carlos al tiempo que le tendía una mano—. La última vez que te vi tenías miedo porque creías que había un fantasma escondido debajo de tu cama. Espero que consiguieras librarte de él.

Enriqueta le besó la mano al rey.

—No estoy aquí en calidad de hermana, sino como emisaria de Francia.

—¿De verdad? —dijo él. Los consejeros se observaron unos a otros y luego contemplaron a Enriqueta como si no fuera más que una niña a la que hubiera que consentir—. Y de algo más, según tengo entendido.

—Re... represento a su majestad el rey Luis XIV —declaró ella.

«¡Ni siquiera puedo hablar con calma! ¡No sirvo para esto!»

Bajó la mirada, tras apartarla de su hermano, y en ese mismo instante supo que había cometido un error.

—Me alegro de verte —dijo Carlos en el tono regio y arrogante que ella tan bien conocía—. Y ahora, vayamos al grano. Sir William me ha trasladado las propuestas de tu rey y creo que no puedo aceptarlas en su totalidad. Al parecer, cree que Inglaterra no es más que un barrio pequeño e insignificante sin ambiciones propias...

«No debería estar aquí —pensó Enriqueta—. ¡Esto es un error!»

Y, en ese momento, le vinieron a la mente las palabras de Luis: «Cada uno de vuestros gestos y movimientos debe transmitir autocontrol. No demostréis emoción alguna».

—... desea que nos quedemos de brazos cruzados mientras él invade Holanda y le roba su comercio —prosiguió el rey—. Es inadmisible. Propone ayudarnos en nuestra relación con el papa...

«Sostenedle la mirada. Aprovechad sus debilidades.»

Enriqueta recorrió el salón con los ojos y fue entonces cuando vio lo que de verdad tenía delante: las paredes que se caían a pedazos, una rata que olisqueaba en un rincón, los zapatos gastados y medio descosidos de los guardias, una ventana rota y un charco de agua en el suelo, procedente de una gotera del techo...

—Pero... ¿con qué garantías? —estaba diciendo el rey—. En pocas palabras, sus propuestas se inclinan demasiado en favor de Francia.

Enriqueta miró a su hermano.

«Sostenedle la mirada. Aprovechad sus debilidades.»

Tras haber recuperado la seguridad en sí misma, respiró hondo, en silencio, y miró al rey directamente a los ojos.

—¿Cuánto quieres?

Carlos frunció un poco el ceño.

—Creo que no te entiendo.

—Tal vez quieras impresionarme con tus castillos y tus discursos desafiantes, pero no me engañas, hermano.

Carlos frunció aún más el ceño.

—¿Engañarte?

—Estás arruinado.

Carlos soltó una risita.

—¡Qué idea tan encantadora!

Enriqueta tuvo la sensación de que se habían vuelto las tornas y de que era ella quien estaba ganando la partida.

—Hace seis años, la peste arrasó la ciudad de Londres. Dos años más tarde, la destruyó un incendio. Estás arruinado, pero no quieres admitirlo. Repito: ¿cuánto?

Los consejeros del rey observaron a los dos hermanos, pero no dijeron nada.

—Ésta no es la forma en que nosotros abordamos estos temas —dijo Carlos.

—Es la forma en que yo los abordo.

—Mi querida hermana...

—Preferiría que te dirigieras a mí como su alteza.

Carlos apretó la mandíbula y tardó unos segundos en hablar.

—Habíamos pensado en una cifra de más o menos medio millón de coronas al mes durante un año. A cambio...

—Trescientas mil al mes durante seis meses.

—Pero con eso se puede hacer tan poco...

—Dos millones de coronas repartidas en un período de seis meses. Además, os proporcionaremos una guardia personal de cinco mil hombres armados.

—¿Para qué?

Enriqueta unió las manos en un recatado gesto y ladeó la cabeza.

—Si el pueblo de Inglaterra decide alzarse de nuevo y exigir la cabeza del rey como hicieron con nuestro padre, necesitarás un cuerpo formado por hombres de confianza para que te protejan.

Carlos se volvió hacia sus consejeros y, tras unos instantes, sir Throckmorton asintió con un gesto tan discreto como inequívoco.

El rey insistió en ver al prisionero, de modo que Fabien acompañó a Luis, a los ministros y a los guardias por la sinuosa escalera que bajaba a su despacho.

—¿Estáis seguro de que es Guillermo de Orange quien se encuentra tras la conspiración? —preguntó Luis mientras se acercaban a la puerta.

—No me cabe la menor duda, sire.

—Y ¿creéis que podréis arrancarle la verdad?

—Le arrancaré todo lo que sepa, pero es poco probable que lo sepa todo. Sus superiores ya se habrán cerciorado de que conozca sólo lo imprescindible.

Los hombres entraron en el despacho y lo cruzaron para dirigirse a la puerta abierta de la sala de tortura, en cuyo interior descubrieron los cadáveres ensangrentados de los guardias. El prisionero había desaparecido.

Fabien se volvió hacia los otros guardias.

—¡Quiero un hombre en cada salida! ¡Ahora! ¡Organizad una patrulla de búsqueda! ¡Buscad en todos los burdeles y tabernas de la ciudad e informad a nuestros agentes de París y Orleans!

Luis se hallaba en mitad de la carnicería, con los zapatos manchados de la sangre de los guardias. Cuando habló, lo hizo en un tono grave y duro como la piedra:

—Esto es una auténtica desgracia. Para mí, porque ya no estoy seguro en mi propia casa. Para Francia, porque Guillermo de Orange no tardará en llevar esta corona. Y para mi jefe de seguridad, porque no es la primera vez que descuida sus responsabilidades. Ya no goza de la confianza de su superior. —Guardo silenció y se volvió hacia Bontemps—. Dile a mi antiguo jefe de seguridad que le deseo suerte en su próximo trabajo.

Tras esas palabras, el rey se marchó airadamente, mientras Fabien contemplaba en silencio la correa de cuero, en el suelo.

Bontemps echó a correr tras el monarca y lo alcanzó ya en la escalera.

—¡Majestad! Si bien es cierto que monsieur Marchal se deja llevar más por la violencia que por la sensatez, estoy firmemente convencido de que es un hombre cumplidor y de confianza.

Luis se detuvo de golpe y observó a Bontemps.

—¡Me ha fallado!

—Sí, sire, pero creedme... Sin él, hoy no estaríais vivo, majestad.

Luis permaneció inmóvil unos segundos, respirando con dificultad, y luego continuó subiendo la escalera.

El rey Carlos y sus consejeros estaban discutiendo la oferta en voz baja. Instantes después, el soberano se volvió hacia su hermana.

—Estoy dispuesto a aceptar la oferta de su majestad. Regresarás a Francia con el tratado firmado.

Enriqueta asintió.

—Me complace oírlo.

Mientras Throckmorton se sentaba a la mesa para preparar los documentos, Carlos llevó a Enriqueta a un lado.

—¿Estás segura de que puedo fiarme de él?

—Sí —contestó su hermana—. Tienes sus mismas ambiciones.

—No. Él desea ser el centro del universo. Yo no.

—Desea pasar a la posteridad como un gran rey. ¿Acaso tú no?

—Mis ambiciones son más modestas. Deseo que se me recuerde como un rey que no le hizo daño a nadie. No te he preguntado cómo estás.

Enriqueta sonrió.

—Bien, gracias.

—¿Echas de menos Inglaterra?

—Echo de menos a mi hermano. Cuando no está tratando de humillar a su hermana, claro.

Carlos le cogió delicadamente una mano.

—Pero no tienes intención de volver. Tu vida está allí, con él.

—¿Con él?

—Tu marido, claro. Dicen que tiene unos gustos muy poco convencionales. Y también dicen que tú y el rey sois íntimos.

Enriqueta negó con la cabeza.

—No olvides que pasamos la infancia juntos. Es natural que seamos buenos amigos.

—Entonces ¿no es más que un chismorreo malintencionado?

—Exacto. Además, los intereses del rey se dirigen hacia otro lado.

Carlos le apretó la mano a Enriqueta, para después ocupar su sitio en la mesa y mojar la pluma en el tintero.

Fabien estudió la puerta, las manchas de sangre y la posición que ocupaban en el suelo los cadáveres de los guardias. Eran muchas las pistas que podía encontrar, pistas necesarias para descubrir quién había tenido la oportunidad y la astucia no sólo de entrar en la sala, sino también de realizar un trabajo rápido y limpio. Cogió la punta metálica, la sopesó y la giró en la mano unas cuantas veces, mientras imaginaba que él era el traidor. Se volvió y se encontró de frente con Bontemps, que había entrado sin que él lo advirtiera.

—El rey ha sido lo bastante generoso como para permitir que sigáis desempeñando vuestras funciones —dijo el primer ayuda de cámara, apartándose de la afilada punta—. Y eso a pesar de vuestros repetidos fracasos. Es vuestra última oportunidad.

Fabien lo ignoró y se concentró de nuevo en su investigación. Bontemps se encogió de hombros y salió de la sala de tortura.

Giovanni Cassini era un astrónomo tan elocuente como teatral, un hombre enérgico de pelo plateado que en ese momento se hallaba ante un grupo de nobles en el salón de aparato, hablando del espacio, de las distancias y del sistema solar.

Luis, sin embargo, parecía absorto en sus pensamientos. Madame de Montespan, que estaba sentada junto a él, le susurró al oído:

—Parecéis preocupado, majestad.

El rey negó con la cabeza.

—Todo lo contrario.

—Me gustaría dar las gracias a su gentil majestad —concluyó Cassini con una extravagante reverencia—, de parte de todos los hombres de ciencia, por su generosidad y por sus auspicios a la hora de ayudarnos en nuestra búsqueda de la verdad.

Luis se puso en pie y animó a los nobles a aplaudir ruidosamente.

—Monsieur Cassini —dijo a continuación—, ¿suscribís las teorías de Copérnico y Galileo sobre la relación entre el Sol y la Tierra?

Cassini sonrió.

—Sí, majestad. El Sol es el centro, el corazón, la madre del universo. Sin su calor y su luz, se extinguiría toda clase de vida. El hombre dejaría de existir.

—¿Creéis que se pueden aplicar a Francia las mismas técnicas de medición?

—Las mediciones topográficas de Francia ya han empezado, sire.

Luis asintió con gesto pensativo.

—Espléndido. Esperemos no haber exagerado la extensión de nuestras posesiones.

La sonrisa de Cassini desapareció de golpe y los nobles se movieron incómodos en sus asientos.

—Lamento comunicaros, majestad, que los primeros resultados indican que Francia no es tan grande como creíamos.

—¿Pretendéis eliminar con vuestros cálculos las tierras que conquisté tras la guerra con los Países Bajos españoles?

—Ah —dijo Cassini, que se había puesto rojo—, nadie puede discutir con la verdad, sire. Ni siquiera un rey.

—Entonces me inclino ante el poder de las verdades de la ciencia.

Luis abandonó el salón, seguido por una comitiva de escandalosos nobles, y alcanzó a Felipe.

—Confieso que me has decepcionado, querido hermano. Te pedí que te ocuparas de las cuestiones de etiqueta en la corte y tú prometiste pensarlo. Veo que tanto pensar no te ha conducido a ninguna parte.

Felipe no aminoró el paso.

—Sabes perfectamente que tu propuesta no me interesa.

Luis se acercó más a su hermano, hasta que lo obligó a detenerse.

—No era una propuesta. Vuelve a pensarlo, con la esperanza de que esta vez tus reflexiones den algún fruto.

Alguien llamó a la puerta y Cassel apartó la mirada del libro de contabilidad que tenía sobre el escritorio.

—¿Quién es?

—Vuestro viejo amigo.

La puerta se abrió y entró Montcourt, que echó un vistazo a su alrededor y arrugó la nariz al comprobar las dimensiones de la estancia.

—Servíos un poco de vino —le indicó Cassel.

—No, gracias.

—Os habréis enterado de que nuestra conspiración para acabar con la cuñada del rey ha fracasado —dijo Cassel, al tiempo que cerraba el libro de contabilidad— y de que el presunto asesino ha sido capturado y encarcelado.

Montcourt se sentó en el camastro del noble.

—Sí. Ya sabía que era una empresa arriesgada.

—Pero no dejo de preguntarme... —declaró Cassel—. ¿Quién puede haber destapado nuestra conspiración ante el rey? Sólo unos pocos lo sabíamos.

—Tened por seguro que no he sido yo.

—No, aunque resulta bastante curioso que hayáis obtenido tan fácilmente el perdón de su majestad.

—Aunque hubiese sido yo, ¿qué haríais? ¿Contárselo al rey? ¿Aun a sabiendas de que no me costaría nada conseguir que os llevaran a la horca conmigo? No haríais nada, desde luego. Y, si volvéis a ver a nuestros misteriosos amigos, podéis decirles que no pienso seguir tomando parte en sus intrigas. He sufrido las iras del rey, es cierto, pero también me ha bendecido con su generosidad.

—Yo no deseo librarme del rey —replicó Cassel—, simplemente ponerlo en su lugar y lograr que las cosas vuelvan a ser como antes.

Montcourt se puso en pie y se sacudió las calzas como si se las hubiera ensuciado en aquella habitación.

—Las cosas jamás volverán a ser como antes. Ambos pasaremos el resto de nuestros días en Versalles. Intentemos, por lo menos, que sean días felices. —Montcourt se alejó hacia la puerta, pero se detuvo antes de llegar y se volvió de nuevo hacia Cassel—. Por favor, saludad de mi parte a nuestros antiguos aliados. Espero no volver a tener noticias suyas jamás.

Los manjares que llevó el criado eran frescos, abundantes y estaban perfectamente presentados, pero Felipe no tenía apetito. Cogió un grano de uva, lo contempló unos instantes y al final lo arrojó al fuego. Luego cogió un bollo, lo olisqueó y, por último, volvió a dejarlo.

—La verdad es que ni siquiera recuerdo la última vez que tuve hambre.

Chevalier cogió un grano de uva.

—¿A qué se refería el rey con eso de la etiqueta?

—Otra descabellada idea para ridiculizarme. Quiere que elabore una lista de normas para que todo el mundo sepa cómo debe comportarse en la corte. Quiere convertirnos en títeres.

—¿Tan mala idea te parece? Creo que subestimas a tu hermano y dejas que la envidia te impida reconocer su talento.

—Lo veo tal y como es.

Chevalier hizo girar el grano de uva entre los dedos.

—¿Existe mejor forma de tener controlado a todo el mundo que decidir hasta la última palabra y el último movimiento? Brillante. Además —dijo mientras se introducía el grano de uva en la boca, lo masticaba y, por último, se lo tragaba—, me devolvió a ti.

—O sea, que estoy en deuda con él.

—Sí.

Chevalier se puso en pie de un salto y se acercó al escritorio de Felipe. Cogió una pluma y se dio unos cuantos golpecitos en la barbilla.

—Vamos a convertir a los nobles de Versalles en obedientes criados. A partir de ahora, todo el mundo aprenderá a comportarse desde el alba hasta el atardecer. A caminar, a hablar, a dirigirse a un hombre o a una mujer, a sentarse y a comportarse en presencia del rey... Y tú, querido, serás el maestro de ceremonias.

Felipe se reclinó en su silla.

—Estás loco.

—Pues acompáñame en mi locura.

Chevalier cogió una hoja de papel del cajón y sonrió.

—Por algún motivo, esta noche me siento afortunado —dijo Luis mientras recogía las cartas que Colbert acababa de repartir y se las acercaba para observarlas.

Estaba muy concentrado en una partida tardía de *piquet* con Colbert y Rohan. Se hallaban en un acogedor salón de palacio, mientras madame de Montespan, Chevalier, Felipe y unos pocos nobles privilegiados seguían la partida. Montespan estaba tan cerca de la mesa que el rey podía oler su perfume.

Rohan echó un vistazo a sus cartas, desechó dos de ellas y robó otras dos. Luis sustituyó cuatro de las suyas.

—Creo recordar, Rohan —dijo éste mientras jugaba sus cartas—, que se te daba muy bien jugar a cartas cuando éramos niños.

—Hacía trampas. Pero jamás os disteis cuenta.

—¡Ah! Y me lo dices ahora. Seguro que ya no te atreves a hacer trampas.

—Me temo que no me hace falta.

Cada uno de los jugadores mostró sus cartas. Colbert las observó e hizo una mueca:

—Su majestad suma cuarenta y siete puntos y lord Rohan cincuenta y seis. Su majestad le debe dos mil quinientos francos a lord Rohan.

El silencio se adueñó del salón y todo el mundo observó al rey. Luis, sin embargo, sonrió e hizo un gesto con la mano.

—¿Otra partida? Pero subamos la apuesta.

Rohan enarcó una ceja.

—Muy bien.

«La siguiente apuesta va a ser una apuesta de verdad», pensó Luis.

—¿Cómo se llama el caballo que montaste ayer para cazar?

—*Tarquin*.

—Si gano yo, me quedo con *Tarquin*. Si ganas tú, te doy dos millones de francos.

—¡Muy bien!

Los nobles aplaudieron el desafío y madame de Montespan se acercó aún más al rey. Mientras Colbert recogía las cartas y las barajaba, Fabien se abrió paso entre los nobles y se inclinó para susurrarle al oído al monarca:

—Mis hombres han registrado todo el palacio y los alrededores sin éxito, majestad. Sin duda, el prisionero ha huido ya hace mucho. He enviado a mis mejores hombres a Calais para que escolten a su alteza en el viaje de vuelta.

«No voy a dejar que esto me estropee la velada», pensó el rey. Asintió y luego hizo un movimiento brusco con la cabeza para indicarle a Fabien que se retirara.

Colbert repartió de nuevo. Los dos hombres recogieron sus cartas y apoyaron los codos en la mesa, mientras observaban con atención, jugaban estratégicamente y bebían vino. Por fin, Rohan soltó un gruñido triunfal y dejó sobre la mesa una hilera de ases. Luis alzó su copa en un gesto de admiración.

—Te debo dos millones de francos, amigo —dijo—. Mañana por la mañana los recibirás. Y ahora, si me disculpas, estoy un poco cansado.

El rey se puso en pie y se dirigió a la puerta. Colbert se le acercó de inmediato, con una expresión tensa.

—Sire, no disponemos de dos millones aquí, en palacio.

Luis le lanzó una brevísima mirada.

—Si no los tenemos, mi reinado habrá sido más breve de lo que me habría gustado.

Fabien había visto a Béatrice entre los nobles, observando la partida de cartas del rey. Aprovechando que estaba muy entretenida, se coló en el apartamento de la dama sirviéndose de su llave maestra. Tras encender una vela, empezó a registrar metódicamente la estancia. Rebuscó bajo la cama, en todos los cajones del escritorio y de la mesa, y también en sus monederos, bolsas y baúles. Por último, abrió el armario. Palpó todos los vestidos con cuidado: fue pasando las manos por las mangas de seda, por los delicados corpiños, por las amplias faldas... El olor —el perfume de Béatrice— que desprendía el tejido desató la pasión en su mente y en su cuerpo. «Béatrice...» Se detuvo, al recordar sus caricias y sus besos, y el corazón se le desbocó.

«No. Ya basta. Sigue buscando.»

Al pasar los dedos por el bajo de un vestido, se paró. Los pasó de nuevo. Había algo, pequeño pero pesado, cosido en el dobladillo. Rompió unos cuantos hilos, los suficientes como para introducir los dedos, y encontró una recargada cajita. Al abrirla, descubrió un polvo marrón en el interior. Lo olisqueó, pero no supo identificar la sustancia.

«Aunque sé quién puede hacerlo», pensó.

Fabien abandonó el apartamento de Béatrice y salió a una noche que amenazaba nieve para dirigirse a la villa de Versalles.

Encontró a la joven doctora en la consulta, diseccionando un fragmento de tejido humano. Claudine lo invitó a entrar, mientras se limpiaba la sangre de las manos y se apartaba el pelo de los ojos. Por último, abrió la caja que Fabien acababa de entregarle. Contempló el polvo y luego miró de nuevo al jefe de seguridad.

—¿De dónde lo habéis sacado?

—Del vestido de una dama.

—¿Una dama?

Fabien asintió.

Una vez que el rey se hubo retirado y que los demás nobles se hubieron marchado, madame de Montespan y Rohan se quedaron a solas en el salón. Montespan se sentó en la silla que hasta hacía poco había ocupado Luis y retó a Rohan a una partida. Barajó las cartas y las repartió.

—¿Cómo es que nunca os han elegido para jugar conmigo? —preguntó mientras Rohan recogía su mano.

Él enarcó una ceja.

—Estamos hablando de las cartas, ¿verdad?

—Yo sí —respondió Montespan mientras desechaba un par de naipes y cogía otros dos de la baraja—. ¿Os asusta perder con una mujer?

—En absoluto. Por lo menos, no con una mujer como vos.

—Y ¿qué clase de mujer soy?

—Una mujer que haría cualquier cosa para ganar.

Jugaron en silencio durante varios minutos. Cuando madame de Montespan dejó sus cartas sobre la mesa, se inclinó lo suficiente como para ofrecerle a Rohan una buena perspectiva de su escote. Él la observó fijamente, pero no hizo movimiento alguno.

—Sois un enigma —dijo ella al fin.

Rohan formó un abanico con sus cartas.

—¿Y eso?

—Siempre me he preguntado qué se esconde tras esa sonrisa infantil y esa actitud jovial.

—Perdéis el tiempo —respondió él—. Tras la sonrisa y la actitud no hay nada. Me gustan las cosas sencillas de la vida. El vino, la caza, las mujeres... ¿Qué más necesito para tener una vida feliz? No me interesan la política ni las intrigas.

—Por eso os aprecia tanto el rey.

Rohan sonrió.

—Todos tenemos nuestras bazas. La clave está en saber jugarlas.

—No podríais haber dicho mayor verdad.

Montespan dejó sus ases sobre la mesa y ganó la partida. Le guiñó un ojo a Rohan y lo dejó solo en la mesa de juego, con la única compañía de los retratos que colgaban de las paredes y su propia sombra proyectada en el suelo.

Poco después, madame de Montespan entró en la antecámara del rey y encontró a Bontemps leyendo en un rincón.

—Tengo que hablar con su majestad —dijo.

Bontemps le dedicó la misma mirada cargada de reproches que ya le había dedicado en otras muchas ocasiones, de modo que la dama repitió su petición. Finalmente, el primer ayuda de cámara dejó el libro y llamó a la puerta de la habitación del rey.

—Madame de Montespan desea veros.

—Que pase.

Luis estaba sentado en la cama cuando ella entró en la alcoba y cerró la puerta. El rey la miró de arriba abajo.

—¿Sigo siendo rey?

Montespan asintió con gesto coqueto.

—Seguís siendo rey y seguís siendo mi señor.

—Y ¿cómo habéis sometido a vuestro enemigo?

—Jugando a hacerme la tonta y utilizando mis ardides femeninos. Y siendo mejor que él, claro.

Luis sonrió divertido.

—Ardides femeninos. Estoy celoso. Tal vez queráis probarlos conmigo.

Madame de Montespan se quitó el vestido y se soltó el pelo. Desnuda, se metió en la cama con Luis.

—Me siento afortunado esta noche —le dijo él al oído.

Y, tras esas palabras, se echó sobre ella.

El polvo era un enigma. Claudine estaba sentada a su mesa de la consulta, vertiendo gotas de distintos líquidos en muestras del polvo en cuestión, pero los resultados no eran concluyentes. Tras cada prueba fracasada, aumentaba su frustración. Mientras Fabien deambulaba por la habitación, Claudine cogió el maletín en el que guardaba su colección de extractos de hierbas. Eligió un frasco, volvió a sentarse y vertió dos gotas en el polvo, que de inmediato empezó a burbujear y a sisear.

—Sí —dijo—. No me cabe la menor duda de que este polvo es un veneno y, muy posiblemente, el mismo que mató a mi padre y que estuvo a punto de acabar con vos.

Fabien se inclinó sobre el platillo.

—¿Has identificado el ingrediente que faltaba?

—Adelfa. ¿Conocéis a la persona que ha preparado este veneno?

Fabien respiró hondo y cogió su abrigo para regresar a palacio.

—Demasiado bien.

Esperó hasta la mañana para hablar con el rey, aunque la noticia no hacía más que atormentarlo y le impedía dormir. Por la mañana encontró a Luis en uno de los jardines inferiores; estaba practicando puntería con su mosquete, para lo cual disparaba a un ciervo de paja situado a cierta distancia. Entre disparo y disparo, Luis escuchó a Fabien mientras éste le relataba sus últimos descubrimientos.

—Con vuestro permiso, sire, me encargaré de madame de Clermont de la forma que me parezca más apropiada.

Un ayuda de cámara se llevó el mosquete sin munición de Luis y le entregó otro recién cargado. El rey apuntó al ciervo, con el ojo derecho entornado y la mejilla apoyada en la culata.

—¿Queréis torturarla?

—No, sire. Creo que eso le proporcionaría más placer que dolor.

Luis disparó. La bala impactó contra el pecho del ciervo y la paja salió volando en todas direcciones.

—¿Y su hija?

—Si ella también hubiera estado involucrada en la conspiración, su alteza la duquesa estaría muerta a estas horas.

Luis bajó el mosquete.

—Mire hacia donde mire, veo la mano de Guillermo de Orange. Se propone sabotear nuestra alianza con Inglaterra y debilitar nuestra posición.

—Tal vez este fracaso ponga fin a sus intentos, sire.

Luis cogió otro mosquete y apuntó.

—Al contrario. Sólo lo animará a seguir intentándolo.

El rey apretó el gatillo y, tras el impacto, ¡bum!, la cabeza del ciervo salió volando.

Guillermo de Orange, vestido con la rígida lechuguilla de los holandeses, se encontraba con el rey Carlos en el salón de aparato del castillo de Dover. Estaba disfrutando de un banquete a base de cordero, huevos y patatas. Throckmorton, obediente y atento, se hallaba junto a la ventana. El banquete estaba ya bastante avanzado cuando, finalmente, el moreno príncipe holandés dijo lo que pensaba.

—He sabido que un buque que enarbolaba bandera francesa zarpó del puerto hace unos cuantos días —declaró al tiempo que alzaba su copa.

Carlos asintió.

—Creo que un cargamento de vino y queso ha llegado hace poco a nuestras costas.

—Por lo que sé, el destino de ese cargamento no era un banquete.

Carlos se frotó la barbilla y mantuvo una actitud distante.

—Si tanto os interesa, me informaré.

—No es necesario. Simplemente, me gustaría saber qué estaba haciendo aquí la cuñada del rey de Francia.

—Visitar a su hermano. ¿Es que en Holanda los hermanos y las hermanas no se visitan unos a otros?

—Si yo estuviera en el lugar de Luis y quisiera atacar Holanda, primero tantearía a sus aliados. Le diría a Suecia que hiciera la vista gorda y trataría de convencer a Inglaterra para que se me uniera. Ofrecería dinero a cambio. Y enviaría a un diplomático o a alguien próximo al rey de Inglaterra para negociar el tema.

—Vuestros argumentos se sostendrían perfectamente de no ser por un punto débil.

—¿Cuál?

—¿Me aliaría con Francia para atacar Holanda si estuviera a punto de proponerle una alianza matrimonial al hombre que pronto se convertirá en rey de Holanda?

Carlos le hizo un gesto a Throckmorton, quien se acercó a la puerta y la abrió. Dejó entrar a una niña de unos diez años, de pelo claro y ojos verdes, que saludó con una reverencia sin apartar la mirada del suelo.

—Creo que no conocéis a vuestra prima hermana, mi sobrina María —dijo Carlos.

—Es un honor.

Carlos apoyó un brazo en el respaldo de su silla.

—María busca marido y, según creo, vos buscáis esposa.

La llegada de Enriqueta estaba prevista para la tarde. Luis esperaba impaciente, paseando de una ventana a otra del salón de aparato, contemplando los jardines y la carretera que serpenteaba entre ellos. Mientras el rey observaba y paseaba, Louvois estudiaba un mapa de Holanda y de Francia que había extendido sobre la mesa de centro.

—Disponemos de una base para suministros y municiones en Dunquerque, Cortrique, Lille, Breisach y Pinerolo, Metz y Thionville.

—¿Suficiente para cuánto tiempo? —preguntó Luis.

—Para una campaña de seis meses, sire.

—Bien. Empezad a preparar las tropas.

Louvois alzó la mirada.

—¿Ya?

—Las quiero uniformadas y listas para la batalla en primavera.

Justo cuando el secretario de Estado se disponía a hablar de nuevo, Luis divisó el carruaje a lo lejos y abandonó a toda prisa el salón.

Enriqueta observaba pasar los árboles: eran árboles desnudos, desprovistos de follaje, que se alzaban descarnadamente en el frío. Sólo de vez en cuando aparecía algún árbol de hoja perenne o alguna planta de acebo que con sus bayas rojas interrumpía la gris monotonía del paisaje. Pronto estaría en casa, en Versalles. Y, sin embargo, tenía el corazón dividido. El viaje a Inglaterra había despertado en ella recuerdos y sentimientos mucho más intensos de lo que creía, había hecho renacer en su interior la nostalgia por los tiempos pasados. Ahora que su carruaje recorría la carretera del rey Luis, entre los bosques, Enriqueta ya no estaba muy segura de cuál era su lugar. Se arropó con la manta que tenía sobre el regazo y trató de contener las lágrimas.

Cuando el vehículo llegó a la entrada del palacio, Enriqueta vio a Luis: el rey corría hacia ella, abriéndose paso entre una hilera de sirvientes. Su expresión era de radiante alegría. Al abrirse la puerta del carruaje, Luis le ofreció un brazo y ella lo aceptó, aunque tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no arrojarse a sus brazos.

—Gracias, sire —dijo—. No es habitual que un monarca asuma las funciones de un siervo.

—Todos somos siervos de Francia, ¿no creéis? —respondió el rey.

Mientras los criados descargaban el carruaje, Luis acompañó a Enriqueta hasta los escalones y apoyó la mejilla en el hombro de ella.

—¿Qué tal Inglaterra?

—Fría.

—Nunca he estado en Inglaterra, pero según me han dicho llueve constantemente y sus habitantes no hacen más que disculparse.

—Lamento contradecir a su majestad, pero no es más que un mito.

Luis sonrió y alejó a Enriqueta del sol invernal para entrar en palacio.

La duquesa dedicó un tiempo a cambiarse, comer algo y recuperar fuerzas, aunque Luis ya había convocado a sus ministros para que se reunieran con ella y obtuvieran un primer informe. Enriqueta habría preferido dormir y despojarse durante un rato del manto de las responsabilidades políticas, pero el rey no estaba dispuesto a ceder. Así pues, se puso un vestido limpio, dejó que Sophie le cepillara el pelo y se lo arreglara y, por último, se reunió con los hombres en el salón de aparato.

Luis se hallaba sentado a la mesa de centro, donde leyó el documento que Enriqueta había llevado consigo.

—«Los dos reyes declaran la guerra a las Provincias Unidas de Holanda. El rey de Francia atacará por tierra y recibirá el apoyo de seis mil soldados ingleses. El rey de Inglaterra enviará cincuenta buques de guerra, y el rey de Francia, treinta. Su majestad británica acepta quedarse con la isla de Walcheren, la desembocadura del río Escalda y la isla de Cadzand como parte correspondiente de las provincias conquistadas. El rey de Inglaterra realizará una profesión pública y recibirá la suma de dos millones de coronas en el curso de los próximos seis meses.»

Luis apartó la mirada del documento.

—Estábamos dispuestos a subir hasta tres millones.

Enriqueta, que se hallaba sentada frente al rey, repuso:

—Pero yo no.

Todos los presentes asintieron y sonrieron. Luis dejó el documento y se puso en pie.

—¡Esto hay que celebrarlo!

Enriqueta asintió débilmente. Cuando se levantó, le fallaron las piernas y tuvo que sujetarse a la mesa para no caer. La sonrisa de Luis desapareció al instante.

—Bontemps —dijo—, que mi médico la atienda de inmediato.

—¡Madre! —exclamó Sophie al tiempo que irrumpía en la alcoba de Béatrice, rebosante de alegría y entusiasmo—. ¡Madre, su alteza ha prometido presentarme al duque de Quercy! Dice que podría ser un buen marido para mí. ¿Te lo imaginas? ¡Yo, duquesa!

Béatrice estaba frente al armario, rebuscando entre sus vestidos. Se volvió para mirar a su hija por encima del hombro y Sophie detectó su expresión tensa.

—Pensaba que estabas enamorada de un albañil —le espetó para después concentrarse de nuevo en sus vestidos.

—Me dijiste que lo olvidara.

Béatrice siguió apartando los vestidos y palpando los dobladillos, como si hubiera perdido algo.

—¿Qué haces?

—Me falta un broche.

Sophie le apoyó una mano en el hombro.

—¿Qué te ocurre, madre?

—Nada.

—¿Alguna noticia sobre nuestra situación?

Béatrice apartó a Sophie y se dirigió a los baúles colocados junto a la pared. Abrió el primero y empezó a rebuscar en su interior.

—Si me caso con un duque, estaremos a salvo, ¿verdad?

—Sí.

Sophie observó a su madre mientras ésta lanzaba prendas en una y otra dirección.

—El día en que nos marchamos, me deseaste un feliz viaje a Inglaterra. ¿Cómo sabías que me iba a Inglaterra?

—Chismorreos de la corte.

—Madre, me estás ocultando algo, lo sé.

Béatrice alzó la vista para observar a su hija y lo hizo con una mirada severa e inquietante.

—Si te estoy ocultando algo es por tu bien.

Felipe y Chevalier entregaron a Bontemps su lista de normas de etiqueta y dieron instrucciones al primer ayuda de cámara, por orden del rey, para que transmitiera la información a todos los nobles que vivían en la corte, por mucho que se mostraran reacios a aceptar las nuevas normas. Resultó evidente que Bontemps no deseaba tener nada que ver con el asunto, pero Chevalier también sabía que él era el perrito faldero de Luis y que, por mucho que pudiera poner en cuestión las órdenes del rey, jamás se atrevería a desobedecerlas.

Tras retirarse de nuevo al apartamento de Felipe, Chevalier se sentó al escritorio y sostuvo en alto una servilleta.

—Servilleta —dijo.

Felipe, cuyos pensamientos iban claramente en otra dirección, paseaba de un lado a otro.

—¿Qué pasa con las servilletas?

Chevalier la desdobló y se la colocó sobre el regazo.

—Anoche, durante la cena, vi al conde de Evremonde utilizar la servilleta para sacarse brillo a los dientes. Tenemos que dictar las normas de uso de la servilleta.

Felipe se acercó a la ventana y cruzó los brazos. Chevalier conocía demasiado bien aquella mirada.

—Puede que sea tu esposa —dijo—, y puede que sea una buena mujer, pero no es una buena esposa.

—Y ¿yo soy un buen esposo?

Chevalier arrojó la servilleta sobre el escritorio.

—Te obsesionas pensando en ella. Sí, ha vuelto de Inglaterra. Pero te suplico que no vayas a verla. Si lo haces, empezará de nuevo la pesadilla.

Felipe golpeó el alféizar con el puño y salió de la habitación hecho una furia.

Enriqueta estaba sentada a la mesa, en su antecámara, y había dejado caer la cabeza exhausta. Claudine, que con su traje oscuro y su bigote iba disfrazada de doctor Pascal, le dio instrucciones a Sophie.

—Vuestra señora debe tomar infusiones de acedera y romero durante una semana.

—Desde luego —respondió Sophie.

Claudine se volvió entonces hacia Enriqueta.

—Tenéis que dormir y descansar.

Ella asintió.

De repente, la puerta se abrió. Enriqueta contuvo una exclamación al ver entrar a Felipe hecho una furia. Estaba muy rojo y tenía una expresión tensa en el rostro.

—¡Fuera de aquí! ¡Todo el mundo! —gritó.

Sophie se alejó correteando hacia la antesala y Claudine también salió, tras recoger rápidamente su maletín. En cuanto las dos se hubieron marchado, Felipe se volvió hacia su esposa.

—¡Habéis...! ¡Habéis preferido verlo a él antes que a mí!

Enriqueta se apartó el pelo de la cara.

—Él ha venido a recibirme. Mi esposo no.

Felipe se quedó inmóvil, respirando con dificultad, y observó a la duquesa.

—Tenéis razón. Os pido disculpas.

—Lo entiendo.

Durante largos momentos, se observaron el uno al otro, mientras sus pensamientos interpretaban una silenciosa melodía de incertidumbre y reproches. Por fin, Felipe se acercó a ella y le apoyó una mano en la mejilla.

—¿Me perdonáis?

Enriqueta cerró los ojos.

—Siempre. Aunque en algunos momentos creo de verdad que seríais mucho más feliz si yo me marchara definitivamente.

—No puedo vivir sin vos.

—Ni tampoco podéis vivir conmigo.

Estaba bajando la sinuosa escalera que conducía a su despacho cuando oyó una voz a su espalda.

—¿Monsieur Marchal?

Al volverse, vio que Béatrice lo había seguido.

—Esperaba veros. ¿Podríamos hablar un momento?

—Desde luego.

Béatrice parecía tener la sonrisa clavada al rostro. Estaba nerviosa. Bien. Era buena señal.

—Por algún motivo, creo que estáis molesto conmigo.

—¿Por qué debería estar molesto con vos?

—Porque os mentí acerca de mis orígenes.

Fabien siguió bajando los escalones y ella trató de alcanzarlo.

—Utilizasteis el tipo equivocado de papel —dijo—. El papel que usasteis era de procedencia suiza. Y no existía en Francia en el año en que aseguráis haber nacido.

Béatrice soltó una risita.

—Ya veo que os subestimé.

—¿Por qué me mentisteis?

Béatrice sujetó a Fabien por un brazo y le dirigió una apasionada mirada, al tiempo que hacía un mohín con los labios en un intento de seducirlo.

—Porque me importáis. Mi primera intención, al venir a la corte, era casar a Sophie, pero luego encontré otro motivo para quedarme.

—Y ¿ya le habéis encontrado marido a vuestra hija?

—No. ¿Puedo preguntaros qué haréis con nosotras? ¿Pedir que nos expulsen de la corte?

Fabien le apoyó una mano en el hombro.

—Estoy seguro de que todo se resolverá favorablemente.

Se dio cuenta de que Béatrice estaba temblando, pero no habría sabido decir si de alivio o de miedo. En el fondo, no importaba. Luego dio media vuelta, la dejó en la escalera y siguió el camino hacia su despacho.

A mediodía, Fabien salió a buscar al jardinero favorito del rey. Los albañiles estaban trabajando: algunos trasladaban vigas de madera y piedras, otros estaban muy ocupados en el tejado del palacio o en las ampliaciones, y otros en los nuevos cimientos, los estanques y las estatuas. Fabien encontró a Jacques sentado en un banco, comiendo un pedazo de pollo.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó.

El jardinero se limpió con la manga la grasa de la boca.

—Sé quién sois y a qué os dedicáis.

—Te he visto hablando con el rey.

—¿Es que espiáis a su majestad?

—Observo de cerca a aquellos en quienes el rey confía.

—Serví a su padre.

—Y ahora tienes que servir al hijo.

—Ya lo hago.

—No me refiero a plantar flores.

Jacques desvió la mirada y luego observó de nuevo a Fabien.

—¿Qué es lo que queréis que haga?

—¿Qué noticias tenéis de la corte? —le preguntó Enriqueta a Sophie mientras la muchacha alisaba sobre la cama los vestidos de su señora.

—Todo el mundo habla del baile de máscaras de mañana.

Una doncella bajita y de rostro regordete entró en ese momento en la cámara con una bandeja en la que llevaba un cuenco de sopa y un platillo de pan. Dejó la bandeja sobre la mesa y dio media vuelta con rapidez.

—¿Cómo habías dicho que te llamabas? —preguntó Enriqueta.

La doncella se volvió para mirarla.

—Marie, alteza.

—Muchas gracias, Marie —dijo Enriqueta.

Marie se marchó apresuradamente.

Los rayos matutinos del sol y las sombras bailaban en el suelo de la cámara del rey. Luis se despertó, se volvió y estiró los brazos para sacarlos de debajo de las mantas. Entonces abrió los ojos y vio a Felipe en pie, junto a la cama. Bontemps estaba detrás de él, con una expresión indescifrable.

Luis se irguió de golpe y parpadeó.

—Buenos días, hermano. ¿Qué haces tú aquí?

—He venido a ver una obra de teatro.

—¿En mi alcoba?

—Sí. Se titula *Grand lever*. Una comedia costumbrista con trasfondo trágico.

Luis, intrigado, se levantó de la cama. El barbero le pidió que se sentara para el afeitado matutino. Mientras éste le ponía espuma en la cara y le pasaba la navaja, Felipe se explicó.

—A partir de ahora, tu vida ya no te pertenece. Todo lo que tú hagas estará pensado para que otros los vean y lo admiren. Vestirte, afeitarte, comer, beber... Ya no son acciones, sino una representación. Todos los nobles de la corte tienen la obligación de presentarse a la hora fijada. Sólo a unos pocos, sin embargo, se les otorgará el privilegio de entrar, observar y, en algunos casos, participar.

El barbero dio la última pasada con la navaja y un ayuda de cámara sostuvo el espejo ante el rey para que éste pudiera admirar el trabajo. Luis inclinó ligeramente el espejo y a través de él vio, junto a la puerta, una larga hilera de nobles que esperaban para entrar en la alcoba. Impacientes, la mayoría iban cambiando el peso de una pierna a la otra. Rohan y Louvois eran los primeros de la cola.

Felipe le hizo un gesto al lacayo que se encontraba junto a la puerta, quien, a su vez, alzó una mano, indicando así que había llegado el momento. Los nobles entraron en la cámara. Un noble bastante ansioso dio un paso al frente, pero Cassel lo apartó de un empujón y lo miró por encima del hombro.

—Los duques antes que los marqueses, si no me equivoco —dijo.

El noble frunció el ceño y trató de dar otro paso al frente, pero esta vez fue Montcourt quien lo apartó.

—Yo voy con el duque —murmuró.

Rohan, Louvois, Cassel y Montcourt fueron conducidos hasta un rincón, donde permanecieron de pie observando los rituales matutinos del rey. Los demás nobles fueron entrando y saliendo para saludar al monarca, cosa que hicieron de forma ordenada y en silencio.

—Se controlarán todas las entradas y salidas —le dijo Felipe a Luis—. La contención y el orden son primordiales. Básicamente —añadió—, es lo contrario de fornicar sin reparos.

Luis sonrió. Les llegó el turno de hacer su trabajo a los ayudas de cámara, quienes despojaron al rey de su camisa de dormir y lo vistieron con una camisa, unas calzas, un pañuelo, un chaleco y una chaqueta, todo nuevo. Los nobles seguían pasando en silencio, saludando al soberano con una inclinación de la cabeza y observando el real espectáculo. Cuando estuvo completamente vestido, Luis se irguió para ponerse recto el cuello de la camisa, pero Felipe negó con la cabeza e indicó a un noble que se acercara.

—Ése no —dijo el rey, para después señalar a Montcourt con la barbilla—. Quiero que todo el mundo sepa que Versalles recompensa a quienes demuestran humildad y lealtad.

Montcourt se acercó al rey y tiró con suavidad del cuello de la camisa para alisárselo. Luego retrocedió y saludó con una inclinación de la cabeza.

Bontemps anunció a la reina, que entró a continuación acompañada por un jovencito vestido de terciopelo y seda de pies a cabeza. El primer ayuda de cámara indicó a los nobles que aún quedaban en la estancia que salieran, pero le apoyó una mano en el brazo a Rohan.

—El rey desea que os quedéis.

Luis se acercó a su hijo, el joven delfín. El niño se parecía mucho a su padre: tenía los ojos y el pelo oscuros y una mirada penetrante que denotaba seguridad en sí mismo. Luego, el monarca recorrió la alcoba con él: le mostró espadas, escudos y los retratos de la realeza del pasado de Francia.

—Ha llegado el momento de enseñarte a gobernar —dijo—. Ser rey significa tener un poder inimaginable. Todo lo que pidas se te concederá. Tendrás poder, pero el poder conlleva obligaciones. Obligaciones hacia tus súbditos y amigos, hacia la justicia y la verdad.

El delfín asintió.

—Pero el poder también conlleva peligro. Cuando tenía tu edad, eran muchos los que querían destruirnos —contó al tiempo que conducía al niño hacia la ventana—. Muchos a los que creíamos amigos —dijo con voz repentinamente grave mientras miraba a través del cristal—. Aporrearon nuestras puertas con las manos manchadas de sangre y el deseo de matar arraigado en el corazón. Jamás permitiré que a ti te ocurra lo mismo. ¿Lo entiendes?

De nuevo, el muchacho asintió.

Luis se volvió hacia Rohan.

—Mi hijo pasará unos días con nosotros. Yo le enseñaré a gobernar un país y tú le enseñarás a cazar jabalís.

Rohan sonrió e inclinó la cabeza mientras el muchacho lo observaba con timidez.

—Será un honor.

Béatrice recogió rápidamente la nota que alguien había deslizado bajo su puerta y se apresuró a los jardines del lado oeste. Fabien había accedido a reunirse con ella. Era su oportunidad. Si era necesario, se desnudaría y haría el amor con él allí mismo, en las gélidas aguas de la fuente de Neptuno. Fabien perdonaría sus artimañas y ella y Sophie estarían a salvo en la corte, como siempre había planeado.

Llegó al lugar acordado del sendero y esperó. El viento sacudía las hojas secas, que se le arremolinaban en torno a los tobillos. Siguió esperando.

Y entonces vio acercarse al anciano y malhumorado jardinero.

—¿Madame de Clermont?

Béatrice frunció el ceño.

—Sí.

—Monsieur Marchal os está esperando. Acompañadme.

—¿Dónde está?

—Se supone que es una sorpresa.

Jacques dio media vuelta y tomó el sinuoso sendero hasta el límite de los jardines, para luego adentrarse entre la maleza de la linde del bosque. Béatrice lo siguió, al tiempo que se levantaba las faldas para no tropezar. En el fondo de su corazón, intuía lo que su mente insistía en negar.

—¿Estás seguro de que está aquí?

—Sí.

Caminaron durante varios minutos más sobre el terreno llano y luego subieron a un montículo en el que el viento mecía una hilera de pinos. Jacques se detuvo.

—Es aquí.

Béatrice también se detuvo. Tenía la boca seca y notaba un vacío en el estómago. Asintió, aunque más para sí misma que para Jacques.

—Se ha acordado —dijo.

—¿De qué?

—Le dije que me gustaría que mi vida acabara en un bosque, contemplando una hilera de verdes árboles mecidos por el viento.

Permanecieron inmóviles, escuchando el susurro del viento.

—Arrodillaos —ordenó finalmente Jacques.

—Ojalá hubiera tenido el valor de hacerlo él mismo.

—Si sois dada a rezar, ahora sería un buen momento.

Béatrice bajó la mirada al suelo.

—Ya es demasiado tarde para eso.

Se armó de valor, se obligó a doblar las rodillas y se dejó caer. Con el rabillo del ojo vio el destello de una hoja larga y afilada que Jacques acababa de sacarse de debajo de la manga. Inclinó la cabeza, dejó la nuca al descubierto y apretó los dientes para conservar la dignidad hasta el final.

«Sophie, mi niña, lo siento muchísimo, preciosa mía. Si pudiera...», pensó.

Se oyó el susurro del metal al cortar el gélido aire del invierno y luego un momento de intensa agonía. Y despúes, nada, absolutamente nada.

Había varios vestidos colgados del biombo y Sophie, en ropa interior, los fue estudiando uno a uno mientras trataba de decidir cuál de ellos ponerse para el baile de máscaras de aquella noche. El baile era en honor de su señora, Enriqueta, para celebrar el éxito obtenido en Inglaterra. A pesar de encontrarse muy débil, la duquesa había decidido participar en los festejos. Sophie la había ayudado a vestirse y luego había recibido permiso para ir a arreglarse para el baile.

La puerta se abrió de golpe y derribó el biombo. Fabien apareció de repente y le lanzó una mirada que le heló la sangre en las venas.

—¿Qué hacéis aquí? —consiguió decir la joven—. ¿Estáis buscando a mi madre?

Fabien pasó por encima del biombo caído, apartó los vestidos a patadas y cogió un baúl, que dejó caer a los pies de Sophie.

—Te estaba buscando a ti. Para decirte que te marches.

La joven se lo quedó mirando.

—¡No os entiendo!

—Yo creo que sí. Coge tus cosas y lárgate. En la corte no hay sitio para ti.

Sophie se llevó las manos a la garganta.

«No... ¡no es posible!», pensó.

—¿Y... y mi madre? ¿Qué le habéis hecho?

Por la expresión despiadada que mostraba Fabien, dedujo la verdad.

«¡Oh, Dios, ¡no, por favor!», pensó.

—Tendrás que regresar tú sola al lugar de donde vienes, sea cual sea. Mañana por la mañana volveré y, si te encuentro aquí, haré que te arrojen a las alcantarillas.

A Sophie se le doblaron las rodillas y tuvo que aferrarse a una silla para no caer. Fabien escupió al suelo y salió dando un portazo.

Rohan paseaba entre las sombras nocturnas del jardín, escuchando el alegre alboroto del baile que se estaba celebrando en palacio. Los ruidos le llegaban amortiguados. Llevaba en la mano una máscara que representaba a Apolo, la cual tenía previsto ponerse en cuanto regresara a la fiesta.

Un guardia surgió en ese momento tras un alto acebo.

—¿Se han ejecutado mis órdenes? —preguntó Rohan.

—Sí, señor. Los hombres están preparados.

Rohan asintió.

—Dejaré un mensaje en el sitio habitual.

—¿Cuándo?

—Cuando llegue el momento.

—¿Cuál es el plan? ¿Debemos apresar al rey?

—No —dijo Rohan mientras se volvía hacia el palacio y se ponía la máscara—. El rey no es la presa.

El baile de máscaras era ruidoso, festivo y tremendamente elegante. Un fresco recién encargado, que representaba a varios ángeles radiantes que se elevaban hacia el cielo, adornaba el techo abovedado, mientras que decenas de candelabros de cristal proyectaban en el suelo un arcoíris de reflejos de luz. Los cortesanos charlaban, reían y saboreaban los mejores vinos del rey, ataviados con una gran variedad de máscaras: zorros y caballos, duendecillos y elfos, pájaros de vistoso plumaje y demonios de afilados dientes...

Fabien entró en el salón sin máscara, lo que le valió unas cuantas miradas hostiles. Sin embargo, no le preocupaba en absoluto. No era un hombre al que le gustaran las fiestas, prefería dedicar el tiempo a hacer su trabajo. Mientras contemplaba a la multitud, alguien le rozó el codo. Al volverse vio a Sophie, ataviada con el vestido más seductor de su madre, que dejaba a la vista un escote generoso y abundante, así como la piel marfileña de brazos y cuello. La joven lo observó tras una máscara de pedrería que representaba a una ninfa.

—Vaya, qué sorpresa tan poco agradable —dijo Fabien.

Sophie alzó la barbilla.

—He venido a ofreceros algo.

—¿El qué?

—A mí misma.

—¿La vida como esposa de un albañil no te seduce?

—No quiere aceptarme.

Él sonrió con desdén.

—Entonces, yo soy tu única esperanza. Acudes a mí para que te libere.

—Sí.

—Como mínimo, tienes coraje.

—Y valor. Soy soltera y virgen.

—Bueno, eso es lo que creen aquí. Que, en el fondo, es lo que importa —dijo Fabien mientras le contemplaba el busto, el pelo y el cuello—. Muy bien. Si deseas quedarte aquí, tendrás que trabajar para mí. Todo el mundo, excepto el rey y yo, cree que eres de noble cuna. Y

seguirán creyéndolo. Te dejarás ver en la corte, bailarás, coquetearás, seducirás y participarás en los chismorreos, exactamente igual que hasta ahora. Pero lo harás a mi servicio. Me contarás lo que hace y dice todo el mundo, quién comparte cama con quién, quién engaña a su mujer o hace trampas en las cartas... Si me desobedeces, correrás la misma suerte que tu madre. Serás mía. Ésa es mi oferta.

Sophie entornó los ojos tras la máscara, pero aceptó.

Luis chasqueó la lengua al ver que su hermano llevaba la misma máscara de búho, de vistosas plumas que él, pero lo tranquilizó diciéndole que era un gesto encantador y apropiado. Cogió a Felipe por el brazo y pasearon juntos entre la multitud. Los nobles enmascarados los saludaban con reverencias o inclinaciones de cabeza.

—Quiero darte las gracias por compartir mi visión —dijo Luis—. He tenido la impresión, demasiado a menudo, de que las pequeñas diferencias entre tú y yo tienden a convertirse en obstáculos insalvables.

—Estoy seguro de que la culpa es sólo mía.

—No del todo.

Felipe echó un vistazo a su alrededor. Contempló a los nobles, los candelabros, los músicos, el fresco...

—Espléndido —afirmó.

—Pero aún hay quien quiere destruirlo.

—Mi querido hermano, he hablado con él y...

—No me refiero a tu amigo, sino a fuerzas mucho más poderosas y decididas.

—¿Quién?

—Aún no estoy seguro.

Luis se volvió y vio a Enriqueta entrar en el salón, muy elegante con un vestido blanco y una máscara de pierrot. Caminaba despacio, pero decidida, hacia él. El rey le tomó la mano y la notó húmeda.

—Ah —dijo Luis—, la princesa que estábamos esperando. ¿Queréis bailar conmigo?

Felipe fingió un puchero.

—Y ¿por qué no conmigo?

—Bailará con los dos —respondió Luis.

En ese momento sonó un minué. Luis acompañó a Enriqueta hacia la zona de baile y Felipe los siguió. Los nobles enmascarados ocuparon sus posiciones y la danza comenzó.

Enriqueta se dejaba llevar por el rey, entre el resto de las parejas que realizaban gráciles mudanzas. Tenía que hacer un gran esfuerzo para seguir moviendo los pies, para no tropezar. Notaba las piernas débiles y la música le parecía demasiado ruidosa.

—Nada de todo esto habría sido posible sin vos —dijo el rey.

—Me halaga que penséis así —consiguió decir ella.

Los hombres cambiaron de pareja: Luis se alejó y Felipe ocupó su lugar.

—Parece que su majestad está de humor para los halagos —señaló.

Enriqueta se humedeció los labios.

—¿Por qué lo decís?

—Porque lo conozco. Y él os conoce a vos.

Nuevo cambio de pareja y, de repente, Luis estaba otra vez junto a Enriqueta. Le hizo dar una vuelta y el movimiento la mareó un poco. Tuvo que esforzarse por mantener la concentración.

—Me da fuerzas saber que estáis a mi lado —dijo el rey.

Enriqueta trató de combatir las náuseas, mientras el sudor empezaba a perlarle la frente.

—Tenéis... tenéis numerosos consejeros, todos mejor preparados que yo.

—Pero vos sois mucho más que un consejero.

Cambiaron de nuevo las parejas, en mitad de un desconcertante revoloteo de faldas y luces. Las máscaras se fueron confundiendo hasta crear un aterrador *collage* de colmillos y ojos hundidos. Felipe cogió a Enriqueta de la mano y le hizo dar una vuelta. La sonrisa de él le pareció torcida, y su voz, distorsionada.

—Ya no os ama. Y, aun así, vos seguís soñando con oír sus pasos, con oírlo llamar a vuestra puerta a medianoche.

Enriqueta no pudo responder.

Un momento más tarde, era Luis quien le hacía dar vueltas.

—Fuisteis y seréis siempre mi primer amor. Esté con quien esté, una parte de mí seguirá siempre junto a vos.

Y, luego, Felipe de nuevo:

—Él os hace promesas y os manda señales y vos seguís esperando.

Y de nuevo Luis:

—Habríais sido una reina magnífica.

Y de nuevo Felipe:

—Pero ahora no sois más que un títere.

De los brazos de uno a los del otro y viceversa, mientras la música se volvía cada vez más discordante, la habitación giraba peligrosamente y las palabras de Luis y Felipe se iban fundiendo unas con otras. Enriqueta giraba con el salón y notaba cómo se alzaba a su alrededor, como si fuera un mar dispuesto a engullirla. Intentó hablar y gritar, pero no le salió sonido alguno de la garganta. Al final, se desplomó.

10

Invierno de 1670

La habitación de Rohan era de dimensiones reducidas, pero estaba amueblada con lo mejor que Luis había sido capaz de ofrecerle. Una cama con colchón de plumas, un escritorio de elegantes líneas, una mesa, sillas tapizadas y una chimenea siempre bien provista de leña. Además de todo eso, se veían relojes y estatuillas en los estantes y retratos de la realeza colgados de las paredes.

El baile de máscaras había concluido ya hacía mucho, y en palacio todo el mundo se había acostado, excepto Rohan. Estaba sentado a su escritorio, contemplando un retrato del joven Luis colgado de la pared. Rohan tenía los ojos entornados y sujetaba con fuerza una copa de vino medio llena. Bajo su cama se hallaba un bolso grande con lo necesario para un viaje. El joven levantó la copa hacia el retrato en un falso brindis y apuró el resto del vino. Sacó una pequeña daga oculta bajo el cojín de la silla y se la escondió en la media izquierda, cerca del pie. Suspiró hondo, se levantó y, tras saludar una vez más al retrato, abandonó la habitación.

Luis estaba despierto en su cama junto a María Teresa, que dormía profundamente con la cara enterrada en la almohada. La reina había entrado en la cámara del rey por la puerta secreta, para recordarle que había prometido visitarla pero no lo había hecho. Se negaba a ser ignorada. Habían hecho el amor con pasión y ternura, pero ahora que María Teresa dormía profundamente y Bontemps descansaba en su camastro, Luis sólo pensaba en Enriqueta. Se había desmayado durante el baile de máscaras y ahora estaba en la cama, con su esposo. La preocupación de Felipe le había parecido conmovedora y sincera, pero Luis envidiaba a su hermano esa noche de afectuosos cuidados. Sí, Enriqueta necesitaba reposo. Varias semanas, tal vez un mes. Fuera el tiempo que fuese, él insistiría, pero que en esos momentos ella estuviera con Felipe le causaba un profundo dolor. Luis cerró los ojos y, mientras María Teresa suspiraba en sueños, él pensaba en la delicada belleza de Enriqueta, en su dulce voz y en su valentía.

Momentos más tarde, o tal vez horas —era imposible saberlo en la penumbra de la noche—, oyó un crujido en los tablones de madera del suelo. Sobresaltado, vio a Enriqueta junto a la cama, bañada por la pálida luz de la luna. Tenía los ojos muy abiertos y tan blancos que parecían de alabastro. Estaba muy delgada y temblaba bajo su camisón empapado en sudor. Sangraba por la nariz y por las comisuras de los labios.

—Ayudadme —jadeó.

—¡Dios mío! —exclamó Luis.

El grito del rey despertó a Bontemps y a María Teresa. Bontemps se levantó de un salto de su camastro y la reina abandonó de inmediato la cama para abrazar a Enriqueta. Luis observó la escena horrorizado.

«Enriqueta, ¡amor mío! ¿Qué ocurre?», se dijo.

Ella se fue escurriendo entre los brazos de María Teresa y cayó al suelo.

—¡Majestad! —gritó la reina mirando al monarca.

Luis se recobró de golpe.

—¡Ve a buscar a mi médico, Bontemps! ¡Ahora!

Bontemps le hizo una seña al lacayo, que abandonó apresuradamente la cámara del rey. Mientras la puerta principal se cerraba en un extremo de la alcoba, la puerta secreta se abría en el otro para dar paso a Felipe, que llegó jadeando y con el rostro manchado de sangre.

—¡Enriqueta! —gritó al tiempo que se arrodillaba y recogía a su esposa de entre los brazos de María Teresa—. He... he seguido un rastro de sangre. He visto su sangre en nuestra almohada, en nuestra cámara, por todo el suelo...

Luis se acercó a su hermano y a la mujer a la que amaba. Ambos estaban hechos un ovillo en el suelo; ella apenas respiraba, él lloraba de miedo. Extendió las manos para tocarlos a ambos.

En ese momento se abrió la puerta y entró Fabien acompañado de varios guardias.

—Sire —dijo Bontemps.

—No lo digas —respondió el rey.

—Sire —repitió muy despacio Bontemps—, es lo que dicta el protocolo. Si el aire es impuro, estáis en peligro. Debéis salir inmediatamente.

—Cerrad las puertas —ordenó Fabien a los guardias.

—¡Llevad a su alteza a mi cama! —ordenó Luis mientras Enriqueta dejaba caer la cabeza hacia atrás y gritaba de dolor.

Bontemps y Felipe obedecieron y la trasladaron muy despacio y con cuidado a la cama. Fabien se volvió entonces hacia los guardias.

—¡Sacad al rey de aquí y llevadlo a un lugar seguro! ¡Ahora!

Los guardias rodearon al monarca, lo sujetaron por los brazos y lo condujeron hacia la puerta. Luis se enfrentó a ellos, furioso, y recordó otro momento, años atrás, en que los guardias lo habían obligado a abandonar su cámara para evitar un intento de asesinato. Se había sentido tan vulnerable entonces, tan a merced de los demás. Pero ya no. «¡No! ¡Nunca más!», pensó.

—¡Quitadme las manos de encima! —ordenó.

Los guardias ganaron la puerta.

«¡No!»

Impulsado por la rabia y por una confianza ciega en su poder, el rey aulló:

—¡Os lo ordeno!

Se zafó de los guardias y empezó a ladrarles órdenes militares.

—¡Alto! ¡Columna derecha, media vuelta a la izquierda! ¡Columna izquierda, media vuelta a la derecha!

Los guardias obedecieron dócilmente, sin pensar, y formaron dos columnas rectas. Luis contempló a sus hombres, sus súbditos, que jamás se atreverían a desafiarlo de nuevo. Luego se dirigió a la cama en la que yacía Enriqueta, que lo observó con una mirada cargada de dolor. Tenía el pelo húmedo y enredado. Era como si le estuviera suplicando en silencio que se quedara con ella. Pero, por mucho que Luis lo deseara, sabía que no podía.

El rey se volvió hacia Bontemps.

—Avísame cuando llegue el médico.

Luego cruzó la puerta en solitario, entre la hilera de guardias.

—Por favor, Dios mío —dijo para sus adentros—, que no tarde.

La luz rosada del amanecer se filtraba en silencio por las ventanas, acariciando las paredes y tiñendo el suelo. Las velas de las mesas ya casi se habían consumido y el fuego del hogar, necesitado de más leña, despedía un resplandor rojizo. Claudine, disfrazada de doctor Pascal, se hallaba junto al lecho del rey y escuchaba a Bontemps, a María Teresa y a Felipe, que le estaban relatando los acontecimientos de las últimas horas. Enriqueta se hallaba en la cama, respirando trabajosamente y gimiendo de dolor. Varios criados aguardaban en la cámara, retorciéndose las manos, mientras Fabien esperaba junto a la puerta con dos guardias.

—Se ha desplomado —dijo Bontemps.

—Me ha susurrado algo sobre un veneno —añadió María Teresa.

Claudine desvió la mirada de la reina hacia Enriqueta con el ceño fruncido.

—¿Veneno? Y ¿cómo podía saberlo ella?

—Ha empezado a sangrar por la boca y luego se ha encogido de dolor en un costado —afirmó Bontemps.

—¿Cuál de ellos?

Bontemps dijo que el derecho y María Teresa que el izquierdo.

—¿Los dos, entonces? —preguntó Claudine.

—El derecho —contestó Felipe—. Siempre se queja de dolor en ese costado.

Claudine llamó a una sirvienta.

—Si es veneno, hay que purgarla. Si es una enfermedad, el remedio puede hacerla empeorar. Necesito vomitivos y carbón, agua helada y toallas. Vamos —le dijo a la sirvienta, que se marchó corriendo.

—¿Adónde la llevamos? —preguntó Bontemps—. No puede quedarse en la cama del rey.

—Se quedará aquí —afirmó Claudine—. No hay más opción.

Felipe le acarició el rostro a su esposa.

—Entonces, yo también me quedo —dijo con voz temblorosa.

Claudine enderezó los hombros bajo la chaqueta.

—Para empezar, ¿cómo ha llegado hasta aquí?

—Andando —respondió Felipe—. He seguido su... su rastro de sangre.

—¿Sangre? —preguntó Fabien—. ¿Desde dónde?

—Empezaba en mi cámara. La he llevado allí para descansar, después de que se desmayara durante el baile.

A Fabien le temblaron ligeramente los labios y se le ensombreció el rostro. Abandonó la estancia sin añadir ni una palabra más.

—Muy bien, entonces —dijo Claudine—. Si ha sido lo bastante fuerte para caminar, será lo bastante fuerte para sobrevivir.

—Es fuerte, sí —aseguró Felipe—. Como una yegua bretona.

María Teresa se dirigió a un rincón de la cámara y se arrodilló en el desnudo suelo.

—Dios bendito, ayúdala cuando más te necesita —suplicó.

Y, tras esas palabras, se puso a rezar.

Luis se encontraba junto a la ventana del Gabinete de Guerra, contemplando la fina capa de nieve que cubría los jardines. Bontemps, Colbert y Louvois se mantenían algo apartados, para concederle al rey unos momentos de intimidad. Los criados habían dejado una bandeja repleta de panes, manzanas y quesos. Colbert eligió un trozo de queso y se lo acercó a los labios. En ese momento, Fabien entró en la alcoba seguido de varios guardias.

—No se puede comer ni beber nada hasta que nos hayamos cerciorado de que no hay peligro —ordenó.

Chasqueó los dedos y un guardia recogió la bandeja y se la llevó de inmediato.

Colbert frunció el ceño.

—¿Creéis que han envenenado a su alteza?

—El palacio es un símbolo de nuestro rey, de su poder y de su país. Nuestros enemigos no se detendrán ante nada para impedirlo. Desde el momento en que se puso la primera piedra de esta ampliación, su majestad ya sabía que llegaría este día. ¿Que si creo capaces a nuestros enemigos de envenenar a la hermana del rey Carlos II de Inglaterra? Sí. Pero también creo que aún no han puesto en práctica sus planes más siniestros.

—¿Y si no es más que una leve indisposición? —preguntó Louvois.

—Entonces vuestro apetito sólo experimentará una leve molestia.

Un hombre de mediana edad, escaso cabello y mejillas regordetas apareció en ese momento junto a la puerta. Retorcía entre las manos el bajo del abrigo.

—¿Habéis enviado a buscarme, monsieur Marchal?

Fabien le hizo una seña al hombre para que entrara.

—Felicidades, Nicholas la Roux. Os acaban de ascender. Desde ahora, sois jefe catador en las cocinas de su majestad.

—Pero... —dijo La Roux palideciendo—. Pero monsieur Vernon es el primer catador del rey.

—Ya no.

La Roux se obligó a sonreír y a saludar con una inclinación de la cabeza y luego se retiró. Luis, por su parte, empezó a pasear por la alcoba con los puños apretados y el rostro vuelto hacia arriba. El dolor y la rabia parecían surgir de su interior en forma de oleadas. De un lado a otro, de un lado a otro, hasta que al final se detuvo y se volvió hacia Bontemps.

—¿Cómo se encuentra madame de Montespan? ¿Ya se ha levantado mi señora?

—Enviaré a un lacayo a comprobarlo —respondió Bontemps.

—No, lo haré yo mismo. —Tras esas palabras, se alejó en dirección a la puerta, pero antes de salir se detuvo y se volvió hacia Fabien—. Poned el palacio en cuarentena —ordenó—. Que no entre nadie... ¡ni salga nadie!

En cuestión de minutos, la orden llegó a todos los rincones del palacio. Todas las puertas, ventanas, alcobas y verjas quedaron cerradas a cal y canto.

Los postigos que cubrían las ventanas de la cámara de madame de Montespan se abrieron de golpe y un intenso resplandor la obligó a volverse en la cama y a frotarse los ojos con gesto airado.

—¡Demasiada luz! —se quejó—. ¿Quién me obliga a despertarme?

—El sol —dijo Luis al tiempo que se colocaba delante de la ventana y tapaba el grueso de la luz.

Montespan se sentó en la cama, parpadeando, y se echó el pelo hacia atrás.

—¿Dónde estabais? Esta noche he tenido que abrazar a mi almohada —dijo. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que Luis no estaba de humor—. ¿Qué ocurre?

El rey, que tenía los ojos enrojecidos, se sentó junto a ella.

—Nuestra querida Enriqueta —dijo.

«Ah, Enriqueta. Debo cuidar mis palabras —pensó Montespan—, no querría ofender a su majestad.»

—No me sorprende que se haya desmayado. Apenas come.

—Está gravemente enferma.

Montespan ladeó la cabeza.

—Entonces, ¡debo ir a verla! ¿Está en su cámara?

—No, en la mía. Ha venido esta noche a buscarme.

A madame de Montespan se le encogió el corazón por culpa de los celos.

—Sé que yo habría hecho lo mismo —consiguió decir.

Se puso en pie y le hizo una seña a su dama de compañía para que la ayudara a vestirse.

Luis la observó mientras se despojaba de la camisa de dormir y se ponía un vestido.

—He ordenado poner el palacio en cuarentena —dijo al fin—. Todos los movimientos quedan restringidos. Si queréis marcharos, será mejor que lo hagáis ahora.

Madame de Montespan asintió, con la esperanza de que el rey la acompañara o al menos la besara antes de irse, pero Luis se limitó a quedarse sentado, contemplando la pared. Así pues, Montespan se marchó sola e insatisfecha.

Un criado había echado más leña al fuego, en la chimenea, y lo estaba avivando para caldear la estancia. Sin embargo, ningún fuego podía acabar con la frialdad que impregnaba la atmósfera. María Teresa rezaba desesperadamente en un rincón y repetía una y otra vez, en murmullos, sus plegarias dirigidas a Dios. Bontemps aguardaba junto a su camastro, alerta por si lo llamaban de un momento a otro. Felipe se hallaba de pie junto a Claudine, observando con atención todos los movimientos de Enriqueta.

Claudine apoyó una mano en el estómago de la duquesa y se lo apretó con suavidad. Enriqueta, sin embargo, gritó, se retorció y le dio una patada a la joven en un intento de apartarla.

—¡Sujetadla! —gritó Claudine.

Varios lacayos se acercaron y, provistos de pañuelos y cinturones, ataron las piernas y los brazos de Enriqueta a los postes de la cama.

—¡La estás matando! —aulló Felipe—. ¡Esto es una barbaridad!

—Sé que no es agradable —respondió Claudine—, pero tengo que encontrar el origen. Tengo que hacerlo. —Luego, volviéndose hacia Enriqueta, añadió—: ¿Me ayudaréis? Por favor, alteza.

La duquesa la observó. Respiraba agitadamente y tenía el rostro bañado en sangre y lágrimas, pero asintió y se preparó para enfrentarse a una nueva agonía.

Bontemps entró en la cámara de Montespan y encontró al rey sentado en la cama de la dama.

—¿Algún cambio? —preguntó Luis.

—No, sire.

—¿Ha empeorado?

—Sí, sire.

Luis se puso en pie y se acercó a la ventana. Deseaba ver los jardines, ver nuevos copos de nieve que descendían para ocultar su mundo bajo una blanca capa, pero lo único que vio fue su reflejo y el miedo en sus propios ojos.

—No me arrepiento de haberla enviado a Inglaterra —dijo—. Ni por un instante. Ha alcanzado honor para sí misma y gloria para nuestra corte.

—Todos estamos orgullosos de ella, sire —añadió Bontemps.

A Luis se le llenaron los ojos de lágrimas, pero sabía que debía reprimirlas.

«Los reyes no lloran —le había dicho su madre—. Se enfrenten a lo que se enfrenten. Soy el sol. ¡Soy rey!»

Esos pensamientos le templaron el ánimo y se alejó bruscamente de la ventana.

—Alguien intenta destruirme destruyéndola a ella.

—Pero no se saldrán con la suya —dijo Rohan desde la puerta.

Luis se volvió hacia él.

—Madame de Montespan no está aquí, Rohan.

Su amigo asintió forzadamente.

—Sí. He venido en cuanto he podido tras enterarme de la noticia. Os estaba buscando y he visto a vuestra guardia junto a la puerta de madame de Montespan, sire. Deseo ponerme a vuestro servicio como súbdito y amigo.

—¿Mi hijo sigue en la corte?

—Sí —respondió Bontemps—. Debido a la cuarentena del palacio, el delfín se encuentra confinado con su institutriz.

—Lo quiero lejos de mi cámara. Que no la oiga gritar de dolor.

—Si me lo permitís, sire —intervino Rohan—. Si pudiera adiestrarlo hoy en el arte de montar, siempre que vos deis vuestro consentimiento, desde luego, creo que el aire fresco y la distancia le sentarían muy bien...

—Y lo mantendrían ocupado en cuerpo y mente —lo interrumpió el rey—. Sí. Gracias.

Bontemps asintió y Rohan sonrió discretamente.

—Cabalgaremos hasta los bosques, tenéis mi palabra. Aunque con el palacio en cuarentena...

—Concédeles paso libre en toda la corte —le ordenó Luis a Bontemps—. Ahora mismo.

—¿Madame?

Montespan se secó una lágrima y observó a Bontemps.

—Madame, el rey os está esperando.

La dama se levantó de la silla que ocupaba en la cámara del monarca.

—Necesito unos momentos para serenarme —respondió ella.

—Desde luego, madame —dijo Bontemps.

Montespan se acercó a la chimenea, apoyó una mano en la repisa e inclinó la cabeza. Se hallaba lo bastante cerca como para seguir escuchando la conversación sobre el estado de Enriqueta.

—Su alteza está descansando —le dijo el médico a Felipe—. Pero me temo que aún no hemos pasado lo peor.

Felipe se frotó los brazos.

—Mi hermano siempre ha confiado en ti.

—Me halagan vuestras palabras.

—Creo que no sé lo que es eso.

—Es un momento aterrador para vuestra esposa. Y para todos los que la aman.

—Aquí estamos todos a merced de las enfermedades. Nos limitamos a esperar a que arraiguen.

—Las enfermedades afectan de manera distinta a las personas. Algunos sucumben fácilmente a ellas, otros han nacido para luchar.

Felipe dejó caer la cabeza y, al mismo tiempo, le empezaron a brotar lágrimas. Se cubrió los ojos con una mano y dio media vuelta.

Madame de Montespan se apartó de la chimenea, dispuesta a marcharse. La reina, que seguía arrodillada, se puso en pie para acompañarla.

—Permitidme que me una a vos en vuestras plegarias —indicó.

—No estoy rezando —respondió Montespan.

—Pues deberíais —contestó María Teresa, al tiempo que se le acercaba tal vez demasiado —. Creedme.

—Me confunde vuestro tono, majestad.

—Tened cuidado con lo que deseáis, querida. Quienes se encuentran demasiado cerca del sol tienden a quemarse.

Rohan, vestido con ropa de montar, se observó a sí mismo en el espejo. La chaqueta nueva que llevaba le sentaba a la perfección, y sus botas estaban recién lustradas. El sombrero de plumas que lucía se inclinaba en el ángulo exacto, y el pañuelo estaba correctamente anudado. Cuando se disponía a coger los guantes que estaban sobre la mesa, se oyó el chirrido de la puerta.

—Adelante —dijo.

La doncella Marie entró con una escoba, aunque no parecía muy dispuesta a barrer.

—La alcoba está más sucia que cuando me marché —dijo Rohan.

—¿Dónde está mi dinero?

—Recibirás el pago cuando sea el momento.

Marie aferró la escoba.

—Quiero el dinero ahora.

Rohan sonrió y luego agarró a la muchacha por la garganta. La empujó contra la pared y se acercó tanto a ella que podría haberle arrancado la cara de un mordisco. Torció los labios y le centellearon los ojos.

—Aún no tengo muy claro qué es lo que has hecho para ganártelo.

Marie jadeó y empezó a lloriquear. Rohan le lamió una mejilla, dejó escapar una gélida risotada y, por último, soltó a la doncella.

—Y asegúrate —dijo mientras se dirigía a la puerta— de que mi alcoba quede impecable.

Mientras los ayudas de cámara y los criados entraban y salían de la habitación del rey con sábanas empapadas en sangre, instrumental médico y provisiones, Colbert y Louvois arrinconaron a Fabien en la sala del Gabinete de Guerra. Nerviosos, no dejaban de mirar a su alrededor.

—Es evidente que no puede recibir tratamiento en la cámara del rey —dijo Colbert—. Hay que trasladarla de inmediato. ¿Y si el veneno se extendiera?

—¿Veneno?

Los tres hombres se volvieron al oír la voz del rey, que acababa de entrar en el salón.

—¿Habéis dicho veneno? —repitió Luis.

—Ah, pero no estamos seguros, sire —dijo Louvois.

—¿Colbert piensa de otra manera? —preguntó el rey.

—No son más que conjeturas, sire —respondió el aludido—. Pero los hechos son claros. Se atentó contra la vida de su alteza durante el viaje a Inglaterra, de modo que podría tratarse de un nuevo intento. Aunque descubramos que efectivamente la han envenenado, ¿cómo sabremos quién es el autor?

—Eliminando a los sospechosos —dijo Fabien.

Colbert frunció los labios.

—Para mí, eliminar a los sospechosos no significa lo mismo que para vos.

—Sea como sea —replicó Fabien encogiéndose de hombros—, obtendremos los resultados deseados.

—Siguiendo esa lógica —intervino el rey—, deberíamos interrogar a todos los que estuvieron con ella durante el viaje a Inglaterra, ya sea al partir, durante el trayecto o al llegar.

—Ciertamente, sire —respondió Fabien.

Luis advirtió la presencia de Bontemps y se alejó para hablar con él.

Los ministros, mientras tanto, reanudaron su conversación en voz baja.

—¿De verdad estáis insinuando que debemos interrogar a todas esas personas? —preguntó Colbert.

Louvois asintió.

—Estoy de acuerdo con Fabien. Son muchos, en la corte y en Francia, los que ahora mismo desearían que su majestad también estuviera retorciéndose de dolor en esa cama.

—Haré lo necesario para descubrir cuanto antes la verdad —aseguró el jefe de seguridad—. Interrogaré a todos los que han tenido acceso a su alteza, o a la comida y a la bebida que se le haya servido.

Colbert frunció el ceño.

—¿Incluido el mismísimo Carlos II?

Fabien observó primero a un hombre y luego al otro.

—Nadie está libre de sospecha.

Felipe irrumpió en ese momento en la sala del Gabinete de Guerra, con el rostro contraído por el agotamiento y la desesperación. Los ministros se apartaron para que Felipe pudiera hablar a solas con su hermano, pero aun así aguzaron la vista y el oído para no perderse la conversación.

—¡Tú! —dijo Felipe en tono acusador—. ¡Tú tienes la culpa!

Luis negó lentamente con la cabeza.

—Hermano...

—¡Tú tienes la culpa de lo que le ha ocurrido! Te avisamos. Te suplicamos, pero no escuchaste más que tu propia voz y tu propio deseo de alcanzar la gloria. ¿Cuánto dolor más estás dispuesto a soportar para conseguir lo que quieres?

—¿Por qué descargas tu rabia sobre mí?

—Porque es lo que mereces. El mundo entero te asesoró, pero los consejos que quisiste aceptar procedían de una única fuente. —En ese momento, Felipe advirtió la presencia de madame de Montespan junto a la puerta. La dama tenía las manos unidas y una expresión estoica en el rostro—. O tal vez dos —concluyó Felipe.

Montcourt se abrochó las calzas, se abotonó la chaqueta de caza y se ciñó su cinturón preferido, el que tenía dos ángeles de plata incrustados en el cuero. Abandonó su alcoba y se alejó por los corredores de palacio; sus pasos resonaron mientras pasaba frente a las distintas puertas, todas ellas cerradas tras la orden de cuarentena del rey. Llegó al final de un corredor, dobló la esquina y se encontró de frente con Chevalier.

Chevalier lo observó con recelo.

—La corte está cerrada a cal y canto, Montcourt. ¿Qué hacéis?

—En mi apartamento hay una bacinilla. Lamentablemente, en el corredor no hay ninguna. Y, si os soy sincero, detesto orinar en el hueco de la escalera.

—Creo que hasta ahora eso no os había supuesto ningún problema.

Montcourt alzó la barbilla.

—Para vivir como un caballero, creo yo, hay que intentar comportarse como tal.

—Son días difíciles, caballeros —dijo Cassel, que en ese momento llegaba por el corredor —. He oído rumorear que Fabien y sus perros de caza andan haciendo preguntas por ahí —añadió al llegar junto a ellos.

—Esta mañana se han llevado a la dama de compañía de Enriqueta —contó Montcourt—. Sophie de Clermont.

—No sé qué esperan obtener de ella —dijo Cassel.

—Pues yo sí sé lo que le pediría —intervino Montcourt.

Cassel movió la cabeza de un lado a otro.

—Si su madre le enseñó algo, como mucho debió de ser a coger correctamente un tenedor.

—En cualquier caso —dijo Chevalier—, su señora está enferma. ¿Qué más puede decir?

—Muy poco, espero —respondió Cassel—. Por su propio bien.

Chevalier miró a uno y otro lado del corredor.

—Ya no podemos dejarnos ver juntos. ¿Queda claro?

—¿O qué? —lo desafió Cassel.

—Creo que os lo podéis imaginar vos mismo.

—En momentos como éste es bueno saber quiénes son los verdaderos amigos —señaló Montcourt.

—No creía que me quedara ninguno —replicó Chevalier.

—Siempre he pensado que mis mejores aliados son aquellos con los que puedo compartir el silencio.

Chevalier chasqueó la lengua.

—Ni yo mismo lo habría expresado mejor.

Los hombres se separaron y cada uno se alejó en una dirección distinta. Montcourt siguió andando, satisfecho de estar fuera de su alcoba aunque sólo fuera durante un rato. Al llegar al ala sur del palacio, vio a Rohan al fondo de un corredor. El amigo del rey, vestido con ropa de caza, estaba hablando con un guardia. El delfín, el joven hijo de Luis, también iba vestido con ropa de caza y correteaba impaciente de un lado a otro mientras fingía disparar flechas al techo.

En ese momento, Montcourt se fijó en la mano izquierda de Rohan. El amigo del rey estaba tamborileando un irregular ritmo con el dedo meñique, en lo que parecía una especie de tic nervioso. No era la primera vez que Montcourt lo veía.

«Sí. Ah, sí», pensó.

Mientras observaba desde la distancia, vio a los guardias, a Rohan y al muchacho salir al exterior, donde los bañó la luz del sol.

—He interrogado a todas las damas de compañía de su alteza —dijo Fabien—. Ahora te toca a ti.

Sophie se hallaba frente al jefe de seguridad en la sala de tortura. Le caían lágrimas, pero aun así mantenía la cabeza erguida, en un gesto desafiante.

—Acompañaste a su alteza en la misión que la llevó a Dover —dijo Fabien mientras caminaba en círculos en torno a la joven y se inclinaba hacia ella—. Tuviste acceso íntimo a su persona.

—Era mi deber.

—Concretamente, ¿qué clase de contacto mantuviste con ella?

—Me dediqué a servirla.

—¿Le serviste té?

—¿Té? Sí, té de achicoria. Le hacía mucho bien.

—¿Sabes quién se lo preparaba?

Sophie tragó con dificultad.

—Sí.

Fabien se inclinó aún más hacia ella.

—Pues dímelo.

—¿Qué le ocurrió a mi madre?

—No estoy aquí para responder a tus preguntas.

—Entonces, yo tampoco.

Fabien se burló.

—Te recomiendo encarecidamente que reconsideres tu postura.

—No tengo nada. Así pues, ¿qué puedo perder, aparte de eso?

—Tu vida, por ejemplo.

—Ya no tengo vida. Mi madre me contó quién era yo, pero era todo una mentira, de modo que en realidad no sé quién soy.

—Eres la hija de un hugonote que conspiró contra el rey, alguien que recibía el dinero y el apoyo de Guillermo de Orange.

—Mi madre ya ha pagado el precio de su traición. Yo sólo intento sobrevivir. Y creía que vuestra protección me garantizaba la supervivencia.

—A menos que te parezcas a tu madre más de lo que estás dispuesta a admitir.

Los ojos de la muchacha centellearon entre las lágrimas.

—No os confundáis, monsieur Marchal. Mi madre engañó a muchas personas con su traición, pero el más estúpido de todos fuisteis vos.

Fabien le clavó los dedos en el brazo.

—¿Quién preparó el té?

Sophie respiró hondo.

—Yo.

—Estáis muy pálida, querida —le dijo Cassel a madame de Montespan cuando la dama, que caminaba absorta en sus propios pensamientos, se cruzó con él en el corredor sin verlo siquiera —. Como una niña traviesa que esconde un bollo bajo el vestido.

Montespan giró en redondo y lo fulminó con la mirada.

—Mi querida amiga está enferma. Eso ya me preocupa bastante, no os necesito a vos acechando en las sombras.

Cassel se apartó de la pared.

—En mi habitación hace frío. He oído decir que los salones son más cómodos. Y que en ellos corren los rumores, claro.

—¿Qué rumores?

—Por ejemplo, que a Enriqueta la envenenó una rival de la corte, en un ataque de celos.

Montespan parpadeó confusa y tuvo que esforzarse para hablar.

—En cuestión de belleza, Enriqueta no tiene rival. Y, en cualquier caso, a mí no me han llegado esos rumores.

—Es curioso. ¿Quién podía ganar más que esa rival, se dice por ahí, si Enriqueta quedaba postrada en cama? Y ¿qué sabe esa rival que los demás no sepamos?

En la mirada de Montespan apareció un destello de miedo, pero enseguida se echó el pelo hacia atrás y el destello desapareció.

—No me lo imagino, desde luego. Pero teniendo en cuenta que son muchos los nobles que en el pasado han intentado acabar con el rey, supongo que en lo único que pensará su majestad ahora mismo es en averiguar cuál de sus nobles se propone perjudicarlo a él.

Los gritos de Enriqueta habían empeorado a lo largo de las últimas horas. Traspasaban los muros de la sala del Gabinete de Guerra y se clavaban como dagas en el corazón de Luis. Los guardias estaban apostados junto a las puertas, intercambiando miradas y observando al rey cada vez que se oía un grito.

Luis cruzó la estancia, se sentó y trató de leer, pero enseguida volvió a levantarse y siguió paseando. Echó un vistazo por la ventana, pero no vio nada y se alejó una vez más. Tardó varios segundos en advertir que Felipe acababa de entrar en la sala y lo estaba observando fijamente.

—Sabía lo que debía hacer y lo hizo por voluntad propia —dijo Luis.

—Porque tú le dijiste que lo hiciera.

—Porque había nacido para hacerlo.

Felipe se estremeció y suspiró.

—Porque te ama.

Luis se encogió al escuchar aquella verdad, pero enseguida recobró la compostura.

—Si no contamos con el apoyo de los ingleses, no podremos atacar a los holandeses. Tú no sabes nada de política. Ni de supervivencia.

—Y tú no me escuchas.

—El Estado es una persona —prosiguió el rey—. Y una persona debe hacerse valer si no quiere sucumbir a la voluntad de los demás. O reclamamos nuestros derechos o nos pisotean. O una cosa o la otra.

—Te movió el orgullo. Yo arriesgué mi vida por nuestra vanidad, por rescatar la dote de tu esposa.

—Y yo me arriesgué por Francia porque yo soy Francia. Sin mí, el país sucumbirá a las peleas entre nobles. La música, el baile, el arte, la moda, la belleza... —dijo Luis, mientras señalaba los jardines al otro lado de las ventanas—. Todas esas cosas tienen el poder de cambiar una nación desde dentro, de conquistar la mente y el corazón de las personas, de acercarlos a nosotros. Jamás conseguiremos invadir el mundo entero, pero sí podemos conseguir que el mundo nos considere su centro. Y un día, hermano, será así. El precio que hay que pagar se justifica cientos de veces.

—¿El precio?

—Si yo te enseñara una pieza de música, si esa pieza te llegara al corazón pero un día se quemaran las partituras, aún serías capaz de interpretarla de memoria ante cien personas. Y esas personas podrían aprendérsela de memoria e interpretarla. Y así una y otra vez. La canción que cantamos aquí... quiero que siga interpretándose eternamente.

Felipe se abalanzó sobre su hermano, pero éste lo apartó de un empujón. Justo cuando aquél se disponía a abalanzarse de nuevo sobre él, se oyó un alarido de Enriqueta. Felipe volvió bruscamente la cabeza hacia el lugar de donde había procedido el grito.

—Ahí tienes tu música, hermano.

Bontemps se apresuró a cruzar la estancia para acercarse a los dos hombres.

—Estaba llamando a... —empezó a hablar.

—Enseguida voy —dijo Felipe.

Bontemps negó con la cabeza y observó a Luis.

—A vos, sire. A solas.

Felipe se volvió hacia la ventana, tan perplejo como furioso. Bontemps aprovechó el momento para acercarse al rey.

—Veneno —susurró.

—Entonces, se confirma —dijo Luis.

Cruzó la estancia para reunirse con Colbert y Louvois, que aguardaban junto a la puerta.

—¿Hay algún diplomático inglés en la corte? —preguntó.

—Sir Thomas Armstrong está en París, sire —respondió Colbert—. Throckmorton se quedó en Inglaterra.

Luis serró las mandíbulas.

—Debemos suponer que las noticias llegarán a París esta noche, que sir Armstrong las recibirá por la mañana y que, a través de él, llegarán a Londres al día siguiente. Cuando el rey Carlos II descubra que a su querida hermana la han envenenado en Francia... es sólo cuestión de horas que nos declare la guerra.

—Una guerra que jamás podrán ganar, sire.

—Sire —dijo Colbert—, además de la guerra... Si Felipe perdiera a su esposa, de su muerte podría derivarse un cambio de poder.

—¿Cómo?

—La propia existencia de Enriqueta refuerza vuestra posición, mantiene a raya el poder de vuestro hermano y proporciona una comunicación directa con Inglaterra. Por desgracia, es lógico pensar que su ausencia os debilitaría en todos esos aspectos.

El rey guardó silencio, consciente de la verdad que encerraban aquellas palabras. Luego lanzó una última mirada a Felipe antes de regresar a su cámara, donde encontró a Enriqueta respirando con dificultad pero —al menos de momento— tranquila.

Fabien arrojó un terrón de barro al otro lado de la sala de tortura, donde se estrelló contra la pared. Una parte quedó pegada al muro, mientras el resto resbalaba hasta el suelo. «Arrójalo contra la pared a ver si se pega —pensó—. Un viejo truco. Drástico y directo.» Se volvió hacia Montcourt, que estaba sentado en una pequeña silla, en el centro de la sala. Resultaba ciertamente curioso: el hedor a miedo había impregnado la sala mientras interrogaba a las doncellas, pero Montcourt no parecía en absoluto intimidado.

—Madame de Clermont conspiraba contra el rey —dijo Fabien en un tono grave y amenazador—. Y me dio los nombres de todos los que se habían aliado con ella.

—Yo sólo la conocía de vista.

—Sabíais que sus intenciones eran malévolas.

—Tal vez no os hayáis dado cuenta, pero en este palacio todo el mundo tiene intenciones malévolas. Aunque sólo unos pocos las ponen en práctica.

—¿Por qué habéis vuelto a la corte?

—¿Por qué los girasoles se vuelven hacia el sol? —dijo Montcourt con una sonrisa burlona. Luego se encogió de hombros—: Sabía que la vida de su alteza estaba en peligro. Como noble y leal amigo del rey, mi deber era informarlo al respecto.

—Me cuesta creerlo —se burló Fabien.

—Vivir lejos de la corte resulta frío y siniestro. Aunque imagino que en el caso de que su alteza falleciera y a vos se os considerara incompetente, por ejemplo en lo que respecta a vuestro error de cálculo con la difunta madame de Clermont...

—Y ¿qué error de cálculo es ése?

Montcourt se inclinó hacia atrás y ladeó la cabeza. Metió los dos pulgares bajo el cinturón y tamborileó con el resto de los dedos sobre los ángeles de plata.

—Si no me equivoco, os vieron con ella en diversas ocasiones, paseando por los jardines y todo eso. Pero, en fin, las mesas de juego siempre son una fuente de chismorreos sin fundamento.

Fabien lo observó fijamente.

—¿Quién querría perjudicar a Enriqueta?

—Quien la perjudique a ella perjudica al rey. Y ahora os estaréis preguntando quién puede querer conspirar de nuevo contra nuestro gentil y glorioso soberano.

Fabien asintió despacio.

—Tengo cierta idea, en el caso de que os interese.

—Adelante.

—Según mi experiencia, quienes se encuentran muy cerca de un hombre son, precisamente, los que mayor daño pueden causarle. Los estrategas militares nos dicen que, cuando estamos cerca, debemos hacer creer al enemigo que estamos lejos. Y, cuando estamos lejos, debemos hacerle creer que estamos cerca. Se deduce, pues, que el enemigo del rey debe hacerle creer que es su amigo.

Fabien despidió a Montcourt y llamó de inmediato a Louvois. El amigo del rey. El confidente del rey.

Louvois llegó enseguida y Fabien le ofreció una silla en su despacho. Luego se quedó de pie tras su escritorio, con los brazos cruzados. Dado que ni siquiera se le había ofrecido vino, Louvois no parecía muy seguro del motivo de aquella llamada.

«Justo como tendría que sentirse —pensó el jefe de seguridad—. Intranquilo. Preocupado, tal vez.»

—Hace mucho tiempo que os observo —empezó a decir Fabien—, y he de admitir que vuestro comportamiento me preocupa.

—¿Sí? Y ¿habéis hablado con el rey?

—Vuestro comportamiento es consistente. Y también muy crítico con el rey.

La incertidumbre desapareció del rostro de Louvois. En cambio, parecía irritado.

—Antes de que habléis conmigo, monsieur Marchal, os sugiero que habléis con su majestad.

—Soy la vista y el oído del rey. Hablo con quien me place.

—Cierto. Sólo era una sugerencia para que ahorraseis tiempo.

—¿Mantuvisteis alguna conversación con su alteza Enriqueta sobre el tema de su misión en Dover?

—No.

—Pero no estabais muy convencido de las ventajas de ese plan.

—No, y trasladé claramente mi opinión a su majestad.

—¿Siempre estáis de acuerdo con las ideas de su majestad?

—Estoy de acuerdo con la mayoría de ellas.

Fabien dio un paso hacia Louvois y le lanzó una mirada desafiante.

—¿Por qué, entonces, suelen ser tan curiosamente críticas con el rey las palabras que salen de vuestros labios?

—Porque así se lo pedí yo.

Fabien levantó la cabeza de golpe: el rey y Bontemps estaban junto a la puerta. Louvois hizo amago de ponerse en pie, pero Luis le apoyó una mano en el hombro y le permitió seguir sentado.

—Sire... —empezó a decir Fabien.

—Sois muy diligente, Fabien —dijo el rey—, pero en este caso estáis bastante equivocado.

—Su majestad me pidió que adoptara el papel de crítico y conspirador, Fabien —se explicó Louvois—, aunque no puedo decir que me entusiasme.

El rey sonrió.

—Y, sin embargo, lo habéis ejecutado a la perfección.

—Oh, entiendo —dijo Fabien—. Se trata de atraer a las moscas al pastel...

—Casi todo el mundo tiene quejas en algún momento —repuso Louvois—. Pero empiezo a conocer a los que de verdad conspiran contra su majestad.

—Ésta es una tarea en la que destacáis de verdad, Fabien —dijo el rey—. Pero prefiero conservar dos manantiales de los que obtener agua. Es más, como sincero crítico que es, Louvois suele decir la verdad.

El secretario de Estado asintió.

—Al principio no creía en Versalles, pero siempre he creído en mi rey.

—Y en ello confío —dijo Luis—. Vos y Fabien sois mis ángeles de la guardia.

Fabien sonrió y aquellas palabras se le quedaron clavadas en la mente.

«Ángeles..., ¿por qué recuerdo algo sobre ángeles?», pensó.

—Louvois —dijo—, os transmito mi admiración y mis disculpas.

Louvois le estrechó la mano.

—Lo mismo digo, señor. Y ahora, vayamos a despellejar vivo a ese detestable envenenador.

—O envenenadora.

Salieron los tres del despacho de Fabien, seguidos por Bontemps y los guardias, y subieron por la sinuosa escalera. Fabien seguía dándole vueltas a una palabra en su mente: «Ángel, ángel, ángel».

De repente, se detuvo en un escalón y abrió unos ojos como platos.

—¡Majestad!

El rey se volvió para mirarlo.

—En una ocasión me hicisteis una petición, sire —dijo.

Bontemps frunció el ceño.

—Su majestad no os ha dado permiso para hablar.

A pesar de ello, Fabien siguió hablando.

—Pedisteis ver los rostros de quienes habían asesinado a los Parthenay. Creo que ya puedo entregaros al asesino.

—¡Despejad la sala!

La voz del rey atronó por todo el salón. Los nobles dejaron de jugar a cartas, de apostar o de chismorrear, y se volvieron al unísono para ver entrar a Luis seguido de sus guardias.

—¡Y cerrad la puerta tras ellos!

Inmediatamente, los nobles y sus damas dejaron las cartas y las copas de vino y se escabulleron mientras intercambiaban miradas de inquietud. Montcourt trató de distanciarse de Cassel y se dirigió a la puerta con una sonrisa confiada en el rostro.

Sin embargo, Luis alzó una mano.

—Vos no, Montcourt.

El noble se detuvo mientras los demás cortesanos abandonaban el salón y se cerraban las puertas. El rey observó fijamente a Montcourt con una mirada férrea, como si lo estuviera retando a dar un solo paso más.

—Sire —dijo éste al tiempo que inclinaba la cabeza—. Llevo todo el día rezando por su alteza.

—Y ¿creéis que Dios os escucha?

—No lo sé, sire. Me gustaría pensar que...

Luis se acercó más a él y le habló con voz firme, aunque en un tono amenazador.

—¿Y los ángeles?

—¿Ángeles?

—¿Los veis ahora?

Montcourt miró a Fabien como si esperara una aclaración.

—Yo... no.

—Son muchos los que dicen que uno ve ángeles antes de morir —afirmó el rey al tiempo que señalaba con la barbilla el cinturón de Montcourt.

El noble abrió la boca, pero no dijo nada.

—¡Guardias, esperad fuera! —aulló Luis.

Los guardias se marcharon rápidamente, en silencio, y cerraron la puerta tras ellos.

A solas con Fabien y Montcourt, el rey se acercó aún más a su víctima. Inclinó la cabeza hacia atrás y luego hacia adelante, como si de una víbora se tratara.

—Charlotte de Parthenay vio ángeles. Pero también hubo muchos más. Todos los que murieron asesinados en mi carretera. Miembros de mi corte. Hasta se atentó contra mi vida. Y ahora su alteza, mi amada Enriqueta, se está muriendo.

—No sé de qué estáis hablando, sire.

—Eso os convierte en un mentiroso, Montcourt.

—No, majestad. Soy un fiel amigo del rey.

—«El enemigo del rey debe hacerle creer que es su amigo» —dijo Fabien.

Luis rodeó a Montcourt para acercarse a la chimenea. Montcourt giró entonces sobre sus talones para encararse a Fabien y señalar con un dedo acusador al jefe de seguridad.

—Sois... ¡sois un estúpido! ¿Me estáis acusando? Sois...

—¡Y vos sois un asesino! —dijo el rey. Cogió un atizador y golpeó con él a Montcourt en un lado de la cabeza. El noble dejó escapar un gruñido y cayó al suelo con el rostro bañado en sangre—. ¡Luchad conmigo!

Montcourt tosió.

—Os equivocáis de hombre, sire —gruñó.

—¡He dejado que el lobo vuelva a mi redil!

Montcourt consiguió ponerse de rodillas.

—¡Salvé a su alteza de una muerte segura!

A Luis se le desbocó el corazón y notó la rabia que se le acumulaba en el pecho.

—¡La usasteis para conseguir mi favor! Y luego hicisteis que la envenenaran. Asesinasteis a muchos antes de llegar hasta mí. Y sé que fuisteis vos, Montcourt, pues todos vieron los ángeles en vuestro cinturón.

El aludido se puso en pie, jadeando y escupiendo sangre. Se llevó una mano al interior de la casaca.

—No pretendía perjudicar...

—Mentiras. Sé que quien quiere debilitarme matando a mis amigos es el mismo que mataría más tarde a mi dulce Enriqueta. Y que después intentaría matarme a mí.

Luis lanzó un nuevo ataque con el atizador y golpeó al noble en la mano, con lo que la daga que éste acababa de sacar de su casaca salió volando hacia el otro extremo de la sala. Montcourt se llevó la maltrecha mano al pecho, gruñó, cogió una silla con la mano buena y pegó con ella al rey. Luis se tambaleó y, al caer, se golpeó la cabeza contra el canto de una mesa. Debido al impacto, se mordió el labio. Aquél aprovechó el momento para salir disparado hacia la puerta.

Fabien, sin embargo, recogió la daga de Montcourt, se interpuso en el camino del noble y arremetió contra él. Le hundió la daga en el hombro, pero éste le sujetó la muñeca, se la retorció y consiguió que Fabien soltara el arma. La cogió al instante y la giró hacia el jefe de seguridad.

Fabien rugió y los dos hombres empezaron a tantearse. La luz procedente de la chimenea se reflejaba en sus armas y en los ojos de ambos centelleaba una mirada de odio. Montcourt se lanzó hacia adelante y el otro lo esquivó. El noble gruñó y saltó hacia un lado antes de intentar atacarlo de nuevo.

Mientras tanto, Luis se aferró al borde de la mesa y escupió sangre al suelo. Le daba vueltas la cabeza debido al impacto, pero notaba la mente clara y afilada como la mejor de las dagas. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, consiguió ponerse de rodillas.

Montcourt y Fabien luchaban denodadamente, girando en círculos y atacándose entre sí: experiencia contra experiencia, odio contra odio. Mientras caían sobre la mesa, entre un estrépito de madera astillada y cristales rotos, Montcourt trató de acercar la pelea al rey.

—¡Guardias! —aulló Fabien.

Desde el suelo, sin embargo, Luis gritó:

—¡No! ¡El salón se queda cerrado!

Fabien se volvió un único instante hacia el rey, pero Montcourt aprovechó el momento para atacar al jefe de seguridad y clavarle la daga en el vientre. Fabien se tambaleó, se agarró al respaldo de una silla y se sostuvo mientras la sangre le iba empapando la camisa. Permaneció en pie, respirando agitadamente.

—Buena idea, Montcourt —dijo Luis.

El noble se volvió justo cuando el rey conseguía ponerse de nuevo en pie, con el atizador aún en la mano. En su rostro centelleaba un brillo asesino.

—Matarlos a ellos y después a mí —prosiguió Luis—. Y echarle la culpa a él. Si yo estuviera en vuestro lugar, eso es justo lo que estaría pensando ahora mismo. Pero vuestro primer golpe tendrá que ser hábil y certero. Y ése es el problema, Montcourt, que nunca habéis sido hábil. Sin embargo, hoy es vuestro día de suerte. Hoy tenéis la oportunidad de matar a un rey.

Montcourt torció los labios

—Pero... ¿de qué clase de rey me desharía? A mí me parecéis exactamente igual que los otros, salvando las distancias, claro. Pero, en el fondo, es lo mismo. Vuestra propia gloria a expensas de todos lo demás. Habláis de luz y del sueño de los dioses, pero vuestra alma sigue atrapada en la oscuridad.

La víbora estaba lista para atacar.

—Se os olvida, Montcourt, que la oscuridad siempre precede al alba.

Y, en ese momento, el rey arrojó el atizador, que golpeó a Montcourt en las costillas. Cuando el noble empezó a tambalearse, Luis se abalanzó sobre él y lo empujó contra una mesa. Montcourt, sin embargo, consiguió liberarse, derribó la mesa y trató de atacar al rey con la daga. Estuvo a punto de acertarle en la garganta, pero falló por poco y se hizo a un lado de inmediato.

Los dos hombres rodaron por todo el salón, aferrados el uno al otro como animales que pelean en el bosque. La rabia que los movía a ambos era profunda, cruel y mortífera; ambos confiaban en su capacidad para esquivar los peores golpes y en sus fuerzas para seguir luchando. El rey y su enemigo. Traicionado y traidor. Cuando Montcourt se agazapó para esquivar un golpe lateral, el rey levantó el atizador y lo dejó caer con todas sus fuerzas sobre la cabeza del noble. Le propinó un golpe tan fuerte y brutal que le partió el cráneo. A Montcourt empezó a brotarle sangre de la herida, pero también de la nariz y de los oídos. Dobló el cuerpo.

—Inclinaos ante vuestro rey —le gruñó Luis.

Montcourt cayó al suelo hecho un guiñapo, aullando de dolor con las piernas encogidas.

—Majestad —jadeó Fabien.

Luis se quedó en pie junto a su adversario, con el atizador ensangrentado aún en la mano.

—Que se desangre.

Arrojó el hierro al suelo y se volvió hacia la puerta.

—Me temo que... —empezó a decir Fabien. Y entonces puso los ojos en blanco y se desplomó.

Luis se echó al jefe de seguridad al hombro y abandonó precipitadamente el salón.

—¡Guardias! —gritó—. ¡No os quedéis ahí sin hacer nada!

Los caballos de Rohan y del delfín se hallaban atados a un roble, cerca del camino, mordisqueando las hojas secas mientras ellos jugaban a pelearse con unos palos. Dos guardias, apostados muy cerca, los observaban en silencio.

—Debéis aprender a luchar —dijo Rohan con una sonrisa—. ¡Porque algún día seréis rey!

El delfín se echó a reír y lo amenazó con el palo que hacía las veces de espada.

—¡Soy el rey! ¡Obedecedme!

—Primero tenéis que derrotarme —se burló Rohan—. ¡Vaya, sois un jovencito muy fuerte!

Sus risas resonaron entre los árboles. Y los guardias, que seguían observando la escena, sonrieron en silencio.

Jacques empujó una carreta grande más allá de las caballerizas y de los establos, más allá de las pocilgas, y descendió por una pendiente hasta una zanja alargada llena de nieve fangosa. Allí volcó la carreta y arrojó el cadáver de Montcourt a la misma fosa común en la que yacían

incontables degenerados cuyos cuerpos se descomponían. Y allí se quedó, entre cuencas vacías y ojos vidriosos que se observaban unos a otros con una mirada de perpetua sorpresa.

La puerta de la sala del Gabinete de Guerra se abrió y entró Luis, bañado en sangre pero con un aire triunfal.

Felipe observó fijamente a su hermano.

—Te veo distinto.

Luis se sirvió una copa de vino y bebió varios tragos.

—Le he dado orden a monsieur Marchal de que te interrogue.

—O sea, que has considerado esa posibilidad.

Luis dejó la copa.

—Sólo he considerado una posibilidad: si te exoneran de toda culpa, se disipará la incertidumbre.

—Entonces, tráelo. Termina de disiparme.

—En estos momentos se encuentra indispuesto. Así que respóndeme a mí. ¿Te proponías perjudicarla?

—Sí. Y aproveché todas las oportunidades que se me presentaron.

—¿Con qué fin?

—Al hacerle daño a ella, te lo hacía a ti. Del mismo modo que ella me lo hizo a mí por tu culpa.

—Le deseabas sufrimiento.

—Jamás. Te lo deseaba a ti. Siempre.

—Por haberla enviado a Inglaterra.

—¡Por no haberme enviado a mí! —exclamó Felipe. Luego negó con la cabeza despacio y suspiró—. ¿Recuerdas nuestro fuerte?

—¿Cuál de ellos?

—El primero. Dudo que lo recuerdes, pero yo sí. Hace muchos muchos años. Vinimos aquí de visita. Tú, Enriqueta y yo. Habíamos salido a tomar el aire con nuestra institutriz, a descansar un rato para jugar. Echamos a correr entre los árboles, riendo, hasta el caz. Encontramos una vieja cabaña hecha de musgo y piedras. Tú dijiste que sería tu castillo y yo propuse que la convirtiéramos en un fuerte. Por una vez, me hiciste caso y jugamos toda la mañana a defender nuestra posición de los españoles. ¿Lo recuerdas?

Luis no dijo nada.

—Enriqueta encontró un topacio amarillo entre el barro, en forma de lágrima. Te lo ofrecimos en honor de tus distinguidos servicios. Me sentía tan orgulloso de ti... Y ella también. Nos creíamos tan fuertes que si el mundo hubiera querido acabar con nosotros, habríamos sido capaces de enfrentarnos a cualquiera dispuesto a hacernos daño. «Conserva este momento», te dije. «No lo olvides nunca.» —Felipe negó lentamente con la cabeza—. Pero ni siquiera te acuerdas.

Luis le sostuvo la mirada a su hermano y luego, muy despacio, metió una mano en un pequeño bolsillo de su chaqueta y volvió a sacarla. Y allí estaba la lágrima amarilla. La dejó sobre la mesa, delante de Felipe, y se marchó.

El duque se quedó mirando la gema y empezaron a escocerle los ojos.

El delfín sonrió mientras se escabullía entre los arbustos con su mosquete de madera. Se estaba escondiendo de Rohan y se proponía atraparlo en cuanto se le presentara la ocasión. Se agazapó y observó entre las ramas.

Oyó a su espalda un crujido de hojas secas. Giró en redondo, con el palo preparado.

—Te veo... —empezó a decir, pero en ese momento un hombre oculto bajo una capucha negra lo rodeó con un brazo y le cubrió la boca con una mano enguantada.

El delfín pataleó y se resistió, pero el hombre lo levantó del suelo sin esfuerzo. En ese instante, el muchacho pudo ver por encima de los arbustos: otro hombre encapuchado apuntaba al rostro del guardia con un mosquete. El encapuchado apretó el gatillo y le voló la cabeza. Luego, el delfín vio a Rohan obligar al otro guardia a inclinar la cabeza hacia atrás y rebanarle el pescuezo.

El muchacho se resistió mientras lo conducían a un pequeño claro, donde lo ataron, lo amordazaron y lo metieron en un saco. A continuación, todos los hombres menos uno se despojaron de sus capas. Llevaban el uniforme de los guardias de palacio. El otro hombre era Mike, antiguo esbirro de Cassel y también antiguo miembro de las fuerzas de seguridad del rey. Iba vestido con ropa normal y corriente.

—¡Hacia la carretera! —ordenó—. ¡Ahora!

Se echó al hombro el saco en el que el muchacho no cesaba de moverse y siguió a sus hombres a través de los árboles.

Amaneció un nuevo día. Enriqueta estaba en el lecho del rey. Respiraba trabajosamente y tenía el rostro hundido. Sus gemidos eran cada vez más débiles y roncos. Una criada tapó a su alteza con un cobertor limpio y se llevó el otro, empapado en sudor. Luis y Felipe se hallaban junto a Claudine, que en ese momento le tocaba la frente a Enriqueta.

—¿Cuánto tiempo le queda? —preguntó Felipe.

—No lo sé. Pero desea veros a ambos —dijo la joven—. Lo lamento profundamente, majestad. Y alteza.

Luis asintió.

—Ha pedido que la lleven afuera, quiere estar rodeada de sus flores preferidas.

—Que así sea —pidió el rey.

—Le resultaría demasiado doloroso. Sería una tortura para ella.

Luis se volvió hacia Bontemps.

—Que traigan aquí el jardín.

Antes de una hora, la cámara se había convertido en un exuberante jardín repleto de blancas rosas de Navidad. Vistosos pensamientos de color rosa llenaban jarrones en el suelo y cubrían los alféizares, la repisa de la chimenea, las mesas y los escritorios. Enriqueta se movió y abrió muy despacio los ojos.

—¿Sopla... sopla la brisa hoy? —preguntó.

Luis le hizo una seña a Bontemps, que descorrió el pestillo de una ventana y la abrió. Enriqueta suspiró, con la cara apoyada en la blanca almohada. Estaba tan pálida que su rostro casi parecía formar parte de la misma.

—¿Hay algo más hermoso que el perfume de las flores en el aire?

—Sí lo hay. Y lo estoy viendo ahora mismo —respondió el rey.

Enriqueta trató de sonreír, pero se lo impidió una nueva oleada de dolor agónico. Bajó la cabeza hacia el pecho y gimió.

—Tengo miedo —susurró cuando finalmente remitió el dolor.

—No hay nada que temer —le dijo Felipe.

—¿Cómo lo sabéis?

—¿Recordáis cómo era antes de nacer?

Enriqueta negó con la cabeza.

—Entonces ¿de qué tenéis miedo?

—No recuerdo un cielo antes de nacer.

Otra oleada de dolor. Enriqueta sacudió las piernas bajo el cobertor y a continuación contrajo el rostro en una expresión de angustia.

Luis cogió a Claudine por el brazo.

—¡Haz algo!

—No... no hay nada que hacer —consiguió decir Enriqueta—. Tengo tanto frío...

Comenzó a respirar aún más agitadamente, más trabajosamente, y le aparecieron manchas azules en los brazos.

—Felipe, lo siento... No... no he sabido amaros como os merecíais.

—Lo hicisteis lo mejor que pudisteis —susurró él.

—Qué apuestos sois los dos... Y qué... qué distintas podrían haber sido las cosas.

—Por favor —indicó Luis—. Descansad.

—¡Oh, Dios! —gritó Enriqueta—. ¡Me duele mucho cuando respiro!

Luis le cogió una mano.

—El dolor desaparecerá si levantáis la cabeza.

—¡No puedo!

—Dejadme que lo haga por vos —dijo Felipe.

—¡No quiero!

—Enriqueta.

—¡Haced que se pase! ¡Haced que se pase!

—¡Que le pongan otra almohada! —exigió Luis.

—No quiere moverse —respondió Felipe.

—¡Pero así se le pasará el dolor! —exclamó Luis.

Fue entonces cuando vio la verdad en los ojos de su hermano. La cruel y fría verdad. Que no se le pasaría. Que seguiría sufriendo. Y moriría.

Enriqueta gritó de dolor. Escupió espumarajos y parpadeó frenéticamente. Luis le tendió una mano y ella se la cogió con tanta fuerza que le clavó las uñas en la palma.

—¡No me miréis, por favor! —suplicó—. ¡Quiero que me recordéis hermosa! ¡No así!

Luis contuvo un sollozo.

—Sois hermosa. Me enamoré de vos la primera vez que os vi.

Felipe observaba la escena mientras las lágrimas le rodaban mejillas abajo. Hizo un gran esfuerzo por sonreírle a su esposa, porque ya nada más podía ofrecerle.

Bossuet entró entonces en la alcoba.

—¡Que se vaya! —gritó la duquesa.

—Enriqueta.

—¡Aún no quiero oírlo!

Y profirió otro grito, un alarido profundo y desgarrador.

—¡Algo para el dolor! —aulló Luis.

Claudine vertió un líquido en una taza y se acercó a la cama. Sostuvo la taza junto a los labios de Enriqueta y ésta consiguió beber unos sorbos antes de volver a vomitarlo todo. Su respiración se había convertido en una especie de horrendo borboteo.

—Se le está cerrando la garganta —dijo Claudine.

—¡Pues abrídsela! —ordenó el rey.

Felipe le tocó un hombro a Luis.

—Hermano.

—¡¿Qué debemos hacer?! —aulló Luis—. ¡Hay que hacer algo!

Enriqueta desvió la mirada de un lado a otro, aterrada, mientras los pulmones se le iban llenando de fluido y se ahogaba.

—¡La almohada! ¡Ahora! —gritó Felipe.

Los dos hermanos levantaron un poco a Enriqueta y le colocaron una segunda almohada bajo la cabeza. El borboteo se volvió menos intenso.

Bossuet se acercó al otro lado de la cama, hizo la señal de la cruz y empezó a entonar el sacramento de la unción.

Luis apretó los puños, deseoso de golpear algo, de matar lo que estaba matando a su amada.

—Dejadme... vivir —susurró Enriqueta.

—Mi amor —le dijo Luis.

—Es hora de marcharse, mi dulce niña —le dijo Felipe.

Enriqueta trató de pasarse la lengua por los labios agrietados.

—Quiero... bañarme en el lago y sentir el sol —pidió al tiempo que buscaba la mirada de Luis—. Quiero sentir el sol en mi cuerpo.

—Lo haréis —aseguró Luis.

—¡Oh, Señor, acógeme en tu seno! —jadeó Enriqueta.

Se atragantó y guardó silencio. Luis y Felipe, llorando, se miraron el uno al otro y se inclinaron sobre la cama.

Enriqueta abrió los ojos, pero su mirada era ya vidriosa, borrosa.

—Escuchad. ¿Lo oís? Son las flores. Están cantando.

Jadeó de nuevo, se estremeció y dejó escapar de entre los labios el último suspiro. El sacerdote bajó la voz como muestra de respeto y prosiguió con su ritual.

Felipe se secó las lágrimas de los ojos, observó a su hermano con una mirada cargada de dolor y odio y se marchó sin volver la vista atrás.

Fabien se despertó en el camastro de su despacho. Le dolía el vientre y le palpitaban los brazos. Lucía vendajes en el estómago y en el pecho, y también en varios puntos de los brazos. Intentó sentarse, pero el dolor lo obligó a permanecer tendido.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que no estaba solo. Volvió la cabeza y vio a Sophie junto a su escritorio.

—¿Os duele?

—¿Qué haces tú aquí?

—Ayudaros.

—Estabas bajo arresto.

—Ahora ya no. ¿Dónde está mi madre? ¿Y su cadáver?

—Esto no es apropiado.

—Estoy de acuerdo. En presencia de una dama, deberíais poneros en pie.

Fabien apretó los dientes, giró en la cama e hizo un gran esfuerzo para levantarse.

—Necesito tu ayuda —dijo mientras se dejaba caer en la silla de su escritorio—. Tengo algo que escribir.

Sophie le tendió la pluma, pero cuando él se disponía a cogerla, la apartó rápidamente.

—¿Por qué matasteis a mi madre?

—No lo hice. ¡Dame la pluma, maldita sea!

La muchacha negó con la cabeza.

Fabien se puso en pie y avanzó como pudo hasta la puerta. Le dolía hasta el último nervio del cuerpo. Si no podía escribir, maldita fuera, entonces tendría que entregar su mensaje en persona.

Buscó al rey en la sala del Gabinete de Guerra, pero allí sólo encontró a Bontemps.

—Estáis herido —dijo el primer ayuda de cámara al fijarse en los vendajes ensangrentados —. Dejad que...

—¡Escuchad! —exclamó Fabien, haciendo caso omiso de su preocupación—. Únicamente hay dos hombres en la corte que pueden moverse libremente entre el rey y el mundo exterior. Pero sólo uno de ellos no ha dicho jamás una sola palabra en contra del rey.

—El hermano del rey... —empezó a decir Bontemps.

—Es un crítico. Pero hemos pasado por alto a otro que ha estado escondido ante nuestras propias narices: Rohan.

—El mejor amigo del rey.

—Se propone destruirlo como ha destruido a su alteza.

—Pero dijisteis que Montcourt era el culpable.

—Mató a muchas personas, pero no a ella.

—¿Por qué estáis tan seguro?

—El rey me dijo en una ocasión que sus enemigos buscarían la muerte de las personas más allegadas a él. Y Montcourt intentó decirme lo mismo. Debemos llevar al rey, a la reina y a vos mismo a un lugar seguro.

Bontemps se puso pálido y abrió la boca horrorizado.

—Oh, Dios mío.

—¿Qué ocurre?

—El hijo del rey. ¡El delfín! Hoy Rohan se lo ha llevado a cazar.

—¿Por orden de quién?

Pero Bontemps no pudo responder.

—¡Llamad a la guardia! —exclamó al tiempo que abría la puerta.

Escoltado por dos hombres, Fabien corrió por el pasillo en dirección a los aposentos de Rohan. Abrió la puerta de una patada y encontró la alcoba vacía..., a excepción de una doncella llamada Marie, que estaba tendida en la cama con la garganta rebanada de oreja a oreja.

Siguiendo una ordenada fila, los nobles fueron entrando en la alcoba del rey para presentar sus respetos a Enriqueta, que yacía en la cama. Le habían adornado el pelo con rosas y pensamientos. Sus damas de compañía lloraban en silencio, mientras los hombres inclinaban la cabeza. Luis y María Teresa la velaban a los pies de la cama y saludaban a los visitantes con un regio estoicismo.

Cassel, en la fila, vaciló. Le temblaban las manos y tenía la frente perlada de sudor. Dirigió la vista hacia Chevalier, que le devolvió una mirada fría como el acero.

Felipe se abrió paso entre la hilera de nobles, entró en la alcoba y agarró a su amante del brazo.

—Nos vamos —dijo—, para no regresar jamás.

Mientras el resto de los nobles observaban la escena con cierta aprensión, los dos hombres se dirigieron hacia la puerta. Luis, sin embargo, se desplazó con rapidez acompañado por tres guardias y les bloqueó el paso.

—Disculpa —dijo Felipe.

—No puedo permitirlo —dijo Luis.

—No te estoy pidiendo permiso. Me marcho.

—¿Me desobedeces incluso en un momento como éste?

—Sé perfectamente qué momento es.

—Estamos llorando su muerte.

—Y yo quiero llorarla a solas.

Luis observó a Chevalier y luego de nuevo a su hermano. Vio los rostros de varios nobles que los estaban contemplando y bajó la voz.

—Volverás a casarte, hermano.

—Prefiero limitarme a vivir.

—Es tu deber.

—Ya estoy harto de mi deber.

—Entonces, te opones a mí.

Felipe torció los labios en un gesto de asco.

—Con mucho gusto.

—Y ¿sacrificas tu futuro sólo para verme sufrir?

—¿Sacrificar? —replicó Felipe—. ¿Qué sabe un rey de sacrificio?

Rodeó a Luis y tiró de Chevalier para que lo acompañara. El rey hizo un gesto a los guardias y éstos les franquearon el paso.

—¿Qué sabe un rey de sacrificio? —susurró Luis para sus adentros—. Demasiado.

Abandonó la vela y a continuación ordenó a sus lacayos que le prepararan el caballo para salir a dar un paseo. Bien abrigado para combatir el intenso frío del día, cruzó los jardines y tomó un sendero que llevaba hasta la linde de los bosques del rey. Allí se detuvo y se volvió para observar el palacio, mucho más grande y espléndido que apenas unos años atrás. Sin embargo, aún estaba en construcción, todavía quedaba mucho por hacer. Qué angustiosa era la vida de un rey. Cuántas responsabilidades había que asumir, cuántas pérdidas había que aceptar. Empezó a caer una fina llovizna. El rey contuvo las lágrimas, pues no estaba dispuesto a llorar.

Oyó entonces ruido de cascos y, sin bajar de la silla, se volvió. Tal vez Felipe se había dado cuenta de su error y regresaba para hacer las paces con su hermano. Pero no, eran Fabien y Bontemps, que se dirigían hacia él.

Luis alzó una mano.

—No deseo que se me moleste.

—Sire —dijo Bontemps al tiempo que tiraba de las riendas de su caballo. Su expresión era tensa—. Debéis venir de inmediato. El delfín...

—Está con Rohan —respondió el rey—. Clase de equitación.

—Sire —insistió Bontemps—. Se han encontrado las botas de vuestro hijo en los bosques próximos a Marly. Todos los guardias que lo acompañaban han sido asesinados. Tememos que...

—Lo hayan secuestrado —concluyó Fabien.

Luis espoleó a su yegua y los tres hombres partieron juntos al galope.

Angustiada, madame de Montespan vagaba por los corredores de palacio en busca del rey, de hallar solaz entre sus brazos. Abrió varias puertas mientras buscaba y, al abrir la tercera, que daba a una antesala de la cocina del rey, encontró a Nicholas la Roux, el nuevo jefe catador, despatarrado sobre una mesa con el rostro vuelto hacia un lado. Tenía los ojos muy rojos y desorbitados, y el rostro abotargado. Bajo la boca se le había formado un charco de negro vómito, que se había extendido sobre la mesa hasta gotear al suelo, donde un enjambre de moscas devoraban ávidamente el hediondo líquido.

La noche llevó más aguanieve que cubrió la tierra, animando a lobos y ardillas a regresar a sus guaridas o a sus nidos y a los campesinos a volver a casa junto a sus esposas y sus chimeneas. En una zanja embarrada, en la zona más alejada de los jardines de palacio, varios cuerpos rígidos se pudrían. Pero bajo todos aquellos restos humanos, una mano se movió de repente y unos dedos empezaron a arañar. Y luego una pierna dio una sacudida. Y, por último, Montcourt, que estaba aún muy vivo, consiguió abrirse paso y boqueó en busca de aire.

Versalles. El sueño de un rey
Elizabeth Massie

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Versailles*

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño. Área Editorial Grupo Planeta
© de la fotografía de la cubierta: Malgorzata Maj – Arcangel Images

© Michel Lafon Publishing 2015
© por la traducción, Montse Triviño, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:
© Espasa Libros, S. L. U., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2016

ISBN: 978-84-670-4792-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com